

RÉPLICA A LAS CARTAS DE PETILIANO

Libro I

Traductor: Santos Santamarta

Agustín desea salud en el Señor a los hermanos tan queridos que se encuentran bajo su cura pastoral.

La intención de Agustín

I. 1. Bien sabéis vosotros que tantas veces hemos procurado poner de manifiesto y refutar el sacrilego error de los herejes donatistas valiéndonos no de nuestras palabras, sino de las suyas. Por ello hemos dirigido nuestras cartas a algunos de sus dignatarios; y no eran precisamente cartas de comunión, de la cual se hicieron indignos en el pasado al separarse de la Iglesia católica, como no eran tampoco afrentosas, sino pacíficas; y así, discutiendo con nosotros la cuestión, que les había separado de la santa comunión del orbe, tuvieran a bien corregirse con la consideración de la verdad, y lejos de defender con más necia pertinacia la animosa perversidad de sus antepasados, se tornaran a la raíz católica para dar frutos de caridad. Pero como está escrito: *Con los que odiaban la paz, hablaba yo de paz*¹, han rechazado mis cartas, como han odiado la misma paz, a la que se intentaba servir por medio de ellas.

Ahora bien, hallándome yo en la iglesia de Constantina, y estando presentes Absencio y mi colega Fortunato, obispo de la misma, me entregaron los hermanos una carta que decían había escrito el obispo de ese cisma a sus presbíteros, según rezaba su título. La leí y me quedé admirado de que con sus primeras palabras cortaba radicalmente toda comunión de su partido de manera que no podía creer que esta carta fuese del hombre que, según la opinión pública, destacaba tanto entre ellos por su ciencia y facundia. Pero como al leerla yo se hallaban presentes algunos que conocían bien la elegancia de su dicción, comenzaron a persuadirme de que era sin duda obra suya. De todos modos, fuera quien fuera el autor, pensé que tenía que refutarla para que no juzgara quien la escribió que su escrito podía perjudicar algo a la Católica entre los menos formados.

2. Lo primero que él afirma en su carta es que les echamos en cara la repetición del bautismo nosotros, que con el nombre del bautismo manchamos nuestras almas con un bautismo culpable. ¿Qué utilidad puede seguirse de repetir todas sus afrentosas palabras? Pero como una cosa es confirmar el documento y otra repudiar sus injurias, prestemos atención sobre todo a cómo pretende demostrar que nosotros no poseemos el bautismo y, por consiguiente, que él no reitera lo que ya existía, sino que da lo que no existía aún. Dice, en efecto: "Debe tenerse en cuenta la conciencia del que lo da, pues es la que purifica a la del que lo recibe".

Pero si no aparece la conciencia del que lo da, que puede estar manchada, ¿cómo podrá purificar a la conciencia del que lo recibe, puesto que, según se dice, se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da, que es la que purifica a la del que lo recibe? A lo mejor se contesta que no perjudica al que lo recibe el mal que hubiere en la conciencia del que lo da; lo que podría llevar consigo esta ignorancia es que no pueda mancharse el que ignora la conciencia del que lo bautiza.

Bástenos, pues, que no manche al que lo ignora la conciencia mancillada del que lo da; pero ¿puede también dejarle limpio?

¿De quién recibe la fe el bautizado?

II. 3. ¿Cómo, pues, puede ser, purificado quien recibe el bautismo si está manchada la conciencia del que lo da y lo ignora el que va a recibirlo? Sobre todo considerando que el

autor de esta doctrina añade: "En efecto, quien ha recibido la fe de quien no posee la verdadera, no ha recibido la fe, sino la culpa". Pensemos en uno sin fe que va a bautizar, y el que va a ser bautizado ignora esa falta de fe, ¿qué piensas va a recibir: la fe o la culpa?

Si contestas que "la fe", reconoces que puede ocurrir que alguno reciba la fe, y no la culpa, del que no la tiene, y entonces resulta falso aquello de que "quien ha recibido la fe de quien no posee la verdadera, no recibe la fe, sino la culpa". En efecto, hemos descubierto que puede uno recibir la fe del que no la tiene si ignora la falta de fe del que la da. No dice él: Quien recibe la fe del que abierta o públicamente no la tiene, sino: "Quien ha recibido la fe del que no la tiene, no recibe la fe, sino la culpa"; lo cual es ciertamente falso cuando alguien es bautizado por quien ocultamente no tiene fe.

Si en cambio hubiera dicho: "aun cuando ignore que carece de fe el que bautiza, el bautizado no recibe de él sino la culpa", tendrían ellos que bautizar de nuevo a los que conste han sido bautizados por quienes de entre ellos permanecieron durante mucho tiempo malvados ocultamente y luego fueron denunciados, convencidos y condenados.

¿Cómo saber si es bueno quien bautiza?

III. En verdad, a cuantos bautizaron mientras ellos ocultaban su falta de fe, no pudieron darles la fe, sino la culpa, si quien ha recibido la fe del que no la tiene no recibe la fe, sino la culpa. Por consiguiente, deben ser bautizados por los buenos para que reciban la fe, no la culpa.

4. Pero ¿cómo pueden estar seguros de éstos, si se ha de tener en cuenta la conciencia del que da, que está oculta a los ojos del que ha de recibir? De esta manera, según su opinión, se torna incierta aquella salud espiritual, y apartan del Señor Dios la esperanza de los bautizandos e intentan persuadir que se ponga esa esperanza en el hombre, teniendo precisamente en contra las Sagradas Escrituras, que dicen: *Mejor es confiar en el Señor que confiar en el hombre* ², y *Maldito quien pone su esperanza en el hombre* ³.

De esto se sigue necesariamente que no sólo es incierta la salud, sino absolutamente nula, ya que *del Señor viene la salvación* ⁴, y *es vana la salvación que procura el hombre* ⁵. Por consiguiente, quien pone la esperanza en el hombre, aunque lo conozca como justo e inocente, es un maldito. Y de ahí que el apóstol Pablo apostrofe y censure a los que decían que eran de él: *¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?* ⁶

El que bautiza, ¿es la cabeza del bautizado?

IV. 5. Por consiguiente, si andaban errados y habían de perecer si no se enmendaban los que pretendían ser de Pablo, ¿cuál puede ser la esperanza de los que pretenden ser de Donato? Lo que buscan éstos es poner el origen, la raíz y la cabeza del bautizado nada menos que en el que bautiza. De donde se sigue que la esperanza será siempre incierta, puesto que la mayor parte de las veces no se sabe cómo es el que bautiza; en consecuencia, es incierto su origen, su raíz, su cabeza. Y como puede ocurrir que sea malvada y mancillada la conciencia del que lo da e ignore esto el que lo recibe, consecuentemente puede tornarse inútil y vacía la esperanza del bautizando por la perversidad del origen, de la raíz y de la cabeza. Afirma Petiliano, en efecto, en su carta: "Todo ser tiene su fundamento en su origen y en su raíz, y si algo no tiene cabeza, es nada". Ahora bien, como quiere que se entienda que el origen, la raíz y la cabeza del bautizado es el hombre que le bautiza, ¿qué le aprovecha al mísero bautizado el ignorar cuán malo es quien le bautiza? Ignora ciertamente que tiene una cabeza malvada o que ni siquiera tiene cabeza. Pero ¿qué esperanza puede tener quien, sabiéndolo o sin saberlo, no tiene cabeza alguna o la tiene pésima? ¿Puede acaso la misma ignorancia ser su

cabeza, cuando el que le bautiza es una cabeza malvada o no es cabeza en absoluto? Ciertamente que quien piense esto, es bien claro que está sin cabeza.

Sólo Cristo es la cabeza del bautizado

V. 6. He aquí lo que nosotros preguntamos. Petiliano dijo: "Quien ha recibido la fe del que no la tiene, no recibe la fe, sino la culpa"; y añadió luego: "Todo ser tiene su fundamento en su origen y en su raíz, y si hay algo que no tiene cabeza, es nada". Esto, repito, es lo que nosotros preguntamos: Cuando el que bautiza oculta su carencia de fe, si el bautizado recibe la fe, no la culpa, y no es el que le bautiza su origen, su raíz y su cabeza, ¿de quién puede recibir la fe, dónde está el origen de que procede, dónde la raíz de la que germina, dónde la cabeza que es su principio? ¿Acaso cuando el que recibe el bautismo ignora la falta de fe del que le bautiza, le da Cristo la fe, es Cristo su origen, su raíz y su cabeza? ¡Oh temeridad y soberbia humanas! ¿Por qué no dejas más bien que sea siempre Cristo el que da la fe, para hacerlo cristiano dándosela? ¿Por qué no dejas que sea Cristo siempre el origen del cristiano, que en Cristo fundamente el cristiano su raíz, que Cristo sea su cabeza?

Es verdad que aun cuando se comunica la gracia a los creyentes por medio de un dispensador fiel y santo, no es quien la dispensa el que justifica, sino aquel único de quien se afirma que justifica al impío. De lo contrario sería el apóstol Pablo la cabeza y el origen de los que había plantado y Apolo la raíz de los que había regado, y no aquel que les había dado el crecimiento; pues él dice: *Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quien dio el crecimiento. De modo que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que hace crecer*⁷. Y no era él su raíz, sino el que dijo: *Yo soy la vid; vosotros los sarmientos*⁸. ¿Cómo podía ser él su cabeza, cuando dice que nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, y proclama abiertamente en muchos lugares que el mismo Cristo es la cabeza del cuerpo entero?

Consecuencia absurda del pensamiento de Petiliano

VI. 7. Por tanto, sea de un administrador fiel o de uno sin fe de quien cada uno recibe el sacramento del bautismo, debe poner toda su esperanza en Cristo, a fin de que no sea *maldito aquel que pone su esperanza en el hombre*⁹. De otra manera: si quien renace en la gracia del Espíritu es tal cual el que lo bautiza, es decir, si fuera verdad que cuando es manifiestamente bueno el que lo bautiza, es él quien da la fe, es él el origen, la raíz y la cabeza del que nace; en cambio, si cuando está oculta la carencia de fe del que bautiza, entonces se recibe de Cristo la fe, toma su origen de Cristo, tiene en Cristo su raíz, se gloria en Cristo como su cabeza; si esto fuera verdad, todos los que reciben el bautismo deberían procurarse ministros que no tengan fe y a la vez sin advertir este aspecto, ya que por buenos que fueran los ministros, incomparablemente mejor es Cristo, que será sin duda cabeza del bautizado, si se ignora que el ministro carece de fe.

La respuesta del católico

VII. 8. Si es de suma demencia creer esto, ya que es siempre Cristo quien justifica al impío haciendo de él un cristiano, y siempre es de Cristo de quien se recibe la fe, y siempre es Cristo el origen de los regenerados y la cabeza de la Iglesia, ¿qué importancia pueden tener aquellas palabras a cuyo contenido no prestan atención los lectores superficiales, antes bien sólo se interesan por su sonido?

Ahora bien, quien no aplica su oído a sólo el sonido, sino que procura comprender el sentido, al oír aquellas palabras "se ha de tener en cuenta la conciencia del que da para que purifique la del que lo recibe", a buen seguro responderá: "Muchas veces desconozco la conciencia humana, pero siempre estoy seguro de la misericordia de Cristo". Y cuando oiga: "Quien ha recibido la fe del que no la tiene, no recibe la fe, sino la culpa",

responderá: "No es infiel Cristo, de quien recibo la fe y no el pecado.

Igualmente cuando oiga: "Todo ser tiene su fundamento en su origen y en su raíz, y si hay algo que no tiene cabeza, es nada", contestará: "Cristo es mi origen, Cristo mi raíz, Cristo mi cabeza". Cuando le digan: "No hay nada que pueda regenerar bien si no ha sido regenerado con un principio bueno", responderá: "La semilla que me regenera es la palabra de Dios, que se me amonesta a escuchar con sumisión, aunque aquel por quien la escucho no practique lo que dice, ya que advierte el Señor dándome seguridad: *Haced lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque ellos dicen y no hacen* ¹⁰. Cuando oiga: "Puede haber necedad más grande que pensar que quien es reo de sus pecados pueda hacer inocente a otro?", contestará: "A mí no me hace inocente sino aquel que *fue entregado por nuestros pecados y fue resucitado para nuestra justificación* ¹¹. No creo en el ministro que me bautiza, sino *en aquel que justifica al impío* ¹², de suerte que mi fe me sea computada como justicia".

Interpretación errónea de Mt 7, 17 y 13, 35

VIII. 9. Cuando oiga: *Todo árbol bueno da frutos buenos, mientras que el árbol malo da frutos malos. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos?* ¹³, y también: *Todo hombre bueno saca el bien del tesoro de su corazón, y el hombre malo saca el mal del tesoro de su corazón* ¹⁴, responderá: "Así, pues, esto es buen fruto, el que yo sea árbol bueno, y esto es un hombre bueno, el que yo dé buen fruto, es decir, buenas obras. Y esto no me lo da el que planta ni el que riega, sino el que da el crecimiento, Dios.

En efecto, si el árbol bueno es el buen bautizador, y su buen fruto aquel a quien ha bautizado, quien haya sido bautizado por un hombre malo, aunque no manifiesto, no puede ser bueno, ya que ha nacido de un árbol malo. Porque una cosa es el árbol bueno, otra cosa es el árbol oculto pero malo; y si cuando un árbol es malo aunque ocultamente, el que sea bautizado por él renace, no de él precisamente, sino de Cristo, síguese que reciben más santamente el bautismo los que son bautizados por los malos ocultos que los que lo son por los buenos manifiestos.

Interpretación de Si 34, 25

IX. 10. Igualmente cuando oye: *Quien es bautizado por un muerto, no le aprovecha su lavado* ¹⁵, responderá: "*Cristo vive; ya no muere más, la muerte no tiene ya señorío sobre él* ¹⁶, de quien se ha dicho: *Ese es el que bautiza en el Espíritu Santo*" ¹⁷. Realmente son bautizados por los muertos quienes son bautizados en los templos de los ídolos. Ni los paganos mismos piensan recibir lo que tienen por santificación de sus sacerdotes, sino de sus dioses. Y como éstos fueron hombres, y tan muertos que ni existen sobre la tierra ni en la paz del cielo, en verdad aquéllos son bautizados por los muertos. Ciertamente que estas palabras de la Santa Escritura pueden investigarse sin apartarse de la verdad y discutirse y entenderse saludablemente de algún otro modo. En efecto, si en este lugar se tomase como muerto al pecador que bautiza, se seguiría aquel mismo absurdo de que quien haya sido bautizado por un impío, incluso oculto, habría recibido un lavado inútil, en cuanto bautizado por un muerto. Porque en verdad no dice: "Quien es bautizado por un muerto manifiesto", sino simplemente "por un muerto". Y si tienen por muerto sólo a quien saben que es pecador y por vivo al que, aun siendo malvado, se encuentra oculto con el mayor disimulo dentro de su comunión, con su execrable soberbia se atribuyen a sí mismos más que le dan a Dios, ya que cuando un pecador les es conocido a ellos lo juzgan por muerto, y cuando es conocido por Dios, se le tiene por vivo.

Además, si se ha de tener como muerto al que es reconocido como tal por los hombres, ¿qué pueden responder acerca de Optato, a quien temieron condenar como malvado siendo conocido como tal por ellos durante tanto tiempo? ¿Por qué no tienen como

bautizados por un muerto a los que él bautizó? ¿O acaso vivía precisamente porque tenía al Conde por dios? Esta es la salida humorística y elegante que, pronunciada por no sé qué dignatario colega suyo, suelen ellos ensalzar y ponderar, sin darse cuenta de que, asemejándose en la muerte al soberbio Goliath, se cortan la cabeza con su propia espada.

Los maximianistas están "muertos" y bautizan

X. 11. Finalmente, si no quieren tener por muerto ni al malvado oculto y no declarado, que todavía no ha sido condenado por ellos, y sí en cambio al manifiesto y condenado, de suerte que quien es bautizado por él sea bautizado por un muerto y de nada le sirva ese lavado, ¿qué tendrán que decir de los que "por la boca verídica" de su "concilio plenario", como dijeron, condenaron junto con Maximiano y sus restantes ordenantes? Me refiero a Feliciano de Musti y a Pretextato de Asuras, de quienes estoy hablando, que se citan entre los doce que ordenaron a Maximiano y levantaron un altar contra el altar de los donatistas ante el que sirve Primiano.

Sin duda que éstos fueron contados por ellos entre los muertos. Testimonio de ello nos da la tan conocida decisión de su concilio que fue aclamada a voz en grito al leerla en su momento para la aprobación; si nosotros se la sacamos a relucir, enmudecen, cuando lo que debían haber hecho era no celebrar su elegancia, y así no tendrían que lamentar su divulgación.

Así hablan efectivamente de los maximianistas excluidos de la participación de su comunión: "Los miembros náufragos de muchos han sido arrojados por la ola de la verdad contra ásperos escollos, y a ejemplo de los egipcios las orillas están saturadas de cadáveres de los muertos, los cuales han tenido con esa muerte un castigo mayor, ya que arrancadas sus almas por las aguas vengadoras, no han podido ni siquiera encontrar sepultura".

Tales son los insultos que lanzan contra sus cismáticos; hasta llegan a llamarlos muertos e insepultos. Bien que debieron anhelar fueran sepultados, y de esa manera, al pasar Optato Gildoniano con un pelotón de soldados como una ola furiosa, no engulliría después en su vorágine, de entre la multitud de cadáveres desparramados por la orilla, a Feliciano y a Pretextato.

Reintegrados sin ser bautizados de nuevo

XI. 12. Yo les pregunto si al volver a su mar recobraron aquellos la vida o permanecen aún muertos allí. Si aún continúan siendo cadáveres, de nada les sirve el baño a los que son bautizados por esos muertos; y si tornaron a la vida, ¿cómo aprovecha el bautismo a quienes bautizaron antes, estando ellos muertos fuera, si se ha de entender según su pensamiento aquello de *a quien es bautizado por un muerto, no le aprovecha su lavado?*¹⁸ Porque no han rebautizado a quienes bautizaron Pretextato y Feliciano cuando se hallaban en comunión con Maximiano; y sin rebautizarlos, los mantienen ahora en su comunión entremezclados con los mismos que los bautizaron, esto es, con Feliciano y Pretextato. Con esta ocasión, si no fomentasen el principado de su pertinacia, sino que meditasen en la inevitable ruina de su salud espiritual, debían ciertamente estar en guardia, y recuperada la salud del alma, respirar tranquilos en la paz católica; claro, si dejan a un lado la hinchazón de su soberbia, si se sobreponen al frenesí de la terquedad y quieren ser conscientes del enorme sacrilegio que cometen contra el bautismo de las iglesias transmarinas, que según los libros sagrados son las primeras que se fundaron, a la vez que aceptan el bautismo de los maximianistas, a quienes ellos con su propia boca condenaron.

¿Cómo pudieron mancharse las iglesias de ultramar?

XII. 13. Por otra parte, nuestros mismos hermanos, hijos de dichas iglesias, no supieron entonces ni saben aún hoy qué es lo que pasó tantos años ha en África. Y, por tanto, los crímenes que los donatistas achacan a los cristianos de África, aunque fueran verdaderos, no podrían contaminar a aquéllos, como ignorantes que eran de los mismos. Ellos, en cambio, separados y divididos abiertamente, de los que se dice que asistieron a la ordenación de Primiano y que luego condenaron al mismo Primiano, ordenaron a otro obispo contra Primiano, bautizaron separados de Primiano, rebautizaron después de Primiano, y luego retornaron a Primiano con los suyos bautizados por ellos fuera y no rebautizados dentro por nadie. Si una unión tan íntima de los maximianistas no mancha a los donatistas, ¿cómo pudo un rumor sobre los africanos manchar a los extranjeros? Si marchan con tal acuerdo sin inculpación mutua en el ósculo de la paz las bocas de los que mutuamente se condenaron, ¿por qué los condenados por ellos en las iglesias tan alejadas de su tribunal, allende el mar, no han de ser recibidos con el ósculo de paz como fieles católicos, sino rechazados como paganos impíos? Si en bien de su unidad restablecieron la paz recibiendo a los maximianistas, lo que reprendemos en ellos es que se destruyen con su decisión, ya que tratan de reunir en bien de su propia unidad sus facciones separadas, y en cambio rechazan con desprecio reintegrar su partido en la verdadera unidad.

Dos medidas: una para el partido de Donato y otra para la Iglesia universal

XIII. 14. Mirando por la unidad del partido de Donato, nadie rebautiza a los bautizados en su cisma impío, y siendo reos de maldad tan abominable, que los comparan en su concilio a los antiguos autores del cisma que tragó vivos la tierra, no son castigados por su separación o son restituidos después de su condena a su primitiva dignidad. ¿Por qué, pues, en pro de la unidad de Cristo, extendida por todo el orbe, y del cual se anunció que *dominará de mar a mar, desde el río hasta los confines de la tierra*¹⁹, y cuya predicción se ve y demuestra cumplida, por qué en favor de esta unidad verdadera y plena no se reconoce la ley de aquella herencia que resuena en los conocidos libros: *Te daré en herencia las naciones, en propiedad los confines de la tierra?*²⁰

La unidad de Donato no les obliga a recoger lo que dispersaron; pero sí les amonesta a escuchar el clamor de la Escritura. ¿Por qué no se dan cuenta de que la misericordia de Dios ha actuado sobre ellos, de modo que el acusar a la Iglesia católica de falsos crímenes, de cuyo como contagio no querían se contaminara su extraordinaria santidad, les obliga a admitir de nuevo, mediante la fuerza de Optato Gildoniano, los auténticos y tremendos crímenes, condenados, como dicen, "por la boca verídica de su concilio plenario", y a reintegrar a los criminales en su sociedad? Es hora ya de que se den cuenta de cómo están saturados de las auténticas culpas de los suyos, ellos que las inventan contra los hermanos, y que, aunque fueran verdaderas, deberían comprender de una vez cuánto debe tolerarse por la paz, y en bien de la paz de Cristo tornar a la Iglesia, que nunca condenó causas desconocidas, si en bien de la paz de Donato les plugo a ellos retirar las condenas que habían lanzado.

Deja de lado los archivos; recurre a lo que todos conocen

XIV. 15. ¡Ea!, hermanos, bástenos para amonestarlos y corregirlos lo que tuvo lugar entre ellos y los maximianistas. No vamos a examinar viejos archivos, ni a desempolvar viejos armarios, ni a enviar nuestras pruebas a tierras lejanas; dejamos a un lado todos los documentos de nuestros antepasados y aportamos los testimonios que resuenan en el universo entero.

El cisma de los maximianistas

XV. 16. He aquí las ciudades de Musti y Asuras¹⁶; viven aún en esta provincia quienes se separaron y aquellos de quienes se separaron; quienes erigieron un altar y aquellos

contra quienes lo erigieron; quienes condenaron y quienes fueron condenados; quienes recibieron y quienes fueron recibidos; quienes fueron bautizados fuera y quienes, dentro, no fueron rebautizados. Si todo esto, hecho por la unidad, mancha, ellos, manchados, cállense ya; si por el contrario no mancha, corríjense y pongan fin a la contienda.

¿Han perdido o no el bautismo?

XVI. 17. Es hora ya de que el autor de la carta se ría de sus propias palabras. Al usurpar falsa e indocemente el testimonio que cita: *A quien es bautizado por un muerto, no le aprovecha su lavado*²¹, intenta demostrarnos que el *traditor* debe ser tenido como muerto, y añade: "Está muerto quien no mereció nacer con el bautismo verdadero, y de la misma manera está muerto el que engendrado por el legítimo bautismo se mezcló luego con los *traditores*".

Por tanto, si los maximianistas no están muertos, ¿por qué dicen en su concilio plenario que las riberas están llenas de los cadáveres de sus muertos? Y si están muertos, ¿cómo vive el bautismo que ellos dieron? Por otra parte, si Maximiano no está muerto, ¿por qué se rebautiza después de él? Y si está muerto, ¿por qué no está muerto juntamente con él Feliciano de Musti que le ordenó, y pudo hallarse muerto un colega transmarino por comulgar con no sé qué *traditor* africano? Pero si él, Feliciano, también está muerto, ¿cómo vive contigo y en su compañía gente no rebautizada dentro, que fue rebautizada fuera por aquel que estaba muerto?

¿Por qué no se bautizó de nuevo a los bautizados por ellos?

XVII. 18. Luego añade: "La vida del bautismo no la tiene ninguno de los dos, ni el que jamás la tuvo ni el que la tuvo y luego la perdió". Por consiguiente, nunca la tuvo aquel a quien los maximianistas Feliciano o Pretextato bautizaron fuera, y ellos mismos perdieron lo que tenían. Y entonces, cuando éstos fueron recibidos con los suyos, ¿quién pudo dar a los que habían bautizado lo que no tenían, y quién les devolvió a ellos lo que habían perdido? Pero si ellos se llevaron consigo la forma del bautismo, y perdieron el valor en sí del bautismo por su perverso cisma, ¿por qué desprecias la forma misma -que siempre y en todas partes es santa- en los católicos, sin examinar su causa, y la recibes en los maximianistas a quienes habías castigado?

19. Por lo que se refiere a las calumnias que le pareció bien lanzar sobre el traidor judas, ¿qué nos importan a nosotros, ya que ni han demostrado que hayamos sido *traditores* ni, aunque se demostrara la entrega por parte de algunos, muertos en nuestra comunión antes de nosotros, podría jamás perjudicarnos a nosotros en lo más mínimo esa entrega que nosotros hemos rechazado y que tan mal nos ha parecido? Si ellos no se sienten mancillados por los crímenes que han condenado y que luego admitieron, ¿cuánto menos podemos ser mancillados nosotros, que los hemos rechazado al oírlos? Cualesquiera sean las acusaciones que lance contra los *traditores*, sepa que yo le acuso con las mismas palabras. Pero con esta diferencia: él ataca ante mí a uno ya muerto hace tiempo, cuya causa o proceso no he juzgado yo; en cambio, yo le presento a uno muy unido a él, a quien él condenó o al menos separó de sí por un sacrilegio de cisma y luego lo recibió con todos los honores.

Los donatistas, perseguidores de los maximianistas

XVIII. 20. "El más perverso de los *traditores*, dice, has sido tú, perseguidor y verdugo nuestro precisamente mientras observamos la Ley". Si los maximianistas observaron la Ley cuando se separaron de ti, sin duda que tú sigues como observador de la Ley, cuando te separaste de la Iglesia extendida por todo el mundo.

Y si estás hablando de las persecuciones, me apresuro a responderte: si habéis padecido algo injustamente, no afecta a quienes laudablemente soportan en pro de la paz y de la

unidad a los que han realizado eso incluso injustamente. Por consiguiente, no tienes nada que reprochar al grano del Señor que soporta su paja hasta el último momento de la bielta, y de ese grano no te hubieras tú apartado nunca si como paja ligera no te hubieras dejado llevar por el viento de la tentación aun antes de la venida del beldador.

Pero no dejaré esta comparación, que el Señor les planta delante para cerrarles la boca y corregirlos si tienen alguna inteligencia, o para confundirlos si perseveran en su perversidad: si son más justos los que sufren una persecución que los autores de ella, son más justos los mismos maximianistas, ya que su basílica fue destruida enteramente, fueron escarnecidos gravemente por la escolta militar de Optato y son bien conocidas las órdenes del procónsul conseguidas por los primianistas para expulsarlos a todos ellos de sus basílicas.

Consiguientemente, si a pesar de detestar los emperadores su comunión, llegaron a tal audacia en la persecución de los maximianistas, ¿qué llegarían a hacer si hallándose en la comunión de los emperadores les fuera permitido hacer algo? Claro que pudieron hacer esto para corregir a los perversos; en ese caso, ¿por qué se admiran de que los emperadores católicos ordenen que sean apremiados y corregidos con mayor severidad los que pretenden rebautizar a todo el orbe cristiano? En verdad no tienen motivo alguno de disentir, ya que ellos mismos declaran que en bien de la paz debe tolerarse a los malos, aunque se les imputaran verdaderos crímenes, lo cual han practicado ellos al recibir con todos los honores y con el bautismo, recibido fuera, a los que habían condenado. Que se den cuenta de una vez qué castigo merecen de parte de las autoridades cristianas del mundo entero, ellos que se han portado como enemigos de la unidad cristiana difundida por todo el orbe. Por tanto, aunque la corrección sea ligera, que tengan al menos el pudor, para no dejarse dominar por la risa al comenzar a leer lo que ellos mismos escriben, puesto que no reconocen en sí lo que quieren se vea en los demás, ni admiten en sí mismos lo que echan en cara a los demás.

Contradicción entre teoría y práctica

XIX. 21. ¿Qué es lo que pretende él al citar en su carta al Señor diciendo a los judíos: *Yo os envío a vosotros profetas, sabios y escribas; a unos los mataréis y los crucificaréis, a otros los azotaréis?* ²² Si quieren que se les entienda a ellos bajo el nombre de profetas, sabios y escribas, y a nosotros como los perseguidores de los sabios y los profetas, ¿por qué no quieren hablar con nosotros, si han sido enviados a nosotros? Finalmente, el que escribió la carta a la que ahora respondemos, si le urgimos para que suscriba con su propia mano que ha sido el autor de ella, tal vez no lo hará; tanto temen que podamos tener algunas de sus palabras.

En efecto, cuando nosotros intentamos recibir de cualquier modo que sea la última parte de esa carta, porque los que nos la dieron no pudieron transcribirla entera, ninguno de aquellos a quienes la solicitamos quiso darla, al conocer que nosotros respondíamos a esa parte que había llegado a nosotros. De esta manera, aunque leen lo que el Señor dice al profeta: *Clama a voz en grito, no te moderes, y escribe con mi punzón sus pecados* ²³, estos profetas verídicos, que han sido enviados a nosotros, no temen ni evitan otra cosa con más cuidado que el que llegue a nosotros su clamor; cierto no temerían esto si dijeran algo verdadero de nosotros. No sin razón, como se dice en el salmo, *la boca de los mentirosos se ha cerrado* ²⁴.

Si por otra parte no admiten nuestro bautismo, porque nosotros somos *raza de víboras* ²⁵, según dice éste en su carta, ¿cómo pudieron aceptar el de los maximianistas, de quienes dice su propio concilio: "La matriz de un seno envenenado ocultó durante mucho tiempo el parto nocivo de la semilla viperina y los húmedos coágulos del crimen concebido se evaporaron a fuego lento, dando origen a los miembros de la serpiente? ¿No se dice

también de ellos, después, en el mismo concilio: "*Veneno de áspides hay bajo sus labios, maldición y amargura rebosa su boca; sus pies están prontos para derramar sangre; calamidad y miseria hay en sus caminos. El camino de la paz no lo conocieron?*"²⁶ Y, sin embargo, mantienen en su seno con todos los honores a toda esa gente y a los que por ellos fueron bautizados fuera de su seno.

Víboras y seudoprofetis: los donatistas

XX. 22. Cuanto se ha dicho sobre la raza de víboras, sobre el veneno de los áspides en sus labios y otras cosas que se dijeron contra los que no conocieron el camino de la paz, no es ni más ni menos que lo que son ellos, si quieren hablar con verdad. Esto se cumplió en ellos cabalmente cuando, por una parte, aceptaron, por la paz de Donato, el bautismo de aquellos contra quienes lanzaron semejantes ataques mediante sentencia conciliar, y repudiaron por otra, con sacrílega injuria a la paz de Cristo, el bautismo de su Iglesia extendida por todo el orbe, y de la cual nos vino la misma paz al África.

¿Quiénes son, pues, más bien los seudoprofetis que se presentan con vestido de oveja y por dentro son lobos rapaces? ¿Son acaso los que no conocen a los malos en la Iglesia católica e inocentemente están en comunión con ellos, o toleran por el bien de la unidad a los que no pueden alejar de la era del Señor antes que venga el beldador? ¿O son más bien aquellos que practican en su cisma lo que reprenden en la Católica y reciben en su partido a los malos manifiestos y condenados por ellos, y de los que, en cambio, simulan huir en la unidad, en la cual deberían ser tolerados si existieran?

El cisma, un mal fruto, que denota un árbol malo

XXI. 23. Finalmente, se ha dicho y lo ha recordado él mismo: *Por sus frutos los conoceréis*²⁷. Está bien; consideremos los frutos. Vosotros nos objetáis la entrega de los libros sagrados; con más razón os la objetamos nosotros.

Para no divagar mucho, vuestros antepasados en el principio mismo de su cisma ordenaron a Silvano como obispo en la misma Constantina. Y éste, siendo aún subdiácono, fue declarado *traditor* según las actas municipales. Si vosotros presentáis algún documento contra nuestros antepasados, la equidad exige que tengamos igualmente a unos y a otros documentos por verdaderos o por falsos.

Si unos y otros son verdaderos, sois sin duda reos de cisma, vosotros que habéis simulado huir, en la comunión de todo el orbe, de los crímenes que teníais precisamente en la misma parcela que vosotros habéis separado.

Si unos y otros son falsos, sois sin duda reos de cisma, vosotros que os habéis dejado mancillar con el enorme crimen de la separación, basándoos en los falsos crímenes de los *traditores*.

Ahora bien, si nosotros hemos aducido algunos documentos y vosotros ninguno, o si nosotros los aducimos verdaderos y vosotros falsos, no hay por qué discutir cuán absolutamente debéis cerrar vuestra boca.

El único recurso: abrazar la paz

XXII. 24. Decidme, si la santa y verdadera Iglesia de Cristo os deja convictos y derrotados, aunque nosotros no tuviéramos prueba alguna de la entrega o la tuviéramos errada, y vosotros tuvierais alguna y verdadera, ¿qué otro recurso os queda ya sino abrazar la paz, si la queréis, o callar de una vez, si no la queréis? Efectivamente, cualesquiera fueran las pruebas que podáis presentar, os diría con toda facilidad y verdad que deberíais haberlas presentado entonces a la Iglesia entera y a la unidad católica extendida ya y afirmada entre todas las gentes, de suerte que vosotros quedarais dentro y en cambio fueran expulsados de ella aquellos a quienes refutarais.

Si habéis intentado hacer esto, sin duda no habéis podido probarlo, y vencidos o encolerizados os separasteis con gravísimo sacrilegio de los inocentes que no podían condenar lo incierto. Pero si no habéis intentado siquiera hacerlo, por tropezar con un poco de cizaña en África, guiados por detestable e impía ceguera, os habéis separado del trigo de Cristo que crece hasta el fin por todo el campo, es decir, por todo el mundo.

Tiran piedras sobre el propio tejado

XXIII. 25. Finalmente, se afirma que algunos entregaron a las llamas el Testamento en tiempo de la persecución. Dígase claramente de dónde procede esta afirmación.

Por cierto, al comienzo de las promesas del testador se lee que se dijo a Abrahán: *En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones*²⁸. Y la interpretación de lo que esto significa nos la da el Apóstol veraz: *En tu descendencia, que es Cristo*²⁹. No ha habido entrega alguna que anule la fidelidad de Dios. Permaneced en la comunión de todos los pueblos, y entonces podréis gloriaros de haber liberado de la destrucción de las llamas el Testamento. Si no queréis hacerlo, ¿qué partido se ha de creer que trató de quemar el Testamento sino el que no quiere admitirlo después de publicado? ¿No está bien seguro y fuera de toda sacrílega temeridad tener por sucesor de los *traditores* a quien persigue al presente con su lengua el Testamento que se dice persiguieron ellos con el fuego?

Nos echáis en cara que os perseguimos. Os contestan los granos del campo del Señor: "O se trató de una persecución justa, o la llevó a cabo nuestra paja". ¿Qué respuesta dais a esto?

También objetáis que nosotros no tenemos el bautismo. Os contestan los mismos granos del Señor que la forma del sacramento no les aprovecha ni aun a algunos de dentro, como no le aprovechaba a Simón el Mago el bautismo³⁰; y mucho menos les aprovecha a los que están fuera, bien que permanece en ellos al separarse, como se prueba por la sencilla razón de que no se les reitera al tornar. ¿Podrás, por consiguiente, gritar con la mayor desvergüenza contra estos granos y llamarlos seudoprofetras vestidos con piel de oveja y lobos rapaces por dentro, siendo así que ellos no conocen a los malos en la unidad católica, o, si los conocen, los toleran en bien de la misma unidad?

Los frutos donatistas

XXIV. 26. Vamos a repasar ahora vuestros frutos. Paso por alto vuestro dominio tiránico en las ciudades y sobre todo en las propiedades ajenas; paso por alto el furor de los circunceliones y el culto sacrílego y profano de los cadáveres de los suicidas, las bacanales, embriagueces y los gemidos del África entera durante diez años bajo el dominio de sólo Optato Gildoniano; paso por alto estas cosas, porque entre vosotros mismos hay algunos que confiesan que las detestan y han detestado siempre, aunque dicen que las toleran en bien de la paz, ya que no pueden reprimirlas; claro que en esto se condenan a sí mismos, pues si amaran la paz, procurarían no romper la unidad. ¿No es una enorme demencia querer abandonar la paz donde la hay y querer mantenerla en la disensión?

Hablaremos de aquellos que fingen no ver los males del partido de Donato, que todos están viendo y reprenden, y de tal modo lo fingen que dicen del mismo Optato: "¿Qué hizo?, ¿quién le acusó?, ¿quién le ha refutado? Yo no sé nada, nada he visto, nada he oído". Por causa de ellos, que fingen ignorar las cosas manifiestas, nacieron los maximianistas, para que en su actuación se les abran los ojos y se les cierre la boca: segura frente a todas las herejías desheredadas. Aunque se separan abiertamente, abiertamente levantan altar contra altar, abiertamente se les denomina en el concilio sacrílegos, víboras, veloces para derramar la sangre, comparables con Datán, Abirón y Coré; son condenados como detestables con duras palabras; y abiertamente son

recibidos de nuevo en todos sus honores junto con sus bautizados.

Estos son los frutos de los que hacen estas cosas por la paz de Donato, hasta cubrirse con piel de oveja, y rehúsan la paz de Cristo en el mundo entero: por dentro son lobos rapaces.

Única imputación: el crimen del cisma

XXV. 27. Pienso que no he dejado nada de lo que Petiliano puso en su carta, al menos de lo que he podido encontrar en la parte que ha llegado a nuestras manos; que presenten también el resto de ella; quizá allí se encuentre algo que no se pueda rechazar.

Sobre la respuesta que con la ayuda del Señor hemos dado, amonesto a vuestra caridad que no sólo se la comunicéis a quien os la pida, sino que tratéis de hacérsela llegar incluso a quienes no la solicitan. Que respondan ellos si les place, y si no quieren respondernos a nosotros, que envíen alguna carta a los suyos, pero sin que den órdenes de ocultárnosla a nosotros. Y si lo hacen, bien de manifiesto ponen sus frutos, con los cuales queda muy a las claras probada su calidad de lobos rapaces vestidos con piel de oveja³¹, que ocultamente tienden asechanzas a nuestras ovejas y temen responder abiertamente a sus pastores.

Nosotros solamente les echamos en cara el crimen de cisma, en que todos están enteramente involucrados, no los crímenes de individuos particulares, que algunos de ellos responden que les desagradan. Ellos, en cambio, si no nos echan en cara crímenes ajenos, no tienen qué reprocharnos, y así no pueden en absoluto defenderse del crimen de cisma, ya que, sea por las falsas culpas inventadas por ellos, sea por las verdaderas pero que pertenecían a la paja, ellos se han separado con malvado desgarrón de la era del Señor y de la inocencia del trigo que crece en el orbe entero.

Acusación de maniqueísmo

XXVI. 28. Quizá esperáis de mí que refute también lo que insertó de paso acerca de Manes. Sólo me desagradan lo escrito en que apenas se atrevió a criticar, con censura ligerísima y casi nula, un error tan pestilente y pernicioso cual es la herejía de los maniqueos, herejía que la Iglesia católica rebate con las pruebas tan sólidas de la verdad. Porque la heredad de Cristo establecida entre todos los pueblos está bien segura frente a todas las herejías desheredadas. Aunque, como dice el Señor: *¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás?*³² Así también, cómo puede el error de los donatistas destruir el error de los maniqueos?

El argumento clave: comportamiento con los maximianistas

XXVII. 29. En fin, amados míos, aunque hay muchas maneras de desbaratar este error, y no osa resistir a la verdad con argumento alguno racional, sino solamente por su pertinacia descarada, no quiero, sin embargo, recargar vuestra memoria con multitud de documentos; retened solamente este hecho de los maximianistas, clavádselo en su frente, apretádselo bien contra sus bocas para reprimir sus lenguas engañosas, servíos de él como de un dardo tridente y despedazad con él su calumnia como bestia de tres cabezas.

Nos reprochan la entrega, nos reprochan la persecución, nos reprochan el falso bautismo; responded a todo sólo con el argumento de los maximianistas. En efecto, ellos piensan que está oculto el que sus antepasados entregaron los libros sagrados a las llamas; pero el sacrilegio del cisma supera el crimen de la entrega: recibieron ellos con honor a los maximianistas manchados con el sacrilegio del cisma. No pueden en verdad ocultar esto.

También piensan que están ocultas las persecuciones violentísimas que llevan a cabo contra todos donde pueden; pero la persecución espiritual supera a la corporal: ellos aceptaron con todos sus honores a los maximianistas, a los que persiguieron

corporalmente y de los cuales dijeron: *Veloces son sus pies para derramar sangre*. Esto no pueden en modo alguno ocultarlo.

La paz, violada por el cisma

XXVIII. Sólo queda la cuestión del bautismo, con la que engañan a los desdichados, y que ellos creen estar oculta: sin embargo, tras decir que no tienen el bautismo cuantos han sido bautizados fuera de la comunión de la única Iglesia, han recibido con todos los honores a los maximianistas junto con aquellos a quienes bautizaron fuera de su comunión. Esto no pueden en modo alguno ocultarlo.

30. "Pero esto, dicen ellos, hecho en bien de la paz, no mancha, y es bueno doblegar hacia la misericordia el rigor de la severidad, a fin de que las ramas desgajadas sean incorporadas de nuevo". Con lo cual queda bien claro que la causa está perdida para ellos y ganada por nosotros, ya que si se invoca, bajo cualquier forma de defensa, el nombre de la paz para tolerar en el cisma a los malos, queda violada sin duda, a través de la unidad del orbe católico, la paz verdadera con un cisma horrendo y sin defensa alguna.

Amor al hombre, odio al vicio

XXIX. 31. ¡Ea!, hermanos, retened todo esto para llevarlo a la práctica y predicarlo con incansable mansedumbre: amad a los hombres, destruid los errores, preciaos de la verdad sin soberbia, defended la verdad sin severidad, orad por los que tratáis de desmentir y convencer. Así ruega a Dios por esta clase de gente el profeta: *Cubre sus rostros de ignominia, y buscarán tu nombre, Señor*³³. Esto es ciertamente lo que ya hizo el Señor, cubrir clarísimamente sus rostros con la ignominia de los maximianistas. No queda sino que ellos aprendan a avergonzarse saludablemente. Así podrán buscar el nombre del Señor, de quien tan funestamente se apartaron, mientras pretenden ensalzar al suyo propio en lugar del nombre del Señor.

Vivid y perseverad en Cristo, amadísimos hermanos, multiplicaos y abundad en el amor de Dios, en el amor recíproco y en el amor a todos.

Libro II

El método

I. 1. He respondido ya bastante a la primera parte de la carta de Petiliano, que es lo único que pudimos tener a mano; bien lo recuerdan los que han podido leer u oír lo que hemos dicho. Pero más tarde los hermanos han logrado hacerse con ella entera, la han copiado y me la han enviado para que dé cabal respuesta a toda ella. No cabía rehuir este deber de mi pluma, no precisamente porque él diga algo nuevo, a lo que no se haya respondido ya muchas veces y de muchas maneras; pero como hay hermanos menos cultos, que no pueden aplicar exactamente a cada punto lo que han leído en otra parte, procuraré acomodarme a los que me fuerzan a responder a todas y a cada una de las cuestiones, alternando los discursos como si dialogáramos cara a cara.

Pondré bajo su nombre las palabras tomadas de su carta, y daré la respuesta bajo mi nombre, como si al actuar fueran tomadas por estenógrafos. De esta suerte nadie podrá quejarse de que yo he pasado algo por alto o de que él no ha podido entender por no distinguir las personas; a la vez, también los mismos donatistas, que no quieren discutir delante de nosotros, no podrán eludir, mediante las cartas dirigidas a los suyos, la verdad que responde a cada una de sus afirmaciones; ni más ni menos como si hablaran cara a cara con nosotros.

2. Al principio mismo de su carta dice Petiliano: "Petiliano, obispo, a los amadísimos hermanos copresbíteros y diáconos, constituidos en la diócesis como ministros del santo Evangelio junto con nosotros: la gracia y la paz a vosotros de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo".

3. Agustín responde: Reconozco el saludo apostólico. Tú verás lo que quieres decir; eso sí, debes tener en cuenta dónde has aprendido lo que dices. Esa es la manera de saludar Pablo a los romanos, a los corintios, a los gálatas, a los efesios, colosenses, filipenses, tesalonicenses. ¿Qué clase de locura es no querer intercambiar el saludo de la paz con estas iglesias, en cuyas epístolas aprendiste el saludo pacífico?

El bautismo es de Cristo

II. 4. Dice Petiliano: "Nos reprochan la rebautización quienes bajo el nombre del bautismo han manchado sus almas con un bautismo culpable: todas las inmundicias son ciertamente más limpias que sus suciedades, y debido a su malicia perversa, lograron mancillarse con su propia agua".

5. Contesta Agustín: Ni estamos manchados con nuestra propia agua ni somos purificados con la vuestra; el agua del bautismo, cuando se da a alguien en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo no es ni nuestra ni vuestra, sino de aquel de quien dijo San Juan: *Sobre quien veas que baja el Espíritu como una paloma y que queda sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo*¹.

Nos da garantías la conciencia de Cristo

III. 6. Petiliano: "La conciencia del que lo da es la que se ha de tener en cuenta para que purifique a la del que lo recibe".

7. Agustín: Sobre la conciencia de Cristo estamos bien seguros. En cambio, si se trata de cualquier hombre, será incierta la purificación del que recibe, ya que es incierta la conciencia del que bautiza.

Cristo no es infiel

IV. 8. Petiliano: "Pues quien recibe la fe de quien no la tiene, no recibe la fe, sino la culpa".

9. Agustín: No es infiel Cristo, de quien el hombre fiel recibe la fe, no la culpa. El fiel cree en efecto en el que justifica al impío, a fin de que su fe le sea contada como justicia.

Regenera Cristo, no el hombre

V. 10. Petiliano: "Todo ser tiene su fundamento en su origen y en su raíz, y si algo no tiene cabeza es nada, y nada puede regenerar bien, si no está regenerado por buena semilla".

11. Agustín: ¿Por qué quieres ponerte tú en lugar de Cristo, si no quieres someterte a él? Él es el origen, la raíz y la cabeza del que nace, respecto al cual no tememos, como de cualquier hombre, que sea fingido y detestable; que crezcamos de detestable raíz; que nos modelemos conforme a una cabeza detestable. ¿Qué hombre, en efecto, puede estar seguro del hombre si está escrito: *Maldito quien pone su esperanza en el hombre?*²

En cambio, la semilla que nos regenera es la palabra de Dios, esto es, el Evangelio, y por eso dice el Apóstol: *He sido yo quien, por el Evangelio, os he engendrado en Cristo Jesús*³. Sin embargo, aun a los que no lo anuncian castamente les permite él anunciarlo, y se alegra en ello, porque, aunque no lo anunciaban castamente al buscar sus intereses, no los de Jesucristo, era sin embargo casto lo que anunciaban. Ya el Señor había dicho de algunos de éstos: *Haced, pues, y observad lo que os digan, pero no imitéis su conducta, porque ellos dicen y no hacen*⁴.

Por consiguiente, si se anuncia castamente lo que es casto, aun el mismo anunciador, al asociarse a la palabra, coopera a la regeneración del creyente; mas si él no es regenerado, pero es casto lo que anuncia, nace el creyente no de la esterilidad del ministro, sino de la fecundidad de la verdad.

El ministro no transmite ni su pecado ni su santidad

VI. 12. Petiliano: "Siendo esto así, hermanos, ¿cuál no será la salida de tono del que pretenda hacer inocente a otro si él está cargado de culpas, cuando dice el Señor: *Todo árbol bueno da buenos frutos, y todo árbol malo da frutos malos? ¿Acaso se recogen uvas de los espinos?*"⁵ Y también: *Todo hombre bueno saca el bien del tesoro de su corazón, y el hombre malo saca el mal del tesoro de su corazón*"⁶.

13. Agustín: El hombre, aunque no sea reo de falta alguna, no puede hacer inocente a otro, ya que no es Dios. De lo contrario, si la inocencia del bautizado dependiera de la inocencia del que bautiza, resultaría que uno sería tanto más inocente cuanto más inocente fuera el bautizante, y tanto sería menor su inocencia cuanto menor fuera la del que le bautiza. Y si se diera el caso de que quien bautiza tiene odio a alguien, se le imputaría ese odio al bautizado. Y, entonces, ¿para qué acude el desgraciado al bautismo: para que se perdonen sus pecados o para que se le atribuyan los ajenos? O ¿para que -como la nave del mercader- descargue unos y cargue otros?

Por el árbol bueno y su fruto bueno, así como por el árbol malo y su mal fruto, sabemos entender los hombres la obras de cada uno, como se demuestra en las palabras citadas también por ti en seguida: *Todo hombre bueno saca el bien del buen tesoro de su corazón, y el hombre malo saca el mal del mal tesoro de su corazón*⁷. Pero cuando uno predica la palabra de Dios o administra el sacramento de Dios, no predica o administra de lo suyo, si es malo, sino que será adscrito a aquellos de quienes se dijo: *Haced y observad lo que os digan, pero no imitéis su conducta*⁸. Dicen realmente lo que es de Dios, pero hacen lo que es propio suyo. Y si es como tú dices, o sea, que los bautizados se consideran como fruto de los que los bautizan, anunciáis tremenda catástrofe a África, si han surgido tantos Optatos cuantos Optato bautizo.

Interpretación de Si 34, 25

VII. 14. Petiliano: "También se dice: *A quien es bautizado por un muerto, no le aprovecha su lavado*"⁹. No entiende aquí por bautizante a un cuerpo muerto, sin vida, ni el cadáver de un hombre groseramente presentado, sino al que no tiene el Espíritu de Dios, que por eso se compara con el muerto, como lo manifiesta en otro lugar a un discípulo. Testifica el Evangelio que dijo un discípulo suyo: *Señor, déjame ir a enterrar a mi padre. Dícele Jesús: Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos*¹⁰.

El padre del discípulo no estaba bautizado, adjudicó el pagano a los paganos. Si no hubiera dicho esto referido a los infieles, un muerto no puede sepultar a otro muerto. No se trata, pues, de un muerto de cierta muerte, sino de uno herido en su vida. El que vive de tal suerte que se computa entre los reos está atormentado por una vida muerta. De consiguiente, ser bautizado por un muerto es recibir la muerte, no la vida.

Hemos de tratar y decir hasta qué punto el *traditor* es considerado como privado de la vida. Está muerto quien no mereció nacer con el bautismo verdadero, y de manera semejante está muerto el que, engendrado por un bautismo legítimo, se mezcló luego con el *traditor*. Ninguno de los dos tiene la vida del bautismo, ni el que jamás la tuvo, ni el que la tuvo y la perdió. Así dice el Señor Jesucristo: *Vendrán sobre él siete espíritus peores, y aquel hombre estará peor que antes*¹¹.

15. Agustín: Investiga con mayor diligencia qué es lo que se ha dicho y cómo se ha de

entender el testimonio que has aducido de la Escritura. Es manifiesto que místicamente suele llamarse muertos a todos los inicuos; pero Cristo, cuyo bautismo, que por los vicios de los hombres llamáis falso, es verdadero, está sentado vivo a la diestra del Padre y no morirá ya por la debilidad de la carne y *la muerte no tendrá ya señorío sobre él*¹². El bautizado con su bautismo no es bautizado por un muerto; y si sus ministros, como operarios falsos, buscan sus intereses y no los de Jesucristo, y no anuncian castamente su Evangelio, y predicán a Cristo por emulación y envidia, han de ser tenidos por muertos merced a su iniquidad; pero el sacramento del Dios vivo no desaparece ni aun en un muerto. En efecto, muerto estaba aquel Simón bautizado por Felipe en Samaría, el cual quería comprar por dinero el don de Dios, y sin embargo vivía para castigo suyo el bautismo que tenía.

16. Extremadamente falso es lo que dices: "Ninguno de los dos tiene la vida del bautismo, ni el que jamás la tuvo, ni el que la tuvo y la perdió". Puedes percibir esto en que los que apostatan después del bautismo y vuelven por la penitencia, no reciben de nuevo el bautismo, que recibirían si lo perdieran.

¿Cómo es que bautizan vuestros muertos según ese modo de entender vuestro? ¿Acaso no están muertos los ebrios, para no hablar de otras cosas y decir lo que es conocido de todos y sucede todos los días? Ya lo dice de la viuda el Apóstol: *La que está entregada a los placeres, aunque viva, está muerta*¹³. Tampoco te habrás olvidado de lo que tan elocuentemente dijisteis en vuestro famoso concilio: "A semejanza de los egipcios llenas están las riberas de los cadáveres de muertos, que reciben mayor castigo en la misma muerte, ya que tras ser arrancada el alma por las aguas vengadoras, no encuentran ni siquiera sepultura".

Sin embargo, ahí tenéis el caso de uno de ellos, Feliciano, que vosotros sabréis si ha revivido; cierto que con vosotros tiene dentro a los que, estando él muerto fuera, había bautizado. Por consiguiente, como es bautizado por un vivo el que es bañado por el bautismo de Cristo vivo, de la misma manera es bautizado por un muerto quien es bañado por el bautismo del muerto Saturno o de cualquier otro.

Así, entre tanto podemos decir rápidamente cómo pueden entenderse sin perjuicio de ninguno de los nuestros las palabras que habéis expresado. Tomadas según lo pensáis vosotros, no tratáis tanto de libraros vosotros como de implicarnos a nosotros.

El ejemplo de Judas

VIII. 17. Petiliano: "Hemos de tratar, repito, y decir hasta qué punto el *traditor* carente de fe es considerado como privado de vida. Judas fue apóstol cuando entregaba a Cristo, y perdido el honor del apostolado, murió espiritualmente, para morir luego ahorcándose, como está escrito: *Me arrepiento, dijo; he entregado la sangre del Justo, y fue y se ahorcó*¹⁴.

El traidor pereció con la soga; dejó la soga a los que son como aquél, refiriéndose al cual clamó el Señor Jesús al Padre: *Padre, he guardado a todos los que me diste, y ninguno de ellos se perdió sino el hijo de la perdición, para que se cumpliese la Escritura*¹⁵.

Tiempo ha ya David había dictado esta sentencia contra el que había de entregar a Cristo a los infieles: *Que otro ocupe su cargo; queden sus hijos huérfanos y viuda su mujer*¹⁶. He aquí la grandeza del espíritu de los profetas: vio todas las cosas futuras como presentes, y así condenaba al traidor muchísimos siglos antes de nacer. Finalmente, para que se cumpliese dicha sentencia, recibió el santo Matías el puesto de este apóstol perdido. Por ello, que ningún necio, que ningún infiel entre en discusiones. Matías no causó injusticia alguna, sino que obtuvo un triunfo al lograr por la victoria de Cristo el Señor los despojos del traidor.

Tras este hecho, ¿cómo puedes reivindicar el episcopado, heredero de un traidor todavía más malvado? Judas entregó a Cristo en su cuerpo; tú con un furor espiritual has entregado el Evangelio santo a las llamas sacrílegas. Judas entregó el legislador a los infieles; tú has entregado a los hombres para que destruyesen la ley de Dios, que era como sus restos. Si amaras la ley, como los jóvenes Macabeos, te dejarías matar por las leyes de Dios, si es que se puede llamar muerte de los hombres a la que los hizo inmortales al morir por el Señor. Efectivamente, uno de aquellos hermanos increpó al tirano sacrílego con este grito de fe: *Tú, criminal e impío, nos privas de la vida presente, pero el Rey del mundo, que reina para siempre y cuyo reino no tendrá fin, a nosotros que morimos por sus leyes nos resucitará a una vida eterna* ¹⁷.

Si entregaras a las llamas el testamento de un difunto, ¿no serías castigado como un falsario? ¿Qué será, pues, de ti, al haber quemado la ley santísima de Dios, tu Juez? Judas, al menos en la muerte, se arrepintió de su obra; tú no sólo no te arrepientes, sino que como el *traidor* más perverso has sido perseguidor y verdugo para nosotros, que observamos la Ley".

18. Agustín: Mira la diferencia que hay entre vuestras voces maldicientes y nuestras verídicas afirmaciones. Atiende un poco. Has exagerado el crimen de la entrega, y con palabras rebosantes de animosidad, cual improvisador elocuente, nos has comparado con Judas el hijo de la perdición.

Yo te respondo a eso con poquísimas palabras: "Yo no he hecho lo que dices; yo no he entregado los libros; acusas falsamente, jamás podrás demostrar eso". ¿No se disipará acaso de pronto toda esa humareda de desmedidas palabras? ¿O intentarás acaso demostrarlo? Deberías hacer esto primero; luego podrías lanzar el cúmulo de invectivas que te pluguiera contra nosotros como convictos. Claro, esto es una ilusión; vamos a ver otra.

19. Tú mismo, al hablar de la anunciada condenación de Judas, dijiste: "He aquí la grandeza del espíritu de los profetas, que vio las cosas futuras como presentes, y por eso condenaba al traidor muchísimo antes de nacer". Y no viste que la misma profecía, con una verdad firme, cierta e inconcusa, que anunció que un discípulo había de entregar a Cristo, predijo también que el mundo entero había de creer en Cristo. ¿Por qué paraste la atención en la profecía del hombre que entregó a Cristo, y no la paraste sobre el orbe por el cual se entregó Cristo? ¿Quién entregó a Cristo? Judas. ¿A quién lo entregó? A los judíos. ¿Qué es lo que le hicieron los judíos? Dice: *Han taladrado mis manos y mis pies, y han contado todos mis huesos. Ellos me miran y contemplan. Se han repartido mis vestidos, y han echado suertes sobre mi túnica* ¹⁸. Lee un poco después en el mismo salmo qué valor tiene lo que se compró a tal precio: *Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y se postrarán delante de él todas las familias de las gentes, porque del Señor es el reino y él dominará a las gentes* ¹⁹.

¿Quién será capaz de mencionar el resto de innumerables documentos proféticos acerca del orbe que había de llegar a la fe? Tú ensalzas la profecía porque miras en ella al hombre que entregó a Cristo, pero no ves en ella la posesión que adquirió Cristo cuando fue vendido. Aquí tienes otra ilusión; escucha la tercera.

20. Entre la multitud de tus invectivas dijiste: "Si entregaras a las llamas el testamento de un difunto, ¿no serías castigado como un falsario? ¿Qué será, pues, de ti, que quemaste la ley santísima del juez divino?" Al decir esto no tuviste en cuenta una observación interesante que debería conmoverte: ¿Cómo pudo ser que nosotros, quemando el Testamento, permaneciésemos en la misma heredad que se describe en ese Testamento, y en cambio vosotros habéis ofrecido el contraste de conservar el Testamento y perder la heredad? ¿No está escrito, en efecto, en ese Testamento: *Pídeme, y te daré las gentes*

*en heredad y en propiedad los confines de la tierra?*²⁰ Entra en comunión con esta heredad y repróchame lo que te parezca sobre el Testamento. ¿Qué clase de demencia es que no quieras entregar el Testamento a las llamas a fin de pelear contra las palabras del testador?

Nosotros, en cambio, tenemos las actas eclesiásticas y municipales, en que leemos que los *traditores* de los divinos códigos fueron más bien los que ordenaron otro obispo contra Ceciliano; y, sin embargo, no os propinamos insultos e invectivas, ni lloramos las cenizas de las sagradas páginas en vuestras manos, ni enfrentamos los ardientes tormentos de los Macabeos a la hinchazón de vuestro sacrificio cuando decís: "Debierais entregar al fuego más bien vuestros miembros que las palabras de Dios". Pues no queremos ser tan necios que por faltas ajenas que ignoráis o reprobáis suscitemos contra vosotros un fútil estrépito.

A vosotros, en cambio, os vemos separados de la comunión del orbe entero; el crimen es en extremo alarmante, manifiesto, y de todos vosotros: si intentara magnificarlo, me faltaría antes tiempo que palabras. Y si tú quieres defender esto, ¿osarás lanzar contra el orbe entero los reproches que de merecer ser lanzados suscitarían mayores acusaciones contra ti, y de no merecerlo, te quedarías tú sin defensa? ¿Por qué, pues, te enardeces contra mí sobre una entrega que no es mía ni tuya, si permanece el pacto de no reprocharnos los hechos ajenos, y que si no permanece, es más bien tuya que mía? Bien que, permaneciendo aquel pacto, pienso que puedo decir con toda justicia que debe ser tenido como cómplice del que entregó a Cristo quien no se entregó a Cristo con todo el orbe. Dice el Apóstol: *Sois descendencia de Abrahán, herederos según la Promesa*²¹. Y dice también: *Herederos de Dios y coherederos de Cristo*²². Y demuestra él mismo que la descendencia de Abrahán se extiende a todas las naciones según lo que se dijo a Abrahán: *En tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra*²³.

Por esto pienso que es justo lo que pido, esto es, que consideremos un poco el Testamento de Dios, que está abierto ya tiempo ha, y tengamos por heredero del que entregó los libros sagrados a quien no encontremos como coheredero del Cristo entregado; que pertenezca al vendedor de Cristo quien niega a Cristo como redentor del orbe. Es claro: cuando después de su resurrección se apareció a sus discípulos, y al dudar ellos les presentó los miembros para que los tocaran, les dijo: *Está escrito que convenía que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y que se predicase en su nombre la penitencia y remisión de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén*²⁴.

¡He aquí la heredad de que os habéis privado, he aquí el heredero al que ofrecéis resistencia! ¿Es que podría perdonar a Cristo cuando caminaba en la tierra quien le contradice ya sentado en el cielo? ¿No entendéis aún que cuanto nos reprocháis a nosotros lo reprocháis a su palabra? Se promete un mundo cristiano y se le da crédito; se cumple la promesa y se le contradice. Pensad, por favor, qué es lo que debíais haber soportado por impiedad tan enorme; y sin embargo, no sé si habéis soportado algo; no lo he visto, y por mi parte no lo he hecho. Tú al menos, que hoy no sufres la violencia de mi persecución, ríndeme cuentas de tu separación. Pero tú seguirás diciendo una y otra vez, y muchas veces, cosas que, si no las demuestras, a nadie incumben, y si las demuestras, no me incumben personalmente.

Los pecados personales no afectan a la descendencia de Abrahán

IX. 21. Petiliano: "Rodeado como tú estás de semejantes culpas, no puedes ser verdadero obispo".

22. Agustín: ¿De qué culpas? ¿Cuáles has enseñado, cuáles has demostrado? Aunque

hubieras demostrado las de no sé quiénes, ¿qué tiene que ver esto con la descendencia de Abrahán, en el que son bendecidas todas las naciones?

No toda persecución es condenable

X. 23. Petiliano: "¿Han perseguido los apóstoles a alguien, o ha entregado Cristo a alguien?"

24. Agustín: Podría contestar que el mismo Satanás es peor que todos los hombres malos, y, sin embargo, le entrega a él el Apóstol a un hombre *para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu se salve en el día del Señor*²⁵, y también a otros, de quienes dice: *A quienes entregué a Satanás, para que aprendiesen a no blasfemar*²⁶. También el Señor Jesús expulsó del templo a golpe de látigo a los malvados mercaderes, y está relacionado este hecho con el testimonio de la Escritura que dice: *El celo por tu casa me consume*²⁷.

Aquí tenemos al apóstol que entrega, a Cristo que persigue. Podría decirte a ti estas cosas y ponerte en grandes dificultades, hasta que te vieras obligado a buscar, no las quejas de los que sufren, sino el espíritu de los causantes de esos sufrimientos. Pero no te preocupes por esto; no quiero decir eso, digo que nada tiene que ver la descendencia de Abrahán, que está en todas las naciones, con lo que pudiera haberos molestado a vosotros la paja de la mies del Señor, mies que se encuentra en todas las naciones.

Vosotros, por consiguiente, explicad vuestra separación, pero prestad primero atención a qué clase de individuos tenéis y que no queréis os lo echen en cara, y ved la iniquidad con que obráis al reprocharnos a nosotros los hechos ajenos, aunque demostréis vuestras afirmaciones. Según esto, no habrá motivo alguno para vuestra separación.

Filiación espiritual

XI. 25. Petiliano: "Pero dirán algunos: 'No somos hijos del traidor'. Sin embargo, cada uno es hijo de aquel cuya conducta sigue. En efecto, son hijos bien seguros y semejantes a sus padres los engendrados semejantes a ellos, no por esta carne mortal y esta sangre, sino por las costumbres y las obras".

26. Agustín: Hasta el presente nada decías contra nosotros; ahora ya comienzas a decir algo a favor nuestro. Tu afirmación te obliga a reconocer esto: si no demuestras que nosotros, con quienes hoy tratas, somos *traditores* y homicidas o cosa semejante de que nos acuses, no podrá perjudicarnos en absoluto cualquier inculpación que demuestres han tenido los que nos han precedido en el tiempo; pues no podemos ser hijos de quienes tanto diferimos en los hechos.

Mira hasta qué punto te has aventurado. En efecto, si llegas a convencer de alguna culpa semejante a algún contemporáneo nuestro y que vive con nosotros, en modo alguno puede perjudicar a todas las naciones que son bendecidas en la descendencia de Abrahán, y, en cambio, al separarte de ellas, te encuentras en la categoría de sacrílego.

Por eso -cosa que no puede suceder- no te es lícito reprochar al mundo entero de los santos no sé qué clase de antepasados -a los cuales ves como semejantes-; no puedes reprocharle eso, digo, si no conoces a todos los que existen en el mundo entero, y no sólo has aprendido sus costumbres y sus hechos, sino que has demostrado ser tan malos esos hechos como dices.

Ni te servirá para nada, aunque pudieras demostrar que los que no son tales toman parte en los mismos sacramentos comunes con los que lo son: en primer lugar, porque debéis mirar bien vosotros con quiénes los celebráis, a quiénes se los dais, de quiénes los recibís, y no queréis que se os echen en cara éstos. En segundo lugar, si cuantos imitan sus hechos han de ser considerados como hijos de Judas, que fue un diablo entre los

apóstoles, ¿por qué no hemos de llamar hijos de los apóstoles a los que participan no en las obras de esos pecadores, sino en los sacramentos del Señor, lo mismo que los apóstoles tomaron parte en la cena del Señor con aquel traidor? Por ello son tan diferentes de vosotros, porque conservando estos hombres la unidad, vosotros les reprocháis lo que hacéis vosotros habiendo roto esa misma unidad.

Otro argumento donatista en favor de los católicos

XII. 27. Petiliano: "De sí mismo les dijo el Señor Cristo a los judíos: *Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis*"²⁸.

28. Agustín: Ya respondí antes: esto es verdadero y además en favor nuestro y en contra de vosotros.

Los hijos del diablo

XIII. 29. Petiliano: "Con frecuencia reprocha a los falsarios y mentirosos con estas palabras: *Vosotros sois hijos del diablo. Este fue acusador desde el principio, y no se mantuvo en la verdad*"²⁹.

30. Agustín: Nosotros no solemos leer: *Este fue acusador*, sino: *Este fue homicida*. Indagamos cómo fue homicida el diablo desde el principio, y encontramos que dio muerte al primer hombre no sacando la espada o aplicando alguna fuerza física, sino convenciéndole que pecase y haciéndole salir de la felicidad del paraíso. Lo que era entonces el paraíso lo es ahora la Iglesia. Son, pues, hijos del diablo los que matan a los hombres llevándolos fuera de la Iglesia. Y como por las palabras de Dios sabemos dónde estuvo situado el paraíso, así conocemos por las palabras de Cristo dónde está la Iglesia. Dice: *En todas las naciones, comenzando por Jerusalén*³⁰. Quien separa de esta totalidad a un hombre hacia cualquier parte, queda convicto como hijo del diablo y homicida.

Mira ahora a quiénes se aplica la frase que pusiste al decir del diablo: *Él fue acusador y no se mantuvo en la verdad*. Acusáis al orbe entero de los crímenes de algunos, a quienes lograsteis más bien acusar que dejar convictos, y no permanecisteis en la verdad de Cristo. En efecto, él habla de la Iglesia extendida por todas las naciones comenzando por Jerusalén, y vosotros la situáis en el partido de Donato.

Quiénes son los perseguidores

XIV. 31. Petiliano: "Por vez tercera señala con las siguientes palabras la demencia de los perseguidores: *¡Raza de víboras! ¿Cómo vais a escapar a la condenación de la gehenna? Por eso, mirad: os voy a enviar a vosotros profetas, sabios y escribas: a unos los mataréis y los crucificaréis, a otros los azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que recaiga sobre vosotros toda la sangre de los justos derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el santuario y el altar*"³¹. ¿Acaso son realmente hijos de víboras según la carne y no más bien serpientes por la mente, flageladores con su malicia trilingüe, con su contacto mortífero y su soplo venenoso? Auténticas serpientes han llegado a ser quienes con sus mordiscos han vomitado la muerte sobre los pueblos inocentes".

32. Agustín: Si yo dijera que esas cosas se han referido a personas como vosotros, me responderíais: "Demuéstralo". Pues qué, ¿tú lo has demostrado? Claro que si piensas que la demostración consiste en decirlo, no es necesario repetir las mismas cosas. Léelas en tu favor y nosotros las leeremos contra vosotros: ahí tienes mi prueba también, si probar consiste en eso.

Pero aprende en qué consiste una prueba. No solicito yo documentos de fuera para

demostrar que sois víboras. Realmente bien viperino es no tener en la boca la solidez de la verdad, sino el veneno de la maledicencia, según está escrito: *El veneno de las víboras se esconde en sus labios*. Pero como esto puede aplicarlo cualquiera contra cualquiera, como si le preguntaran a quiénes se refería, añadió a continuación: *A aquellos cuya boca está llena de maldición y amargura* ³².

Por tanto, cuando largáis semejantes inculpaciones sobre los hombres dispersos por el mundo entero, totalmente desconocidos de vosotros, y muchos de los cuales no han oído los nombres de Ceciliano ni de Donato, y ni siquiera los escucháis al responderos en silencio: "No se refiere a nosotros nada de lo que decís, no lo hemos visto, no lo hemos oído, ignoramos completamente de qué habláis", vosotros, que no tratáis de decir sino lo que no podéis demostrar, ¿no debéis aplicaros aquello de que vuestra boca está llena de maldición y amargura? Considera ya si podéis demostrar que no sois vosotros las víboras si no demostráis que todos los cristianos de todas las naciones son *traditores* y homicidas y no cristianos.

Aún más, aunque pudierais conocer y poner de manifiesto las vidas y hechos de cada uno de los hombres esparcidos por todo el mundo, sin embargo, al lanzar temerariamente estas inculpaciones antes de comprobarlas es viperina vuestra lengua, vuestra boca está llena de maldición y amargura. Mostrad ya, si podéis, a qué profeta, a qué sabio, a qué escriba hemos dado muerte y crucificado y flagelado en nuestras reuniones. Fijaos en el trabajo inmenso que habéis empleado sin poder probar en modo alguno que Donato y Márculo fueron profetas o sabios o escribas, ya que no lo fueron. Aunque pudierais probarlo, ¿qué haríais para probar que nosotros hemos dado muerte a los que no hemos conocido, y cuánto menos el orbe entero al que maldecís con vuestra boca venenosa? O también, ¿cómo podéis demostrar que nosotros tenemos un ánimo semejante al de los asesinos de aquellos que ni siquiera podéis demostrar que hallaron la muerte a manos de alguien? Prestad atención a todo esto, ved si podéis demostrar algo de esto acerca del orbe de la tierra o a ese mismo orbe, y como no dejáis de maldecirle, demostráis ser verdadero en vosotros lo que falsamente lanzáis contra ellos.

33. Por otra parte, si quisiéramos demostrar que vosotros sois los asesinos de los profetas, no necesitamos divagar mucho para recoger en cada lugar los estragos que los frenéticos jefes de vuestros circunceliones y las mismas catervas de los vinolentos y furiosos han producido desde el principio de vuestro cisma y no cesan de producir.

Voy a tratar de cuestiones a la mano. Preséntense los divinos oráculos que nosotros y vosotros manejamos: consideremos como asesinos de los profetas a quienes encontremos que se oponen a los oráculos de los profetas. ¿Qué se puede decir con mayor brevedad y demostrar con mayor rapidez? Obraríais con mayor suavidad traspasando con las espadas las entrañas de los profetas que intentando aniquilar con la lengua las palabras de los mismos. Dice el profeta: *Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra* ³³. Se está haciendo realidad, se está cumpliendo. Pero vosotros no sólo cerráis vuestros oídos incrédulos a lo que se dice, sino que llegáis a sacar vuestras lenguas contra todo lo que se va haciendo realidad. Escuchó Abrahán la promesa: *Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra; y creyó y le fue contado como justicia* ³⁴.

Vosotros veis el hecho y protestáis, y no queréis que os sea contado como injusticia lo que se contaría justamente, aunque os negarais a creer no ya el hecho, sino hasta que se ha dicho. Más aún, no sólo no queréis que os sea contado como injusticia, sino que hasta queréis que se os cuente como justicia lo que soportáis por esta impiedad.

Pero si no son persecuciones de los profetas las que se llevan a cabo, no con la espada, sino con la palabra, ¿por qué se dijo por boca de Dios: *Hijos de los hombres: sus dientes*

son lanzas y saetas; su lengua, una espada afilada? ³⁵

Y ¿cuándo lograré reunir los testimonios de todos los profetas acerca de la Iglesia extendida por todo el mundo, que vosotros intentáis aniquilar y extinguir con vuestra contradicción? Pero estáis bien atrapados. Oíd: *Su pregón sale por toda la tierra y sus palabras hasta los confines del orbe* ³⁶. Y, sin embargo, voy a recoger uno solo de boca del Señor, que es testigo de los testigos: *Era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los profetas y en los salmos acerca de mí* ³⁷. Él mismo indica de qué se trata: *Y entonces abrió sus inteligencias para que comprendiesen las Escrituras, y les dijo: Así está escrito y así convenía que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos y que se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén* ³⁸.

Esto es lo que está escrito del Señor en la Ley, en los profetas y en los salmos; esto es lo que manifestó el mismo Señor sobre sí y sobre su Iglesia, mostrándose a sí mismo y anunciándola a ella. Qué haríais vosotros que resistís a testimonios tan claros y, como no podéis destruirlos, intentáis desfigurarlos? ¿Qué haríais vosotros si encontrarais los miembros de los profetas, vosotros que de tal suerte os enfurecéis contra sus palabras, que no escucháis al Señor, cumplidor, manifestador, expositor de los profetas? Efectivamente, en cuanto está a vuestro alcance, le golpeáis a él mismo cuando no cedéis ante él.

Salmo 13, 3-4: a quién se aplica

XV. 34. Petiliano: "También de vosotros habla David cuando dice, refiriéndose a los perseguidores: *Su garganta es un sepulcro abierto; obraban dolosamente con sus lenguas; el veneno de áspides en los labios de aquellos cuya boca está llena de maldición y amargura; sus pies son rápidos para derramar sangre; la aflicción y la desgracia está en sus caminos, y no conocieron el camino de la paz; no existe el temor de Dios ante sus ojos. ¿No se darán cuenta todos los que obran la iniquidad, los que devoran a mi pueblo como si fuese pan?*" ³⁹

35. Agustín: Sepulcro abierto es la garganta de los donatistas, de la cual exhalan la mortalidad de sus mentiras; porque *la boca mentirosa da muerte al alma* ⁴⁰. Si no hay nada más verdadero que lo que dijo Cristo, que su Iglesia se extiende a todas las gentes comenzando por Jerusalén, no hay nada más mentiroso que vuestra forma de hablar: "en el partido de Donato". Son lenguas engañosas las de quienes conociendo sus propias obras, no sólo se tienen por hombres justos, sino hasta por justificadores de los hombres, puesto que de uno solo se ha dicho: *Aquel que justifica al impío, y que es justo y justificador* ⁴¹.

Ya hemos dicho bastante sobre el veneno del áspid y de la boca llena de maldición y amargura. También dijisteis que los maximianistas tienen los pies veloces para derramar sangre. Testimonio de ello es la sentencia de vuestro concilio plenario tantas veces citada por las actas proconsulares y municipales. Y, sin embargo, ellos, por lo que hemos oído, no causaron la muerte corporal a nadie. Os habéis dado cuenta, pues, de que también procurando una muerte espiritual derrama la sangre de las almas la espada del cisma, cosa que habéis condenado en Maximiano. Ved si no son veloces vuestros pies para derramar sangre, cuando separáis a los hombres de la unidad de todo el mundo, si habéis dicho esto justamente contra los maximianistas, porque separaron a algunos del partido de Donato.

¿No conocemos acaso el camino de la paz nosotros que procuramos *conservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz* ⁴², y la conocéis en cambio vosotros que habéis resistido a las palabras de Cristo a sus discípulos después de la resurrección? Palabras

tan pacíficas que comenzaban con *la paz sea con vosotros*⁴³. Y habéis resistido a tales palabras con tal petulancia, que se os demuestra no haber dicho sino: "Lo que tú has dicho de la unidad de todas las naciones es falso, y es verdadero lo que nosotros afirmamos del crimen de todas las naciones". ¿Cómo podrían decir esto si existiera el temor de Dios ante sus ojos? Ved, por consiguiente, si diciendo esto todos los días no intentáis asesinar a dentelladas como si fuera pan al pueblo de Dios extendido por el orbe de la tierra.

Quiénes son los lobos vestidos con piel de oveja

XVI. 36. Petiliano: "Nos amonesta también Cristo el Señor: *Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con disfraces de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis*"⁴⁴.

37. Agustín: Si te pregunto cuáles son los frutos por los que conoces que somos lobos rapaces, contestarás que son las faltas ajenas, que no han sido demostradas nunca ni aun en aquellos en que dices se encuentran. Pero si me preguntas tú por qué frutos más bien conocemos que sois vosotros los lobos rapaces, yo pongo ante tus ojos el crimen del cisma, que tú negarás, pero que yo demostraré al momento: pues no estás en comunión con todas las naciones ni con las iglesias fundadas con el trabajo apostólico.

A esto puedes replicar: "No estoy en comunión con los *traditores* y los homicidas". A lo cual te responde la descendencia de Abrahán: "Esas culpas o no son verdaderas o no son mías". Mas dejo de momento esta cuestión; muéstrame tú la Iglesia.

Ciertamente comenzará a sonar aquella voz que ya el Señor nos advirtió debíamos evitar en los seudoprofetos que hacen ostentación de su partido y se empeñan en apartarse de todos los demás: *Mirad, Cristo está aquí o allí*. Piensas que las ovejas de Cristo, a quienes se dijo: *No lo creáis*, han perdido el sentido hasta escuchar al lobo, que dice: *Aquí está Cristo*⁴⁵, y no al pastor, que dama: *En todas las naciones, comenzando por Jerusalén*⁴⁶.

Las acusaciones gratuitas vuelven contra su autor

XVII. 38. Petiliano: "Ni más ni menos, insolente perseguidor, a pesar del velo de bondad con que te cubres, a pesar del nombre de paz con que haces la guerra con tus besos, a pesar de la palabra de unidad con que tratas de seducir al género humano, hasta el presente engañas y defraudas, siendo verdaderamente hijo del diablo, delatando en tus costumbres a tu padre".

39. Agustín: Piensa que todo esto lo hemos dicho contra ti nosotros, y para que te des cuenta a quién se aplica con más propiedad, recuerda lo dicho antes.

Quiénes son falsos apóstoles

XVIII. 40. Petiliano: "No sorprende que te apropiés ilícitamente el nombre de obispo. Tal es la costumbre del diablo: engañar precisamente así, atribuyéndose el calificativo de santidad según lo proclama el Apóstol: *Nada tiene de extraño que el mismo Satanás se disfrace de ángel de luz y sus ministros de servidores de justicia*"⁴⁷. Nada de sorprendente, pues, que te apropiés falsamente el nombre de obispo. Así también aquellos ángeles perdidos, amantes de las doncellas del mundo, que al corromper la carne se corrompieron a sí mismos; aunque, despojados de sus virtudes divinas, habían dejado de ser ángeles, retienen, sin embargo, el nombre de ángeles y se tienen siempre por ángeles; aunque privados de la milicia divina pasaron a formar parte en el ejército del diablo hechos semejantes a él, proclamándolo así el gran Dios: *No permanecerá nunca mi espíritu en estos hombres, porque son carne*"⁴⁸.

A estos culpables, lo mismo que a vosotros, dice el Señor: *Id al fuego eterno preparado*

para el diablo y sus ángeles ⁴⁹. Si no hubiera ángeles malos, el diablo no tendría ángeles, a quienes el santo apóstol dice han de condenar los hombres santos en aquel juicio de la resurrección: *¿No sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?* ⁵⁰ Si fuesen ángeles verdaderos, no tendrían los hombres facultad para juzgar a los ángeles.

Así, también los sesenta apóstoles que, dejando a los doce con Cristo el Señor, se apartaron como apóstatas de la fe, todavía son tenidos como apóstoles ante ciertos hombres desgraciados, hasta tal punto que Manes y otros han enredado por su medio en variadas sectas diabólicas a muchas almas que no habían logrado atraer. Ciertamente, el desgraciado Manes, si fue apóstol en realidad, ha de ser contado entre aquellos sesenta, si su nombre de apóstol se encuentra entre los doce. En efecto, tras la elección de Matías para sustituir al traidor Judas, fue ordenado por elección de Cristo como decimotercero Pablo, que se cita a sí mismo como el último de los apóstoles, a fin de que nadie se considere apóstol después de él. Dice, en efecto: *Yo soy el último de los apóstoles; indigno del nombre de apóstol, por haber perseguido a la Iglesia de Dios* ⁵¹.

Y no os sintáis halagados vosotros con esta excusa: Hizo esto cuando era judío, aunque vosotros nos causáis esta persecución como si fuerais paganos. Ciertamente, vosotros nos hacéis la guerra injustamente a nosotros, que no podemos ofrecer resistencia. Pues vosotros queréis vivir dándonos muerte a nosotros, y en cambio nosotros tenemos por victoria el huir o ser matados".

41. Agustín: Tú verás cómo citas los testimonios de la Escritura y cómo los entiendes; son ajenos a la cuestión debatida. Con ellos sólo tratas de demostrar que hay obispos falsos, lo mismo que ángeles falsos y falsos apóstoles.

También nosotros sabemos que hay ángeles falsos, falsos apóstoles y obispos falsos, y, como dice el verdadero apóstol, *falsos hermanos* ⁵²; pero como todo esto puede ser reprochado mutuamente por unos y otros, se hace preciso demostrar algo, no hablar sin decir nada. Para ver a quién le cuadra la inculpación de engaño, debes recordar lo que he dicho antes y lo descubrirás, y de esa manera no apareceremos enojosos a los lectores repitiendo tantas veces las mismas cosas.

Por otra parte, ¿qué le afecta a la Iglesia difundida por todo el orbe cuanto has podido decir de su paja, que está con ella por todo el mundo, o lo que has dicho sobre Manes o restantes sectas diabólicas? Si no le afecta al trigo lo que se puede decir de la paja que aún está con él, ¿cuánto menos les afectarán a los miembros de Cristo esparcidos por todo el orbe los monstruos tan antigua y abiertamente de ellos desgajados?

Persecución y persecución

XIX. 42. Petiliano: "Cristo el Señor nos ordena: *Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra; y si también en ésta os persiguen, marchaos a otra. Yo os aseguro: no acabaréis de recorrer las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del hombre* ⁵³. Si nos previene frente a los judíos y paganos, no debes imitar tú, blasonando de cristiano, las crueldades de los gentiles. ¿O acaso servís a Dios con la intención de que sucumbamos a vuestras manos? Erráis, erráis, miserables, si pensáis esto; no tiene el Señor a los verdugos como sacerdotes".

43 Agustín: Este huir de una ciudad a otra ante la persecución no se ha ordenado o permitido a los herejes o cismáticos, que sois vosotros, sino a los predicadores del Evangelio, al cual vosotros resistís. Esto podemos probarlo fácilmente al encontraros en vuestras ciudades sin que nadie os persiga. Es preciso, pues, que os manifestéis, y deis cuenta de vuestra separación. En cierto modo se disculpa la debilidad de la carne cuando cede a la violencia de la persecución, pero no debe ceder de esa manera la verdad ante la falsedad.

Por consiguiente, si sufrís persecución, ¿por qué no dejáis las ciudades en que estáis a fin de cumplir lo que recordáis tomado del Evangelio? Y si no sufrís persecución, ¿por qué no queréis respondernos a nosotros? Si acaso teméis que vais a sufrir persecución por vuestra respuesta, ¿cómo imitáis a los predicadores a quienes se dijo: *Os envío como ovejas en medio de lobos*⁵⁴, y aún: *No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden dar muerte al alma?*⁵⁵ Y aún más, ¿no vais contra el precepto del apóstol Pedro, que dice: *Siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra fe y esperanza?*⁵⁶

Finalmente, ¿por qué os mostráis espontáneamente malvados con vuestras bandas violentísimas contra las iglesias católicas donde podéis, como se demuestra con innumerables ejemplos con la misma realidad? Decís que defendéis vuestros locales y os enfrentáis con garrotes y asesinatos a cuantos podéis. ¿Por qué no escucháis en esos momentos la voz del Señor, que dice: *Pero yo os digo: No hagáis frente al malvado?*⁵⁷

Cierto, puede suceder que alguna vez se resista con la fuerza corporal a los violentos sin quebrantar con ello el precepto del Señor que hemos oído: *Pero yo os digo: no hagáis frente al malvado;* y ¿por qué no ha de poder, sirviéndose de la fuerza ordenada y legítima, expulsar el piadoso al impío y el justo al injusto de las sedes que usurpan ilícitamente o retienen con ofensa de Dios? Tampoco sufrieron persecución los seudoprofetías de parte de Elías como la sufrió el mismo Elías de parte de rey tan injusto; ni porque el Señor fue flagelado por sus perseguidores se pueden igualar en cuanto a sus sufrimientos los que él mismo arrojó del templo a latigazos.

Por consiguiente, sólo os queda confesar que lo único que debéis indagar es si os habéis separado justa o impiamente de la comunión del orbe de la tierra. Pues si se descubre que habéis obrado impiamente, no debéis admiraros si no le faltan a Dios ministros para castigaros, ya que la persecución que soportáis no procede de nosotros, sino, como está escrito, *de vuestros mismos hechos*⁵⁸.

El simple sufrir persecución no es criterio válido

XX. 44. Petiliano: "De nuevo grita desde el cielo Cristo el Señor a Pablo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Es duro para ti dar coces contra el aguijón*⁵⁹. Se le llamó entonces Saulo, nombre que cambiaría más tarde el bautismo. Vosotros, en cambio, no veis que sea cruel perseguir a Cristo en sus sacerdotes, cuando el mismo Señor está clamando: *Guardaos de tocar a mis ungidos*⁶⁰. Calculad los cadáveres de los santos; otras tantas veces habéis matado al Cristo vivo. Finalmente, si no eres sacrílego, no puedes ser a la vez santo y homicida".

45. Agustín: Justificaos a vosotros mismos de la persecución que sufrieron de vuestra parte los que se separaron de vosotros con Maximiano, y en eso encontraréis nuestra defensa. Si decís que no fuisteis vosotros los que hicisteis esto, acudimos a las actas proconsulares y municipales. Si decís que obrasteis rectamente con ellos, ¿por qué os negáis a sufrir lo mismo vosotros?

Si decís: "Pero nosotros no causamos ningún cisma", investiguese esta cuestión, y hasta que no conste si es así, que nadie formule la acusación de perseguidores.

Si decís que ni siquiera los cismáticos deberían sufrir persecución, pregunto si no deben ser expulsados, por los poderes establecidos, de las basílicas, en las cuales tienden sus emboscadas para seducir a los débiles.

Si decís que no debe hacerse esto, devolved primero las basílicas a los maximianistas, y así podréis tratar con nosotros. Si decís que debe hacerse, examinad ya qué es lo que deben soportar de los poderes establecidos quienes al resistirles resisten a lo establecido

por Dios. Por eso dice claramente el Apóstol: *No en vano lleva la espada; es vengador para castigo del que obra mal* ⁶¹.

Y si averiguada con toda diligencia la verdad se descubriera que ni de parte de los tribunales públicos deben sufrir algo los cismáticos ni ser expulsados de los lugares de sus asechanzas y engaños, y dijereis que os desagrada que los maximianistas hayan sufrido esa persecución de algunos de los vuestros, ¿por qué no han de exclamar con mayor libertad los granos del Señor desde el campo del mismo Señor, esto es, desde todo el mundo: "Tampoco nos afecta a nosotros lo que hace nuestra paja, ya que nos desagrada?"

Si confesáis que os basta para vuestra justificación la displicencia que os causa el mal que hacen los vuestros, ¿por qué os habéis separado? Este es el origen de que os acuse vuestra misma defensa. En efecto, si no os separáis de los inicuos del partido de Donato porque cada uno lleva su carga, ¿por qué os habéis separado de los inicuos del mundo entero, a los que juzgáis así o fingís que lo son? ¿Acaso para llevar todos de modo semejante la carga del cisma?

46. A pesar de todo, os preguntamos: ¿Quiénes de los vuestros demostráis haber sido matados por nosotros? No recuerdo haya dado el emperador ley alguna ordenando vuestra muerte. Por lo que respecta a Márculo y Donato, sobre los cuales soléis fomentar vuestro mayor enojo, no se sabe -para hablar con cautela- si se precipitaron ellos mismos, como no cesáis de enseñar en cotidianos ejemplos, o si fueron precipitados por orden de alguna autoridad. Si es increíble que los jefes de los circunceliones se hayan dado a sí mismos unas muertes que les son tan habituales, ¡cuánto más increíble es que las autoridades romanas hayan ordenado unos suplicios tan ajenos a sus costumbres!

Si es verdad lo que decís sobre este asunto, que juzgáis tan odioso, ¿qué tiene que ver con el trigo del Señor? Que acuse la paja que voló fuera a la paja que quedó dentro; sólo en la última limpia podrá ser separada toda. Pero si es falso, ¿qué tiene de sorprendente que la paja llevada por un ligero viento de disensión persiga al trigo del Señor con falsas inculpaciones?

Por todo ello, sobre esas odiosas inculpaciones os responde con voz libre y segura el grano de Cristo que ha recibido la orden de crecer junto con la cizaña por todo el campo, por el mundo entero: "Si no probáis lo que decís, a nadie le afecta esto; pero si lo probáis, personalmente no me afecta". De donde se sigue que cuantos se han separado de esta unidad del grano por las culpas de la cizaña o de la paja, no pueden defenderse, por la misma falta de la disensión y el cisma, del crimen de homicidio, ya que dice la Escritura: *Quien aborrece a su hermano es homicida* ⁶².

El ejemplo de Pablo

XXI. 47. Petiliano: "Como hemos dicho, pues, el Señor Cristo gritó a Pablo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Es duro para ti dar coces contra el aguijón.* Le dijo Pablo: *¿Quién eres, Señor?* Y se le respondió: *Soy Cristo de Nazareth, a quien tú persigues.* Él entonces, temblando y estupefacto, dijo: *Señor, ¿qué quieres que haga?* Y el Señor a él: *Levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer.* Y un poco después: *Saulo se levantó del suelo, y aun con los ojos abiertos, no veía nada.* ¡Oh ceguera de los ojos, vengadora del furor, tú oscureces la luz del perseguidor, y sólo el bautismo te hará huir!

Veamos ya lo que hizo en la ciudad: *Fue Ananías, entró en la casa en que estaba Saulo, le impuso las manos y le dijo: Saulo, hermano, me ha enviado a ti el Señor Jesús, el que se te apareció en el camino por donde venías, para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Al instante cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista; se levantó y fue bautizado* ⁶³. Por consiguiente, si Pablo, liberado por el bautismo del crimen

de persecución, recobró la vista inocente, ¿por qué rehúas tú, perseguidor y traidor obcecado por un falso bautismo, ser bautizado por aquellos que tú persigues?"

48. Agustín: No demuestras que es perseguidor o *traidor* aquel a quien quieres bautizar de nuevo. Y aunque lo demostraras de alguno, no debe ser bautizado de nuevo el tal perseguidor y *traidor*, si ya ha sido bautizado con el bautismo de Cristo. Ciertamente Pablo tuvo que ser bautizado, pero porque no había sido bañado nunca en tal bautismo.

Por consiguiente, no se asemeja en nada a lo que tratáis con nosotros lo que te ha parecido bien traer a colación sobre Pablo. Pero si no hubieras aducido este pasaje, no habrías encontrado oportunidad para esa pueril declamación: "¡Oh ceguera de los ojos, vengadora del furor, a la que sólo el bautismo hará huir!" ¡Con cuánta mayor fuerza hay que exclamar contra vosotros: "¡Oh ceguera, vengadora del furor, que, no comparada con Pablo, sino con Simón, no se aparta de vosotros ni aun recibido el bautismo!" Pues si los perseguidores deben ser bautizados por los perseguidos, Primiano ha de ser bautizado por los maximianistas, a los que tan duramente persigió.

El ejemplo de Judas

XXII. 49. Petiliano: "Vosotros aducís constantemente aquel pasaje: Dijo Cristo a los apóstoles: *El que se ha bañado una vez no necesita lavarse sino los pies; está del todo limpio*. Si analizas cabalmente estas palabras, quedas preso de las que siguen, ya que el Señor habló así: *El que se ha bañado una vez no necesita lavarse sino los pies; está del todo limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos*⁶⁴. Dijo esto aludiendo a Judas, que le había de entregar. Por consiguiente, seas como seas, si te has hecho *traidor*, perdiste el bautismo.

En fin, después de la condenación del apóstol que entregó a Cristo, confirmó a los once con mayor plenitud: *Vosotros estáis ya limpios gracias a la palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, y yo en vosotros*⁶⁵. Y de nuevo dijo a estos once: *Os doy mi paz, os dejo mi paz*⁶⁶.

Estas palabras fueron dichas, según indicamos, a los once apóstoles después de la condenación del traidor; así vosotros, traidores como él, no tenéis la paz y el bautismo".

50. Agustín: Si el *traidor* ha perdido el bautismo, cualquiera de los bautizados por vosotros que se haya hecho después *traidor* debe ser bautizado de nuevo si quiere volver a vosotros. Si no hacéis esto, bien claramente indicáis ser falso el principio que ponéis: "Por consiguiente, seas como seas, si te has hecho *traidor*, perdiste el bautismo". Si, en efecto, lo perdió, debe recibirlo a su vuelta; pero si vuelve y no lo recibe, señal es que no lo había perdido.

Además, si se dijo a los apóstoles: *Vosotros ya estáis limpios*⁶⁷ y *mi paz os dejo*⁶⁸, porque había salido ya de allí el traidor, no era tan pura y pacífica aquella cena de sacramento tan grande, la cena que les dio a todos antes de salir aquél. Si os atrevéis a afirmar esto cerrando los ojos, ¿qué haremos sino exclamar más bien nosotros: "Oh ceguera vengadora del pudor, propia de quienes pretenden ser *maestros de la Ley*, como dice el Apóstol, *sin entender lo que dicen ni sobre quiénes lo afirman!*"⁶⁹

Si la ceguera de la pertinacia no se lo impidiera, no sería tan difícil comprender que no dijo el Señor estando presente Judas: "No estáis limpios aún", sino: *Vosotros ya estáis limpios*. Y añadió: *No todos*, porque se hallaba allí uno que no estaba limpio. Si éste mancillara a los demás con su presencia, no se les diría: *Vosotros ya estáis limpios*, sino, como dije, "aún no estáis limpios". Pero cuando hubo salido aquél, les dijo: *Vosotros ya estáis limpios*, sin añadir "pero no todos", porque había salido ya aquel con cuya presencia, como se les dijo, estaban limpios, aunque no todos, porque estaba allí aquel inmundo.

Con estas palabras, por consiguiente, más bien declaró el Señor que en una determinada reunión de hombres que participan en los mismos sacramentos no puede la inmundicia de algunos perjudicar a los limpios. En verdad, si pensáis que existen entre nosotros algunos semejantes a Judas, apostrofadnos con aquellas palabras: "Estáis limpios, pero no todos". Pero no decís esto, sino que a causa de algunos inmundos decís: "Sois todos inmundos". No fue esto lo que dijo el Señor a los discípulos estando presente Judas, y, por consiguiente, quien dice esto no aprendió del buen Maestro lo que dice.

El bautismo de sangre

XXIII. 51. Petiliano: "Si nos achacáis a nosotros el administrar dos veces el bautismo, más bien sois vosotros los que lo hacéis al matar a los bautizados. Y no precisamente porque bauticéis, sino porque cuando matáis a uno, lo hacéis bautizarse en su propia sangre. En efecto, el bautismo del agua o del espíritu arrancado por la sangre del mártir viene a ser como otro bautismo.

De este modo, el Salvador, bautizado primeramente por Juan, declaró que tenía que ser bautizado de nuevo, no ya por el agua o el espíritu, sino por el bautismo de su sangre en la cruz de la pasión, como está escrito: *Se acercaron a él dos discípulos, los hijos de Zebedeo, y le dijeron: Señor, cuando vengas a tu reino, haz que nos sentemos el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda. Jesús les respondió: Cosa difícil pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber y ser bautizados con el bautismo con que yo he de ser bautizado? Le contestaron: Sí que podemos. Les dice Jesús: El cáliz que yo he de beber, lo beberéis, y con el bautismo con que yo he de ser bautizado seréis bautizados vosotros*⁷⁰, y lo demás.

Si existen estos dos bautismos, nos alabáis con vuestra animosidad; lo confesamos. Pues cuando matáis nuestros cuerpos, no repetimos el bautismo, sino que somos bautizados como Cristo en nuestro bautismo y nuestra sangre. Avergonzaos, avergonzaos, perseguidores: hacéis semejantes a Cristo a los mártires, a quienes después del agua del verdadero bautismo los bañó su sangre como otro bautista".

52. Agustín: Ante todo respondemos rápidamente: No somos nosotros los que os matamos, sois vosotros los que os dais una verdadera muerte cuando os cortáis de la viva raíz de la unidad. Además, si todos los que mueren son bautizados con su sangre, serán tenidos como mártires los salteadores, inicuos, impíos, depravados que mueren condenados, ya que mueren bautizados en su sangre. Y si no son bautizados en su sangre sino los que mueren por la justicia, *porque de ellos es el reino de los cielos*⁷¹, considera que primero hay que investigar por qué motivo sufrís, y luego qué es lo que sufrís. ¿Por qué se os llena la boca antes de encontrar defensa para los hechos? ¿Por qué vuestra lengua se alborota antes de dar pruebas con una vida santa? Si has originado un cisma, eres un impío; si eres un impío, mueres como un sacrílego, ya que eres castigado por tu impiedad. Si mueres como un sacrílego, ¿cómo puedes ser bautizado con tu sangre? Acaso digas: "No he hecho un cisma". Indaguemos, pues, esto: ¿por qué gritas antes de probar?

53. ¿Dices acaso: "aunque sea un sacrílego, no eres tú quién para matarme?" Una cosa es la atrocidad de mi acción, que jamás pruebas con veracidad, y otra la del bautismo de tu sangre, de que tan falazmente blasonas.

En realidad, ni yo te doy muerte ni demuestras que alguien te mata, ni, aunque lo demostraras, tengo yo nada que ver con quien te dé muerte, ya haya obrado justamente a tenor de legítima potestad que le haya dado el Señor, ya, como la paja de la mies del Señor, haya realizado el crimen llevado de un mal deseo.

De la misma manera no tienes tú que ver con los que en tiempos recientes, con

intolerable prepotencia y refuerzo de soldados, no porque temiesen a alguien, sino para ser temidos por todos, han oprimido a las viudas, han arruinado a los huérfanos, han dispuesto de patrimonios ajenos, han roto matrimonios, han administrado los bienes de los inocentes, se han repartido con los dueños, presos del dolor, el precio de sus bienes vendidos. Podría parecerme que es invención mía si no se conociera, sin mencionarlo, el nombre de aquel a que me refiero.

Si esto es verdad, como no os afectan a vosotros estas cosas, de la misma manera, aunque dijeras verdad, no nos afecta a nosotros lo que dices. Pero si el falso rumor ha mentido sobre aquel colega vuestro justo e inocente, en modo alguno se debe dar crédito al rumor que se ha esparcido referente a hombres inocentes como si se tratara de *traditores* de códices o de asesinos.

Se añade a esto que cito un hombre que vivió con vosotros, cuyo natalicio celebrabais con tanta concurrencia, a quien dabais el ósculo de la paz en la celebración de los sacramentos, en cuyas manos depositabais la Eucaristía, a quien mutuamente tendíais vuestras manos, cuyos oídos sordos entre tales gemidos del África temíais ofender con la libertad de vuestra expresión; a éste, no sé quién de los vuestros se dirigió indirectamente con toda cortesía diciéndole que tenía al conde por un Dios y era celebrado por ello con gran alabanza.

Tú, en cambio, nos reprochas a nosotros los hechos de aquellos con quienes no hemos vivido, cuyo rostro no hemos visto, en cuya época o éramos unos niños o quizá no habíamos nacido. ¿Qué clase de iniquidad o perversidad es querer imponernos a nosotros las cargas de los desconocidos, siendo así que vosotros no queréis llevar las de los amigos? Clama la divina Escritura: *Veías a un ladrón, y corrías con él*⁷². Si no te ha contaminado a ti aquel a quien has visto, ¿por qué me echas en cara los hechos de aquel que ni siquiera pude ver?

¿Dirás acaso: "No corrí con él, porque sus acciones me desagradaban?" Sin embargo, te acercabas con él al altar. ¡Ea!, para defenderte procura distinguir estas cosas y decir que una cosa es concurrir al pecado, como concurrieron los dos ancianos tendiendo asechanzas a la castidad de Susana, y otra muy distinta recibir el sacramento del Señor con el ladrón, como participaron los apóstoles con Judas en aquella primera cena.

Ves cómo te defiendes; pero ¿por qué no te fijas cuánto más fácilmente se absuelve con esta defensa tuya a las naciones y confines de la tierra por donde se extiende la herencia de Cristo? Si pudisteis ver a un ladrón y acercarte al sacramento junto con el ladrón que viste, y, sin embargo, no participar en su pecado, ¿no pudieron las naciones remotísimas quedar totalmente ajenas a las malas acciones de los africanos *traditores* y perseguidores, aun suponiendo que dijerais y evidenciaraís cosas verdaderas, aunque tuvieran con ellos en común la celebración de los sacramentos?

A lo mejor replicas: "Yo vi en aquél al obispo, pero no al ladrón". Tú verás. Acepto incluso esta defensa, y en ella queda absuelto también de vuestras inculpaciones el orbe de la tierra. Si, en efecto, os fue lícito a vosotros desconocer la vida de un hombre conocido, ¿por qué no se permite al mundo entero ignorar a los desconocidos? Claro, a lo mejor les está permitido a los donatistas ignorar lo que no quieren saber, y a las naciones no se les permite ignorar lo que no pueden saber.

54. ¿Dices acaso: "Una cosa es un robo y otra la entrega y la persecución?" Efectivamente es cosa diferente, aunque no nos vamos a esforzar en demostrar en qué difieren. Presta atención, que abreviaré. Si aquel ladrón no te hizo ladrón porque te desagrada el robo, ¿quién pudo convertir en *traditores* u homicidas a aquellos que no aceptan la entrega o el homicidio?

Por tanto, confiesa primero que tú participas en la misma maldad de Optato, a quien

conocías, y al menos entonces podrás reprocharme la maldad de los que yo no conocía. Y no me digas: "Pero aquéllas eran faltas graves, y éstas son insignificantes". Primero has de confesar de ti esas pequeñeces, no precisamente para que yo las confiese también, sino para permitirte decir no sé qué enormidades de mí.

El tal Optato que tú conocías, ¿te hizo ladrón, puesto que fue tu colega, o no te hizo? Contesta uno de los dos extremos. Si dices: "No me hizo", pregunto por qué no te hizo. ¿Porque no lo fue él, o porque no lo conociste como tal, o porque te desagradó? Si dices que no lo fue él, con mayor razón no debemos admitir que fueron tales cuales los referís aquellos que nos echáis en cara. En efecto, si sobre Optato no se debe admitir lo que dicen los cristianos, paganos y judíos, y finalmente lo que dicen los nuestros y aun los vuestros, ¡cuánto menos digno de crédito es lo que vosotros decís de alguno!

Si respondes que lo ignoras, te responderán todas las naciones: "Mucho más ignoramos nosotros lo que nos echas en cara sobre ellos".

Si dices que te desagradó, te responderán con el mismo tono de voz: "Aunque tú no hayas demostrado nunca esos hechos, a nosotros nos desagradan".

Pero si dices: "Me hizo ladrón el Optato que conocía, porque fue mi colega y solía acercarme al altar con él cuando cometía esas maldades, pero no me importa, porque se trata de una falta ligera; en cambio, a ti te hicieron aquéllos *traditor* y homicida", a esto respondo que no admito haber sido hecho *traditor* u homicida por los pecados ajenos, porque tú hayas confesado que el pecado ajeno te hizo ladrón; no es, en efecto, nuestro juicio, sino tu boca la que te ha hecho ladrón. Nosotros decimos que cada uno lleva su propia carga según el testimonio del Apóstol; y tú sometiste voluntariamente tus hombros a la carga de Optato no por haber cometido el hurto o haber consentido en él, sino porque pensaste que te afectaba a ti lo que otro había hecho.

Dice el Apóstol al tratar de los alimentos: *Bien sé, y estoy persuadido de ello en el Señor Jesús, que nada hay de suyo impuro; a no ser para el que juzga que algo es impuro; para ése sí lo hay*⁷³. Por la misma regla se puede afirmar que los pecados ajenos no afectan a aquellos a quienes desagradan, pero si alguno piensa que le afectan a él, le afectan. De esta forma tú no puedes tenernos por traditores u homicidas, aunque llegues a demostrar esos extremos de los que comulgan con nosotros en los sacramentos; en cambio, a ti, aunque te desagrede lo que ha hecho Optato, te consideramos justamente ladrón, y no por calumnia nuestra, sino según tu opinión.

Y no debes pensar que esto es leve. Escucha al Apóstol: *Ni los ladrones heredarán el reino de Dios*⁷⁴. Y los que no poseerán el reino de Dios, no estarán ciertamente a la derecha entre aquellos a quienes se dirá: *Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo*⁷⁵. Y si no estarán allí, ¿dónde estarán sino a la izquierda? Por tanto, entre aquellos a quienes se dirá: *Id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles*⁷⁶.

Así que en vano te tranquilizas juzgando leve un pecado que separa del reino de Dios y envía al fuego eterno. Cuánto mejor sería que acudieras a una humilde confesión y dijeras: "Cada uno de nosotros llevará su propia carga y el biello postrero separará la paja del trigo!"

55. Naturalmente estás temiendo se te lance esta recomendación: "¿Por qué, mientras tratáis de imponer cargas ajenas a los otros, habéis osado vosotros separaros, antes de la postrera biella, de la mies del Señor extendida en todo el mundo?" Así, pues, vosotros, a quienes desagradan los hechos de los vuestros, mientras procuráis que no se os reproche el cisma que habéis cometido todos, os implicáis en los pecados que no habéis hecho vosotros; y mientras el elocuente varan Petiliano teme se pueda decir que no soy tal cual

juzga él que fue Ceciliano, se ve forzado a decir que él es tal cual conoce que fue Optato.

¿O no eres tú acaso tal cual proclama el África entera que fue aquél? Nosotros, pues, no somos lo que aquellos que nos echáis en cara, o lo que sospecha vuestro error, o calumnia el furor, o demuestra la verdad; y mucho menos son tales, a través de todas las naciones, los granos del Señor que no han oído ni el nombre de éstos.

Así, no hay motivo alguno para que perezcáis con semejante crimen de separación y sacrilegio de cisma. Y, no obstante, si soportáis algo según el juicio divino por tan grande impiedad, llegáis a afirmar que sois bautizados en vuestra propia sangre, como si fuera poco no llorar la separación si no os gloriáis también del castigo.

El ministro del bautismo

XXIV. 56. Petiliano: "Pero vosotros insistís en lo de siempre: *El que se ha bañado una vez, no necesita lavarse sino los pies*⁷⁷. Una vez significa lo que tiene un autor; una vez significa lo que establece la verdad".

57. Agustín: El bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo tiene como autor a Cristo, no a un hombre cualquiera, y así la verdad es Cristo, y no cualquier hombre.

El ministro pecador

XXV. 58. Petiliano: "Puesto que tú, siendo reo, realizas acciones falsas, no puedo yo repetir el bautismo que tú no has dado ni una vez".

59. Agustín: Tú no demuestras nuestra culpabilidad, y, si es falso el bautismo dado por un culpable, no tienen el verdadero bautismo cuantos son bautizados por quienes entre vosotros son culpables, no sólo manifiestos, sino también ocultos. Pues si da algo divino el que da el bautismo, siendo ya culpable ante Dios, ¿cómo da algo de Dios si el culpable no da el bautismo verdadero? De esta forma esperáis que sea culpable para vosotros como si lo que va a dar fuera vuestro.

El bautismo verdadero

XXVI. 60. Petiliano: "Si mezclas cosas verdaderas y falsas, con frecuencia la verdad imita con ciertos rasgos lo falso. Así, ni más ni menos, la pintura imita al hombre como es, y mediante los colores, una falsa apariencia de verdad imita lo verdadero; así la tersura del espejo recoge el rostro y lo presenta a los ojos del que mira; así presenta al que se acerca sus propios rasgos, de suerte que la imagen del que viene sale a su encuentro, y tal poder tiene la limpia ilusión, que los mismos ojos que se miran se conocen a sí mismos como si estuvieran en otro. Lo mismo la imagen de la sombra, cuando se detiene, duplica las cosas en gran parte separando, gracias a su engaño, la unidad. ¿Acaso es verdadero porque engaña la imagen?"

Pero una cosa es pintar a un hombre y otra engendrarlo. En efecto, ¿quién pinta niños falsos al padre que desea hijos, o quién puede esperar verdaderos herederos con la falacia de la pintura? Ciertamente es propio de espíritu demente abandonar lo que es verdadero y amar la pintura".

61. Agustín: Pero ¿no te avergüenzas de tratar como falso el bautismo de Cristo aunque se encuentre en el hombre más falaz? Lejos de mí el pensar que gracias a vuestros dicerios ha perecido el trigo del Señor, que recibió la orden de crecer entre la cizaña por todo el campo, es decir, este mundo, hasta la cosecha, que es el fin del mundo. Es más, ¿hay quien ose llamar falso el bautismo que se da y se recibe en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, incluso en la misma cizaña que se mandó no recoger, sino tolerar hasta el fin, y lo mismo en la paja, que sólo será totalmente separada en la última limpia?"

Habéis depuesto de su cargo a algunos de vuestros colegas o presbíteros convictos por el testimonio de mujeres embarazadas: realmente en todas partes existen ejemplos de esto. Yo pregunto: ¿eran falsos o veraces antes ya de quedar convictos? Responderás seguramente: "Falsos". ¿Cómo entonces tenían y daban el verdadero bautismo? ¿Cómo en ellos la falacia humana no corrompía la verdad divina? ¿No está escrito con toda verdad: *El Espíritu Santo, que educa, huye del que finge*⁷⁸. Si el Espíritu Santo huía de estos fingidos, ¿cómo permanecía en ellos la verdad del bautismo sino porque el Espíritu Santo huía de la falacia de los hombres, no de la verdad del sacramento?

Por otra parte, si hasta los mentirosos tienen el bautismo verdadero, el que lo tiene, aunque sea recibido del bautizador más taimado, tiene el mismo bautismo que tienen los verdaderos. De donde es preciso advertas que tu lenguaje está más bien salpicado de coloridos pueriles y por eso, dejando a un lado la palabra viva, se deleita en semejantes afeites y queda convicto de amar la pintura en vez de la verdad.

El único bautismo

XXVII. 62. Petiliano: "Pero dice el apóstol Pablo: *Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo*⁷⁹. Nosotros confesamos uno solo; es cierto que están fuera de su juicio los que reconocen dos".

63. Agustín: Contra vosotros va esto que decís, aunque en vuestro desvarío lo ignoráis. Quienes afirman que hay dos bautismos son aquellos que piensan que los justos tienen uno y otro los malvados, cuando el bautismo no es de los unos ni de los otros, sino de Cristo, uno mismo en unos y otros, aunque ellos no formen unidad; claro que, siendo uno, éstos lo tienen para su salud, aquéllos para su perdición.

La realidad y la apariencia

XXVIII. 64. Petiliano: "Voy a usar una comparación: Los insensatos pueden ver un sol doble cuando se forma una nube oscura y su aspecto empañado, herido por el brillo al reflejo de los rayos del sol, parece emitir sus rayos propios; así, ni más ni menos, en la fe del bautismo una cosa es buscar imágenes y otra el conocer la verdad".

65. Agustín: Me pregunto: ¿Qué es lo que dices? Cuando una nube oscura refleja herida los rayos del sol, ¿sólo a los insensatos aparecen dos soles y no a todos los que miran? Claro que cuando a los insensatos les parece así, sólo a ellos les parece. Pero si no llevas a mal mi advertencia, mira más bien no sea precisamente signo de demencia decir y hablar tales cosas. Esto es, tú quisiste decir que los justos tienen la verdad del bautismo, y los pecadores la apariencia.

Si es así, me atrevo a afirmar que la imagen se encontraba en aquel famoso personaje vuestro que no tenía por dios a Dios sino a un conde, y en cambio la verdad se hallaba en ti o en aquel que tan elegantemente se expresó sobre él al decir: tiene al conde por dios. Distinguid a los que bautizó cada uno; reconoced en unos el bautismo verdadero, y excludid de los otros la imagen e introducid la verdad.

Falsarios

XXIX. 66. Petiliano: "Vamos a examinar pequeños detalles: ¿Puede hacer justicia el que no es magistrado de la curia, o es conforme a derecho lo que diga una persona privada cuando subvierte los derechos públicos? ¿O no sucede más bien que el culpable no sólo no aprovecha nada, sino que con lo que hace es considerado como un falsario?"

67. Agustín: Pues qué, si este privado y falsario transmite a alguien alguna orden del emperador, ¿acaso el destinatario, al compararla con los que la tienen y descubrir que es auténtica, parará su atención en quién se la entrega y no en lo que recibe? Cuando el falsario da algo procedente de su falsedad, es falso lo que da; en cambio, cuando se da

algo ajeno que es verdadero, aunque se dé por medio de un falsario, puede éste no ser veraz, pero es verdadero lo que da.

La verdad no deja de serlo porque la proclame un pecador

XXX. 68. Petiliano: "Otro caso: Si alguien retiene en la memoria las fórmulas religiosas del sacerdote, ¿es acaso sacerdote porque recita con boca sacrílega la fórmula religiosa del sacerdote?"

69. Agustín: Hablas ahora como si buscáramos quién es verdadero sacerdote y no cuál es el verdadero bautismo. Pues para ser uno verdadero sacerdote es preciso que se revista no sólo del sacramento, sino también de la justicia, como está escrito: *Tus sacerdotes se vistan de justicia*⁸⁰. En cambio, el que es sacerdote con el solo rito sacramental, como lo fue el pontífice Caifás, perseguidor del único y verdadero Sacerdote, puede muy bien no ser veraz; en cambio, es verdadero lo que da, si no da de lo suyo, sino de lo de Dios, como se dijo del mismo Caifás: *Esto no lo dijo por su propia cuenta, sino que, como era Sumo Sacerdote, profetizó*⁸¹.

No obstante, para servirme de la comparación que tú mismo has aducido, si oyes aun de un profano una oración sacerdotal acomodada a las palabras y enseñanzas evangélicas, ¿puedes acaso decirle: "No es verdadera", aunque él no sea ni verdadero ni real sacerdote, cuando el apóstol Pablo dijo que era verdadero cierto testimonio de no sé qué profeta cretense que no se contaba entre los profetas de Dios? Dice así: *Uno de ellos, profeta suyo, dijo: Los cretenses son siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos. Este testimonio es verdadero*⁸². Por consiguiente, si el Apóstol confirmó el testimonio de no sé qué profeta extranjero porque lo encontró verdadero, ¿por qué nosotros, cuando encontramos en alguien lo que es de Cristo y es verdadero, aunque aquel en quien se encuentra sea perverso y falaz, no separamos el vicio propio del hombre y la verdad que no tiene de sí, sino de Dios, y decimos: "Este sacramento es verdadero", lo mismo que dice Pablo: *Este testimonio es verdadero?*

¿Acaso al decir "este sacramento es verdadero", afirmamos por ello "también este hombre es veraz?" Lo mismo que el Apóstol, ¿acaso contó entre los profetas de Dios a aquel profeta al afirmar que era verdad lo que descubrió en él?

Igualmente el mismo Apóstol, hallándose en Atenas, entre los altares de los demonios encontró un altar en el que estaba escrito: *Al dios desconocido*; tomó este testimonio para instruirlos en Cristo, citándolo en un discurso y añadiendo: *al que adoráis sin conocer, ése os vengo yo a anunciar*⁸³. ¿Acaso por haber encontrado entre los altares de los ídolos un altar levantado por los mismos sacrílegos condenó o rechazó por eso lo que allí había de verdadero, o, al revés, por lo verdadero que en altar había leído recomendó el seguimiento de los sacrificios de los paganos?

Y luego, cuando trata de darles a conocer, según le parecía oportuno, al mismo Dios desconocido para ellos y conocido por él, les dice entre otras cosas: *No se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en él vivimos, nos movemos y existimos, como han dicho algunos de los vuestros*⁸⁴. ¿Acaso él, al encontrar testimonios de la verdad entre los impíos, aprobó a estos en atención a aquellos testimonios o condenó estos testimonios por causa de aquellos hombres?

En cambio, vosotros erráis necesariamente siempre, ya en cuanto profanáis los sacramentos de Dios a causa de los pecados de los hombres, ya cuando pensáis que nosotros, en atención a los sacramentos de Dios, que no queremos profanar en vosotros, aceptamos también el sacrilegio de vuestro cisma.

El poder de bautizar

XXXI. 70. Petiliano: "Todo poder viene de Dios, no está en los hombres, como respondió a Pilato el Señor Jesucristo: *No tendrías sobre mí ningún poder si no se te hubiera dado de arriba* ⁸⁵; y también, según Juan: *Nadie puede arrogarse nada si no se le ha dado del cielo* ⁸⁶. Aprende, pues, *traditor*, cuándo has recibido el poder de simular los ritos sacramentales".

71. Agustín: Tú más bien debes enseñarnos cuándo ha perdido el poder de bautizar el orbe por dondequiera está difundida la heredad de Cristo, y aquella multitud de tantas naciones donde los apóstoles fundaron las iglesias. Nunca lo enseñarás, no sólo porque lanzas calumnias, sin indicar quiénes son los traditores, sino porque, aunque lo hubieras mostrado, no puede el crimen de algunos desconocidos o de engañosos o de gente que hay que tolerar, como la cizaña o la paja, no puede destruir las promesas de Dios, de suerte que no sean bendecidas todas las naciones en la descendencia de Abrahán; de esas promesas os alejáis vosotros al no querer la comunión de la unidad con todas las naciones.

Elementos del verdadero bautismo

XXXII. 72. Petiliano: "Aunque el bautismo sea uno, ha sido santificado en tres etapas. Juan lo dio con agua sin nombrar a la Trinidad, como manifestó él mismo: *Yo os bautizo con agua para conversión; pero aquel que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y no merezco llevarle las sandalias. Él os bautiza en el Espíritu Santo y en el fuego* ⁸⁷.

El Espíritu Santo lo dio Cristo, como está escrito: *Sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo* ⁸⁸.

Y el fuego, el Paráclito, ardiendo con crepitantes llamas, vino sobre los apóstoles. ¡Oh divinidad verdadera, que apareció encendida sin arder! Así está escrito: *De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban los apóstoles. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que, dividiéndose, se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse* ⁸⁹.

Por consiguiente, tú, perseguidor, no tienes ni el bautismo de penitencia, tú que no retienes el poder de Juan el asesinado, sino el de Herodes el asesino. Por tanto, tú, *traditor*, no tienes el Espíritu Santo de Cristo, ya que Cristo fue entregado a la muerte, no el que entregó a la muerte. Para ti lo que hay es un fuego espiritual ardiente en los infiernos, el cual fuego ardiendo en sus secas lenguas pueda lamer tus miembros sin llegar a consumirlos, como está escrito del suplicio infernal de los culpables: *Su fuego no se apagará*" ⁹⁰.

73. Agustín: Tú eres un maldiciente injuriador, no un argumentador auténtico. ¿Dejarás alguna vez de decir tales extremos, que si no los demuestras no afectan a nadie, y si llegas a demostrarlos no afectan en absoluto a la unidad del orbe de la tierra, que se encuentra en los santos como en los granos?

Si nos pluguiera responder a insultos con insultos, también podríamos nosotros quizá infamar con elegancia; podríamos decir: "Con llamas crepitantes"; pero en modo alguno me suena a mí a elegancia lo que se expresa con necedad; podríamos también nosotros decir: "Ardiendo en sus secas lenguas", pero no queremos que las lenguas de nuestros escritores, cuando son leídas por una mente sana, sean juzgadas privadas del jugo de la gravedad, y que esa mente sana, al no ser alimentada con doctrina útil, se vea agobiada vanamente por la fatiga.

¡Ea!, bien puedo decir que vuestros circunceliones se abrasan en llamas de furor, no digo

ya rechinantes, sino despeñadas. Puedes responder: "¿Qué tiene que ver eso con nosotros?" Entonces, ¿cómo cuando nos reprochas a los que se te antoja, no vas a oír a tu vez: "Tampoco nosotros sabemos"? Si respondes: "No puedes demostrarlo", ¿cómo no te responderá a su vez el orbe de la tierra: "Tampoco vosotros podéis demostrarlo?"

Vengamos, pues, si te parece, a un acuerdo: vamos a no reprocharnos ni tú a los que tienes por malos de entre los nuestros, ni yo a los vuestros. Con un pacto tan justo convenido y confirmado verás que no tienes nada que reprochar a la descendencia de Abrahán en todas las naciones. En cambio sí encuentro algo muy notable que reprocharte: ¿Por qué os separasteis impiamente de la descendencia de Abrahán, que se extiende por todas las naciones? Esto sí que en modo alguno puedes defenderlo. Unos y otros nos sacudimos las faltas ajenas; pero vuestro rechazo a estar en comunión con todas las naciones que son bendecidas en la descendencia de Abrahán es una culpa, no de alguno de vosotros, sino de todos.

74. Bien sabes por otra parte, y tú mismo lo recuerdas, que la venida del Espíritu Santo tuvo tal eficacia que hizo hablar en todas las lenguas a cuantos entonces llenó. ¿Qué significaba aquel milagro prodigioso? ¿Por qué al presente se da el Espíritu Santo de tal suerte que nadie que lo recibe puede hablar en todas las lenguas, sino porque un milagro tan grande anunciaba que todas las naciones habían de creer y así el Evangelio había de hacerse presente en todas las lenguas?

Ya en el salmo había sido anunciado antes: *No hay discursos ni palabras cuya voz deje de oírse*⁹¹. Lo cual se dijo por aquellos que, recibido el Espíritu Santo, habían de hablar en todas las lenguas. Pero como significaba que el Evangelio había de estar en todas las naciones y que el cuerpo de Cristo había de resonar en todas las lenguas por todo el orbe de la tierra, sigue a continuación: *Su pregón sale por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del orbe*⁹².

Por eso es a todos manifiesta la Iglesia verdadera. Y de ahí lo que dice él mismo en el Evangelio: *No puede estar oculta una ciudad situada en la cima de un monte*⁹³. Y se enlaza así con el mismo salmo: *Colocó su tienda en el sol*⁹⁴, esto es, a plena luz, como se lee en los Libros de los Reyes: *Lo que tú has hecho ocultamente, lo soportarás a la luz del sol, y también: Él es semejante al esposo que sale de su tálamo, se lanza alegre, como valiente, a recorrer su camino. Él sale de la cima del cielo*⁹⁵ -aquí tenemos la venida del Señor en la carne-, *y su curso llega hasta sus confines* -he aquí la Resurrección y la Ascensión-, *y nada se oculta a su calor*: he aquí la venida del Espíritu Santo, que envió en forma de lenguas de fuego, para mostrar el ardor de la caridad, que no puede ciertamente tener quien no conserva la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz en unión con la Iglesia que está en todas las lenguas.

75. Presta siquiera unos momentos atención a la magnitud del error en que has caído al afirmar que había ciertamente un solo bautismo, pero consagrado en tres etapas, distribuyendo cada una de ellas a tres personas, de suerte que atribuyes el agua a Juan, el Espíritu Santo al Señor Jesucristo, y como tercero, el fuego al Paráclito, enviado desde el cielo.

Has sido llevado a esta conclusión por las palabras de Juan: *Yo os bautizo con agua para conversión; pero aquel que viene detrás de mí es más fuerte que yo. Él os bautiza en el Espíritu Santo y en el fuego*⁹⁶.

No has querido advertir que no se atribúan aquellos tres elementos uno por uno a tres personas, es decir, el agua a Juan, el Espíritu a Cristo y el fuego al Paráclito, sino que esos tres elementos pertenecen más bien a dos: uno a Juan, y los otros dos al Señor. No se dijo en efecto: "Yo ciertamente bautizo en agua, pero el que viene detrás de mí es

mayor que yo y no soy digno de llevar sus sandalias: él os bautiza en el Espíritu Santo, y el Paráclito que vendrá después de él os bautiza en fuego"; lo que dice es: *Yo os bautizo con agua; aquel que viene detrás de mí, en el Espíritu Santo y en el fuego*. Se atribuye a sí una cosa y a aquél dos. Ves cómo te ha engañado el número.

Otra advertencia: Has dicho que el bautismo estaba consagrado en tres etapas: el agua, el Espíritu Santo y el fuego, y señalaste una persona para cada cosa: a Juan para el agua, a Cristo para el Espíritu, al Paráclito para el fuego. Ahora bien, si el agua de Juan pertenece al bautismo, cuya unidad se encarece, no debieron ser bautizados al mandarlo el apóstol Pablo los que encontró que habían sido bautizados por Juan. En efecto, ya tenían el agua, que pertenecía, como dices, al mismo bautismo. Sólo les faltaba recibir el Espíritu y el fuego, que habían faltado a Juan, para completar el bautismo consagrado, como dices, en tres etapas. Ahora bien, al ordenar la autoridad del Apóstol que fueran bautizados, queda bien manifiesto que aquella agua de Juan no pertenece al bautismo de Cristo, sino que fue propia de otra economía en atención a la necesidad de los tiempos.

76. En fin, ¿qué es lo que te movió cuando quisiste demostrar que el Espíritu Santo había sido dado por Cristo y tomaste del Evangelio el testimonio de que resucitando de entre los muertos exhaló su aliento sobre el rostro de los discípulos diciendo: *Recibid el Espíritu Santo?*⁹⁷ ¿Qué es lo que te movió a querer poner como último elemento el fuego, que se citó con el bautismo, en las lenguas de fuego que aparecieron con la venida del Paráclito? Dijiste en efecto: "Y el mismo fuego, el Paráclito, ardiendo con crepitantes llamas, vino sobre los apóstoles", como si fuera uno el Espíritu Santo que dio exhalando su aliento sobre el rostro de los apóstoles, y otro distinto el que vino sobre los apóstoles después de su Ascensión. ¿O hay acaso dos Espíritus Santos? ¿Quién será tan demente que llegue a afirmar esto? En consecuencia, el mismo Cristo es quien dio el mismo Espíritu, ya con su exhalación sobre el rostro de los apóstoles, ya enviándolo desde el cielo el día de Pentecostés con encarecimiento misterioso.

Por tanto, no envió Cristo al Espíritu Santo y el fuego el Paráclito para que se cumpliesen las palabras: *En el Espíritu Santo y el fuego*⁹⁸, sino que el mismo Cristo envió al Espíritu Santo: Cristo, que estando en la tierra señaló con su aliento, y en el cielo, con las lenguas de fuego. Has de reconocer que las palabras: *Él os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego*⁹⁹, no se cumplieron cuando exhaló su aliento sobre el rostro, a fin de que no pareciera que habían de ser bautizados cuando viniera el Paráclito en el Espíritu, sino en el fuego. Para ello recuerda la Escritura bien clara, y observa qué es lo que les dijo el Señor cuando subió al cielo: *Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo, que recibiréis dentro de pocos días, en Pentecostés*¹⁰⁰.

¿Hay un testimonio más claro que éste? Es verdad que según tu opinión debió decir: "Juan, ciertamente, bautizó en el agua; en cambio, vosotros habéis sido bautizados en el Espíritu Santo, cuando exhaló su aliento sobre vosotros, y luego seréis bautizados en el fuego, que recibiréis dentro de pocos días"; y así se cumplirían aquellas tres etapas en que decís se ha realizado el único bautismo. De modo que no sabes aún lo que significan las palabras: *Él os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego*¹⁰¹, e intentas enseñar temerariamente lo que ignoras.

A la presunta comunión católica con los *traditores* se opone la real de los donatistas con Optato

XXXIII. 77. Petiliano : "¡Ea!, desearía discutir cabalmente el bautismo en nombre de la Trinidad; Cristo el Señor dijo a sus apóstoles: *Id, bautizad a las gentes en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que yo os mando*¹⁰². ¿A quién enseñas tú, *traditor*? ¿A quién condenas? ¿A quién enseñas, *traditor*? ¿A quién das muerte? Finalmente, ¿a quién enseñas? ¿Acaso a quien has

convertido en homicida? ¿Cómo, pues, bautizas en el nombre de la Trinidad?

No puedes llamar Padre a Dios. Si Cristo el Señor dijo: *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios* ¹⁰³, tú, que no tienes la paz del alma, no tienes a Dios, no lo tienes como Padre.

Y ¿cómo bautizas en el nombre del Hijo, si entregas al Hijo de Dios y no le imitas en ningún sufrimiento ni en la cruz?

¿Cómo bautizas en el nombre del Espíritu Santo, si el Espíritu Santo descendió sobre aquellos apóstoles que no fueron traidores?

Por consiguiente, si no es Dios vuestro Padre y no nacéis vosotros del agua verdadera del bautismo, ninguno de vosotros en absoluto ha nacido y como impíos no tenéis ni padre ni madre. Por consiguiente, ¿no debo bautizar a personas como vosotros, aunque vosotros os lavéis mil veces igual que lavan los judíos la carne como si bautizaran?"

78. Agustín: Ciertamente habías propuesto discutir cabalmente el bautismo en nombre de la Trinidad y habías despertado en nosotros una gran expectación; pero vaya, como os es fácil a vosotros, has tornado a los consabidos insultos. Esto lo haces en verdad con elocuencia. Te pones delante a los que quieres para lanzar contra ellos las invectivas que te plazca; y en esa elocuencia de tu discurso, con que se te objete con la sola palabra: "demuéstralo", te ves estrechamente aprisionado. Esto es lo que te dice la descendencia de Abrahán, en la cual son bendecidas todas las naciones, y así no se preocupan de tus maldiciones.

Sin embargo, tú tratas del bautismo, que piensas es verdadero cuando está en un hombre justo y falso cuando está en un hombre inicuo; por ello yo, al discutir según tu regla sobre el bautismo en nombre de la Trinidad, puedo proclamar, creo, con más elocuencia que no tiene a Dios por Padre aquel que tiene al conde como dios, ni tiene por Cristo suyo sino a aquel por quien ha sufrido, ni tiene al Espíritu Santo quien de modo tan variado devastó el África desgraciada con sus lenguas de fuego. ¿Cómo tiene el bautismo o puede darlo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo?

Adviertes ya con toda seguridad que puede existir el bautismo en un hombre injusto, y que un hombre injusto puede dar el bautismo, no inicuo, sino verdadero, no porque sea propio suyo, sino porque es de Dios.

Por mi parte no te calumnio en absoluto al respecto, lo que tú no cesas de hacer al mundo entero a causa de no sé quiénes, y, lo que es más intolerable, ni de esos mismos pruebas algo. Lo que no veo es cómo puede tolerarse que no sólo acusáis a hombres justos apoyándoos en hombres inicuos, sino que llegáis hasta asociar el mal del contagio de los hombres pecadores al mismo santo bautismo, que siempre es santo en cualquier inicuo, y así afirmáis que el bautismo es, ni más ni menos, como es el que lo tiene, lo da o lo recibe.

Por otra parte, si el hombre se hace tal como lo es aquel con quien se acerca a los sacramentos, y los mismos sacramentos convierten en lo que son a las personas en que se encuentran, les basta a los santos para consolarse escuchar de vuestros labios que se sienten unidos al santo bautismo en ser objeto de vuestras calumnias. Por vuestra parte, ved solamente cómo os condena vuestra misma boca, si las personas sobrias de entre vosotros se convierten en ebrios por el contagio de vuestros ebrios, y los compasivos se hacen saqueadores por el contagio de los saqueadores, y cuanta malicia hay entre los vuestros se comunica a los que no la tienen, y el mismo bautismo es inmundo en todos vuestros inmundos y diverso según la diversidad de la misma inmundicia, si debe ser de la misma calidad que es aquel que lo tiene y que lo da.

Todos estos supuestos son falsos, y, por tanto, nada nos perjudican a nosotros; en

cambio, os perjudican a vosotros, ya que no nos afectan a nosotros esas falsedades, pero al tomarlas vosotros por verdaderas, recaen sobre vosotros.

Contradicción de Petiliano

XXXIV. 79. Petiliano: "Si les fue lícito a los apóstoles bautizar a los que ya Juan había purificado con el bautismo de penitencia, ¿no me será lícito a mí bautizaros a vosotros, sacrílegos?"

80. Agustín: ¿Dónde queda lo que dijiste anteriormente, a saber: que no era uno el bautismo de Juan y otro el de Cristo, sino un único bautismo constituido en tres etapas: el agua dada por Juan, el Espíritu dado por Cristo y el fuego dado por el Paráclito? ¿Por qué repitieron el agua los apóstoles en aquellos a los que ya Juan había dado el agua correspondiente al único bautismo constituido en tres etapas? Ya ves cuán necesario es que cada cual sepa lo que habla.

Desacuerdo entre teoría y práctica

XXXV. 81. Petiliano: "Ni el Espíritu Santo podrá penetrar en cualquiera por la imposición de la mano del pontífice si no hubiera precedido el agua regeneradora de la conciencia pura".

82. Agustín: Dos errores hay en estas pocas palabras tuyas. Ciertamente que uno no interesa mucho a la cuestión sobre que discutimos, aunque sí te acusa de ignorancia. En efecto, el Espíritu Santo descendió sin imposición de las manos sobre ciento veinte hombres y sobre el centurión Cornelio y los que estaban con él, aun antes de ser bautizados.

El otro error en esas palabras tuyas echa por tierra enteramente toda vuestra causa. Dices que, para conseguir el Espíritu Santo, es preciso preceda el agua regeneradora de la buena conciencia. Por consiguiente, una de dos: o toda agua consagrada en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo limpia la conciencia, no precisamente debido a los que la administran o a los que la reciben, sino debido al que libre de mancha instituyó este bautismo; o si la pura conciencia del hombre que lo da o lo recibe es la única que hace que el agua purifique la conciencia, ¿qué hacéis con los que encontráis que han sido bautizados por los que, aun no declarados, tenían una conciencia manchada, sobre todo si existe entre los mismos bautizados alguno que confiese haber tenido mala conciencia al ser bautizado, porque quizá aprovechando esa ocasión había pretendido cometer alguna acción vergonzosa? Cuando haya llegado a vuestro conocimiento que no tuvo conciencia limpia ni el que administró el bautismo ni el que lo recibió, ¿pensáis que debe ser bautizado de nuevo? En modo alguno lo dirás; en modo alguno harás eso.

La pureza del bautismo es totalmente independiente de la pureza de la conciencia del que lo da o del que lo recibe. ¡Ea!, pues, atrévete ya a afirmar que tenía limpia la conciencia el defraudador, el salteador, el opresor de los huérfanos y las viudas, el destructor de matrimonios, el almonedero, vendedor, distribuidor de los bienes patrimoniales ajenos. Atrévete también a afirmar que tuvieron pura conciencia quienes difícilmente faltarían en aquellos tiempos, los que quizá anhelaron ser bautizados por sus manos, y no precisamente buscando a Cristo y la vida eterna, sino tratando de adquirir amistades terrenas y satisfacer terrenos antojos. Además, si no osas decir que fueron de pura conciencia los que de entre ellos hayas descubierto bautizados, dales a éstos el agua de la conciencia pura que no recibieron; si no haces esto, cesa ya de vomitar contra nosotros lo que no conoces, a fin de no forzarnos a responder contra vosotros lo que conocéis.

¿Son *traditores* los católicos?

XXXVI. 83. Petiliano: "En verdad el Espíritu Santo no pudo descender sobre vosotros, a quienes no lavó ni el bautismo de penitencia, sino que, como es verdad, mancilló el agua, de la que hay que arrepentirse, del *traditor*".

84. Agustín: Sobre la entrega, ni vosotros podéis probar que la hayamos llevado a cabo nosotros ni vuestros antepasados pudieron probarlo acerca de los nuestros. Y aunque éstos hubieran quedado convictos de ello, no serian padres nuestros según tu afirmación, ya que de sus afirmaciones no nos habíamos hecho partícipes, ni tampoco nos apartaríamos por causa de ellos de la comunidad de la unidad y de la descendencia de Abrahán, en la que son bendecidas todas las naciones.

Sin embargo, si una es el agua de Cristo y otra el agua del *traditor*, porque Cristo no fue *traditor*, ¿por qué no ha de ser una el agua de Cristo y otra la del salteador, ya que tampoco fue salteador Cristo? Bautiza, pues, tú después de tu salteador y yo bautizaré después del *traditor*, que no es mío ni tuyo, o mejor, que es mío y tuyo, si se ha de dar crédito a los documentos presentados, y todavía mejor, que es tuyo y no mío, si hemos de creer a la comunión del orbe más que al partido de Donato.

Y ésta es una doctrina de mejor calidad y más sana, ya que, según la palabra del Apóstol, *cada uno de nosotros tiene que llevar su propia carga* ¹⁰⁴, y no es aquel salteador vuestro si vosotros no sois salteadores, y no hay *traditor* alguno ni nuestro ni vuestro si nosotros no somos *traditores*. Por ello somos católicos nosotros, que según esta doctrina no abandonamos la unidad, y sois herejes vosotros, que por las faltas, sean verdaderas o falsas, de algunos hombres, no queréis mantener la caridad con la descendencia de Abrahán.

Hch 19, 1-7

XXXVII. 85. Petiliano: "Para poner de relieve la práctica de los apóstoles nos sirven las palabras de los Hechos: *Mientras Apolo estaba en Corinto, Pablo atravesó las regiones altas y llegó a Éfeso, donde encontró algunos discípulos; les preguntó: ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando abrazasteis la fe? Ellos contestaron: Pero si nosotros no hemos oído decir siquiera que exista el Espíritu Santo. El replicó: Pues ¿qué bautismo habéis recibido? El bautismo de Juan, respondieron. Pablo añadió: Juan bautizó con un bautismo de conversión, diciendo al pueblo que creyesen en el que había de venir después de él, o sea, en Jesucristo nuestro Señor. Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en diversas lenguas y profetizaban. Eran en total unos doce hombres* ¹⁰⁵.

Ahora bien, si aquellos fueron bautizados para recibir el Espíritu Santo, ¿por qué vosotros, si queréis recibir el Espíritu Santo, no aceptáis, después de vuestras mentiras, la verdadera renovación? Si nosotros obramos mal en esto, ¿por qué nos buscáis? Y si hay en ello una culpa, condenad primero a Pablo; éste, ciertamente, lavó lo que ya había sido purificado; nosotros, en cambio, bautizamos en vosotros lo que aún no está. Pues vosotros, como ya lo hemos dicho muchas veces, no bañáis en el verdadero bautismo, sino que os desacreditáis con el vocablo vacío de un falso bautismo".

86. Agustín: No acusamos a Pablo por dar a los hombres el bautismo de Cristo, porque no tenían, según su respuesta, el bautismo de Cristo, sino el de Juan. Preguntados en qué bautismo habían sido bautizados, respondieron: "Con el bautismo de Juan", que no pertenece al bautismo de Cristo ni es parte alguna ni etapa alguna del mismo. De otra suerte, o entonces se reiteraba el agua del bautismo de Cristo, o, si el bautismo de Cristo se realizaba por una doble ablución, es menos perfecto que al presente, ya que no se da aquella ablución que se daba por medio de Juan. Y es impío pensar cualesquiera de estos dos extremos. Dio, pues, Pablo el bautismo de Cristo a aquellos que no tenían el bautismo de Cristo, sino el de Juan.

87. ¿Por qué fue necesario en aquellos tiempos el bautismo de Juan, que ahora ya no lo es, lo hemos dicho en otra parte, y no interesa a la cuestión que entre nosotros al

presente se ventila, sino solamente para que se vea que uno fue el bautismo de Juan y otro el de Cristo; como fue también otro bautismo aquel en que dice el Apóstol fueron bautizados nuestros padres en la nube y el mar, cuando Moisés los llevó a través del Mar Rojo. La Ley y los profetas hasta Juan el Bautista tenían sacramentos que anunciaban realidades futuras; en cambio, los sacramentos de nuestro tiempo atestiguan que ha llegado ya lo que anunciaban aquellos que había de venir.

Por consiguiente, Juan fue de todos los precedentes el anunciador inmediato de Cristo. Y todos los justos de los tiempos pasados deseaban ver realizado lo que por revelación del Espíritu veían como futuro, y por ello dice el mismo Señor: *Muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron* ¹⁰⁶. Por eso se dijo que Juan es más que cualquier profeta y que nadie le aventajó entre los nacidos de mujer, ya que a los justos anteriores se les concedió sólo predecir a Cristo; en cambio, a éste se le otorgó predecir al ausente y verlo presente, de suerte que se descubre que a éste se le manifestó lo que los otros desearon ver.

Así, el misterio de su bautismo pertenece aún a la predicción de Cristo, aunque ya la última; hasta él sólo hubo predicciones de la primera venida del Señor, de cuya venida ahora sólo hay anuncios, no predicciones. Pero el Señor, enseñándonos el camino de la humildad, se dignó aceptar los signos de su anuncio que encontró aquí a mano, y no precisamente como recurso para su justificación, sino como ejemplo de nuestra piedad, es decir, para manifestarnos con qué devoción debemos aceptar los signos que dan fe de que él ya ha venido, puesto que no se desdeñó de aceptar los que eran figura de su venida.

Y así Juan, aunque cercano a él y llevándole menos de un año en edad, al bautizar antecedía a Cristo que venía. Por eso se dijo de él: *He aquí que yo envío mi ángel delante de ti, él preparará tu camino* ¹⁰⁷, y él mismo lo proclamaba diciendo: *Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo* ¹⁰⁸.

De esta manera la circuncisión del octavo día que se dio a nuestros padres anunciaba nuestra justificación en el despojo de las concupiscencias carnales mediante la Resurrección del Señor, la cual tuvo lugar después del séptimo día, el sábado, esto es, en el día octavo, o sea, el domingo, día que coincide con el tercero de su sepultura. Sin embargo, el mismo Cristo, de niño, recibió la misma figurativa circuncisión de la carne.

Y así como la Pascua que celebraban los judíos anunciaba en la inmolación del cordero la Pasión del Señor y su tránsito de este mundo al Padre, y, sin embargo, el mismo Señor con sus discípulos celebró esa misma fiesta, que se hallaba en idéntico sentido prefigurativo, cuando aquéllos le preguntaron: *¿Dónde quieres que te preparemos la Pascua?* ¹⁰⁹, de la misma manera recibió él el bautismo de Juan, que anunciaba de inmediato su venida.

Pero una cosa es la circuncisión de la carne entre los judíos y otra nuestra celebración en el octavo día de los bautizados, lo mismo que una cosa es la Pascua del cordero que aún hoy celebran ellos y otra nuestra participación en el Cuerpo y en la Sangre del Señor; de la misma manera, uno fue el bautismo de Juan y otro el bautismo de Cristo. Con los ritos antiguos se anunciaban estos nuevos que habían de venir, y con éstos se proclamaba la realización de aquéllos. Y aunque Cristo se haya sometido a aquéllos, no nos son necesarios a nosotros, puesto que hemos recibido al que aquéllos anunciaban. Cuantos con la reciente venida del Señor habían recibido aquéllos, necesitaban ser iniciados también en éstos; en cambio, quien hubiera sido iniciado en éstos, no estaba obligado a retroceder a aquéllos.

88. En consecuencia, no pretendáis ofuscarnos con el bautismo de Juan. Sea la causa o el motivo de éste la que acabo de exponer, o se halle otra mejor o de más garantía, queda

siempre bien de manifiesto que uno es el bautismo de Juan y otro el de Cristo, y que aquél fue llamado bautismo de Juan, lo cual declara la misma respuesta de aquellos que has mencionado y la palabra del mismo Señor cuando dice a los judíos: *El bautismo de Juan, ¿de dónde era: del cielo o de los hombres?* ¹¹⁰

En cambio, este otro bautismo no se llama ni de Ceciliano ni de Donato ni de Agustín ni de Petiliano, sino bautismo de Cristo. Si nos calificas de petulantes porque no queremos que nadie sea bautizado después de haberlo hecho nosotros cuando vemos que han sido bautizados después del bautismo de Juan, que ciertamente era muy superior a nosotros, ¿son acaso iguales Juan y Optato? Parece esto ridículo, y sin embargo pienso que no sólo no los creéis iguales, sino que consideráis de más categoría a Optato; en efecto, el Apóstol bautizó después de Juan, y vosotros no osáis bautizar a nadie después de Optato. ¿Acaso porque Optato estuvo en vuestra comunión? No sé con qué pensamiento se puede mantener esto: que el amigo del conde, para quien el conde era dios, se dice que permaneció en la unidad y, en cambio, quedó fuera de ella el amigo del Esposo.

Ahora bien, si Juan estuvo de manera particular en la unidad y fue mucho más excelente y de más categoría que todos vosotros y nosotros, y no obstante el apóstol Pablo bautizó después de él, ¿por qué vosotros no bautizáis después de Optato? Quizá vuestra ceguera os pone en tales aprietos que os fuerce a decir que Optato pudo dar el Espíritu Santo y no lo pudo dar Juan. Si no osáis decir esto, no sea que hasta los mismos insensatos se burlen de vuestra insensatez, ¿qué responderéis al preguntaros por qué después del bautismo de Juan se deben bautizar los hombres y nadie en cambio debe ser bautizado después de Optato? ¿Diréis acaso que aquéllos habían sido bautizados con el bautismo de Juan y, en cambio, cuantos son bautizados con el bautismo de Cristo, sean bautizados por Pablo o por Optato, no ofrecen diferencia alguna en su bautismo, habiendo tal diferencia entre Pablo y Optato?

Tornad, pues, prevaricadores, al sano juicio y no midáis los sacramentos divinos por las costumbres o hechos de los hombres. Aquéllos, en efecto, son santos por ser de quien son, pero llevan consigo premios si son tratados con dignidad y un castigo cuando se los trata indignamente. Y aunque no sean lo mismo los que tratan digna o indignamente los sacramentos de Dios, es uno solo el sacramento, sea tratado digna o indignamente, de tal suerte que no se hace él mejor ni peor, sino que sirve para la vida o la muerte de los que lo reciben.

Sobre lo que dijiste acerca de los que bautizó Pablo después de Juan, que ya estaban lavados, a buen seguro que no lo dirías si pensaras un poco lo que dices. Si debió ser purificado el bautismo de Juan, sin duda estaba manchado. ¿Para qué te voy a apremiar? Recuerda o lee, y mira de dónde recibió eso Juan; así descubrirás contra quién has lanzado esa blasfemia. Y una vez que lo hayas descubierto, date al menos golpes de pecho, si tu lengua no se refrena.

89. Ahora bien, os parecía decirnos con cierta elegancia: "Si hemos hecho esto mal, ¿por qué nos buscáis?" ¿No recordaréis de una vez que no se busca sino a los que están perdidos y que el no ver esto pertenece a la misma pérdida? Tan absurdamente podría decir la oveja perdida al pastor: "Si obro mal al alejarme del rebaño, ¿por qué me buscas?" Sin darse cuenta de que el pensar que no ha de ser buscada es un motivo para que la busquen. Y ¿quién es el que os busca, ya por sus propias Escrituras, ya por los predicadores católicos y pacíficos, ya por los azotes de las tribulaciones temporales, sino el mismo que os dispensa esta misericordia en todas las cosas? Por consiguiente, nosotros os buscamos para encontraros; tanto os amamos para que viváis cuanto odiamos vuestro error para que perezca, él, que os pierde mientras él no perece. Ojalá os busquemos con tal éxito que lleguemos a encontraros y podamos decir de cada uno de vosotros: *Estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado* ¹¹¹.

Significado de "católico"

XXXVIII. 90. Petiliano: "Vosotros decís que tenéis la Iglesia católica. Ahora bien, católico en griego significa único o todo entero. Vosotros no estáis en el todo, porque recalasteis en un partido".

91. Agustín: También yo he aprendido muy poco de griego, casi nada; sin embargo, no creo ser un descarado al decir que conozco que ὅς ἅς no significa "uno", sino "todo entero", y ὅς ἅς quiere decir "según todo", de donde tomó el nombre la Iglesia católica según la palabra del Señor: *A vosotros no os toca conocer el tiempo que ha fijado el Padre con su autoridad, sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra*¹¹². He aquí de dónde le viene el nombre de católica.

Pero vosotros tenéis tan cerrados los ojos que chocáis contra el monte, que, según la profecía de Daniel, creció de una piedra pequeña y llenó toda la tierra, y nos achacáis a nosotros el habernos incluido en un partido y no estar en el todo, cuya comunión se extiende por todo el orbe. Pero como, si me dijeras que yo soy Petiliano, no encontraría modo de refutarte sino riéndome del bromista o lamentándome del delirante, éste es el único recurso que veo a mi alcance; y como no pienso que tú estés bromeando, mira qué es lo que me resta.

Macario frente a Optato

XXXIX. 92. Petiliano: "Pero nada tienen que ver las tinieblas con la luz, ni la amargura con la miel, ni la vida con la muerte, la murga con el aceite, aunque haya tal afinidad entre ellas, pues se separarán todas las impurezas. No es sino la cloaca de vicios según dice Juan: *Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Si fueran de los nuestros, habrían permanecido con nosotros*¹¹³. No sigue el oro con su ganga; a todos los metales preciosos se les somete a la purificación; así está escrito: *Como el horno prueba al oro, así el azote de la tribulación a los buenos*¹¹⁴. No comulga la crueldad con la mansedumbre ni la religión con el sacrilegio, ni el partido de Macario puede ser en modo alguno el nuestro, porque mancilla nuestros ritos al imitarlos. En efecto, el ejército enemigo no es un partido que llena el significado del término enemigo. Si se llama de verdad partido, incurrirá en la justa maldición de Salomón: *Desaparezca su partido de la faz de la tierra*"¹¹⁵.

93. Agustín: Lanzar semejantes diatribas y no demostrar nada, ¿qué es sino delirar? Te fijas en la cizaña a través del mundo y no prestas atención al trigo, cuando a una y a otra se les ordenó crecer por todo el mundo. Te fijas en la semilla del maligno, que será separada al final de los tiempos, y no prestas atención a la descendencia de Abrahán, en la cual serán bendecidas todas las naciones. Como si vosotros fueseis ya la masa purificada, la miel pura, el aceite clarificado, el oro limpio o la escueta fachada de pared blanqueada.

Para no hablar de los otros vicios, ¿acaso los ebrios se emparejan con los sobrios o se coloca a los avaros en el número de los sabios? Si a los hombres mansos se les aplicó el vocablo "luz", ¿dónde se incluirá, sino en el de "tinieblas", el furor de los circunceliones? ¿Por qué, pues, tiene valor entre vosotros el bautismo dado por éstos y no lo tiene el mismo bautismo de Cristo dado por cualquiera en el orbe entero? Ved bien claro que el resultado de vuestra separación de la comunión universal ha sido no que seáis todos ebrios o todos avaros o todos violentos, sino todos herejes, y por esto todos impíos y sacrílegos.

94. Llamáis por otra parte partido de Macario al orbe de la tierra que se encuentra en la comunión cristiana: ¿quién con su razón cabal puede hablar así? Pero como nosotros

decimos que vosotros sois del partido de Donato, buscáis un hombre a cuyo partido nos inscribáis, y con grandes dificultades citáis a no sé qué individuo quizá algo conocido en África, mas desconocido a las otras partes del orbe. Por ello ved cómo os responde toda la descendencia de Abrahán desde la tierra entera: "No conocemos en absoluto a ese Macario, de cuyo partido decís somos nosotros". Responded, en cambio, vosotros que no conocéis a Donato.

Si nosotros decimos que vosotros sois del partido de Optato, ¿quién de vosotros puede decir que desconoce a Optato, a no ser de vista, igual que a Donato? Pero os vanagloriáis del nombre de Donato; ¿acaso también del de Optato? Y ¿qué os aprovecha Donato si os ha mancillado a todos Optato? ¿De qué os sirve la sobriedad de Donato si os mancha la embriaguez de los circunceliones? ¿Qué os aprovecha la inocencia de Donato, según vuestra opinión, si os salpica la rapacidad de Optato? Aquí está precisamente vuestro error: pensáis que es más poderosa la iniquidad de un hombre para contaminar a otro que la justicia de otro para purificar a un tercero.

Y así, si dos participan a la vez en los divinos sacramentos, justo el uno e inicuo el otro, pero de suerte que ni éste imite la iniquidad del otro ni el otro la justicia de éste, no decís que por eso se hacen ambos justos, sino ambos impíos, de tal suerte que lo santo que reciben a la vez se torna inmundo y pierde su propia santidad. ¿Dónde ha encontrado semejantes abogados la iniquidad que con sus delirios la han hecho vencedora? ¿Por qué, pues, os enorgulleceis del nombre de Donato en un error de tal perversidad, en que no es Petiliano quien merece ser lo que Donato, sino el mismo Donato se ve forzado a ser lo que Optato? Diga la casa de Israel: *Mi porción es el Señor* ¹¹⁶. Diga la descendencia de Abrahán en todas las naciones: *El Señor es la parte de mi herencia* ¹¹⁷. Ella sabe cómo habla Caifás en el Evangelio de la gloria del Dios bienaventurado. Porque vosotros también profetizáis sin saberlo, como Caifás, perseguidor del Señor, por el sacramento que existe en vosotros. 9 " 6 • D 4 @ H en griego significa en latín "bienaventurado". Nosotros somos sin rebozo del partido de Macario. ¿Hay algo más bienaventurado que Cristo, de quien somos, de quien se recuerdan y hacia quien se vuelven los confines todos de la tierra y en cuya presencia se postran reverentes todas las familias de las naciones?

Así, tu última maldición sobre Salomón, torcidamente empleada, no la teme el partido de este Macario, esto es, de este "bienaventurado"; es decir, no teme su desaparición de la tierra.

Y así, lo que se dijo de los impíos, vosotros intentáis referirlo a la heredad de Cristo, y pretendéis con perversa impiedad que así ha tenido lugar. Pues cuando él hablaba de los impíos dijo: *Perezca su partido de la faz de la tierra* ¹¹⁸. Pero cuando vosotros citáis lo que está escrito: *Te daré en herencia las naciones* ¹¹⁹, y: *Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra* ¹²⁰; cuando decís que esa promesa ha desaparecido de la tierra, queréis trastornar la intención y lanzar contra la heredad de Cristo lo que se predijo sobre la suerte de los impíos. Pero como quiera que la heredad de Cristo permanece y se acrecienta, al decir eso os ganáis vuestra propia perdición. Pues no profetizáis en parte alguna mediante el sacramento de Dios, puesto que aquí por vuestra necedad no hacéis sino desear el mal. Pero la predicción de los profetas tiene más valor que la maldición de los seudoprofetías.

¿Iglesia de puros?

XL. 95. Petiliano: "También el apóstol Pablo clama: *No os juntéis con los infieles. Pues ¿qué relación hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué comunión entre la luz y las tinieblas? ¿Qué armonía entre Cristo y Belial? ¿Qué participación entre el fiel y el infiel?*" ¹²¹

96. Agustín: Conozco las palabras del Apóstol, pero no veo en absoluto en qué pueden favorecerte. ¿Quién de nosotros afirma esa participación de la justicia con la iniquidad, aunque un justo y un inicuo, como Judas y Pedro, tomen parte en los mismos sacramentos? Del mismo alimento santo Judas tomaba para sí la condenación y Pedro recibía la salud; como tú, si eras desemejante, recibías el sacramento con Optato y no eras un salteador como él. ¿O acaso la rapiña no es una iniquidad? ¿Quién es tan demente que afirme esto? ¿Qué participación, pues, podía tener tu justicia con su iniquidad, cuando os acercabais al mismo altar?

El color del cristal...

XLI. 97. Petiliano: "Y de nuevo nos previene contra el nacimiento de cismas: *Yo os digo que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo. ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?*" ¹²²

98. Agustín: Recordad los que leéis esto: Petiliano recuerda estas palabras del Apóstol. ¿Cuándo hubierais podido pensar que él hablaba así contra sí mismo en favor nuestro?

Petiliano habla en favor de la causa de Agustín

XLII. 99. Petiliano: "Si Pablo dijo esto a los incultos, si se lo dijo a los justos, yo os lo digo a vosotros, que sois injustos: ¿Está acaso Cristo dividido, para separaros vosotros de la Iglesia?"

100. Agustín: Temo que alguno piense que en este mi libro se equivocó el copista y haya puesto "Petiliano dijo" donde debió decir "Responde Agustín". Pero veo lo que has intentado: quisiste adelantarte para que no te dijéramos esas mismas cosas. Pero ¿qué has conseguido sino que se digan dos veces? Por consiguiente, si te deleita tanto oír lo que va contra vosotros, escúchalo, por favor, Petiliano, de mi boca: ¿Está acaso dividido Cristo, para que vosotros os separéis de la Iglesia?"

El despojo de los egipcios

XLIII. 101. Petiliano: "¿Acaso murió por vosotros, ahorcándose Judas el traidor, o estáis vosotros salpicados de sus costumbres, ya que seguís sus ejemplos y, saqueados los tesoros de la Iglesia, nos vendéis a los herederos de Cristo a los poderes seculares?"

102. Agustín: No fue Judas el que murió por nosotros, sino Cristo, a quien dice la Iglesia extendida por todo el orbe: *Daré respuesta al que me insulta, porque confío en tus palabras* ¹²³. Por tanto, si oigo yo las palabras del Señor: *Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra* ¹²⁴, y escucho también al profeta: *Su pregón sale por toda la tierra y sus palabras hasta los confines del orbe* ¹²⁵, escuchando esto, no tiene por qué perturbarme mezcolanza alguna de los malos, si yo he aprendido a exclamar: *Sé fiador de tu siervo para el bien, no me opriman los soberbios con sus calumnias* ¹²⁶. Y, por consiguiente, no me preocupo del vano calumniador, pues que tengo a quien promete con garantía.

Ahora bien, si os quejáis de los objetos o lugares eclesiásticos que tenáis y no tenéis, también pueden los judíos considerarse justos y acusarnos de iniquidad, porque los cristianos poseen al presente el lugar en que impiamente dominaron ellos. ¿Hay algo vergonzoso en que tengan los católicos por la voluntad del Señor los lugares que tenían los herejes? A todos los semejantes de los judíos, esto es, a todos los inicuos e impíos, se les aplica con toda propiedad la palabra del Señor: *Se os quitará el reino de Dios para dárselo a un pueblo que practicaré la justicia* ¹²⁷. ¿Está acaso escrito en vano: *Los trabajos de los impíos alimentarán a los justos?* ¹²⁸

Por consiguiente, debéis sorprenderos más de tener aún algo que de lo que habéis perdido. Pero ni de esto debéis sorprenderos: la pared blanqueada va cayendo poco a poco. Tornad más bien la mirada a los maximianistas, qué lugares tenían y quiénes los atacaron y expulsaron de ellos. Y si la justicia consiste en soportar estas cosas y la iniquidad en realizarlas, atrévete a hablar, si puedes, en primer lugar porque sois vosotros los que las hicisteis y ellos los que las soportaron, y luego, porque según la regla de esta justicia tú te encuentras en situación inferior. Aquéllos, en efecto, fueron expulsados de los lugares antiguos mediante los jueces por los emperadores católicos, y tú, en cambio, ni aun por los mandatos de los mismos emperadores eres expulsado de las basílicas de la unidad. ¿Por qué esto sino porque tú eres de menos categoría no sólo que tus restantes colegas, sino también que aquellos a quienes condenasteis como sacrílegos por la boca de vuestro concilio plenario?

Pecados del ministro y validez del sacramento

XLIV. 103. Petiliano: "Nosotros, como está escrito, por nuestro bautismo nos hemos revestido de Cristo entregado a la muerte, vosotros con vuestro contagio os habéis revestido del traidor Judas".

104. Agustín: También yo podría decir: "Vosotros con vuestro contagio os habéis revestido de Optato el traidor, el raptor, el opresor, el disgregador". Pero lejos de mí que el deseo de devolver la maldición me haga caer en algún error; pues ni vosotros os habéis revestido de éste ni nosotros de aquél. Por consiguiente, si alguien, al venir a nosotros, dice que ha sido bautizado en el nombre de Optato, estará bautizado también en nombre de Cristo; y del mismo modo cuando vosotros bautizáis a los nuestros que dicen han sido bautizados en nombre de Judas, no reprendemos lo que habéis hecho. Pero si habían sido bautizados en nombre de Cristo, ¿no veis qué error tan grande cometéis al juzgar que los divinos sacramentos varían según la variación de los criterios humanos o que quedan mancillados por las manchas de la vida de cualquiera?

Los pocos que siguen el camino estrecho

XLV. 105. Petiliano: "Si éstas son partes, nada nos perjudican los nombres de la otra parte. En efecto, hay dos caminos: uno estrecho, por el que caminamos nosotros; el otro, por el que caminan a su perdición los impíos; y sin embargo se distingue perfectamente la igualdad del vocablo, a fin de que no se vea contagiado el camino de la justicia por la identidad del nombre".

106. Agustín: Temiste la multitud del orbe entero comparada con vuestra multitud y trataste de refugiarte en la alabanza del reducido número que camina por el camino estrecho. ¡Lástima no te hayas refugiado en el camino en sí en lugar de hacerlo en la alabanza del mismo! A buen seguro verías claramente que ese mismo reducido número se halla en la Iglesia de todas las naciones y que se habla cuán pocos son los justos comparados con la multitud de inicuos, como en comparación de la paja se dice que son pocos los granos de una mies ubérrima, que, sin embargo, reunidos llenan el granero. Pues igual que en el dolor por haber perdido edificios, así te superarán los maximianistas en ser un reducido número, si en esto pones tu justicia.

El salmo 101

XLVI. 107. Petiliano: "David, en el primer salmo, separa a los bienaventurados y a los impíos, no precisamente haciendo partes, sino separando a los santos de todos los inicuos: *¡Bienaventurado el hombre aquel que no va al consejo de los impíos, ni se detiene en la senda de los pecadores -torne al camino de la justicia el que había errado para perderse-, ni se sienta en la cátedra de la corrupción -avisando así, oh miserables, ¿por qué estáis sentados?-, mas se complace en la ley del Señor, medita en ella día y noche! Es como un árbol plantado junto a corrientes de agua, que da a su tiempo el fruto,*

y jamás se amustia su follaje; todo lo que hace sale bien. ¡No así los impíos, no así! Que ellos son como el polvo que el viento se lleva de la faz de la tierra -llena los ojos hasta cegarlos-. No resistirán en el juicio los impíos, ni los pecadores en la asamblea de los justos. Porque el Señor conoce el camino de los justos, pero el camino de los impíos se pierde" ¹²⁹.

108. Agustín: ¿Quién no distinguirá estas dos clases de hombres en la Escritura? Pero vosotros, siempre insultantes, antes reprocháis a los granos los defectos de la paja, y siendo sólo paja os jactáis de ser el único grano. Pero los profetas, tan dignos de crédito, afirman que estas dos clases de hombres se encuentran mezcladas en el mundo entero, esto es, en todo el campo del Señor, hasta la bielta, que tendrá lugar en el día del juicio.

De todos modos te recomiendo leas este primer salmo en el texto griego: así no osarás achacar como un crimen al universo el partido de Macario, porque quizá te des cuenta de qué Macario es el partido que se encuentra en todos los santos, que son bendecidos por todas las naciones en la descendencia de Abrahán. Donde dice el latín *beatus vir*, escribe el griego : " 6 V D 4 @ H • < Z D . Si ese Macario que os desagrade a vosotros es malo, ni se encuentra en este grupo ni le perjudica; y si es bueno, que examine su conducta para tener gloria en sí mismo y no en los otros.

El salmo 22

XLVII. 109. Petiliano: "Por lo que respecta a nuestro bautismo, el mismo profeta cantó sus glorias: *El Señor es mi pastor, nada me faltará. Me ha puesto en lugares de pasto, hacia aguas que restablecen me llevó; y hace volver a mi alma. Me llevó por senderos de justicia a causa de su nombre. Y si caminaba en tinieblas de muerte -si me mata el perseguidor-, ningún mal temeré, porque tú estás conmigo, Señor. Tu vara y tu cayado me confortan -así venció David a Goliat cubierto con el óleo santo-. Tú preparaste ante mí una mesa frente a mis adversarios; ungiste con óleo mi cabeza, excelente es tu copa embriagadora. Tu misericordia me acompañará todos los días de mi vida, para que habite en la casa del Señor a lo largo de los días" ¹³⁰.*

110. Agustín: Este salmo habla de los que reciben dignamente el bautismo y usan santamente de las cosas santas. Tales palabras no tienen relación con Simón Mago, quien, sin embargo, recibió el mismo santo bautismo; cierto que no quiso servirse de él santamente, pero no por eso lo mancilló ni enseñó fuera necesario reiterarlo a sus semejantes.

Ya que has evocado a Goliat, presta atención al salmo sobre Goliat y mira cómo fue vencido en el cántico nuevo; se dice allí: *¡Oh Dios!, te cantaré un cántico nuevo; te cantaré con el arpa de diez cuerdas* ¹³¹. Examina si pertenece a este cántico quien no está en comunión con el universo. Se dice también en otra parte: *Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra* ¹³². Toda la tierra, en efecto, en cuya unidad no estáis vosotros, canta un cántico nuevo, y de toda la tierra son también estas palabras: *El Señor es mi pastor, nada me faltará* ¹³³, etc. No son estas palabras de la cizaña, aunque haya que tolerarla en la misma mies hasta la cosecha; no son palabras de la paja, sino del trigo, aunque uno y otra se nutren a la vez con la misma lluvia, y se trillan juntas en la misma era, hasta que finalmente sean separadas en la última limpia aquellas que tienen común el mismo bautismo, bien que no sean una sola cosa.

Cierto que, aunque vuestro partido fuera la Iglesia de Dios, confesarías sin duda que ese salmo no puede pertenecer a las frenéticas bandas de los circunceliones. Y si ellos son conducidos por los caminos de la justicia, ¿por qué, cuando os los reprochan, negáis que sean vuestros compañeros, aunque ordinariamente no sea la vara ni el báculo de Dios, sino las estacas de éstos las que administran alivio al escaso número de vuestro grupo; y

con su ayuda pensáis que estáis seguros contra las leyes romanas, bien que caer en sus manos no es otra cosa que caminar en medio de sombras de muerte? Pero el que no tiene temor alguno es aquel con quien está el Señor. Sin embargo, no osarás decir que las palabras que se cantan en este salmo se refieren a esos furiosos, aunque no sólo confesáis, sino que profesáis que ellos tienen el bautismo.

No cantan esto del salmo sino los que se sienten restaurados por el agua santa, como todos los justos de Dios, no los que se pervierten usando mal de ella, como aquel mago bautizado por Felipe; y, sin embargo, el agua es una y santa en unos y en otros.

No lo cantan sino los que estarán a la derecha; y, sin embargo, con el mismo pasto apacienta el único pastor a las ovejas y cabritos hasta que sean separados para recibir el premio.

No lo cantan sino quienes de la mesa del Señor reciben la cena como Pedro, no el juicio como Judas; y, sin embargo, ella fue una sola para ambos, aunque no les sirvió para una sola cosa a ambos, porque no eran una sola cosa.

No lo cantan sino los hechos felices en el espíritu con el óleo santo como David, no los que reciben la consagración sólo en el cuerpo como Saúl; y, sin embargo, habiendo tomado ambos una misma cosa, no fue diferente en ellos el sacramento, sino el mérito.

No lo cantan sino los que con el alma transformada anhelan el cáliz del Señor para la vida eterna, no los que comen y beben su propia condenación, como dice el Apóstol; y, sin embargo, aquel cáliz no es más que uno para entrambos, que no son una misma cosa, saturando a los mártires para conquistar los bienes celestiales, y no a los circunceliones para manchar con su sangre los precipicios.

Por tanto, recuerda que los sacramentos de Dios no sufren menoscabo por las costumbres de hombres perversos, que no pueden hacer que aquéllos en absoluto no existan o sean menos santos, sino para los mismos hombres malos que los tendrán como testimonio de su condenación, no como una ayuda para su santificación.

Debiste al menos considerar las últimas palabras de este salmo, y teniendo en cuenta a los que apostatan del bautismo recibido, comprender que no pueden repetir todos los que reciben el santo bautismo: *Para habitar en la casa del Señor a lo largo de los días* ¹³⁴; y, sin embargo, tanto para los que perseveran como para los caídos, aunque ellos no sean una misma cosa, en unos y otros es santo el bautismo, pues aun los apóstatas, si retornan, no son bautizados como si lo hubieran perdido, sino que se humillan por la injuria que hicieron al sacramento que permanece en ellos.

Santidad de vida y santidad del sacramento

XLVIII. 111. Petiliano: "Para que no digáis que sois santos, afirmo en primer lugar que no puede ser santo quien no es inocente".

112. Agustín: Muéstranos el tribunal donde te has sentado, en el que hiciste comparecer al orbe entero, y con qué ojos has observado y examinado no ya las conciencias sino los actos de todos, para llegar a juzgar que todo el mundo había perdido la inocencia. Aquel que fue arrebatado hasta el tercer cielo dice: *¡Ni siquiera me juzgo a mí mismo!* ¹³⁵, y te atreves tú a dictar sentencia sobre toda la tierra, en la que se extiende la heredad de Cristo?

Por otra parte, si te parece tan absoluto el principio que estableciste: "que no puede ser santo quien no es inocente", te pregunto qué es lo que veneraba David en Saúl, si éste no tenía la santidad del sacramento, y si tenía la inocencia, por qué perseguía al inocente. En efecto, en virtud de la santa unción honró David a Saúl vivo y le vengó muerto, y sintiendo una sacudida interior, tembló porque le cortó un pedazo de su vestido. Ahí vemos cómo

Saúl no tenía la inocencia y, sin embargo, tenía la santidad, no de su vida, porque esto no puede tenerlo nadie sin la inocencia, sino del sacramento de Dios, que es santo aun en los hombres malos.

Quién conoce la Escritura

XLIX. 113. Petiliano: "Si conocéis la Ley vosotros sin la fe verdadera, puedo decir esto sin injuria de la misma Ley: también el diablo la conoce. En efecto, como un justo respondió sobre la Ley en la causa del justo Job: *El Señor dijo a Satán: ¿Te has fijado en mi siervo Job en que no tiene igual en la tierra? Es un hombre sin malicia, un verdadero adorador de Dios, que se abstiene de todo mal, que persevera en su virtud; bien sin razón solicitaste destruir todos sus bienes. Respondió Satán al Señor: ¡Piel por piel! ¡Todo lo que el hombre tiene lo da por su vida!*¹³⁶ Ahí vemos con qué legalidad habla el enemigo de la Ley. Y de nuevo se atrevió a tentar a Cristo el Señor con sus palabras: *Entonces el diablo le llevó consigo a la Ciudad Santa, le puso sobre el alero del Templo, y le dio: Tírate abajo, porque está escrito: Dará órdenes a sus ángeles para que te lleven en sus manos, no sea que tropiece tu pie en alguna piedra. Jesús le dijo. También está escrito. No tentarás al Señor tu Dios*¹³⁷. Conocéis, puedo decir, la Ley como el mismo diablo, que se ve vencido en sus intentos y avergonzado en sus hechos".

114. Agustín: Podría ciertamente preguntarte en qué Ley se encuentran escritas las palabras que dijo el diablo, al acusar ante Dios al santo Job, si me hubiera propuesto demostrar que tú mismo no conoces la Ley que dices conoce el diablo; pero paso esto por alto, ya que no versa sobre esto nuestra cuestión.

Tú has tratado de demostrar que el diablo conoce la Ley, como si nosotros tuviéramos por justos a cuantos conocen las palabras de la Ley. Lo que no veo es qué puede favorecerte lo que has recordado del diablo, a no ser que pretendas con ello que nos venga a las mientes cómo tratáis vosotros de imitarlo a él. En efecto, como el diablo profería las palabras de la Ley contra el autor de la Ley, así acusáis vosotros con las palabras de la Ley a los hombres que no conocéis, y lo hacéis precisamente con el fin de resistir a las promesas de Dios que están escritas en la misma Ley.

También quisiera que me dijese a quién quieren dar testimonio aquellos vuestros confesores cuando se precipitan a sí mismos: si a Cristo, que rechazó al diablo cuando le proponía tales cosas, o más bien al mismo diablo, que sugería a Cristo las hiciera.

Dos son las más bajas y ordinarias clases de muerte usadas por aquellos vuestros que se la dan a sí mismos: la soga y el precipicio. Tú ciertamente has dicho al principio de esta carta: "El traidor se dio muerte con la soga, y dejó la soga a sus semejantes".

Esto no tiene que ver nada con nosotros; pues no veneramos con el nombre de mártires a quienes se han colgado. Y con cuánta mayor razón podemos decir contra vosotros: "El diablo, maestro del traidor, quiso persuadir a Cristo el precipicio y fue rechazado". ¿Qué habrá que decir de aquellos a quienes trató de persuadir consiguiéndolo? ¿Qué, sino que son enemigos de Cristo y amigos del diablo, discípulos del seductor, condiscípulos del traidor? Pues han aprendido unos y otros de un único maestro el suicidio, aquél mediante la horca, éstos mediante el precipicio.

Una cosa es decir y otra maldecir

L. 115. Petiliano: "Vamos a destruir una por una vuestras afirmaciones; si os llamáis sacerdotes, así dice el Señor por los profetas: La venganza del Señor sobre los falsos sacerdotes"¹³⁸.

116. Agustín: Busca mejor algo verdadero que decir y no por qué maldecir, algo que enseñar y no algo que objetar.

La cátedra de corrupción

LI. 117. Petiliano: "Si como miserables reclamáis la cátedra, como antes dijimos, en vuestras manos está la que el profeta David proclamó en el salmo cátedra de pestilencia. Justamente se os ha dejado a vosotros, porque los santos no pueden sentarse en ella".

118. Agustín: Tú no te das cuenta que éstos no son documento alguno, sino vanas injurias. Es lo que ya dije poco antes: pronunciáis las palabras de la Ley, pero no miráis contra quién las dirigís, como el diablo decía las palabras de la Ley, pero no sabía a quién las dirigía. Aquél pretendía derrocar a nuestra Cabeza, que iba a subir al cielo, y vosotros queréis reducir a una partecilla al cuerpo de la misma Cabeza, que está difundido por toda la tierra.

Has dicho poco ha que nosotros conocíamos la Ley y hablábamos según ella, pero que en nuestros actos nos avergonzábamos. Ciertamente dices esto sin probar nada; pero aunque lo probases de algunos, no te atreverías a achacar esto a los otros. Sin embargo, si a través del mundo entero todos fueran como tú tan vanamente acusas, ¿qué te ha hecho la cátedra de la Iglesia romana, en la cual se sentó Pedro, y en la cual hoy se sienta Anastasio, o la cátedra de la Iglesia de Jerusalén, en la cual se sentó Santiago y en la cual hoy se sienta Juan, con las cuales nos mantenemos unidos en la unidad católica y de las cuales os habéis separado con perverso furor? ¿Por qué llamas cátedra de corrupción a la cátedra apostólica? Si la llamas así a causa de los hombres que piensas proclaman la Ley y no la cumplen, ¿acaso el Señor Jesucristo al decir por los fariseos: *Ellos dicen no hacen*, infirió injuria alguna a la cátedra en que se sentaban? ¿No es verdad que recomendó aquella cátedra de Moisés y les refutó a aquéllos conservando el honor de la cátedra? Dice así: *En la cátedra de Moisés se han sentado. Haced, pues, y observad lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque ellos dicen y no hacen* ¹³⁹.

Si pensarais en esto, no blasfemaríais, por causa de los hombres que acusáis, de la cátedra apostólica con la cual no estáis en comunión. Ciertamente, ¿qué es esto sino ignorar lo que se dice y no poder por menos de maldecir?

Distinguir entre sacramento y disposiciones de quien lo recibe

LII. 119. Petiliano: "Si pensáis que hacéis sacrificios, bien claro dice el mismo Dios de vosotros como personas sumamente detestables: *Un criminal me sacrifica un becerro, como si mata un perro; el que ofrece flor de harina, como si ofreciera sangre de puerco* ¹⁴⁰; reconoced ahí vuestro sacrificio, vosotros que habéis derramado ya sangre humana. Y aún más: *Sus sacrificios serán pan de duelo, cuantos lo coman se harán inmundos*" ¹⁴¹.

120. Agustín: Nosotros decimos que el sacrificio le resulta a cada uno según las condiciones en que se acerca a ofrecerlo o a recibirlo, y que comen de los sacrificios de ciertas personas los que se acercan a los sacrificios con las disposiciones de éstos. De esta manera, si ofrece a Dios el sacrificio un malo y luego lo recibe un bueno, el tal sacrificio le resulta a éste como lo que es, pues también está escrito: *Para los puros todo es puro* ¹⁴². Según esta sentencia verídica y católica, no os habéis contaminado vosotros con el sacrificio de Optato si no os habéis complacido en sus acciones. Porque es cierto que es pan de duelo el pan de aquel cuyas iniquidades hacían llorar a toda el África; pero el mal del cisma de todos vosotros hace que el pan del duelo os sea común a todos vosotros. En efecto, según la sentencia de vuestro concilio, Feliciano de Musti derramó sangre humana, pues dijisteis al condenarlos: *Sus pies son ligeros para derramar sangre* ¹⁴³. Considera, pues, qué sacrificio ofrece, qué sacerdote tenéis, cuando lo habéis condenado como sacrilego. Y si pensáis que esto no os perjudica a vosotros, os pregunto: ¿qué puede perjudicar al orbe entero la vanidad de vuestras calumnias?

¿Es inútil la oración de los católicos?

LIII. 121. Petiliano: "Si dirigiés un ruego al Señor o hacéis una oración, en nada absolutamente os aprovecha. Pues vuestra conciencia manchada de sangre hace inútiles vuestras ligeras oraciones, ya que el Señor Dios atiende más a la limpia conciencia que a las plegarias, según dice el Señor Cristo: *No todo el que diga: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial* ¹⁴⁴. Y cierto, la voluntad de Dios es buena; por eso pedimos en la oración santa: *Hágase tu voluntad en la tierra y en el cielo* ¹⁴⁵, a fin de que, como su voluntad es buena, nos conceda a nosotros lo que es bueno. Vosotros, pues, no cumplís la voluntad de Dios, porque estáis perpetrando males todos los días".

122. Agustín: Si nosotros dijéramos todo esto contra vosotros, cualquiera que nos oyese y estuviese lúcido, ¿no nos tomaría más por necios litigantes que por cristianos que discuten? Así que no vamos a devolver maldición por maldición. *A un siervo del Señor no le conviene altercar, sino ser amable con todos, pronto a dejarse enseñar, sufrido y que corrija con mansedumbre a los que piensan diversamente* ¹⁴⁶. Por consiguiente, si os ponemos delante a aquellos que entre vosotros están perpetrando el mal todos los días, litigamos neciamente acusando a unos por las faltas de los otros; y si os amonestamos a fin de que, como vosotros no queréis os echen en cara aquellas cosas, no nos echéis en cara a nosotros las ajenas, os corregimos con moderación por ver si algún día os arrepentís.

Petiliano sostiene posturas católicas

LIV. 123. Petiliano: "Si alguna vez, lo cual yo ignoro, arrojáis los demonios, ni eso puede seros de utilidad, porque no ceden los demonios a vuestra fe o a vuestros méritos, sino que son arrojados en el nombre del Señor Jesucristo".

124. Agustín: Gracias sean dadas a Dios; al fin has confesado que la invocación del nombre de Cristo puede ser eficaz para la salud de los otros, aunque sea un pecador quien lo invoca. Por esto debes comprender que cuando se invoca el nombre de Cristo, no perjudican a la salud de los otros los pecados ajenos. Ahora bien, sobre cómo invocamos nosotros el nombre de Cristo, no necesitamos tu aprobación, sino la aprobación de aquel a quien invocamos; sólo él puede conocer con qué corazón se le invoca. Y, en verdad, sus palabras nos garantizan que le invocan saludablemente todas las naciones que son bendecidas en la descendencia de Abrahán.

Lo que identifica a la Iglesia es la caridad, no los milagros

LV. 125. Petiliano: "Por más prodigios y maravillas que hagáis, ni aun así, debido a vuestra perversidad, os conocerá el Señor, según dice él mismo: *Muchos me dirán aquel día: Señor, Señor, en tu nombre profetizamos, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros. Y entonces les declararé: ¡No os conozco; apartaos de mí, agentes de iniquidad!*" ¹⁴⁷

126. Agustín: Conocemos la palabra del Señor. Así dice el Apóstol: *Aunque tuviera fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy* ¹⁴⁸. Lo que se debe buscar es quién tiene caridad; y se descubre que son sólo aquellos que aman la unidad. Porque en cuanto a la expulsión de los demonios y el poder de hacer milagros, ni los nuestros ni los vuestros deben gloriarse, si algunos han conseguido esto, ya que hay muchos que no hacen tales maravillas y, sin embargo, pertenecen al reino de Dios, y muchos, en cambio, que las realizan y no pertenecen a ese reino. Ahí tenemos a los apóstoles que podían realizar estas maravillas saludable y útilmente, y no quiso el Señor se alegraran de eso al decirles: *Pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan, alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos* ¹⁴⁹.

Por lo cual podría yo decirte esto mismo que tú me has dicho tomado del Evangelio si te viera realizar estos milagros, como podrías decírmelo tú a mí si me vieras hacerlos.

Así que no nos propongamos unos a otros cuestiones que pueden ser dichas por ambas partes; antes, dando de mano a rodeos o ambigüedades, ya que lo que buscamos es dónde está la Iglesia de Cristo, oigámosle a él que la redimió con su sangre y que nos dice: *Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, hasta los confines de la tierra* ¹⁵⁰.

Quien no esté en comunión con esta Iglesia, que se extiende por toda la tierra, ya ves con quién no está en comunión, si has oído de quién son estas palabras.

Y ¿hay algo más demencial que estar en comunión con los sacramentos del Señor y no estarlo con sus palabras? Estos, ciertamente, dirán: *En tu nombre hemos comido y bebido* ¹⁵¹, y oirán: *No os conozco* ¹⁵², precisamente quienes comen su cuerpo y beben su sangre en el sacramento, y no reconocen en el Evangelio a sus miembros extendidos por todo el orbe, y por eso en el juicio no son contados entre aquéllos.

Repaso al Decálogo: No matarás

LVI. 127. Petiliano: "Ahora bien, si vosotros, como pensáis, seguís en la pureza de la ley del Señor, discutamos sobre esta ley santísima a tenor de la ley. Dice el apóstol Pablo: *La ley es buena, con tal que se use de ella correctamente* ¹⁵³. Y ¿qué dice la ley? *No matarás* ¹⁵⁴. Caín lo hizo una sola vez; vosotros habéis matado muchas veces a los hermanos".

128. Agustín: No queremos parecernos a vosotros. No nos faltan textos que citar, como tú citas éste, ni contenidos que saber -pues tú los ignoras-, ni pruebas que aducir, las cuales no aduces tú.

No fornicarás

LVII. 129. Petiliano: "Se dijo: *No fornicarás* ¹⁵⁵. Y cada uno de vosotros quizá sea casto en cuanto al cuerpo, pero en el espíritu es un fornicario, porque adultera la santidad".

130. Agustín: Puede decirse esto con verdad contra algunos, tanto nuestros como vuestros; pero si desagradan a unos y a otros, no son ni nuestros ni vuestros. Lo que tú, en cambio, dices contra algunos, sin demostrarlo en ellos mismos, quieres tomarlo como demostrado, y no sólo en algunos degenerados de la descendencia de Abrahán, sino en todas las naciones que son bendecidas en la misma descendencia.

No dirás falso testimonio

LVIII. 131. Petiliano: "Está escrito: *No dirás falso testimonio* ¹⁵⁶. Cuando mantenéis falsamente ante los reyes del siglo que nosotros detentamos vuestros bienes, ¿no inventáis falsedades?"

132. Agustín: Si no son nuestros los bienes que detentáis, tampoco eran vuestros los que recibisteis de los maximianistas. Si aquéllos eran vuestros porque ellos causaron un cisma sacrílego al no comulgar con el partido de Donato, considera qué lugares son los que detentáis y cuál es la heredad con que no comulgáis, y pensad qué podéis responder, no a los reyes de este siglo, sino a Cristo.

De él es de quien se ha dicho: *Dominará de mar a mar, desde el río hasta los confines de la tierra* ¹⁵⁷. ¿De qué río se trata aquí sino de aquel en que fue bautizado y en que descendió sobre él la paloma, gran señal de caridad y de unidad? Y vosotros no estáis en comunión con esta unidad, y detentáis aun los lugares de la unidad y nos suscitáis odiosidad a propósito de los emperadores del siglo, vosotros precisamente que, mediante

los mandatos de los procónsules, habéis expulsado de los lugares del partido de Donato a vuestros cismáticos.

No son éstas palabras lanzadas al azar: viven aún las personas, lo atestiguan las ciudades, lo proclaman las actas proconsulares y municipales. Deje ya de oírse la voz calumniosa que reprocha ante toda la tierra a los reyes del siglo, cuyos procónsules permitieron al cisma no perdonar a su propio cisma interior.

Cuando decimos que detentáis nuestros bienes, no se nos puede demostrar que decimos un falso testimonio, a no ser que demostréis que no estamos en la Iglesia de Cristo, lo cual, ciertamente, no dejáis de decir, aunque nunca podréis demostrarlo; aún más, cuando decís esto, reprocháis, no ya a nosotros, sino a Cristo, el crimen de falso testimonio.

Nosotros ciertamente estamos en la Iglesia que fue anunciada en su propio testimonio y de la cual él atestiguó ante sus propios testigos diciendo: *Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta toda la tierra*¹⁵⁸. Vosotros, en cambio, no sólo sois convictos de falso testimonio por resistir a esta verdad, sino también por el mismo proceso en que pugnasteis con el cisma de Maximiano. Si obrabais según la ley de Cristo, ¡cuánto más conveniente es que determinen según esa ley emperadores cristianos, si pueden juzgar según ella los mismos procónsules paganos!

Claro que si juzgasteis conveniente acudir a esas leyes para defender vuestro imperio terreno, no tenemos motivo para reпреnderos. Esto hizo Pablo cuando ante los inicuos atestiguó que él era ciudadano romano.

Pero pregunto en qué leyes terrenas está establecido que los maximianistas sean expulsados de sus lugares. No encontrarás ninguna. Pero naturalmente vosotros tratasteis de expulsarlos en virtud de las mismas leyes que estaban dadas contra los herejes, y claro, entre ellos también contra vosotros, y como más poderosos, prevalecisteis contra los débiles. Por eso ellos, como no pudieron hacer nada, se consideraron inocentes, como el lobo bajo el león.

Sin embargo, si no fuera por un falso testimonio no os serviríais contra los otros de las leyes que habían sido dadas contra vosotros. Pues si aquellas leyes son verdaderas, apartaos también vosotros de los lugares que tenéis; y si son falsas, ¿por qué os servisteis de ellas para excluir a los otros? ¿Qué sucede al ser veraces y en virtud de ellas no poder vosotros sino falazmente expulsar a los otros? Para obedecerlas los jueces quisieron expulsar a los herejes, por lo cual debieron expulsaros primero a vosotros; pero vosotros dijisteis que erais católicos, a fin de que no os alcanzasen las leyes mediante las cuales vosotros acosabais a los otros.

Tú verás qué es lo que pensáis de vosotros mismos; pero según esas leyes vosotros no sois católicos. ¿Por qué, pues, las habéis adulterado con un falso testimonio siendo verdaderas, o si eran falsas, las habéis utilizado para aplastar a los otros?

No desearás los bienes del prójimo

LIX. 133. Petiliano: "Está dicho: *No desearás nada que sea de tu prójimo*¹⁵⁹. Vosotros robáis nuestros bienes para hacerlos vuestros".

134. Agustín: Cuanto poseía la unidad no puede ser sino nuestro, ya que nosotros estamos establecidos en la unidad, y no precisamente gracias a las calumnias de los hombres, sino gracias a las palabras de Cristo, en quien son bendecidas todas las naciones del universo; y no nos separamos de la compañía del grano por causa de los malos, a quienes no podemos separar del grano del Señor antes del juicio; y si separados comenzasteis a poseer algunos de estos bienes, como el Señor nos ha dado los que os había quitado a vosotros, no codiciamos por ello los ajenos, porque se han hecho

nuestros, y son justamente nuestros por el mandato de aquel cuyas son todas las cosas; vosotros usabais de ellos para la separación, nosotros para la unidad.

De otra manera también podrían reprochar al primer pueblo de Dios la codicia de los bienes ajenos los pueblos que, por haber usado mal de aquella tierra, fueron expulsados por el poder divino de la presencia de aquéllos, y los mismos judíos, a quienes se quitó el reino según la palabra del Señor, y se entregó a una nación que practicaba la justicia, pueden reprochar la codicia de bienes ajenos, porque la Iglesia de Cristo tiene su posesión donde reinaban los perseguidores de Cristo. Y después de todo esto, cuando se os diga a vosotros: "Habéis codiciado los bienes ajenos, puesto que arrojasteis de las basílicas a los maximianistas", no encontráis qué contestación dar.

Litigar, no discutir

LX. 135. Petiliano: "En virtud de qué ley os presentáis como cristianos, si obráis en contra de la ley?"

136. Agustín: Ya se ve que lo que pretendes es litigar, no discutir.

Mt 5, 19

LXI. 137. Petiliano: "El Señor Cristo dice: *El que obre y enseñe así, ése será el más grande en el Reino de los Cielos*¹⁶⁰. Pero mirad cómo os condena a vosotros, miserables: *El que quebrante uno de estos mandamientos menores, será el menor en el Reino de los Cielos*"¹⁶¹.

138. Agustín: No me preocupo mucho sobre lo que dices cuando aportas testimonios alterados de las Escrituras y no tienen relación con la cuestión que tratamos; mas cuando pueden obstaculizar el debate, pienso no debes enojarte si te recuerdo cómo está escrito, cuando no citas exactamente.

El pasaje que acabas de citar no es como lo has puesto, sino así: *El que quebrante uno de esos mandamientos menores, y así lo enseñe a los hombres, será el menor en el Reino de los Cielos; en cambio, el que los observe y los enseñe, ése será grande en el Reino de los Cielos*¹⁶². Y continúa seguidamente: *Porque os digo que, si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos*¹⁶³.

En otra parte señala y rearguye a los fariseos, porque *ellos dicen y no hacen*¹⁶⁴. A éstos, pues, aludió al decir: *El que quebrante y así lo enseñe*¹⁶⁵, es decir, enseñase con las palabras lo mismo que descuida en las obras; nos mandó que nuestra justicia abundase más que la de éstos, de suerte que obremos y enseñemos así.

Y, sin embargo, ni siquiera por estos fariseos, con los cuales nos comparáis vosotros, no cuerda sino malévolamente, ordenó el Señor que se dejara la cátedra de Moisés, que era figura de la suya. En efecto, al decir que aquellos sentados en la cátedra de Moisés decían y no practicaban, amonesta sin embargo a los pueblos a practicar lo que dicen y a no hacer lo que hacen, a fin de que no se abandone la santidad de la cátedra y se divida por los malos pastores la unidad del rebaño.

Mt 12, 31-32

LXII. 139. Petiliano: "Dice aún: *Todo pecado que comete el hombre queda fuera de su cuerpo*¹⁶⁶; *pero al que peca contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro*"¹⁶⁷.

140. Agustín: Tampoco esto es exacto, y mira cómo te has equivocado. El Apóstol, escribiendo a los corintios, dice: *Todo pecado que comete el hombre queda fuera de su cuerpo; pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo*¹⁶⁸. Esto es una cosa, y otra lo

que dijo el Señor en el Evangelio: *Todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres, pero el pecado contra el Espíritu Santo no será perdonado* ¹⁶⁹. Tú comenzaste la prueba con palabras del Apóstol, y la terminaste con otras del Evangelio como si fuera un único texto tomado de éste; cierto que pienso habrás hecho esto por error y no por malicia.

Es verdad que ni lo uno ni lo otro tiene que ver con la cuestión, y veo por qué has dicho esto o qué pretendías. Quizá porque, habiendo dicho antes que el Señor había condenado a los que habían descuidado uno de los mandamientos, consideraste cuántos tenéis que han quebrantado uno y muchos mandatos; y entonces, para que no se te echara en cara esto, quisiste como de pasada introducir la diferencia de los pecados, poniendo en claro que una cosa es quebrantar un precepto leve que puede obtener fácilmente el perdón, y otra pecar contra el Espíritu Santo, pecado que no puede perdonarse ni en este mundo ni en el otro.

De esta suerte, temiendo el contagio de los pecados, no quisiste pasar en silencio esto; pero a la vez, temiendo la profundidad de la cuestión, que superaba tus fuerzas, quisiste rozarlo de pasada con tal temor, que a la manera de los que apresurándose por alguna perturbación se visten o calzan desastradamente, no quisiste prestar atención a la cuestión que se trataba, o a qué se refería o dónde y cómo se encontraba escrito.

Ahora bien, sobre cuál es el pecado que no se perdona en este mundo ni en el futuro, estáis tan ignorantes que, como creyendo que nosotros nos encontramos en él, sin embargo nos prometéis su perdón mediante vuestro bautismo. ¿Cómo puede tener lugar esto si el pecado es de tal categoría que no se perdona ni en este mundo ni en el otro?

Las bienaventuranzas: Los pobres

LXIII. 141. Petiliano: "Pero ¿cómo cumplís vosotros los preceptos divinos? Dice Cristo el Señor: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos* ¹⁷⁰. Y vosotros, por la malicia del furor de perseguir, sólo respiráis riquezas".

Agustín: Id a contar eso más bien a vuestros circunceliones.

Los mansos

LXIV. 143. Petiliano: "Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Vosotros, al no ser mansos, habéis perdido igualmente la tierra y el cielo".

144. Agustín: Escuchad una y otra vez al Señor que dice: *Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra* ¹⁷¹. ¿No habrán perdido la tierra y el cielo quienes, para no estar en comunión con toda la tierra, menosprecian las palabras del que tiene su sede en el cielo? Y sobre vuestra masedumbre, hay que interrogar no a vuestras palabras, sino a los garrotes de los circunceliones.

A lo mejor me dices: "¿Qué tiene que ver eso con nosotros?" Como si yo no dijera esto para que dierais esa respuesta. Vuestro cisma tiene que ver con vosotros precisamente porque no queréis que tenga que ver con vosotros el pecado ajeno, y, sin embargo, no os separasteis de nosotros sino al reprocharnos los pecados ajenos.

Los que lloran

LXV. 145. Petiliano: "*Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados* ¹⁷². Vosotros, verdugos nuestros, nos hacéis llorar a nosotros, pero vosotros no lloráis".

146. Agustín: Considerad un poco a cuántos y qué luto han causado los gritos de "alabanzas a Dios" de vuestras gentes armadas. Decid de nuevo: "¿Qué tiene que ver eso con nosotros?" Y yo repetiré de nuevo: "Y lo que tú dices, ¿qué tiene que ver con nosotros, con el orbe de la tierra, con los que alaban el nombre del Señor desde la salida

del sol hasta su ocaso, con toda la tierra que canta un cántico nuevo, con la descendencia de Abrahán en la cual son bendecidas todas las naciones?" Por consiguiente, a vosotros os afecta el sacrilegio del cisma, ya que no os afectan las malas acciones de los vuestros, y por esto debéis comprender que no afectan al orbe entero, aunque las demostrarais, las acciones de aquellos a causa de los cuales os separasteis de él.

Los que tienen hambre y sed de justicia

LXVI. 147. Petiliano: "*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados* ¹⁷³. Vuestra justicia se cifra en tener sed de nuestra sangre".

148. Agustín: ¿Qué te diré a ti, oh hombre, sino que eres un calumniador? Tiene hambre y sed de vosotros la unidad de Cristo, que ojalá llegue a absorberos. Dejaríais de ser herejes.

Los misericordiosos

LXVII. 149. Petiliano: "*Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia* ¹⁷⁴. ¿Cómo llamaros misericordiosos a vosotros, si estáis mortificando a los justos? ¿No se os llamará mejor comunión detestable, puesto que mancháis vuestras almas?"

150. Agustín: Ni vosotros probáis que sois justos ni que nosotros mortificamos aun a los injustos, y, sin embargo, como es generalmente cruel la falsa adulación, así es siempre misericordiosa la corrección justa. De ahí procede aquello que no entendéis: *Me corregirá el justo en su misericordia y me reprenderá* ¹⁷⁵. Después de hablar a los misericordiosos de la aspereza de la corrección, el salmista añadió algo sobre la suavidad de la perniciosa adulación: *Pero el unguento del impío no perfumará mi cabeza* ¹⁷⁶. Así que tú debes atender adónde y de dónde eres llamado. ¿Cómo conoces tú qué sentimiento tiene para contigo el que tú tienes por cruel? Pero sea lo que sea, cada uno debe llevar su carga, tanto entre nosotros como entre vosotros. Arrojad ya la carga del cisma que lleváis todos, para llevar vuestras cargas en la unidad, y corregir misericordiosamente, si podéis, a los que las llevan malas, y si no podéis, los toleréis con espíritu de paz.

Los limpios de corazón

LXVIII. 151. Petiliano: "*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. ¿Cuándo llegaréis a ver a Dios* ¹⁷⁷, vosotros que por la inmunda malicia estáis dominados por la ceguera del corazón?"

152. Agustín: ¿Por qué dices esto? ¿Acaso nosotros proclamamos a todas las naciones las cosas ignoradas que dicen los hombres y no queremos comprender las cosas manifiestas que predijo Dios sobre todas las naciones? Esta es una gran ceguera del corazón, y si no la descubris entre vosotros, es una ceguera aún mayor.

Los pacíficos

153. Petiliano: "*Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios* ¹⁷⁸. Vosotros fingís como criminales la paz, y buscáis mediante la guerra la unidad".

Agustín: No simulamos la paz como criminales, sino que predicamos la paz del Evangelio, y si estáis en paz con él, lo estaréis también con nosotros. El Señor, al resucitar y al presentarse, para que no sólo le vieran con los ojos, sino también le tocaran con las manos sus discípulos, comenzó diciendo: *La paz con vosotros* ¹⁷⁹. Y un poco después les declaró cómo había de tenerse la paz. *Entonces abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: Así está escrito y así convenía que Cristo padeciera y resucitara al tercer día y que se predicara en su nombre la conversión y el perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén* ¹⁸⁰.

Estad en paz con estas palabras y no disentiréis de nosotros. Porque si buscamos la unidad mediante la guerra, no se pudo tributar alabanza más ilustre a nuestra guerra, ya que está escrito: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*¹⁸¹; y también: *Nadie aborreció jamás su propia carne*¹⁸², aunque *la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne*¹⁸³. Y si nadie tiene odio a su carne y sin embargo tiene deseos contrarios a la carne, aquí tenemos cómo se busca la paz por medio de la guerra, a fin de que el cuerpo castigado se someta a servidumbre.

Pero lo que hace el espíritu contra la carne, manteniendo una guerra no fruto del odio, sino del amor, lo hacen los espirituales contra los carnales, que llevan contra sí mismos la guerra que hacen contra los otros, porque aman a sus prójimos como a sí mismos. Pero la guerra de los espirituales es la corrección en la caridad, su espada es la palabra de Dios. Esta es la guerra a que son convocados por la trompeta apostólica que resuena con gran fuerza: *Proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina*¹⁸⁴.

He aquí cómo no procedemos con la espada, sino con la palabra; vosotros, en cambio, no respondéis con la verdad, sino con falsas acusaciones; no corregís vuestras faltas, sino que reprocháis las ajenas. Aporta Jesús el testimonio verdadero sobre el orbe entero, proferís vosotros contra Jesús un falso testimonio acusando al orbe entero. Si nosotros os creyéramos más a vosotros que a Cristo, seríamos pacíficos; pero como creemos a Cristo más que a vosotros, simulamos como criminales la paz. Y diciendo y haciendo esto, todavía tenéis el cinismo de recordar: *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios*¹⁸⁵.

Ef 4, 1-3

LXIX. 155. Petiliano: "Y el apóstol Pablo dice: *Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz*"¹⁸⁶.

156. Agustín: Si no sólo adujerais el texto, sino que lo escucharais también, soportaríais por la paz incluso los males conocidos; no os dedicaríais a simular, por la disensión, los desconocidos, al menos porque después aprendisteis a soportar los males tan conocidos y famosos de Optato por la unidad de Donato. ¿Qué locura es ésta? Se toleran los conocidos a fin de que no se divida de nuevo la división, y se difama a los desconocidos para no permanecer en el todo.

El lugar de la paz

LXX. 157. Petiliano: "A vosotros os dice el profeta: *¡Paz, paz! Pero ¿dónde está la paz?*"¹⁸⁷

158. Agustín: Esto nos lo dices tú, no el profeta; por tanto, te respondemos a ti. Si buscas dónde está la paz, abre los ojos y mira de quién se dijo: *Hace cesar las guerras hasta el extremo de la tierra*¹⁸⁸. Si buscas dónde está la paz, abre los ojos, dirígelos a la ciudad, que no puede esconderse por estar situada sobre el monte, abre los ojos y dirígelos al mismo monte, y que el mismo Daniel te lo muestre creciendo a partir de una pequeña piedra y llenando toda la tierra.

Y cuando te dice a ti el profeta: *¡Paz, paz! Pero ¿dónde está la paz?*¹⁸⁹, ¿qué demostrarás? ¿El partido de Donato, desconocido para las innumerables naciones que conocen a Cristo? No es ese partido lo que no puede esconderse, y ¿por qué sino porque no está situado sobre aquel monte? *Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hito uno*¹⁹⁰, no precisamente Donato, que de uno hizo dos.

Los perseguidos por causa de la justicia

LXXI. 159. Petiliano: *"Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos"*¹⁹¹. Vosotros no sois bienaventurados, sino que hacéis mártires bienaventurados cuyas almas llenan los cielos y cuyos cuerpos hicieron florecer la tierra de sepulcros. Vosotros, pues, no los honráis, sino que hacéis mártires a los que nosotros honramos".

160. Agustín: Evidentemente, si no se hubiese dicho: *Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia*, sino "bienaventurados los que se han precipitado", vuestros mártires llenarían el cielo. Ciertamente vemos muchas flores terrenas surgir de sus cuerpos, pero, como suele decirse, "flor de ceniza".

Mt 23, 13-15

LXXII. 161. Petiliano: "Como no sois bienaventurados adulterando los mandamientos, Cristo el Señor os condena con sus palabras divinas: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el Reino de los Cielos! No entráis vosotros, ni lo permitís a los que están entrando ya. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un solo prosélito, y, cuando llega a serlo, le hacéis hijo de condenación el doble más que vosotros! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del aneto y del comino, y descuidáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad! Esto es lo que había que practicar, aunque sin descuidar aquello! ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia! Así también vosotros por fuera parecéis justos ante los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad"*¹⁹².

162. Agustín: Dime si has dicho algo que una boca maldiciente y contumeliosa no pueda devolveros a vosotros. Pero por lo que dije anteriormente, descubrirá quien quisiere que este texto se puede aplicar contra vosotros, y no por vano reproche, sino con el apoyo de testimonios verdaderos. Sin embargo, no se ha de pasar por alto este detalle, aunque sea ocasionalmente: el pueblo antiguo de Dios tenía la circuncisión como un bautismo. Pregunto, pues, si estos fariseos, contra quienes se dicen tales cosas, hubieran hecho un prosélito que, si los imitaba, hubiera sido dos veces más que ellos hijo de la gehenna, pregunto, si se enmendara y quisiera imitar a Simeón, Zacarías, Natanael, ¿pensarían ellos que debían circuncindarlo de nuevo? Si es ridículo decir esto, aunque por vana costumbre y modo de hablar nos comparéis con los tales, ¿por qué bautizáis después de nuestro bautismo?

Ahora bien, si vosotros sois así, observad ¡cuánto mayor y más verdadera es la razón que nos mueve a nosotros para no bautizar después de vuestro bautismo, como aquellos que acabo de citar no debían ser circuncidados después de la circuncisión de los pésimos fariseos! Además, siguiendo aquéllos sentados en la cátedra de Moisés, cuyo honor quiso el Señor se conservara, ¿por qué vosotros, a causa de éstos, a quienes justa o injustamente comparáis con aquéllos, blasfemáis de la cátedra apostólica?

¿Quiénes son los lobos?

LXXIII. 163. Petiliano: "Pero todo esto no puede atemorizarnos a nosotros los cristianos. Hagáis el mal que hagáis, tenemos por delante el mandato de Cristo: *Os envío como ovejas en medio de lobos"*¹⁹³. Vosotros habéis colmado la rabia de los lobos, vosotros que tendéis o preparáis asechanzas a las iglesias como los lobos que, acechando siempre perniciosamente e impetuosamente a los apriscos, respiran cólera jadeante en sus fauces inyectadas de sangre".

164. Agustín: Quisiera devolveros a vosotros esa conclusión, pero no quisiera usar de semejantes palabras; son demasiado impropias, o mejor, demasiado cercanas a la locura. Lo que sí era necesario era que demostraseis, con algunos argumentos fundados, no con tan vanas maldiciones, que nosotros éramos lobos y vosotros, en cambio, ovejas. Si yo hubiera dicho igualmente: "Nosotros somos ovejas y vosotros lobos", ¿piensas que hay alguna diferencia, por el hecho de que tú usas de palabras hinchadas para decirlo?

Pero presta atención, que yo voy a probar lo que digo. Es decir, el Señor, como tú de buen o mal grado bien lo sabes, dice en el Evangelio: *Mis ovejas escuchan mi voz; y me siguen* ¹⁹⁴. Muchas son las palabras del Señor sobre diversas cuestiones. Pero, por ejemplo, alguien podría dudar de si el mismo Señor había resucitado en el cuerpo. Si se le leyese sus palabras cuando dijo: *Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo* ¹⁹⁵, y oídas no quisiera asentir a creer en la resurrección de su cuerpo, no sería ciertamente contado entre las ovejas del Señor, por haber oído su voz y no haberla seguido.

De la misma manera, al presente se plantea ante nosotros la cuestión dónde está la Iglesia. Del mismo lugar del Evangelio, donde presentó después de su resurrección su cuerpo a los que dudaban, para que le tocasen, leemos las palabras que siguen, en las cuales demostró la futura amplitud de su Iglesia diciendo: *Así está escrito, y era preciso que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y que se predicara en su nombre la conversión y el perdón de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén* ¹⁹⁶.

Y vosotros no queréis mantener la comunión con todas las naciones donde se han realizado estas predicciones; ¿cómo sois ovejas de este Pastor, cuyas palabras oís sin querer seguir las; más aún, resistiéndoles a ellas? Y atendiendo a estos motivos, decimos que vosotros no sois sus ovejas, pero que sois lobos; escuchad cómo lo probamos. Puesto que por sus palabras aparece dónde está la Iglesia, es bien claro dónde está el redil de Cristo. Por consiguiente, manifestado y claramente expresado este redil por las palabras bien precisas del Señor, ¿no serán auténticos lobos rapaces quienes, no digo por falsos, sino, lo que es manifiesto, por inciertos crímenes de los hombres, apartan de tal redil a las ovejas y las arrancan de la vida de la unidad y de la caridad, y alejándolas las matan? ¿No son éstos lobos rapaces? Y, sin embargo, ellos alaban y predicán a Cristo el Señor.

Estos, pues, son sin duda de quienes dice él: *Vestidos con pieles de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis* ¹⁹⁷. La piel de oveja está en las alabanzas de Cristo; el fruto del lobo, en los dientes maldicientes .

Traditores-herejes

LXXIV. 165. Petiliano: "¡Desgraciados *traditores!* Fue ciertamente conveniente que se cumpliera la Escritura; pero lamento en vosotros que hayáis merecido desempeñar el papel de la malicia".

166. Agustín: Mejor podría ser yo el que dijera: "¡Oh desgraciados *traditores!*", si me agradara; más aún, si me aconsejara la justicia echaros en cara a todos vosotros las acciones de los vuestros. Conviniéndoles a todos vosotros las palabras: "¡oh desgraciados herejes!"; ya puedo yo decir las restantes tuyas. En verdad está escrito: *Conviene que haya también herejías, para que se ponga de manifiesto quiénes son de probada virtud entre vosotros* ¹⁹⁸. Fue preciso, pues, que se cumpliera la Escritura, pero lamento en vosotros que hayáis merecido desempeñar el papel de la malicia.

Palabras y costumbres

LXXV. 167. Petiliano: "A nosotros nos encargó el Señor Cristo la paciencia sencilla y la

inocencia frente a vuestras fierezas. *¿Qué es lo que dice? Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros como yo os he amado, y también: En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros*" ¹⁹⁹.

168. Agustín: Si no hicierais aflorar en la superficie de vuestro discurso esas palabras tan ajenas a vuestras costumbres, ¿cómo podríais encubriros con la piel de oveja?

Imitadores de Pablo

LXXVI. 169. Petiliano: "El mismo apóstol Pablo se vio obligado a soportar grandes persecuciones ocasionadas por todos los pueblos, pero hubo de soportarlas más duras de parte de los falsos hermanos, como atestigua él de sí mismo, atormentado frecuentemente por los peligros procedentes de los gentiles, de los de su raza, de los falsos hermanos; y concluye: *sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo*" ²⁰⁰. Así es que cuando nos atacáis como falsos hermanos que sois, imitamos bajo estos peligros vuestros la paciencia del maestro Pablo".

170. Agustín: Sin duda, éstos son los falsos hermanos de que en otro lugar se queja así, proclamando la auténtica sinceridad de Timoteo: *Pues a nadie tengo de tan iguales sentimientos que se preocupe sinceramente de vuestros intereses, ya que todos buscan sus propios intereses y no los de Cristo* ²⁰¹. Ciertamente hablaba de aquellos que estaban con él precisamente cuando escribía la carta; ya que no todos los cristianos en cualquier parte buscaban sus intereses, no los de Cristo. Sin duda, como dije, lamentaba estas cosas refiriéndose a los que tenía consigo cuando escribía esto. ¿A qué otros alude al decir en otra parte: *Por fuera, luchas; por dentro, temores* ²⁰², sino a aquellos a quienes tanto más temía cuanto más dentro estaban? Por tanto, si quisieras imitar a Pablo, soportarías a los falsos hermanos dentro, no calumniarías a los inocentes fuera.

Fe y caridad

LXXVII. 171. Petiliano: "En efecto, ¿qué fe hay en vosotros si no tiene caridad? El mismo Pablo dice: *Aunque hablara las lenguas de los hombres y tuviera la ciencia de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha*" ²⁰³.

172. Agustín: Esto es lo que dije poco ha: que tú querías encubrirte con piel de oveja, a fin de que, si es posible, sienta tus mordiscos la oveja antes de presentir tu venida. ¿No es este elogio de la caridad el que suele rebatir vuestra calumnia con una claridad meridiana? ¿Acaso dejarán de ser nuestras estas armas, porque vosotros intentáis tomarlas de antemano? Bien vivos son estos dardos: de dondequiera sean lanzados, saben bien a quién herir. Si los lanzamos nosotros, se os clavarán en vosotros; si los lanzáis vosotros, se tornarán contra vosotros. Pues recomendándonoslo estas palabras del Apóstol, solemos recordaros a vosotros la eminencia de la caridad, cómo nada aprovecha a los hombres, aunque tengan los sacramentos y la fe, si no tienen caridad, de suerte que cuando venís a la unidad católica, comprendáis qué es lo que se os da y cuánto es lo que os falta, pues la caridad cristiana no puede conservarse sino en la unidad de la Iglesia, y así podáis ver que sin ella no sois nada, aunque tengáis el bautismo y la fe, y mediante ella podáis trasladar los montes.

Si éste es también vuestro parecer, no rechazamos y expulsemos de nosotros ya los sacramentos de Dios que conocemos, ya la misma fe; antes bien, mantegamos la caridad, sin la cual ni con los sacramentos ni con la fe somos nada. Pero mantenemos la caridad si abrazamos la unidad, y abrazamos la unidad si no la configuramos conforme a nuestro

partido con nuestras palabras, sino que la reconocemos en la unidad por las palabras de Cristo.

1Co 13, 4-8

LXXVIII. 173. Petiliano: "Aún dice más: *La caridad es longánime, es benigna; la caridad no es envidiosa, no obra torcidamente, no se engríe, no es descortés; no busca el interés suyo -vosotros, en cambio, buscáis los bienes ajenos-; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad; todo lo tolera, todo lo soporta. La caridad no decae jamás*²⁰⁴. Esto quiere decir, en pocas palabras: la caridad no persigue, no excita a los emperadores contra la vida de los demás, no saquea los bienes ajenos, ni llega a matar a los hombres que ha despojado".

174. Agustín: ¿Cuántas veces te lo voy a decir? Si no demostráis estas cosas, no afectan a nadie, y si las demostráis, no nos afectan a nosotros, como no os afectan a vosotros las que cometen a diario los vuestros mediante los crímenes de los presos de locura, las lujurias de los violentos, la ceguera de los suicidas, la tiranía de los salteadores. ¿Quién no ve ser verdad esto que digo? Y si ahora hubiera en ti caridad, ella se complacería en la unidad.

¡Con qué elegancia se utilizan con piel de oveja las palabras: *Todo lo tolera. Todo lo soporta!*²⁰⁵ Pero cuando se llega al examen, no pueden encubrirse los dientes del lobo. En virtud de lo que se dijo: *Soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*²⁰⁶, la caridad, aunque conociese algunos males dentro, te forzaría no a consentir en ellos, sino a soportarlos si no pudieras impedirlos, a fin de no desgajar al presente de la sociedad de los buenos el vínculo de la paz, por querer separar a los malos que serán separados en la última bielda.

Lanzado fuera por el viento de la ligereza, echas en cara al trigo el crimen de la paja, y lo que inventas de los malos, afirmas que, debido al contagio, tiene fuerza aun en los buenos, y habiendo dicho el Señor: *El campo es el mundo, la siega es el fin del mundo*²⁰⁷, y antes, refiriéndose a la cizaña: *Dejad que ambos crezcan hasta la siega*²⁰⁸, tú te afanas con tus palabras por hacer creer que el trigo ha desaparecido de todo el campo y queda reducido a la pequeñísima porción vuestra, intentando así dejar a Cristo por mentiroso y quedando tú por veraz. Ciertamente hablas contra tu conciencia. Nadie en verdad, admirando un poco el Evangelio, tiene la osadía de decir en su espíritu que no existen cristianos extendidos por todas las naciones, en las cuales casi a una voz se responde "amén" y se canta el aleluya. Y sin embargo, para no dejar como mentiroso al partido de Donato, que no está en comunión con el orbe de la tierra, si algún ángel, que fuera capaz de ver el orbe entero, te dijera desde el cielo que fuera de vuestra comunión en parte alguna había inocentes y buenos, a buen seguro que te alegrarías de la iniquidad del linaje humano y te gloriarías de haber dicho esas verdades aun antes de reconocerlas. ¿Cómo puede estar en ti la caridad que no se alegra de la iniquidad?

Pero no trates de engañarte: existe a través del campo, que es el mundo, trigo del Señor creciendo hasta el fin de los tiempos. Así lo dijo Cristo, y Cristo es la verdad. Haya en ti caridad, y alégrese con la verdad. Si un ángel, aun desde el cielo, evangelizara contra el Evangelio, sea anatema.

No toda persecución es mala

LXXIX. 175. Petiliano: "Finalmente, ¿qué motivo hay para la persecución? Os pregunto a vosotros, desgraciados, por si llegáis a pensar que hacéis el mal con la autoridad de la ley".

176. Agustín: Quien peca, no peca con la autoridad de la ley, sino contra ella. Pero ya que preguntas por el motivo de la persecución, a mi vez te pregunto yo de quién es la voz que

dice en el salmo: *Al que infama a su prójimo en secreto, yo le perseguía* ²⁰⁹. Busca, pues, la causa o el modo de la persecución, y no reprendas con tal ignorancia globalmente a los perseguidores de los malos.

Lc 9, 49-50: Valor del bautismo fuera de la Iglesia

LXXX. 177. Petiliano: "Por el contrario, yo respondo que Jesucristo no persiguió a nadie. Sucedió que algunas sectas no les placían a los apóstoles y se lo sugerían a él mismo -él había venido a predicar la fe no forzando, sino invitando a los hombres-. Al decirle entonces ellos: Muchos imponen las manos en tu nombre y no están con nosotros, les respondió Jesús: Dejadlos; si no están contra vosotros, están con vosotros".

178. Agustín: ¿Por qué no dices que vas a proferir libremente de tu cosecha muchos extremos que no se encuentran en las Escrituras? Si pretendieras aducir testimonios sacados de las mismas Escrituras, ¿admitirías por ventura los que no encuentras allí? Pero en vuestro poder está proferir tantas mentiras como proferís. En efecto, ¿dónde está escrito lo que has citado, o cuándo le sugirieron aquello al Señor o dio el Señor aquella respuesta? Nunca le dijo al Hijo de Dios discípulo alguno: "Muchos imponen las manos en tu nombre y no están con nosotros". Y así, tampoco pudo él responderles: "Dejadlos; si no están contra vosotros, están con vosotros".

Sí que existe en el Evangelio cierta sugerencia semejante hecha al Señor sobre cierto individuo que arrojaba en su nombre los demonios y que no le seguía con los discípulos, y el Señor les dijo: *No se lo impidáis, pues el que no está contra vosotros, está con vosotros* ²¹⁰. Pero esto no tiene relación alguna con la proposición de las sectas que parece haber dejado pasar el Señor. Si a ti te engañó cierta semejanza de expresión, no hay mentira en lo que dices, es un error humano. Ahora bien, si tratas de insinuar las nieblas de la falsedad en los ignorantes de las santas Escrituras, bien debes sentir el dolor, sentirte confundido, enmendarte.

Pero hay algo que tratar sobre esa sugerencia que se hizo al Señor. En efecto, como entonces, aun fuera de la comunión con los discípulos, tenía un poder tan grande la santidad del nombre de Cristo, de la misma manera tiene valor la santidad del sacramento fuera de la comunión de la Iglesia; pues no se da el bautismo sino en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. ¿Quién puede haber tan demente que afirme que incluso fuera de la comunión de la Iglesia tiene fuerza el nombre del Hijo y, en cambio, no la tiene ni el del Padre ni el del Espíritu Santo, o que tiene poder en la curación del hombre y no lo tiene en dar el bautismo?

Pero claramente fuera de la comunión de la Iglesia y del vínculo santísimo de la unidad y el don supereminente de la caridad, ni el hombre librado del demonio ni el bautizado consiguen la vida eterna, así como no la consiguen quienes por la comunión de los sacramentos parece que están dentro y por la iniquidad de sus costumbres se ve que están fuera. Por otra parte, ya hemos dicho antes que Cristo persiguió corporalmente a quienes arrojó del templo a latigazos.

Flp 1, 18 condena la repetición del bautismo

LXXXI. 179. Petiliano: "Pero el apóstol San Pablo dice esto: *De cualquier manera que Cristo sea anunciado*" ²¹¹.

180. Agustín: Hablas contra ti; pero como hablas en pro de la verdad, si la amas, te favorecerá a ti lo que dices. Yo te pregunto: ¿De quién decía esto el apóstol Pablo? Pasémoslo en ligera revista si te place: *Algunos predicán a Cristo por envidia y rivalidad; mas hay también otros que lo hacen con buena intención; algunos, con amor, conscientes de que yo estoy puesto para defender el Evangelio; otros, por obstinación, no con puras intenciones, creyendo que aumentan la tribulación de mis cadenas. Pero ¿y qué? Al fin y*

al cabo, hipócrita o sinceramente, Cristo es anunciado, y esto me alegra y seguirá alegrándome ²¹².

Vemos que éstos han anunciado una doctrina santa, casta y verdadera, aunque no lo han hecho con limpia intención, sino por envidia y emulación, sin caridad, sin limpieza de corazón. Poco antes, ciertamente, parece entonabas contra nosotros los elogios de la caridad según el testimonio del Apóstol, diciendo que donde no hay caridad, nada aprovecha lo que haya: mira cómo en éstos no hay caridad, y, sin embargo, existía la predicación de Cristo, de la cual dice el Apóstol que se alegra. Y no vamos a decir que se alegra del mal de aquéllos, sino del bien del nombre de Cristo. Claro, en él existía la caridad, que no se alegra de la iniquidad, sino que se regocija con la verdad; naturalmente, la envidia que había en ellos es un mal diabólico; por ésta cayó él y arrastró a los otros.

Por consiguiente, estos tan malos, a los que así acusa el Apóstol, en quienes había ese bien tan grande de que se alegra, ¿dónde estaban: dentro o fuera? Escoge lo que quieras: si dentro, ya los conocía Pablo, y, sin embargo, no le mancillaban; tampoco os mancillarían a vosotros en la unidad las verdades que decís o falsedades que inventáis sobre no sé quién. ¿Por qué, pues, os habéis separado; por qué habéis perecido por el sacrilegio del cisma malvado?

Y si estaban fuera, nótese que está la santidad del nombre de Cristo entre los que están fuera y no pueden pertenecer a la vida eterna porque no tienen la caridad ni mantienen la unidad; y, sin embargo, el Apóstol, aunque los detesta, confirma con gozo su predicación por la santidad del mismo nombre. Y así, con razón, no causamos agravio al mismo nombre, cuando vienen a nosotros los que estaban fuera, sino que los corregimos y honramos aquel nombre. Así, pues, pensad vosotros con qué impiedad expulsáis, en aquellos cuyos hechos parece acusáis, aun el sacramento del nombre de Cristo que permanece santo en ellos.

Tú por tu parte, ciertamente, como lo indican tus palabras, consideras que han estado fuera de la Iglesia estos que conmemoró el Apóstol. Así, cuando temes sufrir persecución de parte de los católicos, al hablar sobre la cual nos presentas a nosotros como enojosos, has confirmado que en los herejes se halla el nombre de Cristo, al cual ultrajas repitiendo el bautismo.

¿Manchar o sanar?

LXXXII. 181. Petiliano: "Por consiguiente, si tal autoridad de la fe no se ha opuesto a nadie, ¿por qué motivo persigues tú a los hombres, de suerte que los fuerzas a mancillarse?"

182. Agustín: Ni perseguimos nosotros, a no ser como persigue la verdad a la falsedad, ni nos afecta a nosotros si alguno os ha perseguido a vosotros de otra manera, lo mismo que no os afecta a vosotros lo que de manera semejante hacen los vuestros; no os forzamos a mancillaros, sino que os aconsejamos la curación.

Coacción religiosa

LXXXIII. 183. Petiliano: "Si hubiera estado permitido servirse de la coacción legal, aunque fuera para el bien, nosotros debíamos haberos forzado a vosotros, miserables, a una fe purísima. Pero lejos, lejos de nuestra conciencia el forzar a alguien a abrazar nuestra fe".

184. Agustín: A nadie se debe obligar a abrazar la fe contra su voluntad; pero la severidad y aun la misericordia del Señor suele castigar la perfidia con el flagelo de la tribulación. Pues qué, si las óptimas costumbres son elección de la libre voluntad, ¿no se han de castigar las malas en plena legalidad? Pero la disciplina que castiga el mal vivir no tiene su momento mas que cuando se posterga la doctrina precedente del vivir bien. Por

consiguiente, si se han establecido leyes contra vosotros, no es para forzaros a obrar bien, sino para prohibiros obrar mal. El bien nadie puede hacerlo sin elegir, sin amar, lo que está al alcance de la buena voluntad; en cambio, el temor de las penas, aun sin el deleite de la buena conciencia, al menos refrena el mal deseo dentro de los muros del pensamiento.

Pero ¿quién ha establecido esas leyes que reprimen vuestra audacia? ¿No son aquellos de quienes dice el Apóstol que no llevan sin motivo la espada? Son realmente ministros de Dios que toman venganza del que obra mal. Toda la cuestión, pues, se cifra en ver si no obráis mal vosotros, a quienes reprocha el orbe entero el sacrilegio de cisma tan grave. Vosotros, pasando por alto la discusión de esta cuestión, habláis de cosas vanas, y llevando una vida de bandidos, os jactáis de morir como mártires. Y como teméis las mismas leyes o la odiosidad, o estáis incapacitados para resistir, no digo frente a tantos hombres, sino frente a tantas naciones católicas, os gloriáis de vuestra mansedumbre, ya que decís no forzáis a nadie a entrar en vuestro partido. Así, ni más ni menos, el milano, no pudiendo por miedo arrebatarse los polluelos, se da el nombre de palomo. ¿Cuándo pudisteis y no lo hicisteis? Por eso habéis demostrado cuánto más haríais si pudierais.

Cuando Juliano, aborreciendo la paz de Cristo, os devolvió las basílicas de la unidad, ¿quién puede recordar los estragos que cometisteis, cuando los mismos demonios abrieron sus propios templos y saltaban de gozo con vosotros? ¿Qué no tuvo que sufrir de parte vuestra Rogato Mauro en la guerra de Firmo?: ¿Que se lo pregunten a la misma Mauritania Cesariense. En tiempo de Gildón, siendo un colega vuestro su amigo muy íntimo, bien saben los maximianistas lo que tuvieron que experimentar. El mismo Feliciano, al presente uno de los vuestros, si se le pudiera exigir con juramento si no le había forzado contra su voluntad Optato a tornar a vuestra comunión, no se atrevería a mover los labios, sobre todo si se hallase cara a cara frente al pueblo de Musti, que fue testigo de los hechos.

Pero éstos, como dije, deben saber muy bien lo que tuvieron que sufrir de parte de aquellos con los cuales tan mal trato dieron a Rogato; la misma Iglesia católica, fortalecida por los príncipes católicos que gobiernan, ha sido atacada por mar y tierra con atroz hostilidad por las turbas armadas de Donato. Esta persecución obligó entonces por vez primera a alegar contra vosotros ante el vicario Serno aquella ley de diez libras de oro que hasta ahora no ha pagado ninguno de vosotros, y todavía nos acusáis de crueldad. ¿Qué cosa puede haber más benigna que el que semejantes crímenes vuestros resulten penados con la sola supresión de los perjuicios?

Por otra parte, ¿quién podrá descubrir todos los desmanes que cada uno de vosotros ha cometido con propia autoridad en vuestros lugares, sin amparo alguno de los jueces u otras potestades? ¿Quién de nosotros no ha sabido algo por sus antepasados o no lo ha experimentado en sus comunidades? ¿Acaso en Hipona, donde yo estoy, faltan quienes recuerdan que vuestro Faustino ordenó en el tiempo de su mandato, como había allí pocos católicos, que nadie cociera pan para ellos? Y llegó a tal extremo, que un panadero, inquilino de uno de nuestros diáconos, arrojó el pan sin cocer de su dueño, y sin estar condenado por ley alguna de destierro, le negó todo trato, no sólo en una ciudad romana, sino también en su patria y hasta en su propia casa. Y ¿qué decir de algo tan reciente que todavía lo estoy lamentando? ¿Acaso vuestro Crispín de Calama, habiendo comprado una posesión, y además como enfitéutica, en un dominio de los emperadores católicos, cuyas leyes no os permiten ni existir en las ciudades, en un ataque de furor no dudó en sumergir en las aguas, para rebautizarlas, a unas ochenta personas que se desataban en miserables gemidos? ¿Por qué, sino por hechos como éstos, habéis obligado a que se den esas leyes de que tanto os quejáis y que, aunque sí de cierta importancia, son muy inferiores a lo que merecéis? ¿Acaso las violentas excursiones de vuestros circunceliones, que combaten en bandas furiosas bajo vuestras órdenes, no nos

expulsarían por todas partes de los campos si no osuviéramos como rehenes en las ciudades, ya que no queréis soportar en modo alguno, si no por temor, al menos por pudor, las mismas miradas del pueblo y la reprensión de los hombres de bien?

No digas, pues: "Lejos, lejos de nuestra conciencia forzar a alguno a abrazar nuestra fe". Lo hacéis donde podéis; y donde no lo hacéis es porque no podéis, ya por el temor de las leyes o de la odiosidad, ya por la multitud de los que se os oponen.

Libre albedrío y atracción de Dios

LXXXIV. 185. Petiliano: "Dijo Cristo el Señor: *Nadie puede venir a mí sino aquel a quien el Padre lo atrae* ²¹³. ¿Por qué no permitís vosotros a cada uno seguir su libre voluntad, puesto que el mismo Señor Dios ha dado a los hombres esa voluntad libre, mostrando a la vez, eso sí, el camino de la justicia, a fin de que nadie se pierda por ignorancia? Dice en efecto: *Te he puesto delante el bien y el mal; te he puesto delante fuego y agua: elige lo que te plazca*. En virtud de ese albedrío, vosotros, miserables, habéis elegido no el agua, sino más bien el fuego. Y añade: *Escoge el bien, para que vivas*. Tú que no quieres elegir el bien, te has condenado a rehusar la vida".

186. Agustín: Si te propongo la cuestión de cómo Dios Padre atrae a su Hijo a los hombres a quienes dejó con el libre albedrío, quizá tuvieras gran dificultad en resolverla. ¿Cómo atrae, si permite que cada uno elija lo que quiera? Y, sin embargo, son verdaderos ambos extremos, pero son pocos los que pueden penetrar esto con la inteligencia .

Como puede suceder que el Padre atraiga al Hijo a los que dejó con el libre albedrío, así puede suceder también que las amonestaciones impuestas por las restricciones de la ley no eliminen el libre albedrío. En efecto, cuanto de áspero y molesto soporta el hombre, le sirve de amonestación para que piense por qué lo sufre, de suerte que si ve que lo soporta por la justicia, elija como un bien el soportar por la justicia tales cosas; y si viere que el motivo de tolerarlo es la iniquidad, considerando que se afana y atormenta tan sin fruto, encarrile a mejor camino su voluntad, para verse a la vez libre de una molestia estéril y de la misma iniquidad que le ha de causar daños mucho más graves y perniciosos.

En cuanto a vosotros, cuando los reyes toman algunas medidas contra vosotros, pensad que es una amonestación a pensar por qué sufrís esto. Si lo sufrís por la justicia, en verdad que ellos son perseguidores vuestros; vosotros, en cambio, sois bienaventurados, porque al sufrir persecución por la justicia poseeréis el reino de los cielos; pero si lo sufrís por la iniquidad de vuestro cisma, en este caso, ¿qué son aquéllos sino vuestros correctores, y vosotros, en cambio, como el resto de los reos de diversos crímenes que soportan las penas de la ley, unos plenamente desgraciados en este mundo y en el otro? Nadie, pues, os priva del libre albedrío, pero debéis considerar con diligencia qué elección vais a tomar: corregiros y vivir en paz, o perseverando en la malicia, soportar auténticos suplicios bajo el nombre de un falso martirio. De este modo se os puede hablar ya como a quien sufre injustamente por la justicia, ya como quien sufre merecidamente por la iniquidad, pues que habéis cometido tantas iniquidades y campáis con tal impunidad y tan furiosos, que con vuestro grito de "alabanzas a Dios" aterrorizáis más que con una trompeta de guerra, y tan calumniosos además, que llegáis a imputar a nuestras persecuciones los suicidios espontáneos de los vuestros.

187. Dices también, con un tono de amabilísimo preceptor: "Tú, que no quieres elegir el bien, te has condenado a rehusar la vida". Por consiguiente, si creyéramos vuestras acusaciones, viviríamos bien; como creemos en las promesas de Dios, nos condenamos a rehusar la vida. Recordáis bien, como pienso, qué es lo que dijeron los apóstoles a los judíos cuando les prohibieron predicar a Cristo: esto mismo decimos nosotros, que nos

contestéis a quién hay que obedecer, si a Dios o a los hombres. "*Traditores, quemadores de incienso, perseguidores*", son palabras de hombres contra hombres. "Cristo quedó solamente en la parte de Donato", son palabras de hombres que ensalzan la gloria del hombre bajo el nombre de Cristo para disminuir la gloria de Cristo. Pues está escrito: *Pueblo numeroso, gloria del rey; pueblo escaso, ruina del príncipe*²¹⁴. Esas son, pues, palabras de hombres. En cambio, aquellas del Evangelio: *Era preciso que Cristo padeciera y resucitara al tercer día y que se predicara en su nombre la conversión y el perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén*²¹⁵, son palabras de Cristo, que encarece la gloria que recibió del Padre en la extensión de su reino. Oídas las palabras de uno y otro, preferimos la comunión de la Iglesia, y anteponemos las palabras de Cristo a las de los hombres. Pregunto yo: ¿quién puede decirnos que hemos elegido mal sino quien diga que Cristo enseñó mal?

Quién es cismático

LXXXV. 188. Petiliano: "Ordenó acaso Dios que se llevara a la muerte a los cismáticos? Si ciertamente lo ordenara, sois vosotros los que deberíais ser matados, pero por algunos escitas y bárbaros, no por cristianos".

189. Agustín: Que vuestros circunceliones estén en paz; no pretendas aterrorizarnos con los bárbaros. Ahora bien, si somos nosotros los cismáticos o vosotros, que no nos lo pregunten ni a mí ni a ti, sino a Cristo, para que él nos diga cuál es su Iglesia. Lee, pues, el Evangelio, y te responde: *En Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta los confines de la tierra*²¹⁶. Así que a quien no se encuentre en la Iglesia, no se le pregunte, sino que o se convierte tras corregirse, o no se queje cuando se le castigue.

Asesinos como Caín

LXXXVI. 190. Petiliano: "El Señor Dios jamás se ha complacido en la sangre humana, y así quiso que Caín, asesino de su hermano Abel, permaneciera en vida como verdugo".

191. Agustín: Si el Señor no quiso que se diera muerte al asesino de su hermano, sino que prefirió dejarlo en vida como verdugo, mira no signifique esto que, estando el corazón del rey en manos de Dios, quien por él estableció muchas veces para amonestaros y corregiros vosotros, sin embargo ninguna ordenó que vosotros fuerais conducidos a la muerte, quizá con la intención de que cuantos de vosotros persisten en el ambiente pertinaz de sacrílego furor, sean castigados con el suplicio del parricida Caín: una vida de verdugo.

En efecto, leemos que muchos fueron privados de la vida por compasión por Moisés, el siervo de Dios. En efecto, en su plegaria por el sacrilegio impío rogó de esta manera al Señor: *Si te dignas perdonar su pecado, perdónalo; si no, bórrame de tu libro*²¹⁷. Ahí bien claro queda su inefable caridad y misericordia. ¿Se tomó acaso de súbito cruel cuando, al descender de la montaña, mandó matar a tantos miles? Por consiguiente, considerad no sea debido a una cólera de Dios más terrible el que, después de tantas leyes dadas contra vosotros, no os haya hecho morir ningún emperador.

¿O pensáis que vosotros no debéis ser comparados con el fratricida? Escuchad al Señor, que dice por el profeta: *Desde donde sale el sol hasta donde se pone, mi nombre ha sido glorificado en las naciones, y en todo lugar se ofrece incienso y una oblación pura a mi nombre. Grande es mi nombre en las naciones, dice el Señor todopoderoso*²¹⁸. Con vuestras calumnias demostráis que tenéis envidia a este sacrificio de vuestros hermanos, sobre el cual Dios se complace, y si alguna vez oís que desde la salida del sol hasta el ocaso es alabado el nombre del Señor, que es el sacrificio vivo del cual se dijo: *Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza*²¹⁹, se abatirá tu semblante como el del homicida. Pero como no podéis destruir a todo el orbe, os hace reos el mismo odio, según dice Juan:

Todo el que aborrece a su hermano es un homicida ²²⁰. Y ¡ojalá que el inocente hermano caiga bajo las armas de vuestros circunceliones para acabar en la muerte, antes que en el poder de vuestra lengua para ser rebautizado!

Cristo prefirió morir a matar

LXXXVII. 192. Petiliano: "Os exhortamos, pues, si os dignáis oírnos de buen grado; y si no lo aceptáis así, os amonestamos: Jesucristo el Señor estableció para los cristianos no una forma de matar, sino de morir. Pues si él amara a los que se resisten tanto a morir, no hubiera querido recibir la muerte por nosotros".

193. Agustín: ¡Ojalá vuestros mártires siguieran su ejemplo! No se precipitarían, como no lo hizo él cuando se lo sugirió el diablo. Y vosotros, cuando perseguís con falso testimonio a los nuestros, incluso ya difuntos, ¿de quién tomasteis este ejemplo? Al intentar deshonrarnos con las acusaciones de desconocidos, sin querer que os dañen a vosotros las malas acciones, tan conocidas de los vuestros, ¿de dónde recibisteis este modelo? Pero me parece demasiada soberbia enojarnos de lo que decís sobre nosotros cuando vemos que levantáis falso testimonio contra el mismo Señor, ya que prometió y cumplió que su Iglesia se extendería por todas las naciones, y vosotros le contradecís.

Este ejemplo no lo habéis recibido ni siquiera de los mismos judíos, sus perseguidores: ellos persiguieron la carne de Cristo, que caminaba por la tierra; vosotros perseguís el Evangelio del que está sentado en el cielo. Este Evangelio soportó las llamas de los reyes crueles con más tranquilidad que aguanta vuestras lenguas; pues con los incendios de aquéllos se mantuvo la unidad, unidad que no pudo permanecer al hablar vosotros. Los que deseaban fueran abolidas las palabras del Señor por el fuego, no creían que pudieran ser leídas y menospreciadas. A buen seguro que ellos no hubieran empleado sus llamas contra el Evangelio si vosotros les hubierais prometido vuestras lenguas contra el mismo. En aquella persecución unos buscaban furiosos el Evangelio de Cristo, otros lo entregaban por miedo; unos arrebatándolo lo quemaban, otros lo escondían por amor; lo atacaban sin oposición alguna. Pasada la persecución de los paganos, os reservasteis el modo más cruel de persecución: los que perseguían el nombre de Cristo, no creían en Cristo; los que tienen el honor de llevar el nombre de Cristo, contradicen a Cristo.

Quien se sirve de la espada, a espada morirá

LXXXVIII. 194. Petiliano: "Aquí tenéis la prueba más concluyente de que al cristiano no le está permitido tomar parte en la muerte del prójimo. Pedro es el que nos suministra las primeras pruebas de esta materia, como está escrito: Pedro hirió la oreja de un criado del jefe de los judíos y se la cortó. Jesús le dijo: Pedro, vuelve tu espada a la vaina. Quien toma la espada, a espada morirá".

195. Agustín: ¿Por qué no usáis esas palabras para atajar las armas de los circunceliones? ¿Pensáis que excedéis los límites del Evangelio si dijerais: "Quien se sirve del látigo, por el látigo morirá". Perdonadme, pues: nuestros antepasados pudieron impedir la acción de los que precipitaron a Márculo, acto del que vosotros os quejáis. Pero tampoco está escrito en el Evangelio: "El que envía al precipicio a otro, morirá él mismo en el precipicio". Y ¡ojalá que como esos hechos o son falsos o han pasado ya, así dejen ya de existir los garrotes de éstos!

Aunque quizá os enojéis porque nosotros les quitamos las armas a vuestras bandas, si no con leyes, sí con palabras, ya que afirmamos que ellos hacen estragos con solos los garrotes. Es verdad que tal fue su antiguo modo de ejercer su milicia, pero al presente han progresado demasiado. Pues en sus bacanales con mujeres solteras, tomándose desenfadada licencia de juntarse, vagabundear, jugar, beber, pernoctar, han aprendido no sólo a cimbrear sus estacas, sino también a blandir la espada y manejar la honda. Y por qué no decirles -Dios sabe con qué espíritu lo digo y cómo lo van a recibir ellos-:

"Insensatos, la espada de Pedro, aunque con cierto movimiento humano del espíritu, fue desenvainada contra el cuerpo del perseguidor para defender el cuerpo de Cristo; en cambio, vuestras armas están distribuidas entre vosotros contra Cristo, cuyo Cuerpo, que le tiene a él por cabeza, esto es, su Iglesia, se encuentra entre todas las naciones. Ya lo dijo él mismo al ascender al cielo, adonde no pudo seguirle el furor de los judíos, y en cambio vuestro furor ataca a los miembros en el cuerpo que él recomendó en la ascensión.

En favor de estos miembros se enardecen contra vosotros y os resisten cuantos católicos de fe joven tienen el mismo espíritu que animaba a Pedro cuando desenvainó la espada por el nombre de Cristo. Pero hay una gran diferencia entre vuestra persecución y la de éstos. Vosotros os parecéis al siervo del sacerdote de los judíos, porque sirviendo a vuestros jefes os armáis contra la Iglesia católica, esto es, contra el Cuerpo de Cristo; y ellos se parecen a Pedro, al luchar aun corporalmente por el Cuerpo de Cristo, esto es, por su Iglesia. Si a éstos se les dice que estén en paz, como se le dijo entonces a Pedro, ¡cuánto más se debe exigir a vosotros que depongáis el furor herético y os asociéis a aquellos miembros en favor de los cuales luchan ellos así! Pero he aquí que ellos os hirieron y vosotros nos habéis odiado aun a nosotros, y como si hubierais perdido el oído derecho, no escucháis a Cristo sentado a la derecha del Padre.

Pero ¿a quién puedo hablar o cuándo les hablaré, si no se encuentra ni una hora desde la mañana en que no estén eructando vino, ebrios ya o aún? Más todavía, amenazan, no sólo ellos, sino también sus obispos, dispuestos a negar que les afecta a ellos lo que hicieron. Que el Señor nos conceda el cántico de los grados para poder decir: *Con los que odiaban la paz, yo era hombre de paz; cuando les hallaba me combatían sin razón*²²¹. Esto es lo que dice el Cuerpo de Cristo, que por toda la tierra atacan los herejes, unos aquí, otros allí, y todos los demás dondequiera se encuentran.

Si el grano de trigo no muere

LXXXIX. 196. Petiliano: "Por consiguiente, digo yo, Cristo ordenó que había que sufrir la muerte por la fe antes que causarla a nadie por motivo de su comunión. El cristianismo, en efecto, progresa con esas muertes; pues nadie viviría con tal fidelidad si los fieles temieran la muerte. Dice el Señor: *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto*"²²².

197. Agustín: Quisiera saber quién fue el primero de vuestro partido que se arrojó al precipicio desde lo alto. Indudablemente, aquél fue un grano muy fértil, de donde pululó la cosecha tan grande de cadáveres de los que se arrojaron. Sin duda, al recordar las palabras del Señor, en que se llamó a sí mismo grano que había de morir y dar mucho fruto, ¿por qué sentís aversión hacia el mismo fruto, que se ha extendido con tal feracidad por todo el mundo, y le reprocháis las culpas de la cizaña o de la paja, que habéis oído o habéis inventado vosotros?

El trigo y la cizaña

XC. 198. Petiliano: "Vosotros esparcís no semilla, sino espinas y cizaña, con las cuales es justo seáis quemados en el último juicio. No maldecimos nosotros, sino que toda conciencia espinosa está sujeta así por la sentencia de Dios".

199. Agustín: Menos mal que al menos con el recuerdo de la cizaña te viene a las mientes el trigo, ya que a una y a otro se ordenó crecer por el campo hasta la cosecha. Pero vosotros fijáis agudamente en la cizaña el ojo de vuestra malevolencia, y, contra la sentencia de Cristo, pretendéis que sólo la cizaña ha crecido por el orbe de la tierra, a excepción de África.

Si te dan una bofetada...

XCI. 200. Petiliano: "Dónde quedan las palabras de Cristo el Señor: *Si te dan una bofetada, presenta la otra mejilla?*"²²³ ¿Dónde queda el hecho de que soportó salivazos en su rostro quien con su saliva santísima abrió los ojos al ciego? ¿Dónde lo que dice el apóstol Pablo: *Si alguien os abofetea, o aquello otro: En golpes, con exceso; en peligro de muerte, muchas veces; en la cárcel, más veces aún?*"²²⁴ Pablo recuerda lo que soportó, no lo que hizo. Bastaba a la fe cristiana que los judíos hicieran estas cosas; ¿por qué vosotros, miserables, las realizáis?"

201. Agustín: ¿Es verdad que vosotros, cuando recibís una bofetada, presentáis la otra mejilla? No es ésta la fama que os han conquistado vuestras furiosas bandas que vagabundean por toda el África con desatada desvergüenza. ¡Ojalá se pudiera concertar con vosotros el pacto de que exigirais, al estilo de la antigua Ley, sólo ojo por ojo, diente por diente, y no alzarais los garrotes por sólo oír unas palabras!

El apoyo del poder civil

XCII. 202. Petiliano: "Qué tenéis que ver vosotros con los reyes de este mundo, a quienes la cristiandad siempre tuvo como enemigos? Lo diré en pocas palabras: Un rey persiguió a los hermanos Macabeos; otro rey, rey sacrílego, condenó también a los tres niños a las llamas por una religión que él no conoció; un rey anduvo buscando la vida del Salvador cuando era niño; un rey arrojó al justísimo Daniel a las dentelladas que él pensaba salvajes, y un juez malvado de un rey condenó a muerte al mismo Cristo el Señor.

Por eso exclama el Apóstol: *Hablamos de sabiduría entre los perfectos, pero no de sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, que se desvanece, sino que hablamos una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los príncipes de este mundo, pues de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la majestad*²²⁵. Todo esto se refiere a los reyes paganos.

Y vosotros no dejáis ser cristianos a los emperadores de este mundo, pues ellos lo desean; creyendo de buena fe, con el engaño nebuloso de vuestra mentira, los conducís derechamente a vuestra iniquidad, de suerte que, preparadas las armas contra los enemigos del Estado, se lancen contra los cristianos y piensen que, siguiendo vuestros consejos, hacen un servicio a Dios si nos matan a nosotros, a quienes vosotros odiáis, según dice el Señor Jesucristo: *Llegará la hora en que todo el que os mate piensa que da culto a Dios*²²⁶.

Por consiguiente, a vosotros, que tan mal enseñáis, poco os importa si los reyes del orbe desean ser paganos, lo que Dios no permita, o cristianos. ¿No sabéis vosotros, o mejor, no lo habéis leído, que en una muerte es más grave el crimen del que aconseja que el del que la ejecuta? Jezabel había estimulado al rey su esposo a dar muerte a un hombre justo y pobre; sin embargo, ambos, marido y mujer, murieron con igual suplicio. Vosotros empujáis a los reyes al igual que tantas veces la sutil persuasión de una mujer los empujó a la culpa. Ahí tenéis a la mujer de Herodes, que por medio de la hija consiguió y obtuvo que le trajeran a la mesa, en un plato, la cabeza de Juan. Los judíos forzaron a Poncio Pilato a clavar en la cruz a Cristo el Señor, cuya sangre vengadora quisieron quedara siempre sobre ellos y los suyos. Así vosotros, en vuestro pecado, os sentís cubiertos con nuestra sangre. En efecto, aunque sea el juez el que condena, han sido más bien vuestras calumnias las que nos hirieron. Así dice el profeta David en el nombre del Señor Cristo: *¿Para qué se agitan las naciones en tumulto, y los pueblos en proyectos vanos? Se yerguen los reyes de la tierra, los caudillos conspiran contra el Señor y su Ungido: ¡Rompamos sus coyundas, sacudámonos su yugo! Aquel que se asienta en los cielos se burlará de ellos, el Señor se mofará. Luego les hablará en su cólera, en su furor los aterrará. Ya tengo yo consagrado a mi rey en Sión su monte santo, publicando su*

decreto. El Señor me ha dicho: "Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré en herencia las naciones, en propiedad los confines de la tierra. Los gobernarás con cetro de hierro, como a vaso de alfarero los despedazarás" ²²⁷.

Con estos preceptos amonestó el Señor a los mismos reyes, si no querían perderse, a no caer en la tentación de perseguir a los cristianos por ignorancia o inconsciencia. ¡Ojalá les enseñáramos estos preceptos que ignoran, o al menos se los mostrarais vosotros si queréis que vivan, o en último término, y esto es lo tercero, ojalá vuestra malicia les hubiera permitido leerlos por sí mismos!

El primer salmo de David les persuadiría especialmente a vivir y reinar como cristianos. Vosotros les habéis engañado lamentablemente cuando se confiaron a vosotros. Pues les habéis inventado lo malo y ocultado lo bueno.

Lean finalmente, aunque tarde, lo que debieron leer ya tiempo ha: *¿Que dice? Y ahora, reyes, aprended; instruíos, jueces de la tierra. Servid al Señor con temor, regocijaos con temblor; no se irrite y os apartéis del camino recto, cuando de pronto arda en cólera sobre vosotros, venturosos los que en él confían* ²²⁸.

Vosotros acosáis, diría yo, con vuestros consejos, como acosaban los judíos a Pilato, que ya citamos, aunque él exclamó lavándose públicamente las manos: *Inocente soy de la sangre de este justo* ²²⁹. Con todo, ¿cómo puede considerarse libre de un crimen el que lo ha cometido?

Pero paso en silencio los hechos antiguos; observad en vuestro mismo seno cómo muchos emperadores y jueces vuestros han perecido mientras nos perseguían a nosotros. Voy a pasar por alto a Nerón, que fue el primer perseguidor de los cristianos, lo mismo que a Domiciano, que le siguió muy de cerca, a Trajano, a Geta, Decio, Valeriano, Diocleciano; también pereció Maximiano.

Entre los que ordenaron ofrecer incienso, habiendo quemado los libros sagrados, está el primero Marcelino, que fue obispo de los romanos; pero también de estas llamas sacrílegas quedaron como pavesas o cenizas Mensurio de Cartago y Ceciliano. El tener conocimiento de que había ofrecido incienso os comprometió a todos los que estuvisteis de acuerdo con Mensurio. Pereció Macario, pereció Ursacio y todos vuestros condes perecieron igualmente bajo la venganza divina. Pues a Ursacio le abatió una lucha con los bárbaros y lo desgarraron las aves con sus crueles garras y los dientes devoradores de los perros. ¿No se movió acaso a impulso vuestro el mismo asesino, quien, a semejanza de Acab, persuadido por una mujer, como dijimos, dio muerte a un justo pobre?

De la misma manera no dejáis vosotros de degollarnos a nosotros, justos y pobres también; pobres, digo, en recursos materiales, pues en cuanto a la gracia de Dios no hay uno pobre entre nosotros. En efecto, si no lo hacéis por vuestra mano, no dejáis de hacerlo con vuestra lengua asesina. Pues está escrito: *Muerte y vida están en poder de la lengua* ²³⁰. Por consiguiente, cuantos fueron asesinados, tú los asesinaste como consejero. Pues no se enardece la mano del verdugo si no es con tu lengua, y con tus palabras se foguea el ardor implacable del pecho contra la sangre ajena, sangre justa vengadora de los que la derramaron".

203. Agustín: Me presentas datos bien abundantes, exagerados y ordenados por ti, sobre los reyes de este mundo, procurando despertar la inquina contra nosotros; si quisiera responder conveniente y dignamente a ellos, temo no me vayas a acusar también de haber querido suscitar la irritación de los reyes contra vosotros. Ciertamente que, según vuestra costumbre, lanzas tus invectivas generalmente contra todos los católicos, aunque no me dejas a mí de lado. Trataré de demostrar, si puedo, que tú has contribuido más a ello con tus discursos que yo con la respuesta a los mismos.

En primer lugar, observa cómo te contradices a ti mismo. Comienzas tu alegato ciertamente así: "¿Qué tenéis que ver vosotros con los reyes de este mundo, a quien la cristiandad siempre tuvo como enemigos?". Con estas palabras parece tratas de impedirnos que nos relacionemos con los reyes de este siglo. Pero un poco después dices: "Con estos preceptos amonesto el Señor a los mismos reyes, si no querían perderse, a no caer en la tentación de perseguir a los cristianos por ignorancia o inconsciencia. ¡Ojalá que les enseñáramos estos preceptos que ignoran, o al menos vosotros se los mostrarais si quisierais que vivieran!" ¿Cómo, pues, quieres tú que nosotros seamos maestros de los reyes? Ciertamente, los nuestros, si tienen alguna relación de amistad con los reyes cristianos, no faltan en nada si usan bien de ella; si algunos se ensoberbecen con ella, su falta será mucho más leve que la vuestra.

En efecto, ¿qué relación tuvisteis vosotros, que así nos argúis, con aquel rey pagano, y, lo que es más grave, apóstata y enemigo del nombre cristiano, Juliano, de quien solicitasteis que se os devolvieran las basílicas como si fueran vuestras y proclamasteis en su alabanza que sólo con él tenía lugar la justicia? Con esas palabras -pienso que vosotros entendéis el latín- se llama justicia a la idolatría y apostasía de Juliano. Se conserva la petición que hicieron vuestros mayores, la disposición que consiguieron, las actas de su alegato. Despertad ya y prestad atención: a un enemigo de Cristo, a un adversario de los cristianos, a un esclavo de los demonios es a quien presentó sus peticiones con tales palabras vuestro, sí, vuestro famoso Poncio. ¡Ea!, venid ahora, y decíos a vosotros mismos: "¿Qué tenéis que ver vosotros con los reyes de este mundo?" Así podéis leer vosotros que sois sordos a los pueblos sordos lo que no queréis oír con ellos: *¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo?* ²³¹

204. Dices: "¿Qué tenéis que ver vosotros con los reyes de este mundo, a quienes la cristiandad siempre experimentó como enemigos?" Al decir esto, trataste de enumerar qué reyes tuvieron como enemigos los justos, y no te detuviste a pensar que pueden contarse en mayor número los que tuvieron por amigos.

Así, el patriarca Abraham fue tratado con toda amistad y recibió un obsequio de parte de un rey amonestado por divina inspiración para que no tocara a su esposa. Su hijo Isaac conoció por experiencia a otro rey igualmente buen amigo. Jacob, recibido por el rey de Egipto, también le otorgó su bendición. Para qué hablar de su hijo José, que tras los sufrimientos de la cárcel, donde como el oro en el crisol estuvo a prueba su castidad, elevado con grandes honores por el faraón juraba también por la vida del mismo faraón, no ciertamente llevado por la soberbia, sino agradecido a su benevolencia. La hija del rey adoptó a Moisés. David, forzado por la iniquidad del rey de Israel, acudió a refugiarse ante un rey extranjero. Elías corrió delante del rey detestable, no por obedecerle a él cuanto por mostrarle su deferencia. Eliseo pensó debía ofrecer espontáneamente a la mujer que le hospedó lo que ella desearía que el rey le concediera por su intercesión.

Pero vengamos ya a los tiempos en que el pueblo de Dios permanecía como cautivo, en los cuales, suavizando la expresión, se te coló un impresionante olvido. Queriendo, en efecto, demostrar que la cristiandad siempre tuvo que soportar a unos reyes malévolos, recordaste a los tres niños y a Daniel y lo que tuvieron que soportar de los reyes perseguidores; y no pudiste advertir ante los hechos no ya parecidos, sino los mismos, cómo se portó el mismo rey tras el milagro de las llamas inofensivas, ya alabando y proclamando el nombre de Dios, ya honrando a los mismos niños, y en qué consideración tuvo a Daniel, cargándole de obsequios, que él no rehusó, cuando éste, tributando el honor debido a la regia majestad, como aparece bien claro en sus palabras, no le rehusó el don de Dios que poseía, al indicarle e interpretarle su sueño. Por ello, cuando el rey, contra su voluntad, se vio forzado a enviarle al lago de los leones por los envidiosos del santo varón que le calumniaban con sacrílega demencia, lo hizo con gran dolor, y siempre

presumiendo que el auxilio de su Señor le había de salvar. Así, pues, habiendo quedado ileso aquél al refrenar Dios la furia de los leones, oyó la voz solícita y amigable del rey y la contestó con palabras de gratitud desde el lago: *¡Oh rey, vive eternamente!*²³²

¿Por qué no has visto tú estas amistades de los reyes con los santos si tu discurso trataba de esto, si tú mismo recordabas los ejemplos de estos siervos de Dios, en los cuales han tenido lugar estas circunstancias? ¿Por qué no las viste, o no quisiste verlas, o, lo que no sé cómo puedes excusarlo, las has pasado en silencio al verlas y conocerlas? Si, en efecto, no te impidiera, como defensor de una causa pésima, el empeño en defender la falsedad y te apartara sin quererlo o ignorándolo de la luz de la verdad, recordarías ciertamente con facilidad algunos reyes buenos y otros malos, unos amigos de los santos, otros enemigos suyos.

En vista de ello, ¿podemos sorprendernos de que vuestros circunceliones se arrojen así por los precipicios? ¿Quién corría tras de ti, te suplico? ¿Qué Macario, qué soldado te perseguía? Lo cierto es que ninguno de los nuestros te empujó en este abismo de falsedad. ¿Por qué, pues, con los ojos cerrados, te lanzas de cabeza en él tan ciegamente que, habiendo dicho: "Qué tenéis que ver vosotros con los reyes de la tierra", no añades: "A quien la cristiandad tuvo con frecuencia como enemigos", sino que afirmas sin vacilar: "A quienes la cristiandad siempre tuvo como enemigos?" Realmente, ¿no pensaste tú ni juzgaste que los que leyeran tus escritos habían de pensar en ejemplos de tantos reyes que protestaban contra ti diciendo: "No sabe lo que dice?"

205. Al citar ya los reyes de tiempos antiguos, quizá piensas tú que éstos en nada van contra ti; en efecto, no dijiste: "A quienes la justicia siempre tuvo como enemigos", sino: "A quienes la cristiandad siempre tuvo como enemigos", y esto quizá queriendo que se tomaran como enemigos de los justos desde que éstos comenzaron a llamarse cristianos. ¿Qué sentido tienen, pues, los ejemplos de la antigüedad, mediante los cuales quisiste enseñar con mayor imprudencia lo que ya con imprudencia habías dicho?

Pues qué, los Macabeos o los tres jóvenes o Daniel, ¿no hicieron y soportaron aquello antes de la aparición de Cristo en la tierra? Además, ¿por qué dirigisteis vuestras súplicas a Juliano, a quien cité poco antes, verdadero enemigo de la cristiandad? ¿Por qué solicitasteis de él las basílicas? ¿Por qué dijisteis que sólo con él tenía lugar la justicia? Si de un enemigo de la cristiandad se dicen estas cosas, ¿qué son aquellos que las dicen? En cambio, Constantino, en modo alguno enemigo del nombre cristiano, antes cabalmente orgulloso del mismo, acordándose de la esperanza que tenía en Cristo, juzgando con toda justicia en pro de la unidad de la Iglesia, no mereció ser aceptado por vosotros ni siquiera cuando apelasteis a él.

Los dos existieron ya en tiempos cristianos, aunque no fueron ambos cristianos. Y si los dos fueron enemigos de la cristiandad, ¿por qué apelasteis así ante uno de ellos y le suplicasteis al otro de esa manera? Pidieron vuestros antepasados un tribunal episcopal, y Constantino se lo dio en Roma y en Arlés; acusasteis ante el mismo al primero y apelasteis ante él del segundo.

Pero si uno de ellos, como es verdad, había creído en Cristo, y el otro había apostatado de él, ¿por qué se menosprecia al cristiano que mira por la unidad y se ensalza al apóstata que favorece la división? Constantino ordenó que se os quitasen las basílicas; Juliano, que se os devolviesen: ¿deseáis saber cuál de estas dos determinaciones conviene a la paz cristiana? La primera la estableció el que había creído en Cristo; la segunda, el que había repudiado a Cristo. Ah, ¡cómo desearíais decir: "Mal estuvo el dirigir una tal súplica a Juliano", pero ¿qué tiene que ver esto con nosotros? Si dijeras esto, en esas palabras tuyas conseguiría una victoria la Iglesia católica, con cuyos santos esparcidos por todo el orbe tiene mucho menos que ver cuanto decís de quien os place y como os place. En cambio no puedes decir tú que está mal hecho el haber acudido con

súplicas a Juliano. Os estruja las fauces y os cierra la boca la autoridad de vuestro partido; es Poncio quien lo hizo, Poncio quien suplicó, Poncio quien llamó justísimo al apóstata, Poncio quien proclamó que sólo en el apóstata tenía lugar la justicia. El mismo Juliano expresó sin rodeos en su mismo rescripto, citándolo nominalmente, que Poncio le había suplicado con esas palabras.

Se conservan vuestras alegaciones; no es el rumor incierto, sino documentos públicos los que dan testimonio de ello. ¿Acaso por el hecho de que un apóstata concedió algo a vuestra petición contra la unidad de Cristo piensas que es verdadero lo que se dijo de que en él tenía lugar sólo la justicia, y, en cambio, los emperadores cristianos se llaman enemigos de la cristiandad porque han establecido contra vuestra voluntad lo que piensan que favorece la unidad de Cristo? Que todos los herejes pierdan así el juicio, y lo recuperen de tal suerte que dejen de ser herejes.

206. "¿Y dónde, dirás tú, se ha cumplido lo que dice el Señor: *Llegará la hora en que todo el que os mate piense que cumple un deber para con Dios?*"²³³ Pero esto no pudo referirse a los paganos, que perseguían a los cristianos, no precisamente por Dios, sino por sus ídolos. ¿No veis que si esto se hubiera dicho de los emperadores que se glorían del nombre cristiano, ellos habrían ordenado sobre todo daros muerte? Esto jamás lo ordenaron; sin embargo, los vuestros, oponiéndose con voluntad hostil a las leyes, pagan las penas debidas, y no tienen como funestos para sí esos suicidios voluntarios, que piensan envidiamos nosotros.

Si piensan que lo que dijo el Señor se refiere a los reyes que honran el nombre de Cristo, investiguen lo que sufrió la Iglesia católica en el oriente cuando era emperador el arriano Valente. Ahí vería yo dónde entender que se ha cumplido la palabra del Señor: *Llegará la hora en que todo el que os mate piense que cumple un deber para con Dios*²³⁴; así, los herejes no lo tomarían como un timbre de gloria si los emperadores católicos hubieran tomado alguna medida contra su error.

Sin embargo, hemos de recordar que aquel tiempo llegó después de la Ascensión del Señor: la Santa Escritura es testimonio de ello, conocido por todos. Los judíos pensaban que cumplían un deber para con Dios cuando daban muerte a los apóstoles. Entre ellos se encontró también nuestro Paulo, que entonces aún no era nuestro, de tal modo que entre sus glorias pasadas y dignas del olvido nos recuerda: *Hebreo e hijo de hebreos; en cuanto a la Ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la Iglesia*²³⁵. Aquí tenemos a uno que pensaba cumplir un deber para con Dios cuando realizaba lo que él mismo sufrió luego. Efectivamente, se habían conjurado cuarenta judíos para matarle cuando dio parte de esto al tribuno a fin de eludir las asechanzas, protegido por una sección de soldados. Pero aún no había quien le dijera: "¿Qué tienes tú que ver, no con los reyes, sino con los tribunos y las armas imperiales?" No había quien le dijera: "Te atreves a buscar protección en los soldados, cuando tu Señor fue conducido por ellos a la pasión?" Aún no existían semejantes delirios, pero ya entonces se preparaban ejemplos contra lo que iba a suceder posteriormente .

207. Aún más, has osado presentar algo terrible diciendo: "Pero paso en silencio los hechos antiguos; observad en vuestro mismo seno cómo muchos emperadores y jueces vuestros han perecido mientras nos perseguían a nosotros". Al leer esto en tu carta, esperaba con la mayor atención qué es lo que dirías y a quiénes ibas a citar, y veo que, dejándome en suspenso, empiezas a citar a Nerón, Domiciano, Trajano, Geta, Decio, Valeriano, Diocleciano, Maximiano. Confieso que son bastantes, pero te has olvidado completamente contra quiénes hablabas. ¿No son paganos todos ellos y persiguieron en general el nombre cristiano en favor de sus ídolos? Despierta, pues; éstos no pertenecieron a nuestra comunión; perseguían de forma global a la misma unidad, de la que nosotros, según pensáis vosotros, nos salimos, o de la que, según enseña Cristo, os

salisteis vosotros. Y tú, en cambio, te habías propuesto demostrar que nuestros emperadores y jueces habían perecido persiguiéndoos a vosotros. ¿Acaso ni tú exiges que contemos a éstos, ya que pasándolos por alto los has citado al decir: "Dejando a un lado a Nerón", y con este recurso citaste a los demás? ¿Qué necesidad hubo, pues, de citar los nombres que no venían a cuento? Pero ¿qué me importa esto a mí? Les dejo a éstos contigo; haz al menos que salgan a la luz los que prometiste, cuantos más mejor. Claro que quizá no se les encuentre porque dijiste que habían perecido.

208. Y así continúas y nombras a los obispos, a quienes soléis acusar de la entrega de los códices. Sobre ellos, nosotros acostumbramos dar esta respuesta: "O no demostráis nada, y a nadie afecta, o demostráis algo, pero no nos afecta". Cada uno ha llevado su carga, buena o mala, aunque nosotros la tenemos por buena; pero, sea como sea, cada uno lleva la suya; al igual que los culpables de entre vosotros llevan la suya, y no llevan ellos la vuestra ni vosotros la suya; claro que la carga pésima del cisma es común a todos vosotros. Esto ya lo hemos dicho muchas veces.

Por consiguiente, presenta los nombres, no de nuestros obispos, sino de los emperadores y jueces nuestros que han muerto persiguiéndoos a vosotros. Esto es lo que te habías propuesto, esto es lo que habías prometido, a esto nos habías hecho prestar toda nuestra atención. Dices: "Escucha: Pereció Macario, pereció Ursacio y todos vuestros condes perecieron igualmente bajo la venganza divina". A dos sólo has citado, y ninguno de ellos fue emperador. Quién se quedaría satisfecho, te pregunto. ¿No sientes desagrado de ti mismo? Prometes que vas a citar a muchos emperadores y jueces nuestros que murieron persiguiéndoos a vosotros, y silenciando a los emperadores, citas a dos jueces o condes. Y no viene a colación lo que añades: "Y todos vuestros condes perecieron igualmente bajo la venganza divina". De esta manera pudiste haber dado remate a tiempo a la cuestión, para no citar ni a uno siquiera. ¿Por qué, pues, no citaste a nuestros emperadores, es decir, los de nuestra comunión? ¿Temiste acaso no fueras acusado como reo de lesa majestad? ¿Dónde queda entonces la bravura de los circunceliones?

Por otra parte, ¿qué haces de tantos como citaste antes, que podían replicarte con toda razón: "¿Qué es lo que pretendías de nosotros"? No favorecieron en nada tu causa, y, sin embargo, los citaste. Además, ¿qué categoría de persona tienes tú, que temes nombrar a los que recuerdas que han muerto? Al menos debías haber nombrado al mayor número de los jueces o condes, a los cuales parece no temías; pero te contentaste con Macario y Ursacio. ¿Acaso toda aquella multitud se reducía a estos dos? ¿No sabes lo que aprendimos de niños? Pues si me preguntas qué es el número dos, singular o plural, ¿qué puedo responderte sino que es plural? Pero tampoco a esto me falta qué replicar. Dejo de lado a Macario, ya que ni tú dijiste cómo pereció.

¿Acaso quien os persigue a vosotros, cuando muera -a no ser que sea inmortal en este mundo- se considerará ha muerto por vuestra causa? ¿Qué hubieras dicho si Constantino, que fue el primero en establecer muchas disposiciones contra vuestro error, no hubiera vivido en imperio tan prolongado y en tan prolongada prosperidad, y si Juliano, que fue quien os entregó las basílicas, no hubiera sido arrancado tan presto de la vida? ¿Cuándo dejaríais de parlotear de estas cosas, ya que aun ahora no queréis callar? Sin embargo, nosotros no decimos que Juliano murió tan pronto porque os entregó las basílicas a vosotros. Podíamos usar sobre el asunto de la misma facundia, pero no queremos aparecer tan vacíos.

En consecuencia, como había comenzado a decir, de aquellos dos dejo a un lado a Macario. Habiendo tú presentado a dos, ese mismo y Ursacio, tomaste de nuevo el nombre de Ursacio para demostrarnos qué muerte había merecido, y dijiste: "Pues a Ursacio le abatió una lucha con los bárbaros, y lo desgarraron las aves con sus crueles garras y los dientes devoradores de los perros". De donde aparece bien claro, ya que

acostumbráis suscitar mayor odio contra nosotros por causa de Macario, de suerte que nos denomináis macarianos y no ursacianos, que tú debieras haber hablado muchísimo más sobre él si hubieras podido decir algo semejante sobre su muerte. Por consiguiente, de estos dos, que te han suministrado un plural, al dejar de lado a Macario, sólo queda Ursacio, nombre propio del número singular. ¿Dónde, pues, la promesa tan amenazadora de una multitud tan grande?

209. Ahora bien, mira qué ridículo es, como entienden, según pienso, quienes de algún modo saben hablar, lo que declaraste: "Pereció Macario, pereció Ursacio y todos vuestros condes perecieron igualmente bajo la venganza divina"; y como si exigiésemos nosotros que lo demostraras, cosa que en realidad exigiría cualquier oyente o lector, ensartaste a continuación un precioso documento para demostrar que todos nuestros condes habían perecido igualmente bajo la venganza divina: "Pues a Ursacio le abatió una lucha con los bárbaros y lo desgarraron las aves con sus crueles garras y los dientes devoradores de los perros". Tomándose esta licencia puede otro, de modo semejante, sin saber lo que dice, propalar que todos vuestros obispos murieron en la cárcel bajo la venganza divina, y si se le exigieran pruebas, podría añadir: "En verdad que Optato, acusado de ser cómplice de Gildón, murió con tal género de muerte".

He aquí qué clase de bagatelas nos vemos forzados a escuchar, discutir y refutar; sólo tememos por los débiles, no vayan a caer rápidamente en vuestros lazos por la rudeza de su entendimiento. Por lo que se refiere a Ursacio, si acertó a vivir bien y murió en verdad de esa manera, bien consolado puede quedar con la promesa de Dios que dice: *Vuestra sangre la reclamaré a todo animal* ²³⁶.

210. Respecto a la calumnia que nos lanzáis al decir que concitamos la furia de los reyes del mundo contra vosotros al no instruirlos en la divina Escritura, sino sugiriéndoles más bien nuestra malicia, pienso que no son tan sordos a los oráculos de los códigos santos que no debáis más bien temer que los conozcan.

Pero queráis o no queráis vosotros, entran en la iglesia, y si llamamos nosotros, prestan oído a los lectores, y, para no hablar de lo demás, escuchan con la mayor atención frecuentemente el salmo que tú has citado. Dijiste, en efecto, que nosotros no les enseñamos y que, aun queriéndolo ellos, no les permitimos conocer lo que está escrito: *Ahora, reyes, aprended; instruíos, jueces de la tierra. Servid al Señor con temor, regocijaos con temblor; no se irrite y os apartéis del camino recto. No sea que encienda la ira del Señor* ²³⁷, etc. Estad seguros de que se canta esto y lo escuchan ellos, pero también oyen lo anterior del mismo salmo, lo que tú, si no me equivoco, no quisiste omitir por no dar la impresión de que tenías miedo: *El Señor me ha dicho: Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy. Pídemme, y te daré en herencia las naciones, en propiedad los confines de la tierra* ²³⁸. Al oír esto se admiran sin duda de que haya algunos que se oponen a esta heredad de Cristo e intentan reducirla a una pequeña parte de la tierra, y admirándose, a causa de lo que oyen a continuación: *Servid al Señor con temor*, preguntan en qué pueden servirle ellos siendo como son reyes. En efecto, todos los hombres deben servir a Dios, por una parte a tenor de la condición humana, por la que son hombres; por otra con los diversos dones, puesto que uno tiene un cometido y otro tiene otro en la actividad humana. En verdad que no podría cualquier particular ordenar la supresión de los ídolos en la tierra, lo que ya tanto antes se anunció que tendría lugar. En cambio, los reyes, aparte la condición de hombres, por el hecho de ser reyes tienen la facultad de servir al Señor como no pueden hacerlo los que no son reyes.

211. Al pensar en todo esto, oyen también lo que tú mismo conmemoraste acerca de los tres mancebos, y lo escuchan con una seriedad admirable. Porque esa misma Escritura se canta, sobre todo en la iglesia, los días en que la misma festividad torna más devotos a aquellos que en el resto del año son más tibios. ¿Qué disposición pensáis tienen los

emperadores cristianos cuando oyen que los tres mancebos fueron arrojados al horno del fuego ardiente porque no consintieron con el rey en la iniquidad de adorar al ídolo; qué disposición tienen sino pensar que la piadosa libertad de los santos no puede ser vencida ni por el poder regio ni por la atrocidad de la pena, y alegrarse de que ellos no son del número de esos reyes que castigaban como sacrílegos a quienes despreciaban a los ídolos? Además, cuando oyen a continuación que el mismo rey, aterrado por el milagro tan grande de los mancebos y de las llamas que sirven a Dios, comienza a servir a Dios con temor y a saltar de gozo con temblor y que entendió la enseñanza, ¿acaso no comprenden que todo ello está escrito para proponer ejemplos a los siervos de Dios a fin de que no se plieguen a los reyes hasta el sacrilegio, y a los mismos reyes para que crean en Dios hasta venerarlo?

Siguiendo, pues, la amonestación del mismo salmo, que también tú insertaste en tus escritos, desean los reyes comprender y ser enseñados y servir a Dios con temor y saltar de gozo con temblor y entender la enseñanza; y hay que ver con qué animación escuchan lo que dijo después aquel rey, a saber: que iba a dar un decreto a todos los pueblos sujetos a sus dominios, según el cual quienes blasfemasen contra el Dios de Sidrac, Misac y Abdénago perecieran y sus casas fueran destruidas. Si los reyes comprenden que decretó esto para que no se blasfemase contra el Dios moderador de las llamas y libertador de los tres mancebos, a buen seguro pensarán qué decretos deben dar en su reino a fin de impedir que sea arrojado de sus fieles el Dios que perdona los pecados y liberta a todo el universo.

212. Por tanto, cuando los reyes cristianos toman alguna determinación contra vosotros en favor de la unidad católica, estad atentos, no sea que en vuestros labios los acuséis de desconocedores de las divinas Escrituras y en vuestro corazón os doláis de que estén muy instruidos en ellas. En verdad, ¿quién puede soportar vuestra sacrílega y odiosa audacia al acusar a los reyes en el mismo y único Daniel por haber sido lanzado al lago de los leones, y no alabarlos cuando fue elevado a honor tan grande, ya que, cuando fue arrojado, creía el mismo rey que había de salvarse más bien que perecer y no cenaba por la preocupación que por él sentía?

Además, ¿osáis decir a los cristianos: "qué tenéis que ver vosotros con los reyes de este mundo", y esto porque Daniel sufrió persecución por parte del rey, y no os dignáis mirar al mismo Daniel interpretando fielmente los sueños a los reyes, llamando señor al rey, recibiendo obsequios y honores? Y por otra parte, ¿excitáis las llamas de la animosidad sobre los reyes con ocasión de aquellos tres mancebos porque fueron enviados al fuego por rehusar adorar la estatua, y en cambio pasáis en silencio y ocultáis el haber sido tan celebrados y honrados por el rey?

Concedamos que el rey fue un perseguidor cuando arrojó a Daniel a los leones; ¿fue perseguidor o no lo fue cuando, habiéndolo recibido salvo, alegrándose y dándole el parabién, arrojó a los mismos leones a los enemigos de aquél para que fueran despedazados y comidos? Quiero que me respondas. Pues si lo fue, ¿por qué el mismo Daniel no se le opuso, sobre todo habiéndolo podido hacer tan fácilmente dada su gran amistad? ¿Y todavía nos decís vosotros que apartemos a los reyes de la persecución de los hombres? Pero si no fue perseguidor precisamente porque vengó con toda justicia el crimen cometido con el santo varón, ¿cómo han de castigar los reyes el arrojar los sacramentos de Cristo si los miembros del profeta merecieron ser vengados de esa manera por haber sido puestos en peligro?

Ciertamente concedo y es manifiesto que el rey fue un perseguidor cuando arrojó a las llamas a los tres mancebos que no quisieron adorar la estatua; pero pregunto si fue perseguidor cuando decretó que fueran quemadas sus casas y murieran los que blasfemaban contra el único Dios verdadero. Si fue perseguidor, ¿por qué respondéis

"amén" a las palabras del perseguidor? Y si no lo fue, ¿por qué llamáis perseguidores a quienes os apartan a vosotros de la locura de la blasfemia? Porque si os obligan a suplicar a un ídolo, ellos son semejantes al rey impío, y vosotros, a los tres mancebos; pero si prohíben oponerse a Cristo, vosotros sois los impíos si hacéis esto. Qué son ellos, si os impiden por el terror hacer esto, no seré yo quien lo diga: eres tú el que tienes que buscar otro calificativo si no quieres llamar piadosos a los emperadores.

213. Si hubiera citado yo estos ejemplos de Daniel y de los tres mancebos, quizá te hubieras opuesto y hubieras gritado que no debían haberse traído a colación desde aquellos a estos nuestros tiempos. Gracias a Dios que has sido tú el que los trajiste enderezados al fin que te proponías; pero ya ves que más bien han servido precisamente para lo que no querías. ¿O acaso no es esto un engaño vuestro, sino un error humano? ¡Ojalá sea un error! Corrígete, pues; no temas, eso no va a disminuir tu categoría; antes es propio de ingenio más notable acallar con la confesión las llamas del orgullo que evitar con inteligencia las nieblas de la falsedad.

Quién mata

XCIII. 214. Petiliano: "¿Dónde está la Ley de Dios, dónde vuestro cristianismo, si lleváis a cabo y ordenáis matanzas y muertes?"

215. Agustín: Para contestar a esto, mira lo que dicen los coherederos de Cristo a través del orbe entero: Nosotros no llevamos a cabo ni ordenamos matanzas y muertes; en cambio, os mostráis mucho más crueles que los que realizan estas cosas, vosotros que las realizáis contra la vida eterna en la mente de los hombres.

Por qué buscan los católicos a los donatistas

XCIV. 216. Petiliano: "Si nos queréis como amigos, ¿por qué tratáis de atraernos contra nuestra voluntad? Y si nos tenéis por enemigos, ¿por qué matáis a los enemigos?"

217. Agustín: Ni tratamos de atraeros contra vuestra voluntad ni matamos a los enemigos; antes bien, cuanto hacemos con vosotros, aunque sea contra vuestra voluntad, lo hacemos a fin de que os corriáis de buen grado, y una vez corregidos tengáis vida. Porque nadie evita los vicios contra su voluntad; y, sin embargo, el niño, aunque aprenda de buen grado, es azotado contra su voluntad, y precisamente la mayor parte de las veces por quien más le quiere. Esto ciertamente os dirían los reyes si os maltrataran; su poder está otorgado por Dios para esto. Pero aunque éstos no os maltratan, estáis gritando vosotros.

La "incongruencia" católica

XCV. 218. Petiliano: "¿Qué motivo hay, o qué inconsecuencia, en vuestra vanidad para que, a pesar de aplicarnos el falso nombre de herejes, tan vivamente deseéis nuestra comunión?"

219. Agustín: Si deseáramos tan vivamente la comunión con los herejes, no trataríamos de que os corrigierais de vuestro error herético; pero si nuestro trato con vosotros se dirige a que no seáis herejes, ¿cómo se puede decir que deseamos tan vivamente la comunión con los herejes? Porque la disensión y la división es lo que os hace a vosotros herejes, y, en cambio, la paz y la unidad es lo que hace católicos. Por consiguiente, cuando venís de la herejía a nosotros, dejáis de ser lo que odiamos y comenzáis a ser lo que amamos.

Un dilema

XCVI. 220. Petiliano: "Elegid finalmente cuál de estas dos cosas sostenéis. Si vosotros sois inocentes, ¿por qué nos perseguís con la espada? Y si nos llamáis culpables, ¿por qué nos buscáis vosotros, los inocentes?"

221. Agustín: ¡Oh sutil dilema! Aunque, más bien, ¿no será una inepta palabrería? ¿No suele, en efecto, proponerse la elección de una de dos respuestas que dar allí donde no se pueden elegir las dos a la vez? Si me propusieras que eligiera lo que me pareciera de una alternativa como: si somos inocentes o culpables, o esta otra: si vosotros sois reos o no, no podría sino elegir una de las dos. Pero aquí me propones estas dos afirmaciones: nosotros somos inocentes, vosotros culpables, y quieres que elija una sola respuesta que dar. Pero yo no puedo dar una sola respuesta, porque afirmo ambas cosas: que nosotros somos inocentes y vosotros culpables.

Decimos que somos inocentes de las acusaciones falsas y calumniosas, cuantos en la Católica podemos decir con conciencia tranquila que no hemos entregado los santos códigos, ni hemos consentido en las suplicas a los ídolos, ni hemos dado muerte a nadie, ni hemos hecho cualquier otra maldad de las que soléis achacarnos; así como también afirmamos que ni aun aquellos que quizá, lo cual ni siquiera respecto a ellos habéis probado, realizaron esos actos, nos cerraron a nosotros el reino de los cielos, sino a ellos, puesto que cada uno de nosotros tiene que llevar su carga. Ahí tienes la respuesta a lo primero.

Con respecto a lo restante, contesto que vosotros sois culpables y criminales, no los unos por los crímenes de los otros, crímenes que algunos cometen y otros reprenden, sino por el crimen del cisma, de cuyo enorme sacrilegio ninguno de vosotros puede decir se halla inmune mientras no esté en comunión con la unidad de todos los pueblos; de lo contrario, se verá forzado a decir que Cristo había mentado acerca de la Iglesia, que comenzando por Jerusalén se difunde a través de todas las gentes. Tal es la respuesta a lo segundo.

Ya ves cómo te he aceptado las dos posibilidades, de las cuales tú querías que eligiera una sola. Debiste prestar atención a que podíamos aceptar las dos, y al menos, si pretendías esto, debías rogarnos que escogiéramos una sola al ver que podíamos aceptar una y otra.

222. Pero "si vosotros tenéis la inocencia, dices, ¿por qué nos perseguís con la espada?". Observad un poco las bandas de los vuestros, que no se arman sólo con garrotes, según la costumbre de vuestros antepasados, sino que han añadido hachas, lanzas, espadas, y reconoced quiénes pueden exclamar mejor: "¿Por qué nos perseguís con espada? Y si nos llamáis culpables, ¿por qué nos buscáis vosotros, los inocentes?" Respondo brevemente a esto: el motivo de buscaros los inocentes a vosotros los culpables es que dejéis de serlo y comencéis a ser inocentes. Ahí tienes cómo he tomado lo uno y lo otro como nuestro, y respondido a vuestras dos cuestiones.

Ahora te toca a ti elegir una de estas dos cuestiones: ¿sois vosotros inocentes o culpables? No puedes contestar que ambas cosas; bueno, si te place, contesta que las dos. Ciertamente no podéis decir que sois inocentes en la misma causa en que sois culpables. Por tanto, si sois inocentes, no os sorprendáis de que os busquen los hermanos para la paz; y si sois culpables, no os sorprendáis tampoco de que os busquen los reyes para el castigo. Pero de estos dos extremos uno os lo elegís vosotros, el otro lo oís de nosotros: elegís el de la inocencia, y oís de nosotros el que vivís impíamente. Escuchad lo que os digo de nuevo sobre uno y otro extremo. Si sois inocentes, ¿por qué contradecís el testimonio de Cristo? Y si sois culpables, ¿por qué no os acogéis a su misericordia? En efecto, su testimonio se relaciona con la unidad del universo, y su misericordia se realiza en la caridad fraterna.

El salmo 117 y el proceder de los donatistas

XCVII. 223. Petiliano: "Finalmente, como ya hemos dicho muchas veces, ¿cuál es vuestra pretensión de llegar a apoyaros en los reyes, si dice David: *Mejor es esperar en el Señor que esperar en el hombre; mejor es confiar en el Señor que confiar en los príncipes?*" ²³⁹

224. Agustín: Nosotros no esperamos en el hombre, sino que amonestamos en cuanto podemos a los hombres a que esperen en el Señor; ni esperamos en los príncipes, sino que amonestamos a los príncipes cuanto podemos a que esperen en el Señor; y si solicitamos algo de los príncipes en beneficio de la Iglesia, no ponemos, sin embargo, nuestra esperanza en ellos. Ni el mismo Apóstol puso su esperanza en aquel tribuno como príncipe, del que consiguió le diera acompañamiento armado, ni en los mismos armados en cuanto hombres, con la protección de los cuales logró evadir las asechanzas de los depravados.

Tampoco nosotros os acusamos a vosotros mismos por haber solicitado del emperador que se os devolvieran las basílicas, poniendo la esperanza en el emperador Juliano, sino que os acusamos de haber desconfiado del testimonio de Cristo, de cuya unidad separasteis las mismas basílicas. Pues vosotros las recibisteis por mandato del enemigo de Cristo para menospreciar en ellas los mandatos de Cristo, mientras tenéis por válida y verdadera la determinación de Juliano, que dice: "Suplicando también esto Rogaciano, Poncio, Casiano y los demás obispos, lo mismo que los clérigos, se añade como coronación de todo que, abolidas las determinaciones que se tomaron erróneamente contra ellos sin rescripto, se restablezca la situación en su primitivo estado"; y, en cambio, tenéis por inválido y falso lo que estableció Cristo al decir: *Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra* ²⁴⁰.

Nosotros os conjuramos: corregíos, tornad a esta clara unidad de todo el orbe, a fin de que no sea por las palabras del apóstata Juliano, sino por las de Cristo Salvador, como se restablezca todo en su antiguo estado. Tened piedad de vuestra alma. No comparemos ya a Constantino y a Juliano para demostrar cuán diferentes son. No decimos: "Si vosotros no habéis esperado en un hombre y en un príncipe cuando dijisteis al emperador pagano y apóstata que en él solo tenía lugar la justicia, y todo el partido de Donato se sirvió de estas preces y este rescripto, como consta allí, como lo atestiguan las actas de la alegación, mucho menos debéis acusarnos vosotros de haber esperado en un hombre y en un príncipe si hemos solicitado algo de Constantino o del resto de los emperadores cristianos sin ninguna adulación sacrílega, o si ellos, sin solicitarlo nosotros, acordándose de la cuenta que han de dar al Señor, bajo cuyas palabras tiemblan cuando escuchan lo que tú mismo citaste: *Ahora, reyes, aprended*, etc., y otras muchas cosas, toman espontáneamente algunas determinaciones en favor de la unidad de la Iglesia católica".

Pero no quiero hablar de Constantino. Enfrentamos ahora a Cristo y a Juliano, digo poco, a Dios y a un hombre, al Hijo de Dios y al hijo de la gehenna, al Salvador de nuestras almas y al asesino de la suya propia. ¿Por qué conserváis en la posesión de las basílicas el rescripto de Juliano y no mantenéis en el abrazo de la paz de la Iglesia el Evangelio de Cristo? También nosotros clamamos: "Las actuaciones llevadas a cabo erróneamente restablézcanse en su primitivo estado". El Evangelio de Cristo es más antiguo que el rescripto de Juliano, la unidad de Cristo es más antigua que el partido de Donato, las plegarias de la Iglesia al Señor por la unidad de Cristo son más antiguas que las de Rogaciano, Ponciano y Casiano a Juliano en favor del partido de Donato. ¿Se actúa acaso erróneamente cuando los reyes prohíben la división y no se actúa erróneamente cuando los obispos dividen la unidad? ¿Se procede erróneamente cuando los reyes, para defender la Iglesia, se someten al testimonio de Cristo y no se procede erróneamente cuando los obispos contradicen el testimonio de Cristo para negar su Iglesia? Os pedimos, pues, que se escuchen también las palabras de Juliano, a quien así suplicasteis, no contra el Evangelio, sino de acuerdo con el Evangelio, y que lo que se llevó a cabo erróneamente, se restablezca en su primitivo estado.

Exhortaciones diversas de Petiliano y de Agustín

XCVIII. 225. Petiliano: "A vosotros, miserables, me dirijo yo; a vosotros, que atemorizados

por el miedo a la persecución, mientras buscáis vuestras riquezas, no vuestras almas, no amáis tanto la fe errónea de los *traditores* cuanto, por el contrario, la malicia de aquellos cuya protección os habéis procurado; igual que los náufragos en las olas se acercan a las olas que van a caer y, con gran peligro de su vida, se lanzan a lo mismo que temen, o como el furor tiránico, para no temer a nadie, quiere al menos ser temido aun con su propio peligro, así vosotros acudís a la ciudadela de la malicia para contemplar sin miedo por vuestra parte los perjuicios y las penas de los inocentes. Si evitar el peligro consiste en refugiarse bajo las ruinas, es también una confianza condenable tener su confianza en un salteador. En fin, es un lucro de dementes perder vuestras almas para no perder las riquezas. Dice Cristo el Señor: *Si ganas todo el mundo y pierdes tu alma, ¿qué darás en cambio de tu alma?*" ²⁴¹

226. Agustín: Útil sería esta exhortación, lo confieso, si alguien la utilizara en una causa buena. Con toda razón has apartado a los hombres de anteponer sus riquezas a su alma. Pero vosotros, que dais crédito a estas cosas, escuchadnos también un poco a nosotros: esto mismo decimos nosotros también, pero escuchad cómo.

Si los reyes os amenazan con quitaros las riquezas, porque no sois judíos según la carne, o porque no honráis a los ídolos o a los demonios, o porque no os dejáis arrastrar a ninguna herejía, sino que permanecéis en la unidad católica, elegid más bien la pérdida de todas vuestras riquezas para no perecer vosotros. No preferáis absolutamente nada, incluida la vida pasajera, a la salud eterna que se halla en Cristo. Pero si los reyes os amenazan con daños o la condenación porque sois herejes, os atemorizan no con crueldad, sino con misericordia, vosotros, en cambio, si no teméis, no es por fortaleza, sino por pertinacia. Oíd a Pedro, que dice: *¿Qué gloria hay en soportar el castigo cuando habéis faltado?* ²⁴² Así no tendríais vosotros ni consuelos terrenos aquí ni la vida eterna en el siglo futuro, sino las angustias de los infelices aquí y allí los suplicios de los herejes.

Ves, pues, tú, hermano, con quien ahora trato, que primero debes demostrar si posees la verdad, y luego exhortar a los hombres a que por conservarla estén dispuestos a carecer de todo lo que poseen temporalmente. Si no demuestras esto, porque no puedes, no precisamente por falta de ingenio, sino por la maldad de la causa, ¿por qué te afanas en hacer a los hombres, con tus exhortaciones, mendigos, ignorantes, necesitados, errantes, andrajosos, litigantes, hambrientos, heréticos, despojados de los bienes temporales en este mundo y herederos de los males eternos en el juicio de Cristo? El hijo prudente, que temiendo el azote del padre se aleja de la guarida de la serpiente, ni es azotado ni perece; en cambio, si menosprecia por su perniciosa voluntad los dolores de la corrección, es azotado y perece. ¿No entiendes ya, varón elocuente, que quien careciese de todos los bienes terrenos por la paz de Cristo, tiene a Dios, y quien ha perdido, aunque sea unos pocos, por el partido de Donato, no tiene cabeza?

Pobreza y caridad

XCIX. 227. Petiliano: "Nosotros, como pobres de espíritu, no tememos por las riquezas, tememos a las riquezas. Nosotros, que no tenemos nada y lo poseemos todo, tenemos como una riqueza a nuestra alma y compramos con nuestros sufrimientos y nuestra sangre las riquezas eternas del cielo, ya que dice el Señor: *El que haya perdido sus bienes, recibirá el ciento por uno*".

228. Agustín: También importa aquí recordar la cita textual, pues cuando nada estorba mi intención, si en algo engañas o te engañas sobre las Escrituras, no me preocupa. Pero no está escrito: "El que pierda sus bienes", sino: *Quien pierda su vida por mí* ²⁴³. Sobre los bienes, en cambio, no está escrito: "El que pierda", sino: *El que deje* ²⁴⁴, y no sólo el dinero contante, sino también muchas otras cosas. Y tú, de momento, no has perdido tus bienes. Silos has abandonado o no, ya que te glorías de tu pobreza, no lo sé. Puede que

lo sepa mi colega Fortunato, ya que vivís en la misma ciudad, pero nunca me lo indicó porque nunca se lo he preguntado.

Sin embargo, aunque hayas hecho esto, tú mismo has citado contra ti en esta carta el testimonio del Apóstol: *Aunque repartiara todos mis bienes a los pobres, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha* ²⁴⁵. Pues si tuvieras caridad, no echarías en cara al orbe de la tierra, desconocedor de vosotros y desconocido para vosotros, ni siquiera los crímenes probados de los africanos; si tuvierais caridad, no fingiríais en vuestras calumnias, sino que conoceríais la unidad magníficamente expresada en las palabras del Señor: *hasta los confines de la tierra* ²⁴⁶.

Pero si tú no has llevado a cabo ese abandono, ¿por qué te glorías como si fuera una realidad? ¿En verdad tenéis tal miedo a las riquezas que, no teniendo nada, lo poseéis todo? Anda, cuéntale esto a tu colega Crispín, que acaba de comprar una finca cerca de Hipona para sumergir a los hombres en el abismo. Sé muy bien por qué ha hecho esto; quizá tú no lo sepas, y así gritas sin vacilar: "Tememos a las riquezas". Por lo cual me sorprende que esta frase tuya le haya pasado a él inadvertida hasta llegar a nosotros; pues entre Constantina, en donde estás tú, e Hipona, donde estoy yo, se encuentra Calama, donde está él, situado entre las dos, aunque ciertamente más cerca de mí. Me sorprende, pues, cómo no se enteró él primero de esta frase y no la retocó para que no llegara así a nosotros, y no ensalzó contra ti, con mayor elocuencia, las alabanzas de las riquezas. No sólo no teme él las riquezas, sino que las ama. Por lo demás, antes que publiques algo, léeselo a él; si no se enmienda, nosotros responderemos. Pero tú, si de verdad eres pobre, ahí tienes a mi hermano Fortunato: con tu pobreza podrás agradar más fácilmente a este mi colega que a ese tuyo.

Mt 10, 28

C. 229. Petiliano: "Nosotros, gracias al temor de Dios en que vivimos, no tememos los suplicios y muertes que nos causáis con la espada; sólo en último término procuramos evitar la comunión detestable con que destruís las almas, a tenor de lo que dice el mismo Señor: *No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna del fuego*" ²⁴⁷

230. Agustín: Lo que dices es lo que hacéis vosotros, no con la espada visible, sino con aquella de la que se dice: *Hijos de los hombres: sus dientes son lanzas, saetas, su lengua una espada afilada* ²⁴⁸. Esta es la espada acusadora y calumniadora con que matáis las almas de los ignorantes del orbe que os desconoce. Si acusas de detestable la comunión, según tú, no según yo, ya puedes subir y bajar, entrar o salir, dar vueltas o buscar subterfugios: eres ni más ni menos como Optato. Pero si entras en tu corazón y descubres que tú no eres tal, no porque no comulgó contigo en los sacramentos, sino porque te desagradó, liberarás al universo de todos los crímenes ajenos y descubrirás que vosotros estáis implicados en el crimen del cisma.

El bautismo católico según Petiliano

CI. 231. Petiliano: "Vosotros, pues, que queréis lavaros en el más engañoso bautismo más que renacer, no sólo no abandonáis vuestros delitos, sino que cargáis vuestras almas con los crímenes de los culpables; como el agua de los malos está privada del Espíritu Santo, así está completamente llena de los crímenes de los *traditores*. Por consiguiente, quienquiera que seas, desgraciado, bautizado por semejantes personas, si habías querido quedar libre de la mentira, te ves invadido por la falsedad; si querías alejar los delitos de la carne, se te añadirá la conciencia de los culpables y percibirás también la culpabilidad; si pretendías apagar la llama de la avaricia, te verás invadido del fraude, del crimen, del furor. Finalmente, si crees que la fe del que recibe el bautismo es la misma que la del que lo da, te verás inundado de la sangre del hermano por aquel que es un

asesino. Así sucede que tú, que habías acudido inocente al bautismo, tornas del mismo hecho un parricida".

232. Agustín: Quisiera conversar con quienes aplaudieron al leer u oír estas palabras; ellos no tienen los oídos en el corazón, sino el corazón en los oídos. Que lo lean, sin embargo, una y otra vez, y piensen y se percaten no del sonido, sino del sentido. En primer lugar examinaré esta última frase: "Así sucede que tú, que habías acudido inocente al bautismo, tornas del mismo hecho un parricida". Contesta en primer lugar quién viene inocente al bautismo, si exceptuamos al que no vino a ser bautizado para ser purificado de la iniquidad, sino para darnos un ejemplo de humildad. ¿Qué se le puede perdonar a un inocente? ¿O eres tú tan elocuente que nos demuestres hay alguna inocencia pecadora? ¿No escuchas a la Escritura que dice: *No hay nadie libre de pecado, ante tus ojos, ni el niño cuya vida sobre la tierra es de un solo día?* ²⁴⁹ ¿Por qué, si no, se acude aun con los niños en busca de la remisión de los pecados? ¿No escuchas también otra afirmación: *Pecador me concibió mi madre?* ²⁵⁰

Luego si uno que había acudido sin parricidio torna parricida, porque le bautiza un parricida, cuantos tornaron bautizados por Optato llegaron también a ser Optatos. Venid ahora y echadnos en cara que suscitamos la furia de los reyes contra vosotros. ¿No teméis que se busquen entre vosotros tantos secuaces de Gildón cuantos pudieron ser los hombres bautizados por Optato? ¿No ves tú, en fin, que esta frase tuya ha resonado como una vejiga, no sólo como un vano estampido, sino también en vuestra cabeza?

233. Todas las ideas precedentes, que nos propusimos refutar ahora, se reducen a decir que cualquier bautizado retorna tal cual es aquel que le bautiza. Pero quiera Dios no retornen de ti tan delirantes los que tú bautizas como lo estás tú al decir esto.

¡Ea!, qué bien te ha sonado la frase aquella: "Te verás invadido del fraude, del crimen, del furor". Cierto que tú no verterías semejantes dislates si no estuvieras, no digo invadido, sino repleto de furor. ¿De suerte que, pasando por alto otras cosas, cuantos no siendo avaros acuden a recibir el bautismo de tus colegas o sacerdotes avaros, retornan siendo avaros, y cuantos siendo sobrios acuden a aquellas sentinas de vino para ser bautizados, retornan ellos borrachos?

Con estos sentimientos y consejos osáis todavía aducir contra nosotros lo que citaste poco ha: *Mejor es esperar en el Señor que esperar en el hombre; mejor es refugiarse en el Señor que confiar en los príncipes* ²⁵¹. ¿Qué otra cosa enseñáis, por favor, sino que hay que esperar en el hombre y no en el Señor, cuando decís que el bautizado se hace tal cual fuere el que lo bautiza, y como os arrogáis esta primacía del bautismo, han de creer en vosotros los hombres, y los que tenían que esperar en el Señor han de esperar en los príncipes?

Al contrario, que no os escuchen a vosotros los hombres; antes bien, escuchen aquellos testimonios que pusiste contra vosotros, y algo más duro todavía, ya que no sólo: *Mejor es esperar en el Señor que esperar en el hombre, mejor es confiar en el Señor que confiar en los príncipes* ²⁵², sino también: *Maldito todo el que pone su esperanza en el hombre* ²⁵³.

Jr 15, 18

CII. 234. Petiliano: "Imitad al menos a los profetas, que temieron fueran engañadas sus almas santas con un falso bautismo. Ya muy antiguamente dijo Jeremías que entre los hombres impíos el agua era engañosa: *Agua engañosa, no da garantía*" ²⁵⁴

235. Agustín: Quien siendo ignorante de las Escrituras no cree que yerres hasta no saber lo que dices, o que engañes de suerte que aquel a quien engañas no sabe qué decir, a

buen seguro piensa que el profeta Jeremías, cuando quería ser bautizado, tomó sus medidas para no ser bautizado por hombres impíos, y que en este sentido dijo aquello. ¿Qué quieres decir cuando antes de citar este testimonio dijiste: "Imitad al menos a los profetas, que temieron fueran engañadas sus almas santas con un falso bautismo?" Como si en los tiempos de Jeremías se purificase ya alguien con el sacramento del bautismo; a no ser que se tratara de aquellas abluciones, que censuró el Señor, en que los fariseos se purificaban a sí mismos casi a cada momento, purificaban sus lechos, sus vasos y sus platos, según se lee en el Evangelio.

Ahora bien, ¿cómo pudo Jeremías haber dicho esto como si deseara el bautismo y procurase evitar ser bautizado por los impíos? Dijo esto precisamente quejándose de un pueblo infiel, cuyas detestables costumbres le atormentaban, sin que él participara en sus actos; sin embargo, no se apartó corporalmente de aquel pueblo ni buscó otros sacramentos que los que aquel pueblo recibía, apropiados para aquel tiempo según las disposiciones de la Ley. Así, a este pueblo que vivía mal lo llamó llaga, por la cual se sentía gravemente herido el corazón del pueblo, ya se refiriera con ello a sí mismo, ya figurase en sí lo que había de suceder.

Dice: *Señor, acuérdate de mí, visítame, defiende mi inocencia de los que me persiguen con animosidad; sábeteme cómo he recibido yo por ti el oprobio de parte de los que desprecian tus palabras. Aniquílalos, y tu palabra será mi alegría y gozo de mi corazón, porque tu nombre ha sido invocado sobre mí, Señor omnipotente. No me senté en la asamblea de gente alegre, sino que temía tu mano; solitario me senté porque estoy lleno de amargura. ¿Por qué prevalecen sobre mí los que me turban? Mi herida es profunda: ¿cómo sanaré? Se me ha hecho como agua engañosa, de la que uno no se puede fiar*²⁵⁵.

En todo esto se ve qué es lo que quiso significar; pero esto lo ven sólo los que no tratan de trastocar lo que leen para acomodarlo a su causa perversa. Jeremías dijo que su herida se le convirtió en agua mendaz que no tiene garantía, y quiso dar a entender que esa llaga no era ni más ni menos que aquellos que le entristecían a él con su mala vida. Por eso dice el Apóstol: *Por fuera luchas, por dentro temores*²⁵⁶, y también: *¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abraze?*²⁵⁷ Y como desesperaba de la enmienda de aquellos, dijo Jeremías: *Cómo podré curarme*, como si siempre hubiera de temer el dolor mientras fueran tales aquellos entre los cuales se veía forzado a vivir.

Ahora bien, que bajo el nombre del agua suele significarse el pueblo, nos lo dice el Apocalipsis, donde conocemos que las muchas aguas significan los muchos pueblos, y esto no según nuestras conjeturas, sino según interpretación bien clara dada allí.

Por consiguiente, procura no utilizar una mala inteligencia o más bien un error para denostar el bautismo, aunque se halle éste en el hombre más perdido, porque ni en el falaz Simón era agua mendaz el bautismo que había recibido, ni tantos vuestros falaces dan un agua falaz cuando bautizan en el nombre de la Trinidad. En verdad que ellos no comienzan a ser mendaces cuando, delatados y convictos, confiesan sus crímenes, antes bien eran ya mendaces cuando, siendo adúlteros y malvados, se fingían castos e inocentes.

El óleo del pecador

CIII. 236. Petiliano: "También dijo David: *El óleo del pecador jamás lustre mi cabeza*²⁵⁸. ¿A quién declara él impío? ¿A mí, que soporto tus crímenes, o a ti, que persigues al inocente?"

237. Agustín: En nombre del Cuerpo de Cristo, que es *la Iglesia del Dios vivo, columna y*

fundamento de la verdad ²⁵⁹, extendida por todo el orbe a causa del Evangelio, que se predica, como dice el Apóstol, *a toda criatura bajo el cielo* ²⁶⁰; en nombre del orbe entero, sobre el cual dice David aquellas palabras que tú no entiendes: *Tú asentaste el orbe, inconmovible* ²⁶¹, del cual tú pretendes no que se ha sentido conmovido por los pecados ajenos, sino que ha perecido totalmente, en su nombre respondo: "Yo no persigo al inocente". Y David habló del "óleo del pecador", no del *traditor*; no del que quemó incienso, no del "perseguidor", sino del "pecador". ¿Qué harás, pues, tú según tu manera de entender? Mira primeramente si no eres tú mismo pecador. No me digas: "No soy *traditor*, no quemé incienso, no soy perseguidor". Ni yo tampoco soy, gracias a Dios, ninguna de estas cosas, ni el orbe de la tierra que no se conmoventá.

Di si te atreves: "No soy pecador". David habla del *óleo del pecador*. Si se halla en ti cualquier pecado, por leve que sea, ¿cómo muestras que no pertenece a lo que se ha dicho: *óleo al pecador*? Te pregunto: ¿rezas tú la oración del Señor? Si no rezas esa oración que el Señor enseñó a sus discípulos, ¿dónde has aprendido otra que por tus méritos superiores exceda a los méritos de los apóstoles? Pero si oras como el Maestro se dignó enseñarnos, ¿cómo dices: *Perdónanos nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden*? ²⁶² En efecto, nosotros no pedimos esto por los pecados que nos han sido perdonados en el bautismo. Por tanto, estas palabras de la oración o no te permiten suplicar a Dios o declaran que eres pecador.

Acudan ahora a besar tu cabeza los que han sido bautizados por ti, y cuyas cabezas han perecido por tu óleo. Y tú mira lo que eres o lo que sientes de ti. ¿Acaso el tal Optato, a quien paganos, judíos, cristianos, vuestros y nuestros, llaman por toda el África saqueador, rapaz, traidor, opresor, separador, y no amigo ni cliente, sino satélite de aquel conde a quien alguno de los vuestros llamó su dios, el tal Optato no fue al menos un tanto pecador? ¿Qué harán, pues, aquellos cuyas cabezas ungió un reo de crimen capital? ¿No os besan también a vosotros las cabezas aquellos de cuyas cabezas, según vuestra manera de entender, tan mal juzgáis? Al menos denunciadlos y amonestadlos a fin de que se curen. ¿O acaso debe curarse más bien vuestra cabeza, que delira de ese modo?

Me preguntarás: "¿Qué dijo David?" Y ¿por qué me lo preguntas a mí? Pregúntaselo a él; en el versículo que precede se te dará la respuesta: *Me corregirá el justo con misericordia y me reprenderá, pero el óleo del pecador no ungirá mi cabeza* ²⁶³. ¿Qué hay más claro, qué más accesible? Prefiero, dice, ser curado con una reprensión misericordiosa a ser engañado y pervertido con una adulación blandengue, como si me ungieran la cabeza. La misma idea se expresa con otras palabras en otro lugar de las Escrituras: *Más leales son las heridas del amigo que los besos espontáneos del enemigo* ²⁶⁴.

El ungüento sobre la barba de Aarón

CIV. 238. Petiliano: "He aquí cómo alaba David el ungüento de la concordia entre los hermanos: *¡Oh, qué bueno, qué dulce habitar los hermanos todos juntos! Como el ungüento en la cabeza, que baja por la barba, que baja por la barba de Aarón, hasta la orla de sus vestiduras. Como el rocío del Hermón, que baja por las alturas de Sión; allí dispensa su bendición el Señor y la vida para siempre* ²⁶⁵. Así, dice, se unge la unidad, del mismo modo que son ungidos los sacerdotes".

239. Agustín: Dices verdad. Porque aquel sacerdocio tenía la unción en cuanto que era figura del cuerpo de Cristo, que tiene su salud en la trabazón de su unidad. Pues el mismo Cristo toma su nombre del crisma, esto es, de la unción. Los hebreos lo llaman Mesías, palabra que tiene una cierta consonancia con la lengua púnica, como muchas otras o casi todas las del hebreo. Por tanto, ¿qué significa en aquel sacerdocio la cabeza, la barba, las orlas del vestido? Según la comprensión que me da el Señor, la cabeza es el mismo

Salvador del cuerpo, del cual dice el Apóstol: *Él es la Cabeza del Cuerpo, la Iglesia* ²⁶⁶.

En la cabeza se puede entender apropiadamente la fortaleza. Y así, sobre los que son fuertes en su Iglesia y se adhieren a su doctrina, de suerte que predicán la verdad sin temor, sobre ellos descende desde el mismo Cristo como desde la cabeza la santa unción, es decir, la santificación espiritual.

Por orla del vestido se entiende lo que está en el extremo superior, por donde entra la cabeza del que lo viste. Y en ella quedan significados los fieles perfectos en la Iglesia; en efecto, la orla o el borde es la perfección. Recuerdas en verdad que se dijo a cierto rico: *Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego, ven y sígueme* ²⁶⁷. El se alejó triste, despreciando la perfección y eligiendo la deserción.

Pero ¿acaso faltaron por eso aquellos sobre los cuales, perfectos por tal abandono de los bienes terrenos, descendía el unguento de la unidad como desde la cabeza a la orla del vestido? Pues aun dejando de lado a los apóstoles y los superiores y doctores, a quienes como más eminentes y más fuertes tomamos como la barba, lee en los Hechos de los Apóstoles y verás a aquellos *que ponían a los pies de los apóstoles el importe de la venta de sus bienes* ²⁶⁸: *nadie llamaba suyo a sus bienes, sino que todo lo tenían en común, y se repartía a cada uno según sus necesidades, y no tenían sino un solo corazón y una sola alma hacia Dios* ²⁶⁹. Sabes que está escrito así.

Reconoce, pues, que es bueno y agradable vivir los hermanos en la unidad, reconoce la barba de Aarón, reconoce la orla del vestido espiritual. Pregunta a la misma Escritura dónde comenzó a tener lugar esto; hallarás que fue en Jerusalén. A partir de esta orla del vestido se teje la unidad entera a través de todas las gentes. Por aquí entró la cabeza en el vestido, a fin de que fuera vestido Cristo con la variedad del orbe de la tierra, porque en esta orla del vestido apareció la misma variedad de las lenguas. ¿Por qué, pues, os oponéis a la misma cabeza, de donde descende aquel unguento de unidad, esto es, la fragancia del amor espiritual; por qué, repito, os oponéis a la misma cabeza que testifica y dice: *Se predicará en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén?* ²⁷⁰ Y ¿por qué queréis interpretar en este unguento el sacramento del crisma, que ciertamente es sacramento en el género de los signos visibles como el mismo bautismo, pero que puede encontrarse aun en los hombres malvados, que pasan su vida en las obras de la carne y no han de poseer el reino de los cielos, y que por ello no pertenecen ni a la barba de Aarón ni a la orla de su vestido, ni a urdimbre alguna del vestido sacerdotal? ¿Dónde vas a colocar tú las que el Apóstol enumera como obras de la carne, que son: *Fornicación, impureza, lujuria, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, disensiones, herejías, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios?* ²⁷¹

Pongo aparte las fornicaciones que se cometen ocultamente; interpreta como te parezca la impureza, que pongo también aparte; pongamos también ahí las hechicerías, porque no hay ningún preparador y suministrador en plena luz de venenos; también pongo aparte las herejías porque lo deseáis así; no sé si debería también poner aparte la idolatría, ya que el Apóstol coloca ahí la avaricia que delira públicamente.

Dejando a un lado todo esto, ¿no existen entre vosotros lujuriosos, avaros, personas que mantienen pertinazmente las enemistades, litigiosos, celosos, apasionados, amigos de la disensión, ebrios, comilones? ¿Ninguno de los tales entre vosotros recibe la unción y muere públicamente en estos vicios? Si dices que no hay ninguno, porque mientes abiertamente dejándote llevar del espíritu de rivalidad, examina si no eras tú mismo uno de los tales. Pero si estás lejos de éstos, no por la separación del cuerpo, sino por la

diferencia de vida, y contemplas con dolor turbas semejantes en torno a vuestros altares, ¿qué hemos de decir, si han sido ungidos con el óleo santo, y, como confirma el Apóstol con nítida verdad, no han de poseer el reino? ¿Acaso podemos hacer una ofensa sacrílega a la barba de Aarón y a la orla de su vestido, y pensar que hemos de poner a éstos allí? En modo alguno.

Distingue, pues, el sacramento santo y visible, que puede estar en los buenos y en los malos, para premio en aquéllos y en éstos para condenación, distínguelo de la unción invisible de la caridad, que es propia de los buenos. Distingue estas cosas, distínguelas; así quiera Dios separarte del partido de Donato y atraerte a la Católica; de ella te arrancaron aquéllos siendo catecúmeno y te ataron con el vínculo del honor mortífero. Como quiera que te plazca entender el rocío del Hermón sobre los montes de Sión, no estáis vosotros sobre esos montes, ya que no estáis en la ciudad edificada sobre el monte, que tiene esta señal segura: no poder esconderse. Así la conocen todas las gentes, y, en cambio, bien pocas son las naciones que conocen el partido de Donato; por tanto, no puede ser ésa.

La oración del sacerdote por el pueblo

CV. 240. Petiliano: *"¡Ay, por consiguiente, de vosotros que, profanando lo que es santo, rompéis la unidad! Dice el profeta: Si peca el pueblo, el sacerdote rogará por él; pero si peca el sacerdote, ¿quién rogará por él?"*

241. Agustín: Un poco antes, al discutir sobre el óleo del pecador, me parecía que te estaba ungiendo la frente como para que dijeras, si te atrevías, que tú no eras pecador. Ya lo has dicho. ¡Qué monstruosa impiedad! Puesto que te consideras sacerdote, ¿qué otra cosa has dicho con este testimonio profético sino que tú estás sin pecado en absoluto? Porque si tienes pecado, ¿quién rogará por ti según tu manera de entender? ¿Así tratáis de captar la voluntad de los pueblos infortunados, recordando lo del profeta: *Si peca el pueblo, el sacerdote rogará por él; pero si peca el sacerdote, ¿quién rogará por él?* De esta manera creerán que vosotros estáis sin pecado y encomendarán a vuestras oraciones la purificación de sus pecados. ¡Qué hombres tan grandes sois, qué excelsos, celestiales, divinos, y no hombres, sino ángeles, que rogáis por el pueblo y no queréis que el pueblo ruegue por vosotros! ¿Eres tú más justo que Pablo, más perfecto que apóstol tan grande, que se encomendaba a las oraciones de aquellos a quienes enseñaba? Dice, en efecto: *Sed perseverantes en la oración, velando en ella con acción de gracias; orad al mismo tiempo los unos por los otros y también por nosotros, para que Dios nos abra una puerta a la palabra, y podamos anunciar el misterio de Cristo, por cuya causa estoy yo encarcelado, para darlo a conocer anunciándolo como debo hacerlo* ²⁷².

Ahí tienes que se ruega por el Apóstol, y tú no quieres que se haga por el obispo. ¿Ves qué diabólica soberbia se encierra aquí? Se ruega por el Apóstol para que él dé a conocer el misterio como se debe. Por tanto, si tuvierais fieles piadosos, debiste exhortarlos a rogar por ti, para que no hablaras como no conviene.

¿Eres tú más justo que Juan Evangelista, que dice: *Si dijéramos: no tenemos pecado, nos engañaríamos y la verdad no estaría en nosotros?* ²⁷³

Finalmente, ¿eres tú más justo que Daniel, a quien has citado en esta tu misma carta diciendo: "El rey arrojó al justísimo Daniel a los mordiscos de las fieras, como él pensaba?" No lo pensaba él así, ya que le dijo al mismo Daniel, tan amigo suyo, según lo demuestra la lectura: *Tu Dios, a quien sirves con perseverancia, te librá* ²⁷⁴.

Pero ya os he hablado mucho de esto. Ahora, a lo que estamos: Daniel era un hombre muy justo, no según su testimonio, aunque me bastaría esto para la cuestión que tengo contigo, sino según el espíritu de Dios, que habla por boca de Ezequiel, que nombra a

tres de justicia tan eminente: Noé, Daniel y Job, los únicos que dijo que podían liberarse de la terrible ira de Dios que amenazaba a los demás. Y este varón tan justo, uno de los tres dignos de mención, ora, pues dice: *Estaba yo haciendo mi oración, confesando mis pecados y los pecados de mi pueblo Israel ante el Señor mi Dios*²⁷⁵. Y tú dices estar sin pecado, porque eres sacerdote; y si pecara el pueblo rezas por él, pero si pecas tú, ¿quién rezará por ti? En verdad que por la impiedad de tu arrogancia te muestras indigno de que interceda por ti el sacerdote que el profeta quiso que se entendiese en estas palabras que tú no entiendes.

Así que, para que nadie ande buscando el sentido de este texto, trataré de explicarlo como el Señor me dé a entender. Preparaba Dios el ánimo de los hombres por medio del profeta a buscar un sacerdote tal que nadie pudiera orar por él. Estaba éste figurado en los tiempos del primer pueblo y del primer templo, cuando todo eran figuras nuestras. Por eso sólo el sumo sacerdote entraba en el Santo de los Santos para orar por el pueblo, que no entraba con el sacerdote en el interior del santuario, como aquel sacerdote entró en lo íntimo de los cielos, en aquel *Sancta Sanctorum* más verdadero, mientras quedábamos aquí nosotros, por quienes intercede: Por eso dijo el profeta: *Si peca el pueblo, el sacerdote rogará por él; pero si peca el sacerdote, ¿quién rogará por él?* Que quiere decir: "Desead un sacerdote tal que no pueda pecar, para que no se necesite rogar por él". Así, los pueblos ruegan por los apóstoles, pero no ruegan por el sacerdote maestro y señor de los apóstoles. Escucha esto de labios de Juan, que declara y enseña: *Hijitos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos a uno que aboga ante el Padre: a Jesucristo, el justo. El es víctima de propiciación por nuestros pecados*²⁷⁶. *Tenemos*, dijo; *por nuestros pecados*, dijo. Aprende la humildad para no caer más aún, para de una vez levantarte; pues no hubieras dicho esto si no hubieras caído.

Complicidad en los pecados ajenos

CVI. 242. Petiliano: "Y que el laico no se considere exento del pecado; se lo impide esta prohibición: *No te harás cómplice de los pecados ajenos*"²⁷⁷.

243. Agustín: Te equivocas de medio a medio cuando no quieres por humildad estar en comunión con el universo. No se ha hecho aquella prohibición ni al laico siquiera, y no sabes qué sentido tiene. Esto es lo que aconsejaba el Apóstol escribiendo a Timoteo, al cual dice en otro lugar: *No descuides el carisma que hay en ti, que se te comunicó mediante la imposición de las manos del colegio de presbíteros*²⁷⁸. Y en muchos otros documentos se muestra que no era laico.

En aquella amonestación: *No te harás cómplice de los pecados ajenos*²⁷⁹, el Apóstol se refería al consentimiento y a la aprobación. Por eso añade cómo lo cumplirá: *Consérvate puro*²⁸⁰. Así como el mismo Pablo no comulgaba en los pecados ajenos por tolerar en la unidad del cuerpo a los malos hermanos por los cuales gemía, ni participaron en el hurto y el crimen de Judas los apóstoles, sus predecesores, por comunicar en la cena sacrosanta con él, que ya había vendido al Señor y había sido descubierto por él.

Asentir al mal y tolerarlo

CVII. 244. Petiliano: "Además, con esta sentencia compara el mismo Apóstol a los que participan de la mala conciencia: *Quienes tales cosas hacen y quienes aplauden a quienes las hacen son dignos de muerte*"²⁸¹.

245. Agustín: No me preocupo de cómo entiendes esto; ello es verdadero y esto es lo que enseña la Católica: que existe gran diferencia entre los que asienten porque sienten agrado en esas cosas y los que, aunque les desagradan, las toleran. Aquéllos llegan a ser paja al seguir la esterilidad de la paja; los otros, siendo trigo, esperan a Cristo, el beldador, para ser separados.

Los católicos honran el bautismo de los donatistas... porque es de Cristo

CVIII. 246. Petiliano: "Venid, pues, pueblos, a la Iglesia, huid de los *traditores*, si no queréis perecer con ellos. Para que conozcáis fácilmente que, siendo ellos reos, tienen un concepto óptimo de nuestra fe, yo bautizo a los inficionados por ellos; mientras que ellos, lo que Dios no permita, reciben a los míos bautizados. Lo cual no harían en absoluto si reconociesen alguna deficiencia en nuestro bautismo. Ved, pues, cuán santo es lo que damos, ya que teme destruirlo el enemigo sacrílego".

247. Agustín: Ya hemos dicho mucho contra este error en esta y en otras obras. Pero como pensáis encontrar en esta opinión un apoyo tan grande para vuestra vanidad, que en este punto juzgabas debías terminar tu carta, a fin de que quedara como de refresco en la mente de los lectores, voy a responder brevemente.

Nosotros no admitimos en los herejes el bautismo de los herejes, sino el de Cristo; el bautismo de Cristo y no el de ellos en los fornicarios, inmundos, lujuriosos, idólatras, hechiceros, enemigos obstinados, litigantes, celosos, apasionados, aficionados a las disensiones, envidiosos, ebrios, comilones y otros semejantes. Porque todos éstos, entre los cuales se encuentran también los herejes, como dice el Apóstol, no poseerán el reino de Dios, y por eso estarán colocados a la izquierda con el diablo. Y no se debe pensar que están en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, por el hecho de participar corporalmente en sus sacramentos. Estos sacramentos siguen siendo santos y seguirán teniendo valor aun entre los que los tratan indignamente y en los que los reciben para mayor castigo; pero ellos no están en aquella trabazón de la Iglesia, que mediante la unión y el contacto entre los miembros de Cristo tiene su crecimiento en Dios.

Esa Iglesia, como dice el Señor, está edificada en la piedra: *Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*²⁸²; en cambio, ellos edifican sobre arena, como dice el mismo Señor: El que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena.

Pero para que no pienses que la Iglesia edificada sobre la piedra está limitada a una parte de la tierra y no difundida hasta los últimos confines de la misma, escucha en el salmo la voz del que gime en medio de los sufrimientos de su peregrinación: *Desde el extremo de la tierra he gritado hacia ti, en el desmayo de mi corazón. Me has levantado sobre la piedra; tú me has conducido, porque te has hecho mi esperanza, torre fuerte frente al enemigo*²⁸³. Ved cómo grita desde los confines de la tierra; por consiguiente, no está sólo en África ni en solos los africanos, que envían desde África un obispo a Roma para unos pocos montenses y a España para la casa de una sola mujer. Ved cómo la Iglesia se levanta sobre la tierra; por eso no pueden ser contados en ella cuantos edifican en la arena, esto es, cuantos escuchan la palabra de Dios sin ponerla por obra. Y, sin embargo, éstos, tanto entre nosotros como entre vosotros, tienen y dan el sacramento del bautismo.

Ved cómo su esperanza es Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, no Pedro, ni Pablo, ni mucho menos Donato o Petiliano; por consiguiente, no es vuestro lo que tememos destruir, sino de Cristo, lo cual es santo por sí mismo aun en los sacrílegos.

En efecto, no podemos recibir a los que vienen de vosotros si no destruimos lo vuestro, y destruimos la infidelidad del desertor, no el carácter del emperador. Por tanto, considera tú mismo y suprime lo que dijiste: "Yo bautizo a los inficionados por ellos, mientras que ellos, lo que Dios no permita, reciben a los míos bautizados". Tú no bautizas a los inficionados, sino que, para contagiarlos del engaño de tu error, los rebautizas. Nosotros, en cambio, no recibimos a los tuyos bautizados, sino que destruimos tu error, por el que son tuyos, y aceptamos el bautismo de Cristo, en el que fueron bautizados. Así es que muy oportunamente pusiste aquel paréntesis: "Lo que Dios no permita", ya que dijiste: "Ellos, lo que Dios no permita, reciben a los míos bautizados". Pues como si quisieras

decir: "No permita Dios que los reciban", temiendo que recibiéramos a los tuyos, yo entiendo que dijiste sin darte cuenta: "A los míos, lo que Dios no permita". En realidad, no permita Dios que sean tuyos los que pasan ya a la Católica, ni pasen de suerte que los bautizados sean los nuestros, sino para ser nuestros socios y con nosotros los bautizados de Cristo.

Libro III

La réplica de Petiliano y la de Agustín

I. 1. Leí tu carta, Petiliano, cuando pude hacerlo; en ella dejaste ver claramente que no pudiste decir nada válido contra la Iglesia católica en favor de Donato y que, por otra parte, no podías callar. ¡Qué agobios has soportado, en qué tempestad se agitó tu corazón, cuando leíste la contestación, tan breve y clara como me fue posible, que di a tu carta, que había llegado entonces a mis manos! Tú viste la firmeza en que está apoyada y la claridad con que está aplicada la verdad que tenemos y defendemos, de suerte que no has podido encontrar algo que decir contra ella para refutarla. Has notado también cómo se tornó a ti la expectación de todos los que la habían leído, deseando saber qué dirías, qué harías, por dónde escaparías, adónde te abrirías paso para salir de las grandes dificultades en que te había bloqueado la palabra de Dios. Y entonces tú, que debías haber despreciado la opinión de los vanos y lanzarte a una doctrina verdadera y sana, no hiciste sino lo que anunció de los tales la Escritura: *Prefieres el mal al bien, la mentira a la justicia*¹.

Por tanto, si yo también quisiera devolverte a mi vez maldiciones por maldiciones, ¿qué seríamos sino dos maldicientes, que obligaríamos a quienes nos leyeran, unos con sana dignidad a rechazarnos como detestables y otros a regocijarse con maliciosa complacencia? Yo, cuando respondo a alguien de palabra o por escrito, aun provocado por injuriosas acusaciones, en cuanto me lo concede el Señor, procuro refrenar y dominar los agujones de la vana indignación, y mirando por el oyente o el lector, no trato de quedar triunfante para insultar al hombre, sino de ser más útil para refutar el error.

2. Si tienen aún talento quienes consideran lo que has escrito, ¿qué benefició la causa que se ventila entre nosotros sobre la comunión católica o el partido de Donato: el haber dado de mano en cierto modo una cuestión pública y haber atacado con mordaces insultos en privada enemistad la vida de un solo hombre, como si ese hombre fuera la cuestión a resolver? ¿Tan mal has juzgado, no digo de los cristianos, sino del mismo género humano, que no creíste pudieran venir tus escritos a manos de algunos sabios que prescindieran de nuestras personas e investigasen más bien la cuestión que entre nosotros se debate, y no prestaran atención a quiénes o de qué calidad somos nosotros, sino a qué es lo que decimos en defensa de la verdad o contra el error? Debiste temer la opinión de éstos, debiste evitar su reprensión, no fueran a pensar que no encontrabas nada que decir si no te ponías delante alguien a quien lanzar tus acusaciones. Pero te dejaste llevar por la ligereza y vanidad de algunos, que escuchan de buen grado las discusiones de litigantes eruditos, de suerte que atienden a la elocuencia con que se difama más que a la veracidad con que se convence. Ello, pienso, lo has hecho a la vez para que, ocupado yo con mi defensa, abandonara la cuestión entre manos; y así, volviéndose los hombres, no a las palabras de los que discuten, sino de los que litigan, quedase oscurecida la verdad que teméis se esclarezca y sea conocida.

¿Qué puedo hacer yo contra semejante plan sino dar de mano a mi defensa y amarrarme a la cuestión de la cual no pueda ningún acusador apartar mi atención? Ensalzaré con el

pregón de voz de un servidor la casa de mi Dios, cuyo decoro he amado, y, en cambio, me humillaré y abatiré a mí mismo, pues yo he elegido ser despreciado en la casa de mi Dios antes que habitar en las moradas de los herejes.

En consecuencia, Petiliano, voy a apartar de ti, por un poco de tiempo, mi disertación y la voy a dirigir a aquellos a quienes con tus acusaciones has intentado apartar de mí, como si yo planeara atraer los hombres hacia mí y no conmigo hacia Dios.

Comparación con San Pablo

II. 3. Escuchad, pues, cuantos habéis leído los insultos que con más cólera que reflexión ha vomitado contra mí Petiliano. Primero os dirigiré las palabras del Apóstol, que, sin duda, sea yo como sea, son verdaderas: *Por tanto, que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que se exige de los administradores es que sean fieles. Aunque a mí lo que menos me importa es ser juzgado por vosotros o por un tribunal humano*². Lo que sigue no me atrevo a acomodármelo a mí hasta decir: Ciertamente que mi conciencia nada me reprocha; sin embargo, sí puedo afirmar con confianza en la presencia de Dios: No me siento culpable de ninguna de las diatribas de que, después de ser bautizado en Cristo, me ha acusado Petiliano. *Mas no por eso me quedo justificado. Mi juez es el Señor. Así que no juzguéis nada antes de tiempo hasta que venga el Señor. Él iluminará los secretos de las tinieblas y pondrá de manifiesto los designios de los corazones. Entonces recibirá cada cual del Señor la alabanza que le corresponda. Esto, hermanos, lo he personificado en mí para que nadie, yendo más allá de lo que está escrito, se envalentone poniéndose de parte de uno contra otro*³.

Así, pues: *No se gloríe nadie en el hombre, pues todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.*

De nuevo digo: *No se gloríe nadie en el hombre*; lo repito una y otra vez: *No se gloríe nadie en el hombre*⁴. Si observáis algo digno de alabanza en nosotros, referidlo a la gloria de aquel de quien se dijo: *Toda dádiva y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni oscuridades pasajeras*⁵. ¿Qué tenemos que no hayamos recibido? Y si lo hemos recibido, no nos gloriemos como si no lo hubiéramos recibido. Y en todo lo bueno que descubriste en nosotros, sé nuestros imitadores, si nosotros lo somos de Cristo; y si sospecháis o creéis o veis algo malo en nosotros, tened presente el aviso del Señor, con el cual os mantendréis seguros y no abandonaréis a su Iglesia a causa de los pecados de los hombres: haced lo que os decimos, no hagáis en cambio lo defectuoso que juzgáis o sabéis que hacemos nosotros. No es tiempo de justificarme ante vosotros, ya que dejando a un lado mi causa, me he empeñado en recomendaros la tarea saludable de que *no se gloríe nadie en el hombre*⁶; pues *maldito es quien pone su confianza en él*⁷. Si se mantiene y conserva este precepto del Señor y del Apóstol, aunque quede yo debilitado y abatido en mi causa personal, como quiere que se piense el enemigo, será vencedora la causa a la que sirvo.

En efecto, si os mantenéis con toda tenacidad en lo que os exhorto y me afano por inculcaros, es decir, que es maldito quien pone su esperanza en el hombre, de suerte que nadie se gloríe en el hombre, en modo alguno dejaréis la era del Señor a causa de la paja, que, sacudida por el viento de la soberbia, vuela ya ahora o será separada en la bielda final, ni huiréis de la gran casa a causa de los vasos hechos para la afrenta, ni intentaréis salir a través de las roturas de las redes por causa de los peces malos que serán separados en la orilla, ni dejaréis los buenos pastos de la unidad a causa de los cabritos que serán colocados a la izquierda cuando el pastor haga la división, ni por la cizaña que se entremezcla os separaréis con nefasta escisión de la sociedad del trigo, cuya cabeza es aquel grano condenado a muerte y luego multiplicado, y que crece a la

vez hasta la siega a través del mundo entero: *porque el campo es el mundo, no África; la siega es al fin del mundo* ⁸, no la época de Donato.

La mezcla de buenos y malos es temporal

III. 4. Conocéis bien a qué fin se enderezan estas parábolas evangélicas: a que nadie se gloríe en el hombre y a que nadie engreído frente a otro se separe de él diciendo: *Yo soy de Pablo* ⁹. Si Pablo ciertamente no ha sido crucificado por vosotros ni habéis sido bautizados en su nombre, cuánto menos en el de Ceciliano o cualquiera de los nuestros; el fin de estas parábolas no es otro sino que aprendáis, mientras la paja se trilla con el grano, mientras los peces malos nadan con los buenos dentro de las redes del Señor, aprendáis, repito, antes que llegue el tiempo de la bielta, a soportar por los buenos la mezcolanza de los malos antes que violar a causa de los malos la caridad para con los buenos. Esta mezcla en efecto no es eterna, sino temporal; no es espiritual, sino corporal; y en ella no se equivocarán los ángeles cuando *separen a los malos de los justos y los arrojen al horno de fuego* ¹⁰ ardiente; pues el Señor conoce *a los que son suyos*. Y si no puede apartarse a los inicuos por algún tiempo corporalmente, *apártese de la iniquidad quien pronuncia el nombre del Señor* ¹¹.

Está permitido separarse y alejarse de los malos en este tiempo de espera por la vida, las costumbres, el corazón y la voluntad, separación que siempre conviene mantener. En cambio, la separación corporal habrá que esperarla al final del mundo con confianza, paciencia y fortaleza; de esta espera es de la que se dijo: *Espera al Señor, ten valor y afirmese tu corazón; espera al Señor* ¹².

Ciertamente, el mayor galardón que puede lograr la paciencia es, por una parte, no perturbar con inquieta y temeraria disensión entre los falsos hermanos introducidos fraudulentamente, que buscan sus intereses y no los de Cristo, la caridad de los que no buscan lo suyo, sino lo de Cristo, y, por otra parte, no desgarrar con soberbia e impía emulación la unidad de la red del Señor que reúne toda clase de peces, mientras se llega a la orilla, esto es, al fin del mundo. Esto sucede cuando alguien juzga ser algo no siendo nada, y de esta suerte se engaña a sí mismo y pretende que para la separación de los pueblos cristianos es suficiente su juicio o el de los suyos, que dicen conocen clarísimamente a algunos malos indignos de la comunión de los sacramentos de la religión cristiana; pero lo que dicen que conocen de los tales no pueden persuadirselo a la Iglesia universal, que, como fue anunciado, se extiende por todos los pueblos.

Cuando rehuyen la comunión de aquellos a quienes creen conocer, abandonan su unidad, cuando más bien deberían, si tuvieran la caridad que lo soporta todo, tolerar en una sola nación lo que conocían, para no separarse de los buenos, a quienes no podían probar los males de otros en todos los pueblos.

De esta manera, aun sin haber discutido la causa, en que documentos tan importantes les demuestran que han calumniado a los inocentes, se cree con más probabilidad que han inventado falsas acusaciones de entrega, los que admitieron sin vacilación el crimen inmensamente más malvado de la división nefasta; puesto que, aunque fuera verdad lo que han dicho de la entrega, en modo alguno debieran abandonar, por algo que conocieron ellos y que ignoraron los demás, la comunión de los cristianos, recomendados hasta los confines de la tierra por la divina Escritura.

No arrancar el trigo con la cizaña

IV. 5. Ni se piense que yo digo esto con la intención de relajar la disciplina de la Iglesia, de modo que se le permita a cada uno hacer lo que le plazca, sin reprensión alguna, sin un castigo medicinal, sin suavidad que amedrenta ni severidad caritativa. ¿Dónde quedaría aquello del Apóstol: *Corregid a los revoltosos, consolad a los pusilánimes, acoged a los*

débiles y sed pacientes con todos. Mirad que nadie devuelva a otro mal por mal? ¹³ En las últimas palabras: *Mirad que nadie devuelva a otro mal por mal*, dio claramente a entender que no es devolver mal por mal el corregir a los revoltosos, aunque por la culpa de la agitación se aplique el castigo de la corrección. Por consiguiente, no es un mal el castigo de la corrección, aunque sea un mal la culpa; no es el hierro del enemigo que hiere, sino el bisturí del médico que saja.

Esto tiene lugar en la Iglesia y arde aquel espíritu de benignidad interior en el celo de Dios, a fin de que la virgen casta desposada con solo Cristo no vaya a ser alejada de la castidad de Cristo en alguno de sus miembros, como fue seducida Eva por la astucia de la serpiente.

Sin embargo, lejos de los siervos del Padre de familia el olvidarse del precepto de su Señor y enardecerse contra la multitud de la cizaña en el ardor de santa indignación, de tal suerte que, al querer recoger aquélla antes de la sazón, arranquen a la vez el trigo. Serían considerados éstos reos de ese pecado, aunque demostrasen que vertían acusaciones verdaderas contra los *traditores* a quienes acusaban; con su impía presunción no sólo se han separado de los inicuos, cuya sociedad como que trataban de evitar, sino también de los fieles verdaderos que se encuentran en todos los pueblos, a quienes no podían probar la verdad de lo que decían saber. Arrastraron también a muchos, ante quienes gozaban de cierta autoridad y quienes no podían entender bien que la unidad de la Iglesia extendida por el orbe entero de ninguna manera había de ser abandonada por los pecados ajenos. Así, aunque supieran que reprochaban crímenes verdaderos a algunos, de ese modo vendría a perecer el poco versado en su ciencia y por el cual murió Cristo, ya que al tropezar en los males ajenos daba muerte en sí al bien de la paz que tenía con los hermanos buenos, los cuales, en parte, no habían oído cosas semejantes; en parte, habían temido obrar temerariamente al creer algo no examinado ni demostrado, y en parte, con su pacífica humildad, habían confiado, cualesquiera cuestiones se ventilaran, en la autoridad de los jueces eclesiásticos, a quienes se había remitido toda la causa allende los mares.

Dios se reserva el juzgar a cada uno

V. 6. Por consiguiente, vosotros, pimpollos santos de la única madre católica, sometidos al Señor, guardaos con la vigilancia que podáis de semejante ejemplo de crimen y error. Por grande que sea el esplendor de la doctrina y la fama con que brille quien pretenda arrastraros en pos de sí, y por mucha ostentación que haga de ser una piedra preciosa, tened presente que aquella mujer fuerte y única, amable para su único esposo, que describe la Escritura santa al fin de los Proverbios, es de más estimación que todas las piedras preciosas. Nadie diga: "Yo iré en pos de aquél, porque fue quien me hizo cristiano", o: "Iré en pos de aquél, porque él me bautizó". En efecto, *ni el que planta ni el que riega es algo, sino Dios que hace crecer* ¹⁴; *Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él* ¹⁵. A nadie, aunque predique en nombre de Cristo y posea y administre el sacramento de Cristo, hay que seguir contra la unidad de Cristo.

Examine cada cual su propia conducta, y entonces tendrá en sí solo, y no en otros, motivo para gloriarse, pues cada uno tiene que llevar su propia carga ¹⁶, es decir, la carga de dar cuenta, ya que cada uno de vosotros dará cuenta de sí. *Dejemos, por tanto, de juzgarnos los unos a los otros* ¹⁷. Por lo que se refiere a las cargas de la mutua caridad, *ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo. Porque si alguno se imagina ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo* ¹⁸. Soportémonos, pues, mutuamente en el amor, procurando conservar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz, fuera de la cual quien recoge no recoge con Cristo, y quien no recoge con Cristo desparrama.

La Iglesia anunciada en la Escritura, una Iglesia universal

VI. 7. Así, ya sea sobre Cristo, ya sobre su Iglesia, ya sobre cualquier otra cuestión referente a vuestra fe y vida, no diré yo que no debemos compararnos con el que dijo: *Aun cuando nosotros mismos...*, sino seguir lo que añadió a continuación: *Si un ángel del cielo os anunciase un evangelio distinto del que habéis recibido* ¹⁹ en las Escrituras referentes a la ley y en el Evangelio, sea anatema.

Estas cuestiones son las que tratamos de defender con vosotros y con todos los que queremos ganar para Cristo, y entre los demás temas predicamos la santa Iglesia que leemos ha sido prometida en la Escritura de Dios y vemos presente según la promesa en todos los pueblos; por lo cual nos hemos ganado, por parte de los que deseamos atraer al gremio pacífico, en lugar de gratitud, llamaradas de odio, como si nosotros los hubiéramos metido en un laberinto en que no encuentran qué decir, o como si nosotros hubiéramos ordenado tanto tiempo antes a los profetas y a los apóstoles que no consignasen en sus libros testimonio alguno que demuestre que la parte de Donato es la Iglesia de Cristo.

En cuanto a nosotros, queridos míos, cuando oímos las falsas acusaciones que nos lanzan aquellos a quienes lastimamos al predicar la palabra de la verdad y al refutar la palabrería del error, tenemos, como sabéis, una consolación desbordante. En efecto, si en las acusaciones que me dirige no se muestra contra mí el testimonio de mi conciencia en la presencia de Dios, donde el ojo de ningún mortal puede ver, no sólo no debo entristecerme, sino más bien alegrarme y saltar de gozo, ya que tan abundante es mi recompensa en los cielos. Ni debe considerarse la cantidad de amargura, sino de falsedad, presente en lo que oigo, y por contrapartida cuán verdadero es aquel por cuyo nombre escucho esto y al cual se dice: *Tu nombre, un ungüento que se vierte* ²⁰. Y con razón se exhala en todos los pueblos, y su olor pretenden encerrarlo en una partícula del África quienes lanzan acusaciones contra nosotros. ¿Cómo, pues, hermanos, hemos de soportar con indignación la difamación de los que de tal modo calumnian la gloria de Cristo, a cuyo partido y pretensión se opone lo que tanto tiempo antes se anunció de la Ascensión de Cristo a los cielos y de la efusión de su nombre como perfume: *¡Álzate, oh Dios, sobre los cielos; sobre toda la tierra está tu gloria!*? ²¹

Agustín, como Cristo, acusado falsamente

VII. 8. Tales son los testimonios divinos que citamos contra la humana charlatanería, y por ellos tenemos que soportar amargos insultos de los enemigos de la gloria de Cristo. Digan lo que se les antoje, mientras él siga exhortándonos con aquellas palabras: *Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa* ²². Dijo antes por causa de la justicia, y ahora dice por mí, porque se ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención, de suerte que, como está escrito, el que se gloria, que se gloríe en el Señor. Y al decir él: *Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos* ²³, si mantengo con buena conciencia lo dicho antes por la justicia y por mí, cualquiera que atenta voluntariamente contra mi fama, acrecienta sin querer mi recompensa.

Efectivamente no me ha enseñado él solamente con su palabra, me ha afianzado también con su ejemplo. Sigue la autoridad de las santas Escrituras: encontrarás que Cristo ha resucitado de entre los muertos, que subió al cielo, que está sentado a la derecha del Padre. Recorre las acusaciones de los enemigos: a buen seguro pensarás que fue robado del sepulcro por sus discípulos. ¿Qué otra cosa, pues, debemos esperar nosotros, al defender su casa contra sus enemigos, en cuanto lo concede el mismo? *Si al dueño de la casa le han llamado Beelzebul, ¡cuánto más a sus domésticos!* ²⁴ *Si sufrimos con él,*

también reinaremos con él ²⁵. Pero si no sólo la cólera del acusador golpea los oídos, sino que también la verdad de la acusación hiere la conciencia, ¿qué puede aprovecharme todo el mundo con sus continuas alabanzas? Así, ni sana la mala conciencia el elogio del que habla, ni el insulto del que afrenta hiere la buena. Así como tampoco queda defraudada vuestra esperanza, que está puesta en el Señor, aunque en lo oculto fuéramos nosotros tales cuales desea el enemigo seamos juzgados; porque no habéis puesto esa esperanza en nosotros ni habéis oído esto nunca de nosotros. Por tanto, estáis bien seguros, seamos nosotros como seamos, vosotros que habéis aprendido a decir: *Esperando en el Señor, no caeré* ²⁶, y: *Esperaré en Dios, no temeré lo que pueda hacerme el hombre* ²⁷. Y también sabéis responder a los que pretenden embaucaros hacia las alturas terrenas de los hombres soberbios: *Confío en el Señor, ¿cómo decís a mi alma: Huye a la montaña como el pájaro?* ²⁸

Los cristianos tienen su seguridad en Cristo, no en Agustín o Donato

VIII. 9. Y seamos lo que seamos nosotros, como vuestra esperanza está puesta en el que, por su misericordia para con vosotros, os predicamos, no estáis seguros sólo vosotros, a quienes place la misma verdad de Cristo en nosotros, en cuanto la predicamos, sea donde sea, porque la oís de buen grado como quiera que la prediquemos, y por eso tenéis sentimientos de bondad y benignidad respecto de nosotros. Igualmente, cuantos habéis recibido el sacramento del bautismo por nuestra dispensación, alegraos con la misma seguridad, ya que habéis sido bautizados no en nosotros, sino en Cristo.

No os habéis revestido de nosotros, sino de Cristo, ni os pregunté si os convertíais a mí, sino al Dios vivo, ni si creíais en mí, sino en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Si respondisteis con espíritu sincero, os salvó no la deposición de las manchas de la carne, sino el empeño de una buena conciencia; no el compañero de esclavitud, sino el Señor; no el heraldo, sino el juez.

No se tiene cuenta en verdad, como dijo inconsideradamente Petiliano, "la conciencia del que lo da", o como añadió: "la conciencia del que lo da santamente para limpiar la del que lo recibe". Cuando se da lo que es de Dios, da lo santo aun la conciencia no santa, que ciertamente no puede ver si es o no santa el que lo recibe; en cambio, sí puede conocer lo que se da, lo cual, bien conocido por el que siempre es santo, se recibe con toda seguridad, sea quien sea el ministro que lo da. Si no fueran santas las palabras que proceden de la cátedra de Moisés, no diría la verdad: *Haced lo que os digan* ²⁹. Y si los que explicaban las palabras santas fueran santos, no diría: *No imitéis su conducta, porque ellos dicen y no hacen* ³⁰. En efecto, no se recogen uvas de los espinos, porque jamás nacen de las raíces de los espinos; pero cuando el pámpano de la vid se entrelaza en los setos de los espinos, no se teme por el fruto que de ella está pendiente, sino que se procura evitar la espina y se coge la uva.

Seguridad de quienes tienen a Dios por Padre y a la Iglesia por Madre

IX. 10. Así, como hemos dicho muchas veces y recalco con vehemencia, cualesquiera que seamos nosotros, estáis seguros vosotros, los que tenéis a Dios por Padre y por Madre a la Iglesia. Aunque los cabritos pazcan juntos con las ovejas, no estarán a la derecha; aunque la paja sea trillada con el grano, no entrará en el granero; aunque los peces malos naden con los buenos en las redes del Señor, no serán echados en las cestas. No se gloríe nadie aun en el hombre bueno, nadie huya de los bienes de Dios aun en el hombre malo.

Inútil la apología ante los católicos

X. 11. Bástenos, cristianos católicos y hermanos carísimos, estas instrucciones sobre esta cuestión. Si las retenéis con caridad católica, como quiera que como un solo rebaño

estáis seguros de vuestro único Pastor, no me preocupo demasiado de que cualquier enemigo diga contra mí que soy de vuestro rebaño o aun que soy vuestro perro, con tal que me fuerce a ladrar más por vuestra defensa que por la mía.

No obstante, si tuviera necesidad de esta mi defensa para la causa de que tratamos, me serviría de una brevísima y fácil en extremo: en efecto, en cuanto al tiempo de mi vida antes de recibir el bautismo de Cristo, por lo que se refiere a mis pasiones y errores, con todos yo los repruebo y los detesto, a fin de no parecer que en la defensa de este tiempo busco mi gloria, no la de quien mediante su gracia me liberó aun de mí mismo. De suerte que cuando oigo vituperar aquella mi vida, cualquiera sea la intención del que lo hace, no soy tan ingrato que me entristezca: cuanto más acusa él mis defectos, tanto más alabo yo a mi medico. ¿Por qué, pues, me voy a esforzar en la defensa de aquellos mis males pasados y extinguidos, sobre los cuales Petiliano ha dicho tantas cosas falsas, pero callándose muchas más que eran verdaderas?

En cambio, sobre el tiempo posterior a mi bautismo, superfluamente os diría a cuantos me conocéis lo que pueden conocer los hombres; los que no me conocen, no deben ser tan injustos para conmigo que den más crédito a Petiliano sobre mí que a vosotros. En efecto, si no hay obligación de creer al amigo que alaba, tampoco al enemigo que calumnia.

Queda lo que en el hombre es oculto, cuyo único testigo es la conciencia, la cual no puede testificar ante los hombres. En esta materia Petiliano afirma que soy maniqueo, hablando de una conciencia ajena; yo digo que no lo soy, hablando de mi conciencia: elegid a quién debéis dar fe.

Sin embargo, como no hay necesidad ni siquiera de esta breve y fácil defensa mía, pues no se trata precisamente del mérito de un hombre cualquiera, sino de la verdad de la sana iglesia, tengo que deciros muchas cosas a cuantos dentro del partido de Donato habéis leído las acusaciones que ha lanzado contra mí, que yo no habría oído si tuviera en poco vuestra perdición, si no tuviera entrañas de caridad cristiana.

Petiliano no se centra en el tema debatido

XI. 12. ¿Qué tiene, pues, de particular si, después de trillar el grano en la era del Señor, lo llevo adentro junto con tierra y paja, y tengo que soportar la molestia del polvo que salta, o si al buscar con solicitud las ovejas perdidas de mi Señor me desgarran las zarzas de las lenguas espinosas? Yo os suplico: dejad por un poco la parcialidad y juzgad con un tanto de equidad entre mí y Petiliano.

Yo deseo que conozcáis la causa de la Iglesia; él la mía. ¿Por qué, sino porque no se atreve a decir que no creáis a los testigos que aduzco constantemente en favor de la causa de la Iglesia, y son los profetas y los apóstoles y el mismo Señor de los profetas y de los apóstoles, Cristo; y, en cambio, cuanto se le antoja decir de mí, lo creáis con facilidad, como de un hombre contra otro hombre, del vuestro contra el extraño? Y si yo adujera algunos testigos de mi vida, ¿qué tiene de particular que diga que no hay que creerlos y que os convenza pronto de ello a vosotros, sobre todo porque cualquiera que diga una palabra en mi favor será considerado como enemigo de Donato y, por tanto, también vuestro? Y así triunfa Petiliano; cuando lanza cualquier insulto contra mí, lo aclamáis y aplaudís todos. Ha encontrado una causa fácil de ganar, claro, siendo vosotros los jueces; no busca testigo ni prueba, ya que para él su palabra es la única prueba, porque lanza toda suerte de acusaciones contra quien vosotros más odiáis. Efectivamente, al leerle testimonios tan abundantes y claros de la divina Escritura en favor de la Iglesia católica, lamentándolo vosotros se queda mudo, y elige una materia en que, incluso vencido, puede hablar con vuestra aprobación.

De todos modos, aunque él lance mil veces contra mí semejantes y aun más malvadas acusaciones, me basta con saber, para lo que ahora trato, que sea cual sea mi situación

en ella, es invencible la Iglesia por la cual hablo.

Las calumnias no perjudican al grano del Señor

XII. 13. Y no soy sino un hombre de la era de Cristo, paja, si soy malo, grano si bueno. El bieldo de esta era no es la lengua de Petiliano, y por ello, cuanto maldiga contra la paja, aun siendo verdad, en modo alguno puede perjudicar al grano del Señor, y cuantas acusaciones y calumnias lance contra el mismo grano, es un ejercicio para la fe de éste en la tierra y aumenta su recompensa en el cielo. Para los santos siervos de Dios, que libran las batallas de Dios no contra Petiliano y contra la carne y sangre de esta ralea, sino contra los principados y potestades y rectores de semejantes tinieblas, cuales son todos los adversarios de la verdad, a los que ojalá podamos decir: *En otro tiempo fuisteis tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor*³¹; para los santos siervos de Dios, repito, enrolados en esta milicia, todas las afrentas difamadoras que lanzan los enemigos y que crean mala fama entre los malvados y crédulos temerarios se tornan en armas de la mano izquierda; incluso el diablo es derrotado con ellas.

Cuando nos prueba la buena fama, para ver si nos dejamos llevar por el orgullo, y cuando nos prueba la mala, para ver si amamos a los mismos enemigos que nos la inventan, vencemos al diablo, con la mano derecha y con la izquierda, mediante las armas de la justicia. Al recordar esto el Apóstol diciendo: *Mediante las armas de la justicia: las de la derecha y las de la izquierda*³², añadió a continuación, como exponiendo lo que dijo: *En gloria e ignominia, en calumnia y en buena fama*³³, etcétera; donde se cita la gloria y la buena fama entre las armas de la derecha, y la ignominia y la infamia entre las de la izquierda.

Agustín no odiará a Petiliano

XIII. 14. Por consiguiente, si yo soy un siervo de Dios y un soldado no reprobable, por muy elocuente que sea mi acusador Petiliano, ¿voy a llevar con mucha pena lo que me ha preparado un fabricante tan hábil en armas de la izquierda? Lo que tengo que hacer es luchar con la mayor habilidad con estas armas, con la ayuda de mi Señor, y herir con ellas a aquel contra quien lucho invisiblemente y que con su tan perversa y tan antigua astucia intenta conseguir mañosamente que por todas estas cosas llegue yo a odiar a Petiliano, y así no pueda cumplir el precepto de Cristo, que dice: *Amad a vuestros enemigos*³⁴. Aleje de mí esto la misericordia del que me amó y se entregó por mí, hasta llegar a decir colgado del madero: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*³⁵, y enséñeme a decir de Petiliano y semejantes enemigos míos: "Señor, perdónalos, porque no saben lo que dicen".

Petiliano injuria porque no tiene qué responder

XIV. 15. Por tanto, si yo logro de vosotros mi intento, es decir, que alejéis de vuestros ánimos toda parcialidad y seáis jueces justos entre mí y Petiliano, os demostraré que él no ha respondido a mis escritos; así comprenderéis que se ha visto forzado por falta de verdad a abandonar la causa y a lanzar cuantas acusaciones puede contra el hombre que la llevó con tal acierto que él no pudo responder. Aunque lo que voy a decir quedará tan esclarecido que, por más que la parcialidad y la enemistad para conmigo os puedan apartar de mí, bastará con que leáis lo que uno y otro hemos dicho para que os veáis sin duda forzados a confesar ante vosotros mismos, en vuestro interior, que yo he dicho la verdad.

16. En efecto, al responder yo a la primera parte de sus escritos, que entonces había llegado a mis manos, dejé de lado aquella palabrería injuriosa y sacrílega: "Nos achacan el calificativo de rebautizantes quienes bajo el nombre del bautismo han manchado sus almas con un bautismo culpable, aquellos a cuyas suciedades superan en limpieza todas

las inmundicias, aquellos que por su perversa pureza quedaron manchados con su propia agua". Tomé como objeto de discusión y refutación lo que sigue: "Pues se ha de tener en cuenta la conciencia del que da el bautismo para que limpie la del que lo recibe". Aquí sí he preguntado cómo se va a purificar quien recibe el bautismo cuando está manchada la conciencia del que lo da e ignora esto el que lo va a recibir.

Petiliano no responde a la cuestión

XV. 17. Recoged ahora sus copiosísimas injurias, que con hinchazón y cólera lanzó contra mí, y considerad si responde a la pregunta que le hice: ¿cómo se va a purificar quien recibe el bautismo cuando está manchada la conciencia del que lo da e ignora esto el que lo va a recibir? Buscad con atención, os suplico; examinad todas sus páginas, contad todas las líneas, dad vueltas a todas las palabras, desentrañad todas las sílabas, y decidme, si lo descubris, dónde ha respondido a la pregunta: "Cuando está manchada la conciencia del que lo da, cómo se va a purificar la del que, ignorando el hecho, va a recibirlo".

18. ¿Qué importó a la cuestión el añadir una palabra que dice fue suprimida por mí, y que él sostiene escribió así: "Pues se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da santamente para que limpie la del que lo recibe"? En efecto, para que os deis cuenta de que no la suprimí, en nada estorba a mi pregunta lo añadido ni aminora la insuficiencia suya. Pregunto de nuevo, ateniéndome a las mismas palabras, y deseo saber si ha respondido: Si se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da santamente, para que limpie la del que lo recibe, ¿cómo se purifica la conciencia del que lo recibe cuando está manchada la del que lo da y lo ignora el que lo va a recibir?

Exigid que se responda a esto y no permitáis que un hombre, dejando a un lado la causa, se entregue a desvaríos injuriosos. Si se tiene en cuenta la conciencia del que lo da santamente -fijaos que no he dicho: "La conciencia del que lo da", sino que añadí: "del que lo da santamente"- si se tiene en cuenta, digo, la conciencia del que lo da santamente, que es la que limpia la del que lo recibe, ¿cómo va a ser purificado el que recibe el bautismo cuando la conciencia del que lo da está manchada y lo ignora el que lo va a recibir?

Acusaciones de Petiliano a Agustín

XVI. 19. Salga ya a la palestra y con pulmones jadeantes e hinchadas fauces me acuse de sofista, digo, no a mí solo, sino que traiga al juicio del pueblo como culpable a la misma dialéctica, cual artífice de la mentira, y desate contra ella con el más estruendoso estrépito el lenguaje de abogado forense. Diga ante los ignorantes cuanto se le antoje, a fin de irritar a los sabios y burlarse de los mismos ignorantes. Por haber enseñado retórica puede denostarme con el nombre del orador Tértulo, que acusó a Pablo; en cambio, dése a sí mismo el nombre de Paracleto por su abogacía, en cuyos dominios se jacta de haber sobresalido en otros tiempos, y sueñe por ello, no ser al presente, sino el haber sido homónimo del Espíritu Santo.

Puede exagerar a su antojo las inmundicias de los maniqueos e intentar dirigirlas con su ladrido contra mí. Puede recitar las actas de condenados notorios, aunque desconocidos para mí, y convertir en calumnia de crimen prejuzgado, por no sé qué nuevo derecho suyo, el que en cierta ocasión un amigo mío me nombró en mi ausencia en aquellas actas para defenderse a sí mismo.

Puede leer los encabezamientos de mis cartas puestos por él o por los suyos como les ha parecido bien y regocijarse como si me hubiera sorprendido en ellos confesándome.

Puede desacreditar con el ridículo apelativo de venenosa ignominia y delirio las eulogias de pan dadas con sencillez y alegría, y puede tener tan bajo concepto de vuestro corazón

que presume admitir unos filtros amorios dados a una mujer no sólo con el conocimiento, sino aun con la aprobación de su marido.

Puede muy bien Petiliano admitir contra mí lo que escribió sobre mí, siendo aún presbítero, en un arrebatado de cólera, el que había de consagrar mi episcopado; y no quiere en cambio que ceda en mí pro el que este obispo pidió perdón al santo concilio por haber faltado así contra mí, y que obtuvo ese perdón; tan desconocedor u olvidadizo de la mansedumbre cristiana y del precepto evangélico, que llegue a acusar de lo que ya se le perdonó benignamente a un hermano al pedir humildemente el perdón.

Más acusaciones

XVII. 20. También puede pasar con su verborrea, aunque totalmente insustancial, aquello que ignora en absoluto, o en que más bien abusa de la ignorancia de muchísimos, y, por la confesión de cierta mujer, que se manifestó catecúmena de los maniqueos habiendo sido monja de la Católica, decir o escribir lo que le plazca sobre el bautismo de aquéllos, ignorando o fingiendo ignorar que no se denomina catecúmenos a los que se debe dar algún día el bautismo, sino que reciben este nombre los que se llaman también oyentes, porque no pueden observar los preceptos que se consideran más importantes o mejores, que observan aquellos que juzgan dignos de ser distinguidos y honrados con el nombre de elegidos.

Puede pretender igualmente, mintiendo o engañando con admirable temeridad, que yo fui presbítero de los maniqueos, para lo cual puede presentar y delatar, en el sentido que a él le parece, las palabras del cuarto libro de mis *Confesiones*, que tan claras están para el lector por sí mismas y por tantos textos que las preceden o siguen. Y que se regocije finalmente en son de triunfo considerándome como ladrón de dos de sus palabras que le habría sustraído y devuelto después.

Pero no responde a la cuestión

XVIII. 21. En todas estas cosas, ciertamente, como podéis conocer o reconocer por la lectura, dejó correr la lengua al antojo de su presunción; sin embargo, nunca ha dicho cómo se purifica la conciencia del que recibe el bautismo i éste desconoce estar manchada la del que lo da.

Pero yo, en medio o después del alboroto mayúsculo y, en su opinión, aterrador, yo tranquilamente, como se dice, y con buenos modos, vuelvo a lo mismo, pidiendo que responda a esta cuestión: "Si se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da santamente para que purifique la del que lo recibe, ¿cómo va a purificarse quien ignora que la conciencia del que lo da está manchada?" Pero a través de toda su carta no encuentro respuesta alguna a este respecto.

La cuestión presentada por Agustín

XIX. 22. Quizá me diga alguno de vosotros: "Todo esto que ha dicho contra ti quiso que sirviera para desacreditarte a ti y por medio de ti a aquellos con quienes estás en comunión, a fin de que en adelante no te den importancia alguna, ellos o los que intentas arrastrar a vuestra comunión. Por lo demás, es a partir del momento en que citó palabras de tu carta cuando hay que juzgar si no dio respuesta alguna a aquellas cuestiones".

Procedamos, pues, así: consideremos sus escritos ni más ni menos desde ese momento. Pasemos por alto el prólogo, en el cual intenta preparar el ánimo del lector y no prestar atención a sus primeras palabras, afrentosas más bien que relativas a la cuestión.

Habla Petiliano: "Dice: 'Se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da para que purifique la del que lo recibe'. ¿Qué sucederá si se ignora la conciencia del que lo da y quizá se encuentra manchada; cómo podrá limpiar la conciencia del que lo recibe si, según dice, se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da para que purifique la del

que lo recibe? Pues si dijera que no pertenece al que lo recibe el mal que hubiere oculto en la conciencia del que lo da, quizá aquella ignorancia sirviera para que al ignorarlo no pudiera contaminarse por la conciencia de su bautizador. Baste el que la conciencia manchada del otro no manche al ser ignorada; pero ¿puede también limpiar? ¿Cómo, pues, ha de ser purificado quien recibe el bautismo cuando está manchada la conciencia del que lo da y lo ignora el que lo ha de recibir, sobre todo añadiendo estas palabras: 'Pues quien recibe la fe de un infiel no recibe la fe, sino la culpa'?"

La cuestión del bautismo

XX. 23. Todo este párrafo tomó Petiliano de mi carta para refutarlo. Veamos si lo refutó o si al menos respondió a él. Añado las palabras de que me acusa falsamente haber suprimido y las repito exactamente o con más brevedad, pues al añadir él estas dos palabras me ayudó muchísimo para abreviar la proposición: Si se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da santamente, para que purifique la del que lo recibe, y si quien conociendo la fe lo recibe de un infiel, no recibe la fe, sino la culpa, ¿cómo se purifica la conciencia del que lo recibe si ignora que está manchada la del que lo da y desconociendo la fe lo recibe del infiel? Pregunto cómo se purifica.

Que nos lo diga, no pase a otra cuestión, no tienda nieblas ante los ojos de los ignorantes; finalmente, al menos, dejando ya de interponer y recorrer tantos escabrosos rodeos, díganos de una vez cómo se purifica la conciencia del que lo recibe si está oculta la manchada del bautizante infiel, si se tiene en cuenta la conciencia del que lo da santamente para que purifique la del que lo recibe, y si, conociendo la fe, lo recibe de un infiel, no recibe la fe, sino la culpa.

Sin saberlo recibe el bautismo del infiel, que no tiene la conciencia del que lo da santamente, sino que la tiene ocultamente manchada. ¿Cómo, pues, se purifica, cómo recibe la fe? Porque si ni entonces es purificado ni recibe la fe cuando el que bautiza no tiene fe y está manchado ocultamente, ¿por qué, descubierto y condenado éste después, no es bautizado aquél de nuevo para que sea purificado y reciba la fe? Pero si permaneciendo oculto aquel infiel y manchado, es purificado éste y recibe la fe, ¿cómo es purificado, cómo la recibe, si no existe la conciencia del que lo da santamente que pueda purificar la del que lo recibe?

Díganos esto, que responda a esto Petiliano: ¿cómo se purifica, cómo la recibe, si se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da santamente para que purifique la del que lo recibe, y aquélla no existe, allí donde el que bautiza escondió su mancha y su infidelidad? Nada en absoluto se ha respondido a esto.

Escapatorias de Petiliano

XXI. 24. Pero he aquí que, acosado en esta cuestión, vuelve de nuevo contra mí con un ataque nebuloso y tempestuoso para oscurecer el cielo despejado de la verdad, y el extremo de la escasez le torna elocuente, no por las verdades que dice, sino por la vaciedad de las acusaciones que vomita. Fijaos bien, con toda atención y firmeza, en lo que debe responder, esto es, cómo se purifica la conciencia del que lo recibe si está ocultamente manchada la del que lo da, no sea que su soplo haga desaparecer esto de vuestras manos y os arrebathe a vosotros la sombría tempestad de su turbio discurso, hasta el punto de que ignoréis en absoluto de dónde se ha partido y adónde hay que tornar; ved también que el hombre vaga por donde puede, al no poder mantenerse defendiendo la causa que emprendió. Ved cuánto habla sin tener nada que decir.

Dice que yo me deslizo inseguro, pero que me tiene cogido; que ni demuestro ni confirmo lo que reprocho, que invento cosas inciertas como ciertas, que no permito a los lectores creer la verdad, sino que trato de suscitar sospechas más profundas; dice que yo tengo el ingenio digno de condenación del académico Carnéades; también intenta penetrar en lo

que piensan los Académicos sobre la falsedad o falacia del sentido humano. Afirma también, ignorando absolutamente lo que habla, que ellos dicen que la nieve es negra siendo blanca, y negra la plata; que una torre parece redonda o lisa siendo angulada; que un madero en el agua está roto estando entero. Y todo esto simplemente porque al decir él "la conciencia del que lo da" o "la conciencia del que lo da santamente se ha de tener en cuenta para que limpie la del que lo recibe", he replicado yo: "¿Qué pasa si está oculta la conciencia del que lo da y quizá está manchada?" ¿Es ésa la explicación de la nieve negra y de la plata negra y de la torre redonda en vez de angulada y del madero quebrado en el agua en vez de intacto?

En efecto, yo hablaba de una cosa que podía pensarse y podía no existir, es decir, de que estaba oculta la conciencia del que lo daba y quizá estaba manchada.

25. Todavía continúa y grita: "¿Qué es aquello de 'qué sucederá si', qué es 'quizá' sino una cierta e inconstante perplejidad de quien duda, de la cual ya dijo tu favorito: 'Qué si me vuelvo ahora a los que dicen: Qué sucederá si ahora el cielo se desploma'?"

Esto es lo que dije: "¿Qué sucederá si se desconoce la conciencia del que lo da y quizá está manchada?" ¿Es lo mismo que decir: "Qué sucederá si ahora el cielo se desploma"? Dije ciertamente: "¿Qué sucederá si?" Porque puede suceder que esté oculta, puede suceder que no esté oculta. Pues cuando se ignora qué piensa o qué ha hecho, se ignora la conciencia del que lo da, pero cuando se manifiesta su pecado, no se oculta. Dije: "Y quizá está manchada", porque puede suceder que se desconozca y esté manchada. Por eso dije: "¿qué sucederá si"; por eso dije "quizá". ¿Es acaso semejante a esto aquello de "¿qué sucederá si ahora se desploma el cielo"?"

Oh, cuántas veces quedaron convictos y confesaron los hombres haber tenido conciencias manchadas y adulterinas, cuando bautizaban a quienes lo ignoraban, después que, descubierto el crimen, fueron degradados, y, sin embargo, no se desplomó el cielo! ¿Qué hacen aquí Pilo y Furio, que defendieron la injusticia contra la justicia? ¿Qué hace aquí el ateo Protágoras, que negó la existencia de Dios, de suerte que parece fue de él de quien dijo el profeta: *Dice en su corazón el insensato: ¡No hay Dios!?*³⁶ ¿Qué hacen éstos aquí, para qué han sido citados, sino para intervenir en favor del hombre que no tiene qué decir, a fin de que, mientras se dice al menos algo sin motivo sobre estas cosas, parezca que se trata la causa, y se crea que se ha respondido a lo que no se ha respondido?

Nada cambian las adiciones reclamadas por Petiliano

XXII. 26. Finalmente, si estas dos o tres expresiones "¿qué sucederá si" y "¿quizá" resultan tan intolerables que a causa de ellas se hace despertar de su ya tan antiguo sueño a los Académicos, a Carnéades, a Pilo y a Furio, a Protágoras, a la nieve negra y al desplome del cielo, y otras locuras y dislates semejantes, si aquello es así, suprimáanse tales palabras. En realidad, sin ellas no es imposible decir lo que queremos. Basta aquello que poco después puso él mismo tomado de mi escrito: "¿Cómo, pues, ha de ser purificado quien recibe el bautismo, cuando está manchada la conciencia del que lo da y lo ignora el que lo va a recibir?" Aquí ya no están las expresiones "¿qué sucederá si" y "¿quizá".

Por tanto, que se responda. Prestad atención, no sea que vaya a responder a esto con lo que sigue: "Pero yo, dice, te fuerzo a entrar en la regla de la fe sin que vengas con subterfugios, a fin de que no divagues más. ¿Por qué con argumentos necios encarrilas la vida del error? ¿Por qué perturbas la noción de la fe con conceptos irracionales? Con este escueto razonamiento te domino y te refuto". Esto lo ha dicho Petiliano, no yo. Estas son palabras de la carta de Petiliano, a la cual añadí yo aquellas dos que me acusa de haber quitado, y, sin embargo, he demostrado que permanecía firme mucho más breve y claramente el sentido de mi pregunta, a la cual él no responde.

Estas son las dos palabras de que se trata, "santamente" y "sabiéndolo", y así no era "la conciencia del que da", sino la "conciencia del que da santamente", y en lugar de "quien recibe la fe de un infiel", "quien sabiéndolo recibe la fe de un infiel".

Ciertamente yo no las había suprimido; no las había encontrado en el código que llegó a mis manos. Bien puede ser que éste fuera defectuoso, cosa no increíble, de modo que por ello se excite contra mí la odiosidad académica y mi afirmación de que puede estar equivocado el código se considere como si hablara de nieve negra. ¿Por qué no le voy a devolver la misma temeraria sospecha afirmando que él añadió posteriormente lo que inventó que yo había suprimido, ya que el código, que no se va a enfurecer, puede aguantar esta censura de incorrección sin temeridad malévola por mi parte?

Las adiciones hacen más clara la pregunta

XXIII. 27. En verdad, aquella primera expresión, esto es, "del que lo da santamente", no entorpece en absoluto la pregunta con que le apremio, ya diga así: "si se ha de atender a la conciencia del que da", o de esta otra manera: "si se ha de atender a la conciencia del que da santamente para que purifique la del que lo recibe, ¿cómo ha de purificarse quien recibe el bautismo si la conciencia del que lo da está manchada y el que lo va a recibir lo ignora?"

En cuanto a la otra expresión que se añade: "sabiéndolo", donde no hay que decir: "pues quien recibe la fe de un infiel", sino: "quien recibe la fe de un infiel, sabiéndolo, no recibe la fe, sino la culpa", confieso que, como si faltara esa palabra, dije algunas cosas, por las cuales fácilmente tengo que soportar alguna contrariedad, puesto que oponían más bien un obstáculo a mi expresión que una ayuda a mi capacidad.

Es mucho más fácil, cabal y breve formular la pregunta en estos términos: Si se ha de tener en cuenta la conciencia del que da santamente para que purifique la del que recibe, y si quien recibe la fe de un infiel, sabiéndolo, no recibe la fe sino la culpa, ¿cómo se purifica aquel que desconoce la conciencia manchada del que no lo da santamente, y cómo recibe la fe verdadera el que, ignorándolo, es bautizado por un infiel?

Dígasenos cómo tiene lugar esto, y quedará en claro toda la cuestión del bautismo, resultará sin neblinas la cuestión que se ventila; pero, claro, si se dice, no si se consume el tiempo maldiciendo.

A falta de argumentos, ataques personales

XXIV. 28. Por consiguiente, cuanto puede calumniar sobre la supresión de estas dos expresiones o vanagloriarse de haberlas añadido él, veis claramente que en nada impide mi pregunta; y como no encuentra qué responder, para no mantenerse en silencio, se lanza de nuevo contra mí, apartándose, diría yo, de la cuestión, si es que alguna vez se hubiese acercado a ella.

Sin duda, como si se tratara de mi persona y no de la verdad de la Iglesia y del bautismo, dice que yo he argumentado con la supresión de sus palabras, para que no perjudique a mi conciencia el haber ignorado, como él dice, la conciencia sacrílega de quien me contaminó. Si esto fuera así, me hubiera sido más ventajoso el añadir aquella palabra que se puso, "sabiéndolo", y desventajoso el haberla suprimido. En efecto, si hubiera querido defenderme de suerte que se pensara que yo había desconocido la conciencia de mi bautizador, hubiera tomado en mi favor las palabras de Petiliano, cuando no dice en general: "quien recibe la fe de un infiel", sino: "quien, sabiéndolo, recibe la fe de un infiel, no recibe la fe, sino la culpa". De esta manera yo presumiría de haber recibido no la culpa sino la fe, pues podría decir: "Yo no lo recibí a sabiendas de un infiel, sino que desconocí la conciencia del hombre que me lo daba".

Ved, pues, y contad, si podéis, cuántas palabras superfluas dice a propósito de sólo la

palabra "ignoré", que él propone como mía, cuando en absoluto no lo he dicho yo, porque ni se trataba de mí, para que yo lo dijera, ni apareció acusación alguna contra el que me bautizó, para verme forzado a decir en mi defensa que me era desconocida la conciencia de aquél.

Datos históricos

XXV. 29. Sin embargo, él, para no responder a lo que dije, se pone delante lo que no he dicho, y así aparta a los hombres de la atención a lo que debe decir, no sea que se le vaya a exigir lo que debe responder. Intercala con frecuencia: "lo ignoré, dices", y responde: "Pero si lo ignoraras", y da la impresión de que convence para que yo no pueda decir: "lo ignoré". Cita a Mensurio, Ceciliano, Macario, Taurino, Romano y afirma que éstos hicieron contra la Iglesia de Dios, lo que no podría yo ignorar, puesto que soy africano y de edad ya avanzada. Sin embargo, según yo tengo oído, Mensurio murió en la unidad de la comunión antes de separarse el partido de Donato, y en cambio sobre la causa de Ceciliano he leído que ellos la presentaron ante Constantino y que fue absuelto una y otra vez por los obispos que él había nombrado como jueces, y aun por tercera vez por el mismo soberano al apelar ellos a él. Por lo que se refiere a Macario, Taurino y Romano, consta que obraron de acuerdo con las leyes en cuanto, mediante el poder judicial o ejecutivo, hicieron por la unidad contra el furor obstinado de aquéllos (donatistas), leyes que ellos mismos, al llevar la causa de Ceciliano ante el tribunal del emperador, obligaron a que fueran dadas y aplicadas contra sí mismos.

Entre tantas otras menudencias, no relacionadas en absoluto con la cuestión, dice que yo fui castigado por una sentencia del procónsul Mesiano a huir de África; y con motivo de esa falsedad, que si no inventó él mismo, al menos aceptó malévolamente de los malévolos que la inventaron, cuántas otras muchas falsedades no tuvo reparo consecuentemente no sólo en decir de cualquier modo, sino aun de escribir con pasmosa temeridad; para entonces yo había ido a Milán ante el cónsul Bauton, y en mi calidad de retórico había cantado en las calendas de enero el panegírico en honor de este cónsul en una gran reunión y ante las miradas de tantos, y había vuelto a África tras aquel viaje después de la muerte del tirano Máximo; y el procónsul Mesiano había interrogado ya a los maniqueos después del consulado de Bauton, como lo muestra la fecha de las actas puesta por el mismo Petiliano. Si fuera necesario demostrar estas cosas a los que dudan o a los que creen lo contrario, podría ofrecer muchos personajes ilustres y de categoría como testigos de todo aquel tiempo de mi vida.

Petiliano evita responder a la cuestión planteada

XXVI. 31. Mas ¿para qué andar con estas pesquisas, para qué soportar y colaborar en estos superfluos retrasos? ¿Acaso vamos a encontrar por ahí cómo puede ser purificada la conciencia del que ignora estar manchada la del que lo da y cómo recibe la fe el que sin saberlo es bautizado por un infiel? Esto es a lo que Petiliano se propuso responder de mi carta, y dijo lo que le plugo y bien diferente de lo que exigía la cuestión. ¡Cuántas veces dijo: "si lo ignorabas", como si yo hubiera dicho lo que nunca dije, que yo había ignorado la conciencia del que me bautizó, y con su boca perversa no pareció haber hecho otra cosa sino parecer convencerme de que yo no había ignorado las malas acciones de aquellos entre quienes fui bautizado y a cuya comunión me asocié, comprendiendo bien, por otra parte, que mi ignorancia no me hacía culpable!

Así, pues, si yo lo ignoraba, como no se cansó de repetir, sin duda estaría libre de todos estos males. ¿Cómo, pues, me purificaría, yo que, desconociendo la conciencia del que lo da indignamente, no podía en modo alguno ser perjudicado por sus pecados, y cómo recibiría la fe si era bautizado sin saberlo por un infiel? No repitió en vano tantas veces: "Si lo ignorabas"; pretendía que no me juzgara a mí mismo inocente, manifestando sin duda alguna que no se viola la conciencia de nadie que, sin saberlo, recibe la fe de un

infiel y desconoce la conciencia manchada del que lo da indignamente.

Díganos, pues, cómo se purifican los tales, cómo reciben la fe, no la culpa. Pero que no nos engañe: dígalos, no diga muchas palabras sin decir nada o, más bien, sin decir nada nos atosigue con palabras.

Además, como viene a la mente y no se debe pasar por alto, si yo soy culpable porque no lo ignoré, para usar de su manera de hablar, y no lo ignoré porque soy africano y ya casi viejo por la edad, no sean culpables al menos los niños de las otras tierras en todo el orbe, que no pudieron por su pueblo o por su edad conocer estas vuestras objeciones verdaderas o falsas, y que, sin embargo, si caen en vuestras manos, serán rebautizados sin miramiento alguno.

La respuesta de Petiliano

XXVII. 32. Pero no es esto de lo que se trata ahora. Responda más bien a aquello de lo que con tales digresiones se aleja para no responder: cómo se purifica la conciencia del que lo recibe si ignora que, está manchada la del que lo da, si se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da dignamente para que se purifique la del que lo recibe; y cómo recibe la fe el que sin saberlo es bautizado por un infiel, si quien, sabiéndolo, recibe la fe de un infiel, no recibe la fe sino la culpa.

Pasando, pues, por alto las acusaciones que sin consideración alguna lanzó sobre mí vamos a esperar por si responde a esas preguntas en lo que explique después. Aunque bien se echa de ver la garrulería con que las ha propuesto, como si las fuera a erradicar y destruir. Dice: "Pero tornemos al argumento de tu fantasía, en el que te parece describes con tus palabras toda suerte de bautizantes. Es natural que, como no ves la verdad, te imagines cualquier cosa semejante a ella". Este es el prólogo que puso Petiliano al citar mis palabras; y luego añade: "Aquí tenemos, dice, al infiel que ha de bautizar, y el que va a ser bautizado ignora su infidelidad".

No cita mi proposición y pregunta completas, y acto seguido comienza él a interrogarme: "¿Quién es este que propones o de dónde salió? ¿Por qué te parece que ves al que sueñas para no ver al que debes ver, examinar y juzgar con toda diligencia? Pero como comprendo que ignoras el orden de celebración del sacramento, te advierto brevemente: debiste examinar al bautizante y ser examinado por él".

¿Qué es lo que esperábamos? Naturalmente, que nos dijera cómo se purifica la conciencia del que lo recibe y desconoce estar manchada la del que lo da indignamente, y cómo recibe la fe y no la culpa el que sin saberlo recibe el bautismo de un infiel. Y hemos oído, en cambio, que el bautizante debe ser examinado con toda diligencia por el que quiere recibir la fe, no la culpa, para descubrir la conciencia del que lo da santamente, la cual purifique la del que lo recibe. Así, quien no ha hecho aquel diligente examen y, sin saberlo, lo recibe de un infiel, por el mismo hecho de no haber hecho el examen y desconocer la conciencia manchada del que lo da, no hubo modo de que recibiera la fe y no la culpa.

¿De qué le sirvió entonces añadir con tal encarecimiento la palabra "sabiéndolo", que me acusó falsamente de haber suprimido yo? Al no querer decir: "Quien recibe la fe de un infiel, no recibe la fe, sino la culpa", parece había dejado alguna esperanza al que no lo sabía. En cambio, ahora, al ser preguntado cómo recibe la fe quien sin saberlo es bautizado por un infiel, contesta que debió haber examinado al bautizante; sin duda no permite al miserable ni siquiera la ignorancia, y no ve para él otro recurso para recibir la fe sino poner su esperanza en el hombre que le bautiza.

Interpretación personal

XXVIII. 33. Esto es lo que rechazamos horrorizados en vosotros; esto es lo que condena

la palabra divina clamando con toda verdad y claridad: *Maldito todo aquel que pone su esperanza en un hombre* ³⁷. Esto es también lo que claramente prohíbe la santa humildad y la caridad apostólica al clamar Pablo: *No se gloríe nadie en el hombre* ³⁸. Esto es lo que multiplica contra nosotros los ataques de hueros calumnias y durísimas acusaciones, de suerte que, como si el hombre estuviera destruido, no nos queda esperanza alguna a quienes administramos, según la dispensación que se nos ha concedido, la palabra de Dios y su sacramento.

Nosotros les respondemos: *¿Hasta cuándo os apoyaréis sobre un hombre?* ³⁹ Y la venerable sociedad católica les responde: *¿No se someterá mi alma al Señor? De él me viene la salud, él, en efecto, es mi Dios; no me alejaré* ⁴⁰.

En efecto, ¿qué otro motivo tuvieron éstos para alejarse de la casa de Dios, sino que simulaban no poder soportar los vasos hechos para la afrenta, de los cuales no se verá privada aquélla hasta el día del juicio? Sin embargo, aparece que ellos mismos fueron esos vasos y se lo cargaron calumniosamente a los otros según las actas y los escritos de entonces.

Sobre esos vasos hechos para afrenta precisamente, para no verse forzados a salir de la gran casa, la única que existe para el gran Padre de familia; sobre esos vasos dice el siervo de Dios y el buen fiel, o el que va a recibir la fe en el bautismo, lo que recordé poco ha: *¿No se someterá mi alma a Dios?* ⁴¹ A Dios sólo, no al hombre: *De él me viene la salud* ⁴², no del hombre.

Petiliano, en cambio, para no dejar a Dios, al menos entonces, que purifique y limpie al hombre, cuando está oculta la conciencia indigna del que lo da, y alguien recibe la fe de un infiel sin saberlo, dice: "Te digo esto brevemente: Tú debiste examinar al que te bautiza y ser examinado por él".

El ejemplo de Juan Bautista

XXIX. 34. Os suplico, atended a esto: Yo pregunto cómo se purifica la conciencia del que lo recibe, cuando desconoce que está manchada la del que lo da, si se ha de atender a la conciencia del que lo da dignamente para que purifique a la del que lo recibe; y cómo recibe la fe el que, sin saberlo, es bautizado por un infiel, si quien, sabiéndolo, recibe la fe del infiel no recibe la fe, sino la culpa.

Él me contesta que es preciso examinar al que bautiza y al que va a ser bautizado. Y para demostrar esto, sobre lo cual no hay pregunta alguna, aduce el testimonio de Juan, a quien examinaron los que le preguntaban quién decía que era él, y a su vez les examinó él y así les dijo: Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente? ¿A qué viene esto aquí, qué tiene que ver esto con la cuestión? Dios había dado a Juan un testimonio de su extraordinaria santidad con la precedente clarísima profecía, tanto en su concepción como en su nacimiento. Aquéllos, teniéndole ya por santo, le preguntaban qué santo decía que era él o si era el Santo de los Santos, el cual no era otro que Cristo. Era tal la aceptación de que gozaba, que sería creído en lo que dijera de sí.

Ahora bien, si con este ejemplo se pretende afirmar que debe ser examinado todo el que bautiza, cualquiera deberá ser creído diga lo que diga acerca de sí. Y ¿quién es el hipócrita, a quien rechaza, como está escrito, el Espíritu Santo, que no quiera se tenga de sí una perfecta opinión y no procure ésta con las elocuentes palabras que pueda? Por consiguiente, cuando se le pregunte quién es y responda que él es el fiel administrador y que tiene limpia su conciencia de toda mancha, ¿quedará concluido todo el examen o habrá que investigar con más diligencia sus costumbres y su vida? Sin duda alguna; aunque no se lee que hicieran esto los que preguntaron a Juan en el desierto del Jordán quién era.

Petiliano esquivaba la verdadera cuestión

XXX. 35. Por todo ello se ve que este ejemplo no pertenece en absoluto a la cuestión que se ventila. La palabra divina nos inculca bien esta preocupación cuando dice: *Sean probados primero, y luego ejerzan su ministerio si fueran irreprochables*⁴³. Si esto se ha llevado a cabo con diligencia y según costumbre en una y otra parte, ¿por qué salieron tantos responsables desde que se practica esta dispensación, sino porque la diligencia humana falla tantas veces y porque algunos buenos en un principio se truecan en perversos?

Esto sucede tan frecuentemente que no da lugar a disimulo u olvido; ¿por qué entonces nos enseña en tono insultante que el bautizante debe ser examinado por el bautizando, cuando preguntamos cómo se ha de purificar la conciencia, cuando está oculta la conciencia manchada del que no lo da santamente, si se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da santamente para que limpie la del que lo recibe? "Como sé que tú desconoces el orden de administración del sacramento, te digo brevemente: tú debiste examinar al que te bautiza y ser examinado tú por él".

¡Vaya una respuesta! Se ve rodeado en tantos lugares por una multitud de hombres, bautizados por ellos, quienes parecían antes justos y castos y al presente han quedado convictos de faltas manifiestas y reprobados; y piensa él que puede escapar al acoso de la pregunta sobre cómo se purifica la conciencia del que lo recibe, cuando desconoce que está manchada la del que la da indignamente, si se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da dignamente para que se purifique la del que lo recibe, y piensa escapar diciendo brevemente que se examine al que bautiza.

No hay cosa más lamentable que no asentir a la verdad, que os asedia tan estrechamente que no podéis encontrar salida. Preguntamos de quién recibe la fe el que, sin saberlo, es bautizado por un infiel. Y se nos responde: "Debió examinar a su bautizante". Luego como no lo examinó y recibió la fe de un infiel, ¿no recibió la fe, sino la culpa? ¿Por qué, pues, no son bautizados de nuevo aquellos de quienes consta que fueron bautizados por los denunciados y convictos, cuando aún estaban ocultos?

Apelo a los lectores

XXXI. 36. Dice: "Y ¿dónde se encuentra la palabra que añadí: 'sabiéndolo', de suerte que no dijera: 'El que recibe la fe de un infiel', sino: 'El que recibe la fe, sabiéndolo, de un infiel, no recibe la fe, sino la culpa'?"

Luego recibió la fe, no la culpa, quien, no sabiéndolo, la recibió de un infiel, y por eso precisamente pregunté yo cómo la recibió.

Estrechado así, responde: "Debió examinar". Está bien, debió; pero no lo hizo o no pudo hacerlo; ¿qué pensáis de él? ¿Fue purificado o no? Si fue purificado, pregunto cómo; pues no pudo limpiarle la conciencia manchada del que lo da indignamente. Y si no fue purificado, mandad que lo sea. No lo mandáis; luego fue purificado. Decid cómo.

Decid al menos vosotros lo que no dijo él. Os propongo las mismas palabras a las que él no pudo responder: "He aquí que un infiel va a bautizar, y el que va a ser bautizado ignora su infidelidad. ¿Qué pensáis recibirá éste: la fe o la culpa?" Baste con esto. Responded o buscad lo que él ha respondido: descubriréis demostradas sus invectivas.

Me reprocha, como burlándose de mí, que le proponga cosas semejantes a la verdad, yo que no la veo. Repite también mis palabras, y dejando la mitad de la frase, dice: "Tú dices: He aquí que un infiel va a bautizar, y el que va a ser bautizado no conoce su infidelidad". Luego añade: "¿Quién es éste o de dónde salió?" Como si se tratara de uno solo o de dos, y no estuviera de una y otra parte lleno el mundo de estas personas. ¿Por qué me pregunta a mí quién es éste o de dónde salió, y no echa más bien una mirada en

torno y observa que serán raras las iglesias, en las ciudades o en los campos, que no tengan personas descubiertas en sus faltas y expulsadas del estado clerical? En efecto, estando ocultos y queriendo parecer buenos siendo malos, y castos siendo adúlteros, eran unos hipócritas, y el Espíritu Santo, como está escrito, huía de ellos. De esa turba de ocultos salió aquel infiel que presenté. ¿Por qué me pregunta de dónde salió, cerrando los ojos frente a una multitud tan grande, cuyo clamor, aunque sólo se tuvieran en cuenta los que han podido quedar convictos y rechazados, es suficiente para informar a los ciegos?

Agustín reformula la cuestión

XXXII. 37. Pues qué, ¿no adujo él mismo en su carta que Quodvultdeo, convicto y rechazado por sus adulterios entre vosotros, fue recibido por los nuestros? ¿Qué decir, pues? Trataré de hablar sin perjuicio de quien demostró o convenció de la justicia de su causa. Cuando bautizan los que entre vosotros no han sido descubiertos como adúlteros, ¿qué es lo que dan: la fe o la culpa? No ciertamente la fe, puesto que no tienen la conciencia del que lo da dignamente, de suerte que purifiquen la del que lo recibe; pero tampoco la culpa a tenor de la palabra añadida: "Pues quien recibe la fe de un infiel, 'sabiéndolo', no recibe la fe, sino la culpa".

Cuando los neófitos eran bautizados por los tales, no sabían aquéllos qué calidad de personas los bautizaban. Por tanto, se quedaron sin fe y sin culpa, ya que no recibieron la fe al recibir el bautismo porque no tenían conocimiento del que lo daba dignamente, y no recibieron el reato porque fueron bautizados no conociendo, sino desconociendo las culpas de aquéllos. Por consiguiente, ni son del número de gente tan torpe, ni tampoco pueden contarse en el número de los fieles, porque como no pudieron contraer la culpa, tampoco pudieron recibir de aquéllos la fe. No obstante, vemos que los contáis en el número de los fieles y que nadie de los vuestros piensa deben ser bautizados, sino que se tiene por válido su bautismo. Así, pues, recibieron la fe, pero no la recibieron de aquellos que no tenían conciencia de que bautizaran dignamente, de suerte que purificase la conciencia del que lo recibía. ¿Cómo, pues, la recibieron? Esto es lo que me preocupa, esto es lo que pregunto con insistencia, esto es lo que ruego con toda vehemencia.

Las citas bíblicas usadas por Petiliano

XXXIII. 38. Mirad ahora a Petiliano: para no contestar a esto o para que no parezca que ha sido sorprendido sin poder contestar, divaga vanamente a través de las afrentas de que me cubre acusando y sin poder probar nada; y cuando intenta poner alguna resistencia por la causa con cierta tenacidad, siempre se ve superado con toda facilidad, y no responde en absoluto a esta única cuestión que buscamos: Si se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da dignamente para que purifique la del que lo recibe, ¿cómo puede ser purificado quien recibe el bautismo cuando está manchada la conciencia del que lo da e ignora esto el que va a recibirlo?

Citadas estas palabras de mi carta, me presenta a mí como hombre que pregunta y se muestra él como hombre sin respuesta. Él dice lo que ya he citado, y ya he mostrado que no ha contestado a mis preguntas; luego, estrechado con grandes dificultades, se vio forzado a decir que el bautizado debía examinar al bautizante y el bautizante al bautizado, e intentó confirmar esto con el ejemplo de Juan, por si se topaba con oyentes o muy descuidados o muy ignorantes; así adujo otros testimonios de la Escritura que no vienen a cuento: como lo que le dijo el eunuco a Felipe: *Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?*⁴⁴ Porque sabía, dice, que los descarriados están impedidos; y también el que Felipe no prohibió que fuera bautizado, porque había probado por la lectura que creía en Cristo, como si lo hubiera prohibido a Simón Mago; y lo mismo el que los profetas temieron ser engañados por un falso bautismo, y por eso dijo Isaías: *Agua falaz en la que no se puede confiar*⁴⁵, dando a entender que entre los infieles el agua es mendaz; en

realidad no fue Isaías, sino Jeremías, quien dijo esto de los hombres mentirosos, llamando figuradamente agua al pueblo, lo cual se ve clarísimamente en el Apocalipsis. Así como también adujo lo que dijo David: *El óleo del impío jamás ungirá mi cabeza* ⁴⁶, palabras dichas de la adulación del lisonjeador que con alabanza engañosa pretende engañar al lisonjeado para que se engría en su orgullo. Este es el sentido que nos descubren las palabras que preceden en el mismo salmo: *Me corregirá el justo en su misericordia y me reprenderá; mas el óleo del impío jamás ungirá mi cabeza* ⁴⁷. ¿Hay algo más claro y evidente que esta frase? El profeta prefiere ser arguido misericordiosamente por la áspera reprensión del justo para sanar a ser ungido con las suaves caricias del adulador para hincharse de orgullo.

También 1Jn 4, 1

XXXIV. 39. Recuerda Petiliano que también el apóstol Pablo amonestó que no se crea a todo espíritu, sino que se examine si los espíritus son de Dios, como si se usara esta diligencia para separar ahora, antes de tiempo, el grano de la paja, y no más bien para que no sea engañado el grano por la paja; o como si cuando un espíritu mendaz dice algo verdadero, hubiera que negarlo porque lo dijo un espíritu reprochable. El pensar esto sería tan demencial como pretender que Pedro no debió decir: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* ⁴⁸, porque los demonios habían dicho algo semejante.

Por consiguiente, administrado por un inicuo o por un justo, no es otra cosa que el bautismo de Cristo. El hombre prudente y verdadero fiel debe evitar la iniquidad del hombre, no condenar el sacramento de Dios.

40. En todas estas disquisiciones nada ciertamente contesta Petiliano a la cuestión: Si se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da dignamente para que purifique la del que lo recibe, ¿cómo va a purificarse quien recibe el bautismo cuando está manchada la conciencia del que lo da e ignora esto el que va a recibirlo?

Un colega suyo de *Thubursicu Bure*, cierto Cipriano, fue sorprendido en un lupanar con una mujer licenciosa, llevado a Primiano de Cartago y condenado. Cuando bautizaba éste antes de ser descubierto y expulsado no tenía ciertamente la conciencia del que administra dignamente, de suerte que purificara la del que lo recibía. ¿Cómo fueron purificados quienes después de su condenación no son bautizados de nuevo? No era necesario haber nombrado al culpable si no fuera para que no viniera luego Petiliano diciéndonos: "¿Quién es éste y de dónde salió?"

¿Por qué los vuestros no examinaron a este bautizante como Petiliano examinó a Juan con esa intención? ¿O acaso lo examinaron y tardaron tanto en descubrirlo, ocultándose con redomada simulación?

La traición de Judas y la universalidad de la Iglesia, profetizadas

XXXV. ¿No era acaso mentirosa su agua o no es el óleo del fornicario el óleo del pecador? O ¿acaso, como dice la Católica y es verdad, aquella agua y aquel óleo no eran de quien administraba, sino de aquel cuyo nombre se invocaba allí? ¿Por qué los que eran bautizados por este simulador y pecador oculto no examinaban su espíritu, pues no era de Dios? *El Espíritu Santo que nos educa huye de la doblez.* ¿O acaso huía de aquél y no abandonaba sus sacramentos aunque administrados por él?

En resumen, como no podéis negar que han sido purificados aquellos que no os preocupáis de purificar después de ser condenado aquél, ved si Petiliano, ofuscado con tales nebulosidades, responde en algún lugar cómo fueron purificados éstos, si se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da para que purifique la del que lo recibe, conciencia que no pudo tener el que internamente era un inmundo.

41. Nada, pues, responde a lo que se le solicita con insistencia; en cambio, luego, dando rienda suelta a su prolija elocuencia, dice: "Si los profetas y el Apóstol han temido cautelosamente esto, ¿con qué cara dices tú que el bautismo de un pecador es santo para los que tienen una fe recta?" Como si yo o cualquier cristiano dijera que el bautismo que se da o se recibe por ministerio del pecador es del pecador y no de aquel en cuyo nombre el bautizado es creyente.

Entonces él, saliéndose de la cuestión, acude al traidor Judas y descarga cuanto puede contra él, aplicando los testimonios proféticos anunciados sobre él tanto tiempo antes, como si con la impiedad de Judas cubriera a la Iglesia de Cristo extendida por todo el orbe, y cuya causa se debate en esta cuestión; no considera en ello lo que debió él advertir: que no se debe dudar que es ella la Iglesia de Cristo que se difunde entre tantos pueblos, puesto que está profetizado con toda claridad tanto tiempo antes, como no se puede dudar que era preciso que Cristo fuera entregado por uno de sus discípulos, puesto que eso estaba igualmente profetizado.

El caso de los maximianistas

XXXVI. 42. Después de todo esto retorna Petiliano a la dificultad que le habíamos propuesto sobre cómo habían aceptado el bautismo de los maximianistas, a quienes habían condenado, aunque en la presentación de esta cuestión ha preferido servirse de sus propias palabras mejor que de las mías. En realidad no decimos nosotros que debe sernos provechoso el bautismo de los pecadores, ya que no sólo decimos no es de los pecadores ni en absoluto de ningún hombre, puesto que lo reconocemos como de Cristo.

Petiliano lo presenta así: "Afirmas tercamente, dice, que debe seros útil el bautismo de los pecadores, porque también nosotros, como dijiste, conservamos el bautismo de aquellos que justamente hemos condenado". Al llegar a esta cuestión, como dije, se le oscureció hasta la simulación de lucha. No encontró adónde ir, por dónde salir, por qué lugar, hallado o creado, escapar en silencio o irrumpir por la fuerza. "Aunque demostraré, dice, en un segundo libro qué diferencia hay entre nosotros y los nuestros por una parte y los vuestros que llamáis inocentes por otra, mientras tanto procurad libraros vosotros de las culpas que conocéis de vuestros colegas, y así podéis exigir razón de los que nosotros rechazamos".

¡Vaya una respuesta! ¿Quién puede responder así sino quien se opone a la verdad, contra la cual no encuentra qué responder? Podríamos también nosotros decir: "Mientras tanto procurad libraros de las faltas, que conocéis, de vuestros colegas y así echadnos en cara algunas de las acusaciones de aquellos que tenéis por malos entre nosotros". ¿Seríamos unos y otros vencedores o unos y otros vencidos? En todo caso, el vencedor en bien de su Iglesia y en su Iglesia es el que nos enseñó en su Escritura que nadie se gloríe en el hombre, y que quien se gloría, se gloríe en el Señor.

Por nuestra parte éste es nuestro pensamiento: Según el oráculo de la verdad, decimos que no justifica al creyente el hombre que lo bautiza, sino aquel de quien está escrito: *Al que cree en aquel que justifica al impío, su fe se le reputa como justicia* ⁴⁹, porque nosotros no nos gloriamos en el hombre, y nos esforzamos con su ayuda, cuando nos gloriamos, por gloriamos en el Señor; y ¡qué tranquilos estamos, aunque pudiera demostrar cualquier error o falta de algunos miembros de nuestra comunión! En efecto, entre nosotros se tolera a los malos, ocultos totalmente o conocidos sólo por algunos, por causa de los buenos, a los que son desconocidos; ante los cuales no pueden quedar convictos, y se los tolera por el vínculo de la unidad y la paz, a fin de no arrancar el trigo con la cizaña; de tal suerte que llevan la carga de su malicia, de modo que nadie participa de ella con ellos, sino aquellos que se complacen en su iniquidad. No tememos que puedan justificarse los que ellos bautizan, ya que ellos creen en el que justifica a los impíos, de suerte que su fe se les cuenta como justicia.

Los pecados de los fieles no manchan la santidad de la Iglesia

XXXVII. 43. Por consiguiente, entre nosotros no perjudica en nada a la Iglesia de Dios que se extiende y crece en el mundo hasta la recolección, ni aquel que, sin saber lo que dice, dice que fue depuesto por nosotros bajo la acusación de sodomía, poniendo a otro en su lugar, y restituido de nuevo a nuestro colegio, ni tampoco aquel que recuerda era penitente entre vosotros, pudieran o no pudieran en modo alguno ser defendidas las causas de entrambos. En ésta, si existen realmente esos malos que acusáis, no están propiamente en ella, sino en la paja; y si son buenos, cuando los abrumáis con vuestras injustas acusaciones, son probados como el oro, mientras vosotros ardéis como la paja. Pero los pecados ajenos no contaminan a la Iglesia, que, extendida por todo el orbe según las profecías dignas del mayor crédito, espera el fin de los tiempos como una orilla, llevada a la cual se vea liberada de los malos peces, con los cuales puede soportar sin pecado la incomodidad de su naturaleza dentro de las mismas redes del Señor, mientras no debió separarse de ellos con la impaciencia.

Sin embargo, no hay motivo alguno para que los dispensadores de Cristo, diligentes y prudentes, descuiden la disciplina de la Iglesia, donde las faltas se ponen de manifiesto, de suerte que pueden defenderse con algún argumento aceptable. Existen innumerables testimonios en aquellos que fueron obispos o clérigos de una graduación semejante y degradados ahora o se largaron por vergüenza a otras tierras o se pasaron a vosotros o a otras herejías o son conocidos en sus regiones. De ellos hay tal multitud diseminada por todas partes, que si Petiliano refrenara un poco su temeridad de maldecir y lo pensara un poco, no caería en opinión tan abiertamente falsa y vana como la que le ha llevado a decirnos: "Nadie es inocente entre vosotros, donde nadie es condenado como reo".

La Iglesia católica puede condenar a sus ministros indignos

XXXVIII. 44. Paso por alto a otros habitantes de diversas tierras, pues apenas se echa de menos en parte alguna esta clase de hombres, a fin de que quede claro que también en la Iglesia católica se suele condenar a los prepósitos y ministros inicuos; bien pudo él ver de cerca a Honorio de Milevi. Sobre Esplendonio, a quien siendo diácono se le condenó en la Católica y después de rebautizado lo hizo él presbítero, cuya condenación en la Galia, enviada a nosotros por los hermanos, la presentó allí mismo nuestro Fortunato para que fuera leída públicamente en Constantina, y a quien después el mismo Petiliano, descubriendo sus espantables asechanzas, arrojó; a propósito de este Esplendonio, ¿cómo no se sintió afectado ante el hecho de que también son degradados los malos en la Iglesia católica? Me sorprende en qué precipicio de temeridad se hallaba su corazón al dictar dislates de esta categoría: "Nadie es inocente entre vosotros donde nadie es condenado como reo".

Por lo cual, mezclados corporalmente, separados espiritualmente los malos en la Iglesia católica, tanto cuando son desconocidos por la condición humana como cuando son condenados en relación con la disciplina, llevan sus cargas propias; y así, los que son bautizados por ellos con el bautismo de Cristo, se encuentran seguros si, con su imitación y conocimiento, no toman parte en sus pecados, ya que, aunque fueran bautizados por los mejores, no serían justificados sino por el que justifica al impío. Porque a los que creen en el que justifica al impío, se les computa la fe para justicia.

Petiliano se condena o se contradice

XXXIX. 45. Vosotros, en cambio, cuando se os echa en cara los maximianistas condenados por la sentencia de un Concilio de trescientos diez, atacados en el mismo Concilio citado en tantas actas proconsulares y municipales; expulsados, por orden de los jueces y cooperación de las ciudades, de las basílicas que tenían; recibidos luego y honrados por vosotros, sin suscitar cuestión alguna sobre el bautismo, con aquellos que

habían bautizado fuera de vuestra comunión, ante esto no encontráis qué responder.

Ciertamente os veis vencidos por la opinión no verdadera, sino vuestra, por la cual os esforzáis en demostrar que en la misma comunión de sacramentos perecen unos por las faltas de otros y que cada uno es tal cual el hombre por el que es bautizado, culpable si es culpable, inocente si es inocente.

Si esto es verdad, omitiendo a otros innumerables, os han condenado a vosotros, con sus crímenes, los maximianistas, cuyo delito exageraron los vuestros en un concilio tan numeroso comparándolo con el de aquellos que devoró vivos la tierra. Y si no os echaron a perder los crímenes de los maximianistas, es falso lo que pensáis y mucho menos puedo comprender qué delitos, no probados, de los africanos han podido perder al orbe entero.

Por esto, como escribe el Apóstol: *Cada uno tiene que llevar su propia carga*⁵⁰, y de nadie es el bautismo de Cristo sino de Cristo, y en vano promete Petiliano que va a hablar en el segundo libro sobre esto que de los maximianistas nos hemos propuesto, como si no entendiera que él no tiene nada que decir.

Sólo en la unidad es útil el bautismo

XL. 46. En efecto, si el bautismo que administraron Pretextato y Feliciano en la comunión de Maximiano fue propio de ellos, ¿por qué lo aceptasteis vosotros como si fuera de Cristo en aquellos que bautizaron? Pero si es de Cristo, como lo es, y no pudiera ser provechoso a los que lo han tenido con el borrón del cisma, ¿qué podéis decir vosotros que habéis otorgado a los que recibisteis con el mismo bautismo, sino que, borrando el crimen de la perversa división mediante el vínculo de la paz, no fueran forzados a recibir el sacramento del lavatorio sagrado, como si no lo tuvieran, sino que, como antes les era pernicioso, comenzase ya a serles útil lo que tenían?

Claro que si no fue otorgado esto en vuestra comunión, porque no podría conceder algo semejante a cismáticos entre cismáticos, se os otorga a vosotros en la comunión católica para que recibáis el bautismo como si no lo tuvierais, sino para que os sea útil en el que tenéis.

Todos los sacramentos de Cristo, sin el amor de la unidad de Cristo, no se poseen para la salud, sino para la condenación; pero como según vuestra doctrina, no verdadera, por el bautismo de no sé qué *traditores* desapareció del orbe el bautismo de Cristo, con razón no encontráis qué responder sobre la aceptación del bautismo de los maximianistas.

47. Ved ya y recordad con todo cuidado cómo Petiliano no ha respondido ni siquiera a las cuestiones que él mismo se propuso, por donde pueda aparecer que dice algo. Ya hace tiempo que lo dejó en absoluto y no quiso decíroslo, porque ciertamente no pudo; y ni aun al final de su libro dirá alguna vez lo que recordó iba a refutar de las primeras páginas de mi carta. En verdad, añadidas las dos palabras de que se jactó yo le había sustraído, como si fueran su defensa más firme, se ha quedado desguarnecido, sin encontrar qué responder cuando se le pregunta: Si se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da dignamente para que purifique la del que lo recibe, ¿cómo se purificará la conciencia de quien ignora que está manchada la conciencia del que lo da indignamente; y si quien sabiéndolo recibe la fe de un infiel, no recibe la fe, sino la culpa, cómo recibirá la fe, no la culpa, el que sin saberlo es bautizado por un infiel? A esto no ha dado respuesta alguna, como es bien claro, después de tanto tiempo hablando.

48. Luego se lanzó a vituperar con su lengua maldiciente a los monasterios y a los monjes, acusándome también a mí de haber establecido este género de vida, género de vida que él desconoce totalmente, o mejor, simula ignorar que es conocidísimo en el mundo entero.

Después, asegurando que yo dije que Cristo era el que bautizaba, llegó a añadir algunas palabras tomadas de mi carta, como si dijera esto cual opinión mía, cuando en realidad lo dije según la vuestra y la de él; y así se lanzó con exuberante crueldad contra mí por decir esto, aunque en verdad la opinión que reprende no es mía, sino suya y vuestra, lo que demostraré poco después con toda la claridad que pueda.

Más adelante trata de enseñarnos con muchas y superfluas palabras que no es Cristo el que bautiza, sino que se bautiza en su nombre y a la vez en el del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y de la misma Trinidad dijo lo que quiso o lo que pudo, que Cristo es el medio de la Trinidad.

Partiendo luego del nombre de los magos Simón y Bar Jesús, acumuló sobre nosotros las afrentas que le plugo.

A continuación interrumpe cautelosamente la causa de Optato de Tamugadi, para no caer en la trampa que encerraba, por no haber podido él ni los suyos juzgar su caso y acusándonos precisamente por haberle acosado con mis sugerencias.

Petiliano no responde a la cuestión

XLI. 49. Finalmente termina su carta exhortando y amonestando a los suyos a que no se dejen engañar por nosotros, y se lamenta de que hayamos hecho a los nuestros peores de lo que habían sido. Por tanto, tras diligente consideración y examen, lo que aparece bien claro por esa carta que escribió es que Petiliano no responde en absoluto a lo que puse primeramente en mi carta. Si, como dice, se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da, o mejor, para añadir lo que tiene como firme defensa, la del que lo da santamente, para que purifique la del que lo recibe, ¿cómo se purificará quien recibe el bautismo si la conciencia del que lo da está manchada e ignora esto el que lo va a recibir?

Por eso no hay que maravillarse de que un hombre mantenedor de la falsedad, acosado por las dificultades de la virtud que le sale al encuentro, haya preferido lanzar insensatos insultos a querer caminar con aquella que no puede ser vencida.

50. Ahora ya, os suplico, prestad atención a unas pocas palabras: quiero demostrar hasta la saciedad qué es lo que él teme para no contestar a esto y tratar de sacar a la luz lo que ha intentado oscurecer.

Ciertamente, al preguntarle nosotros cómo se va a purificar el que recibe el bautismo cuando está manchada la conciencia del que lo da e ignora esto el que va a recibirlo; al preguntarle esto, podría responder con toda facilidad: "Por el Señor Dios", y decir con absoluta confianza: "Dios es el que directamente purifica la conciencia del que lo recibe, cuando ignora que está manchada la del que lo da indignamente".

Pero este hombre se había visto obligado por la doctrina de vuestra secta a colocar la purificación del que lo recibe en la conciencia del que lo da, puesto que había dicho: "Pues se ha de tener en cuenta la del que lo da" o "la del que la da santamente para que purifique la del que lo recibe"; y así temió no fuera a parecer que un hombre quedaba mejor bautizado por un hombre malo oculto que por uno manifiestamente bueno, porque entonces sería purificado, no por la conciencia del hombre que lo da santamente, sino por la misma excelentísima santidad de Dios.

Temiendo una consecuencia tan absurda, o más bien, demencial, no sabiendo por dónde escapar, no quiso decir cómo se ha de purificar la conciencia del que lo recibe, cuando ignora estar manchada la del que lo da indignamente, y trastornándolo todo con estrépito de litigantes, prefirió ocultar lo que se le preguntaba a responder al que le preguntaba, por lo que sería inmediatamente apabullado; no pensó nunca, sin embargo, que personas de mente sana podían leer mis cartas o que podían leer las suyas quienes habían leído las mías, a las que simulaba responder.

La respuesta católica

XLII. 51. En efecto, lo que acabo de decir está expuesto con toda claridad en aquella carta mía, a la que criticó sin decir nada; atended un poco, os ruego, a lo que dijo allí, y aunque le miréis a él con buenos ojos y a mí con ojos aviesos, aguantad, si podéis, con buena voluntad.

En su primera carta, a cuya parte inicial, la única que llegó entonces a mis manos, había respondido yo, de tal modo había colocado la esperanza del que iba a ser bautizado en el hombre bautizante, que decía: "Pues todo ser tiene su fundamento en el origen y en la raíz, y si algo no tiene cabeza, no es nada". Petiliano había dicho esto no queriendo entender por origen, raíz y cabeza del hombre que había de ser bautizado, sino el hombre por quien era bautizado; a lo cual apostillé yo: "Esta es nuestra cuestión: Cuando aquel bautizante oculta su infidelidad, si entonces el bautizado recibe la fe, no la culpa; si entonces el bautizante no es para él origen, raíz y cabeza, ¿quién es aquel de quien recibe la fe, dónde está el origen del que nace, dónde la raíz de que germina, dónde la cabeza donde empieza?, ¿acaso cuando el bautizado ignora que el bautizante es un infiel, es Cristo entonces quien da la fe, es Cristo el origen, la raíz y la cabeza?"

Esto es, pues, lo que ahora digo, y exclamo como exclamé también entonces: "Oh temeridad y soberbia humanas! ¿Por qué no dejas que sea siempre Cristo el que da la fe, para hacer con ese don al cristiano? ¿Por qué no dejas que sea Cristo siempre el origen del cristiano, que el cristiano afinque su raíz en Cristo, y Cristo sea la cabeza del cristiano?" Ni siquiera cuando se dispensa la gracia espiritual a los creyentes mediante un dispensador justo y fiel es el mismo dispensador el que justifica y no aquel único del cual se dijo que justifica al impío; de lo contrario, el apóstol Pablo es la cabeza y origen de lo que había plantado o es Apolo raíz de los que había regado, y no aquel que les había dado el crecimiento, diciendo, en cambio, el mismo Pablo: *Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quien dio el crecimiento. Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que hace crecer*⁵¹. Tampoco era él la raíz, sino más bien el que dijo: *Yo soy la vid; vosotros los sarmientos*⁵². Y ¿cómo podía ser cabeza de ellos, si dice que nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo y proclama abiertamente en muchos lugares que el mismo Cristo es la cabeza de todo el cuerpo? Por consiguiente, cualquiera que recibe el sacramento del bautismo de un dispensador fiel o infiel, ponga toda su esperanza en Cristo, para no ser aquel *maldito que pone su esperanza en el hombre*⁵³.

Evitar un absurdo

XLIII. 52. Al responder yo estas cosas a Petiliano en mi primera carta, pienso que lo hice con toda claridad y veracidad. Esto recordé también ahora, insinuando y recomendando que no pongamos en modo alguno nuestra esperanza en el hombre y creamos que Cristo Dios es el que vivifica y justifica a los hombres que creen en el que justifica al impío, para que su fe sea contada como justicia, sea un santo el que administra el bautismo, sea un inicuo o fingido de quien huye el Espíritu Santo.

A continuación añadí qué absurdo se seguiría si fuera de otra manera, y dije lo que ahora repito: "Por lo demás, si cada uno que renace en la gracia espiritual debe ser tal cual es el que le bautiza, y cuando el que bautiza es manifiestamente un hombre bueno, es él el que da la fe, es el origen, la raíz y la cabeza del que nace, y en cambio, cuando el bautizante oculta su infidelidad, cada uno recibe de Cristo la fe, toma el origen de Cristo, está radicado en Cristo, se gloria de Cristo como cabeza; según esto, deben desear todos los que se bautizan tener bautizadores infieles a los que desconozcan. Realmente, por buenos que fueran los que tienen, incomparablemente mejor es Cristo, que será la cabeza del bautizado si es un infiel el que bautiza. Sería totalmente demencial asentir a esto. Siempre es Cristo el que justifica al impío haciendo del impío un cristiano, siempre

se recibe la fe de Cristo, siempre es Cristo el origen de los regenerados y la cabeza de la Iglesia. ¿Qué importancia tienen aquellas palabras de las cuales los lectores superficiales no atienden al contenido sino sólo al sonido?" Esto es lo que dije entonces, esto es lo que está escrito en aquella carta mía.

El árbol bueno y el árbol malo

XLIV. 53. Luego, un poco después, había dicho Petiliano: "Siendo esto así, hermanos, ¿no es gran necedad que quien es reo de sus faltas pretenda hacer inocente a otro, cuando dice el Señor Jesucristo: *Todo árbol bueno da frutos buenos, mientras que el árbol malo da frutos malos? ¿Acaso se recogen uvas de los espinos?*"⁵⁴ Y también: *Todo hombre bueno saca el bien del buen tesoro de su corazón; el hombre malo saca el mal del tesoro de su corazón*"⁵⁵. Con estas palabras demuestra con toda claridad Petiliano que el hombre que bautiza es como el árbol, y el que es bautizado, como el fruto.

A esto había replicado yo: "Si el árbol bueno es el hombre que bautiza, y su buen fruto es aquel a quien ha bautizado, quien haya sido bautizado por un hombre malo, aunque no manifiesto, no puede ser bueno, ya que ha nacido de un árbol malo. Porque una cosa es el árbol bueno y otra el árbol oculto, pero malo".

¿Qué pretendí que se entendiera con estas palabras sino lo que había puesto poco antes, es decir, que por el árbol y su fruto no debía entenderse al que bautiza y al que es bautizado, sino que el hombre es el árbol y el fruto sus obras y su vida, buena siempre en el bueno y mala en el malo? Así no se seguirá el absurdo que sea malo el hombre bautizado por un hombre malo, aunque oculto, como fruto de un árbol oculto, pero malo. Contra esto nada ha respondido él.

Petiliano obra de mala fe

XLV. 54. Para que ni él ni ninguno de los vuestros pueda decir que cuando bautiza algún malo oculto es fruto suyo aquel a quien bautiza, sino de Cristo, añadí a continuación qué error tan colosal sería la consecuencia de esta opinión, y repetí, aunque con otras palabras, lo que había dicho poco antes: "Si cuando el árbol es malo, aunque ocultamente, el que sea bautizado por él renace, no de él precisamente, sino de Cristo, síguese que reciben más santamente el bautismo los que son bautizados por los malos ocultos que los que lo son por los buenos manifiestos".

Petiliano, bloqueado por tan fuertes dificultades, omitió las disquisiciones anteriores de que dependían estos extremos, y citó en su respuesta estos absurdos, que se siguen de su error, como si fueran opinión mía, cuando yo lo había dicho para que atendiera al mal que se seguía de su teoría y se viera obligado a cambiarla.

Engañando así a sus oyentes o lectores, y no esperando que pudiese leer lo que escribimos, comenzó a atacarme grave y descaradamente, como si yo hubiera opinado que cuantos se iban a bautizar deberían tener unos bautizadores infieles, a los que no conocieran, ya que, por buenos que los tuvieran, Cristo es incomparablemente mejor, y será entonces cabeza del bautizado si está oculta la infidelidad del bautizante.

También me ataca como si yo hubiera pensado que se justifican con más santidad quienes son bautizados por los malos ocultos que los que lo son por los buenos manifiestos; cuando en realidad yo recordé esta extraña necedad, precisamente porque es una consecuencia de los que piensan con Petiliano que la relación del bautizado con el bautizante es la del fruto con el árbol del que nace, bueno el del buen árbol y malo el del malo.

Les he dicho que respondan de quién piensan que es fruto el hombre bautizado cuando es bautizado por un malo oculto, ya que no se atreven a rebautizarlo; se ven forzados a responder que entonces ése no es fruto de aquel malo oculto, sino que es fruto de Cristo;

por lo cual les alcanza la consecuencia que no aceptan y que es de un demente asentir a ella: si el hombre es fruto del que le bautiza cuando es bautizado por un hombre manifiestamente bueno, pero cuando es bautizado por un hombre malo oculto no es fruto de éste sino de Cristo, síguese que reciben más santamente el bautismo los que son bautizados por los malos ocultos que los que lo son por los buenos manifiestos.

Pablo y la resurrección de Cristo

XLVI. 55. Cuando Petiliano me atribuye esto, como si tal fuera mi opinión, lanza contra mí un serio y duro ataque, muestra con esa su gravísima invectiva qué impío es pensar así. En consecuencia, cuanto quiso que apareciera que había dicho contra mí por esta opinión, resulta que lo ha dicho contra sí mismo, que queda convicto de haber dicho eso. Demostró bien en ello con qué vigor le ha vencido la verdad, pues no encontró otra salida sino simular que yo tenía su misma opinión. Ni más ni menos como si aquellos a quienes reprocha el Apóstol, porque decían que no existía la resurrección de los muertos, quisieran acusar al mismo Apóstol porque dijo: *Tampoco Cristo resucitó*⁵⁶, y que era vana la predicación de los apóstoles, vana la fe de los creyentes y que se les descubría como falsos testigos contra Dios por haber dicho que había resucitado Cristo.

Esto mismo quiso hacer conmigo Petiliano, no esperando que se pudiese leer lo que yo escribí y a lo que él no pudo responder, aunque deseó vivamente que pensaran que había respondido.

Pero como si alguien hubiera atribuido aquello al Apóstol, toda aquella calumniosa acusación hubiera recaído sobre la cabeza de los reprobos al leer todo aquel pasaje tomado de su carta y cotejar las palabras anteriores, de las cuales cualquiera que sepa leer sabe que dependen éstas; de la misma manera al cotejar las palabras anteriores tomadas de mi carta, la acusación de Petiliano hace que aquellas invectivas se vuelvan con mayor violencia contra su persona, de donde trató de alejarlas.

56. En realidad, el Apóstol, al refutar a los que negaban la resurrección de los muertos, los corrige por el absurdo que se les sigue contra su voluntad a los que niegan esto, para que, al horrorizarse de lo que es impío pronunciar, enmienden lo que osaron creer. Por eso dice así: *Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también nuestra fe. Y somos convictos de falsos testigos de Dios, porque hemos atestiguado contra Dios, que resucitó a Cristo, a quien no resucitó*⁵⁷. Así, mientras temen decir que Cristo no resucitó y el resto de impiedades que siguen, se ven obligados a corregir lo que afirmaron tan necia e impiamente, a saber: que no existe la resurrección de los muertos.

Si se suprime lo que se puso al principio de este razonamiento: *Si no hay resurrección de muertos*, todos los restantes extremos son viciosos y deben atribuirse al Apóstol; pero si se coloca aquello de que depende todo y se pone uno en el comienzo, *si no hay resurrección de muertos, se sigue lógicamente: Tampoco Cristo resucitó, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe*, y el resto que con ellas se encadena, y todo ello lo dijo el Apóstol recta y prudentemente, puesto que todo el mal que contienen debe imputarse a los que negaban la resurrección de los muertos.

De la misma manera, suprimase en mi carta la frase: "Si uno renace en la gracia espiritual tal cual es el que le bautiza, y cuando el que bautiza es un hombre manifiestamente bueno, da él mismo la fe, él mismo es el origen, la raíz y la cabeza del que nace; pero cuando el bautizador es ocultamente infiel, entonces cada uno recibe la fe de Cristo, entonces trae su origen de Cristo, entonces afinca su raíz en Cristo, entonces se gloria en Cristo como cabeza". Si se suprime esto, de lo cual depende lo que sigue, se habrá hablado sin exactitud y se me ha de atribuir a mí aquello de: "Todos los que son bautizados deben desear tener bautizadores infieles ignorándolo ellos. En efecto, por

buenos que sean los que tienen, incomparablemente mejor es Cristo, que será cabeza del bautizado si el bautizante oculta su infidelidad". Añádase a esto lo que decís vosotros, y entonces la consecuencia de ello y lo que sigue ligado con ello ya parece como no pensado por mí, y todo el mal que contiene se torna contra vuestra opinión.

Suprime también lo escrito: "Si el buen bautizador es el árbol bueno, de suerte que su buen fruto sea aquel a quien bautiza, y si cuando está oculto el árbol malo, cualquiera que sea bautizado por él no nace de él, sino de Cristo"; suprime estas palabras, que os veis forzados a confesar como vuestras según vuestra secta y la carta de Petiliano, y quedará como mío y deberá imputárseme aquella necedad que sigue: "Reciben más santamente el bautismo los que son bautizados por los malos ocultos que los que lo son por buenos manifiestos". Añade, en cambio, aquel pasaje del que depende éste: verás inmediatamente que lo he puesto justamente para corregiros a vosotros, y que todo lo que os desagrada con razón en este razonamiento recae contra vuestro rostro.

La doctrina donatista lleva a un absurdo

XLVII. 57. Por consiguiente, los que negaban la resurrección de los muertos, en modo alguno podrían defenderse de tan duras consecuencias que, para refutarlos, ensartó el Apóstol al decir: *Tampoco Cristo resucitó*⁵⁸, y las demás impiedades de esta categoría, si no cambiaban de parecer y confesaban la resurrección de los muertos; así también vosotros, si no queréis que os imputen lo que decimos para convencerlos y corregiros, es decir, que "reciben más santamente el bautismo los que son bautizados por los malos ocultos que los que lo son por los buenos manifiestos", si no queréis eso, repito, cambiad de parecer y no pretendáis poner en el hombre la esperanza de los que se bautizan.

Si la ponéis, ved lo que tengo que decir a fin de que nadie vuelva a suprimir esas palabras y decir que yo pienso lo que recuerdo precisamente para refutaros y corregiros. Ved lo que digo, de lo que depende lo que voy a decir: Si vosotros ponéis en el hombre la esperanza de los que han de ser bautizados; si constituís, como escribió Petiliano, al hombre bautizador como origen, raíz y cabeza del que es bautizado; si tomáis al hombre bueno que bautiza como árbol bueno y como buen fruto suyo al que ha sido bautizado por él, nos sugerís que os preguntemos de qué origen procede, de qué raíz germina, a qué cabeza se enlaza, de qué árbol nace el que es bautizado por un malo oculto.

Ni más ni menos con esta inquisición se relaciona lo que he recordado tantas veces que Petiliano no ha podido responder: cómo se purifica quien recibe el bautismo ignorando que está manchada la conciencia del que lo da indignamente. Porque quiere precisamente que esta conciencia del que lo da o del que lo da santamente sea el origen, la raíz, la cabeza, la semilla, el árbol del que recibe el ser, del que se propaga, de donde comienza, de donde germina, de donde nace la santificación del bautizado.

Si os desagrada la conclusión, corregid las premisas

XLVIII. 58. Por tanto, cuando preguntamos cómo ha sido purificado aquel a quien no rebautizáis en vuestra comunión, aunque conste que ha sido bautizado por quien, debido a su maldad interna, no tenía ya conciencia de dar santamente el bautismo, ¿qué vas a responder sino que ha sido Cristo o Dios quien lo ha hecho, aunque Cristo sea Dios, bendito sobre todas las cosas por siempre, o que ha sido el Espíritu Santo, aunque también él sea Dios, ya que esta Trinidad es un solo Dios? Por eso Pedro, habiendo dicho a un hombre: *Has osado mentir al Espíritu Santo*, añadió a continuación qué es el Espíritu Santo y dijo: *No has mentido a los hombres, sino a Dios*⁵⁹.

Finalmente, aunque digáis que ha sido lavado y purificado por un ángel, suponiendo que desconoce la conciencia manchada del que lo da indignamente, mirad que los santos, cuando resucitan para la vida eterna, serán, como se ha dicho de ellos, semejantes a los

ángeles de Dios. Y por ello, todo el que es purificado por un ángel, quedará mejor purificado que si lo es por un hombre, cualquiera que sea su conciencia. En ese caso, ¿por qué os parece mal que se os diga: "Si es el hombre quien purifica cuando es manifiestamente bueno, y si es malo ocultamente, como no tiene la conciencia del que bautiza dignamente, no es él sino Dios o el ángel quien purifica, reciben más santamente el bautismo los que son bautizados por los malos ocultos que los que lo son por los buenos manifiestos?" Si esta conclusión os desagradara, porque en realidad debe desagradar a todos, suprimid el principio de donde nace, corregid aquello a que está vinculada; que no precedan aquellas premisas y no se seguirá esta conclusión.

La doctrina católica: los sacramentos, actos de Cristo

XLIX. 59. No digáis pues: "Se ha de tener en cuenta la conciencia del que bautiza santamente para que purifique la del que lo recibe"; de esa manera no se os dirá: "Cuando se desconoce la conciencia manchada del que lo da, ¿quién puede purificar la del que lo recibe?" Y cuando respondieseis: "O Dios o un ángel", ya que no podéis responder otra cosa, sálgaos al paso el motivo de vuestra confusión: "Reciben más santamente el bautismo los que son bautizados por malos ocultos, sea Dios sea un ángel quien purifica, que los que son bautizados por los buenos manifiestos, que no se pueden comparar con Dios o con los ángeles".

Decid, pues, lo que dice la verdad y la Iglesia católica: No sólo cuando el ministro del bautismo es malo, sino también cuando es santo y bueno: nunca hay que poner la esperanza en el hombre, sino en aquel que purifica al impío, en quien a los creyentes para los que creen en la fe se cuenta como justicia.

En verdad, cuando nosotros decimos: "Es Cristo el que bautiza", no lo afirmamos del ministerio visible, como piensa o quiere Petiliano que se piense que decimos nosotros, sino de la gracia oculta, de la potencia oculta en el Espíritu Santo, como dijo de él Juan Bautista: *Ese es el que bautiza en el Espíritu Santo*⁶⁰. Y no ha cesado ya de bautizar, como afirma Petiliano, sino que continúa realizándolo, no por ministerio corporal, sino mediante su majestad invisible.

Al decir nosotros: "Él es el que bautiza", no queremos decir: "Él es el que sujeta e introduce en el agua el cuerpo de los creyentes", sino: "Él purifica invisiblemente", y esto atañe a toda la Iglesia. Ni se puede dejar de creer al apóstol Pablo, que dijo de él: *Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra*⁶¹. He aquí cómo es Cristo el que santifica; he aquí cómo es el mismo Cristo el que lava, el que purifica con el mismo lavado del agua en la palabra, donde parece que obran corporalmente los ministros.

Por consiguiente, que nadie se arrogue lo que es de Dios. Así es bien segura la esperanza de los hombres, cuando se apoya en el que no puede engañar, porque *maldito quien pone su esperanza en el hombre*⁶², y *dichoso el hombre aquel que pone su esperanza en el Señor Dios*⁶³. Porque el dispensador fiel recibirá como recompensa la vida eterna, en cambio el dispensador infiel, cuando distribuye a sus conservos los alimentos de su señor, en modo alguno puede trastocar en inútiles esos alimentos por su infidelidad, razón por la que se dijo: *Observad todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta*⁶⁴. Esto es precisamente lo mandado contra los malos administradores: recibid de sus manos los dones de Dios, evitad su mala conducta no asemejándoos a ellos.

Petiliano ni tocó las otras objeciones de Agustín

L. 60. Si es claro que Petiliano no ha respondido a estas primeras palabras de mi carta, y cuando intentó responder demostró más bien que no pudo responder, ¿qué diré de

aquellas partes de mis escritos a que ni siquiera intentó responder, las cuales en absoluto llegó a tocar?

De la importancia de las mismas, si hay alguno que tenga a mano mis escritos y los suyos y quisiera examinarlos, pienso puede comprender la solidez en que se apoyan. Para demostrárselo brevemente, recorred los testimonios aducidos sobre las santas Escrituras, o leed y examinad los que adujo contra mí y los que en mi respuesta aduje yo contra vosotros, y ved cómo he demostrado que los mismos que él adujo no son contrarios a nosotros, sino más bien a vosotros. Y él, en cambio, no ha rozado en absoluto los textos tan concluyentes que yo presenté, y en aquel único del Apóstol que intentó estudiar como tan favorable para él llegaréis a ver cómo no halló salida.

61. Primeramente llegó a mis manos la parte de la carta que escribió a los suyos, desde el principio hasta el pasaje que dice: "Esto nos manda el Señor: *Cuando os persigan los hombres en una ciudad, huid a otra, y si también en ésta os persiguen, marchaos a otra* ⁶⁵". Ya hemos respondido a ella. Y cuando llegó a sus manos esta respuesta nuestra, escribió ésta que estamos refutando, y demostramos que él no respondió a la nuestra.

En aquella primera parte de su escrito, a que primero contestamos, éstos son los testimonios de las Escrituras que pensó nos eran adversos: *Todo árbol bueno da frutos buenos, mientras que el árbol malo da frutos malos. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos?* ⁶⁶ *Todo hombre bueno saca el bien del tesoro de su corazón, y el hombre malo saca el mal del tesoro de su corazón* ⁶⁷; y también: *A quien es bautizado por un muerto, no le aprovecha su lavado* ⁶⁸. Con estos testimonios quiere demostrar que el bautizado llega a ser igual al que le bautiza. Yo, en cambio, demostré cómo hay que tomar estos textos, y que ellos no favorecían en nada su pretensión. Demostraré suficientemente que el resto de los textos que citó contra los hombres malos y perversos nada tienen que ver con el grano del Señor, difundido, como había sido anunciado y prometido, por todo el orbe, y que más bien podemos nosotros usarlos contra vosotros. Examinad lo dicho y lo hallaréis.

62. Por lo que se refiere a las alegaciones en favor de lo que afirma la Iglesia católica, se condensan en esto: en lo que toca al bautismo, no se atribuye al hombre que lo da la gracia de Dios que nos genera, limpia y justifica: *Mejor es esperar en el Señor que esperar en el hombre* ⁶⁹; *Maldito quien pone su esperanza en el hombre* ⁷⁰; *Del Señor es la salud* ⁷¹; *Vana es la salud del hombre* ⁷²; *Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento* ⁷³, y *Al que cree en aquel que justifica al impío, su fe se le reputa como justicia* ⁷⁴.

A su vez, en favor de la unidad de la misma Iglesia, que se extiende en todos los pueblos y con la cual no estáis en comunión, defendí que de Cristo se habían anunciado estos testimonios: *Dominará de mar a mar, desde el río hasta los confines de la tierra* ⁷⁵, y *Te daré en herencia las naciones, en propiedad los confines de la tierra* ⁷⁶. También debe interpretarse en favor de nuestra comunión, esto es, en favor de la Católica, el testamento de Dios hecho por Abrahán, donde se dice: *En tu descendencia se bendecirán todas las naciones* ⁷⁷; esta posteridad la interpreta el Apóstol diciendo: *A tu descendencia, es decir, a Cristo* ⁷⁸. De ahí se sigue que en Cristo han de tener la bendición tanto tiempo antes prometida, no sólo los africanos o África, sino todos los pueblos a través de los cuales se extiende la Iglesia católica.

La paja permanece con el grano hasta la bielta final, para que nadie se excuse del sacrilegio de su separación alegando como motivo las faltas ajenas, para dejar y abandonar la comunión de todos los pueblos y para que por causa de los malos dispensadores, esto es, de los pastores, no se divida la sociedad cristiana; para

demostrar esto aduje también aquel testimonio: *Haced y observad todo lo que os digan, pero no imitéis su conducta, porque ellos dicen y no hacen* ⁷⁹.

Ni ha demostrado cómo deben entenderse de otra manera estos pasajes de las santas Escrituras, propuestos por mí, para demostrar que no están por nosotros ni contra vosotros; ni siquiera llegó a rozarlos; aún más, con el griterío de sus afrentas trató de que, si era posible, no llegaran estos mis testimonios a conocimiento de nadie que, después de leer mi carta, hubiera querido leer la de él.

Las facciones en Corinto

LI. 63. En cuanto al pasaje del Apóstol citado por mí, que él ha intentado aplicarlo en su favor, atended un poco su tenor: "Tú afirmaste, dice él: El apóstol Pablo recrimina a los que decían que eran del apóstol Pablo, y dice: '*¿Fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O habéis sido bautizados en su nombre?*'" ⁸⁰ Por tanto, si erraban, yendo a la perdición, si no se corregían, los que querían ser de Pablo, ¿cuál es la esperanza de los que quisieron ser de Donato? Pues éstos intentan poner el origen, la raíz y la cabeza del bautizado ni más ni menos que en el que lo bautiza".

Recordó este pasaje tomado de mi carta y este testimonio del Apóstol y se propuso refutarlo. Ved si responde a esa intención. Dice: "Lo dicho carece de contenido, es algo hinchado, pueril y necio, totalmente alejado del concepto de nuestra fe. Hablarías con toda justicia si nosotros dijéramos: 'Hemos sido bautizados en nombre de Donato' o 'Donato fue crucificado por nosotros' o 'hemos sido bautizados en nuestro nombre'. Pero como nada de esto hemos dicho ni decimos, ya que seguimos la fórmula de la divina Trinidad, está bien claro que al objetar estas cosas has perdido el juicio. Y si piensas que hemos sido bautizados en el nombre de Donato o en el nuestro, te engañas neciamente y a la vez confiesas sacrílegamente contra vosotros, que, desgraciados, os habéis manchado en el nombre de Ceciliano".

Esto es lo que ha contestado Petiliano a mis palabras, no advirtiendo, o más bien alborotando para que nadie advierta que no había respondido absolutamente nada que se relacionara con la cuestión de que se trata. ¿Quién no ve, en efecto, que tenemos nosotros más derecho a utilizar el testimonio del Apóstol, ya que vosotros no decís que habéis sido bautizados en el nombre de Donato ni que Donato fue crucificado por vosotros, y, sin embargo, os separáis de la comunión de la Iglesia católica por causa del partido de Donato? Ni más ni menos que aquellos a quienes acusaba Pablo no decían que habían sido bautizados en nombre de Pablo o que Pablo había sido crucificado por ellos, y, sin embargo, causaban un cisma en nombre de Pablo. De suerte que a aquellos por quienes fue crucificado Cristo, no Pablo, que fueron bautizados en nombre de Cristo, no en el de Pablo, y sin embargo decían: *Yo soy de Pablo*; a aquéllos, repito, se les dice con toda razón: *¿Acaso fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?* ⁸¹ Y se les dice esto para que se adhieran al que fue crucificado por ellos, y en cuyo nombre fueron bautizados, y no se dividan con el nombre de Pablo. Lo mismo y con más razón se os dice adecuadamente a vosotros, puesto que no decís: "Hemos sido bautizados en el nombre de Donato", y sin embargo, queréis ser del partido de Donato: ¿Ha sido acaso Donato crucificado por vosotros o habéis sido bautizados en el nombre de Donato? Sabéis que Cristo ha sido crucificado por vosotros y que habéis sido bautizados en el nombre de Cristo, y, sin embargo, a causa del nombre y del partido de Donato os oponéis con tal pertinacia a la unidad de Cristo, que fue crucificado por vosotros y en cuyo nombre habéis sido bautizados.

Respuesta de Petiliano

LII. 64. Pero como Petiliano, con sus escritos, ha intentado conseguir que el origen, la raíz y la cabeza del bautizado no sea sino el que le bautiza, y esto no ha sido dicho por mí ni

vana ni pueril ni neciamente, repasad el comienzo de su carta, a la que yo respondí, y lo veréis. Aún más, con esta mi exhortación observad con diligencia: "Se ha de tener en cuenta, dice, la conciencia del que lo da santamente para que purifique la del que lo recibe. Pues quien sabiéndolo recibe la fe de un infiel, no recibe la fe, sino la culpa". Y como si se le preguntara: "¿Cómo pruebas esto?", dice: "Todo ser tiene su fundamento en su origen y en su raíz, y si algo no tiene cabeza, es nada, y no regenera bien si no es regenerado por buena semilla". Y por si hubiere una mente tan roma que aún no comprendiese que eso lo afirma de la persona que bautiza, lo explica a continuación con estas palabras: "Si esto es así, hermanos, ¿no será un extravío mental pretender que quien es reo de sus pecados haga inocente a otro cuando dice Jesucristo el Señor: *Todo árbol bueno da frutos buenos, mientras que el árbol malo da frutos malos. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos?*"⁸², y también: *El hombre bueno saca cosas buenas del tesoro de su corazón, y el hombre malo las saca malas*"⁸³; y también: *A quien se bautiza por un muerto, ¿de qué le sirve su lavado?*"⁸⁴

Veis adónde se dirige todo esto: a pretender que la conciencia del que lo da santamente -para que nadie al recibirlo de un infiel reciba la fe, sino la culpa-, sea ella el origen, la raíz, la cabeza y el germen del bautizado. Quiere, en efecto, demostrar que se ha de tener en cuenta la conciencia del que lo da santamente para que purifique la del que lo recibe, y que no recibe la fe, sino la culpa, el que a sabiendas lo recibe de un infiel. Por eso añade a continuación: "Todo ser tiene su fundamento en el origen y la raíz, y si algo no tiene cabeza, es nada, ni regenera bien algo si no es regenerado por buena semilla".

Y para que no haya nadie tan torpe que aún no se dé cuenta de que se refiere a aquel por quien cada uno es bautizado, lo explica a continuación diciendo: "Si esto es así, hermanos, ¿no será una necedad pretender que quien es reo de sus pecados haga inocente a otro cuando dice el Señor: *Todo árbol bueno da frutos buenos, mientras que el árbol malo da frutos malos. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos?*"⁸⁵

Y por si acaso, para que no haya algún oyente o lector obcecado, con increíble embotamiento de corazón, que no vea que se habla del hombre que bautiza, añade esto otro, donde cita al hombre que bautiza, diciendo: "Y también: *Todo hombre bueno saca el bien del tesoro de su corazón; y el hombre malo saca el mal del tesoro de su corazón*"⁸⁶. *A quien es lavado por un muerto, no le aprovecha su lavado*"⁸⁷.

Ciertamente, la cuestión está ya bien clara; ciertamente no hay necesidad de interpretar ni discutir ni demostrar que lo que pretenden éstos es que el origen, la raíz y la cabeza del bautizado no es sino el que le bautiza; y, sin embargo, abrumado por la fuerza de la verdad, y como olvidado de lo que había dicho, me concede después Petiliano que el origen, la raíz de los regenerados y la cabeza de la Iglesia es Cristo, no hombre alguno dispensador y ministro del bautismo; y para demostrar esto, como si nosotros lo negáramos, con los testimonios y ejemplos de las santas Escrituras, dice: "¿Dónde está ahora aquella voz con la cual hacías resonar frecuente y minuciosamente cuestiones sin importancia y llegaste a decir malévola y soberbiamente muchos embrollados discursos sobre Cristo, por Cristo y en Cristo contra la temeridad y soberbia humanas? He aquí que Cristo es el origen del cristiano, Cristo su raíz, Cristo su cabeza".

Al oír estas palabras, ¿qué haré yo sino dar gracias a Cristo, que ha forzado a Petiliano a confesar? Falsas son, pues, las cosas que dijo en el principio de su carta, cuando intentaba persuadir que se había de tener en cuenta la conciencia del que lo daba santamente para que purificara la del que lo recibía, y que cuando alguien recibía a sabiendas la fe de manos de un infiel, no percibía la fe, sino la culpa. Queriendo demostrar qué poder hay en el hombre que bautiza, había añadido como documento importante: "Todo ser tiene su fundamento en su origen y su raíz, y si algo no tiene

cabeza, es nada". Pero luego, al decir lo que decimos también nosotros: "He aquí que Cristo es el origen, la raíz y la cabeza del cristiano", anula lo que antes había dicho, ya que la conciencia del que lo da santamente es el origen, la raíz y la cabeza del que lo recibe. Triunfó, pues, la verdad: el hombre que desea el bautismo de Cristo no debe poner la esperanza en el ministro humano, sino que debe acercarse seguro al mismo Cristo como al origen que no cambia, a la raíz que no se arranca, a la cabeza que no se abate.

El papel del ministro en los sacramentos, según Petiliano

LIII. 65. ¿Quién no advierte ya de qué hinchazón procede lo que afirma tratando de exponer el pensamiento del Apóstol: "Quien dice: *Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quien dio el crecimiento*⁸⁸, ¿qué otra cosa quiso decir sino: 'Yo hice al hombre catecúmeno de Cristo, Apolo lo bautizó, Dios confirmó lo que hicimos'?"

¿Por qué, pues, no añadió Petiliano lo que añadió el Apóstol y yo le recomendé con ahínco explicara también: *Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento?*⁸⁹

Si quiere explicar esto según lo que escribió antes, sin duda se concluye que ni el que hace a uno catecúmeno ni el que bautiza es algo, sino Dios, que da el crecimiento. ¿Qué importa ahora a la cuestión el sentido de las palabras: *Yo planté, Apolo regó*, si hay que interpretarlo como si hubiera dicho: "Yo hice un catecúmeno, Apolo lo bautizó", o si tiene otro sentido más verdadero y apropiado? Claro está, según su explicación, que ni el que hace a uno catecúmeno ni el que lo bautiza es algo, sino Dios, que da el crecimiento. Existe gran diferencia entre confirmar lo que otro hace y el hacerlo. Pues el que da el crecimiento no confirma el árbol o la vid, sino que los crea. Aquel crecimiento hace que el vástago plantado eche también raíz y la clave en la tierra; aquel crecimiento hace que la semilla arrojada emita un germen. Mas ¿para qué disertar sobre esto más tiempo? Es ya suficiente que, según él, ni el que hace a uno catecúmeno ni el que bautiza es algo, sino Dios, que da el crecimiento.

¿Cuándo podría decir Petiliano esto de modo que entendamos que dice: "Ni Donato de Cartago es algo ni Januariano ni Petiliano?" ¿Cuándo podrá aquella hinchazón soportar esto que le hace pensar al hombre que es algo, no siendo nada, y se engaña a sí mismo?

...y según Agustín

LIV. 66. Finalmente, un poco después, como si determinara e intentara reconsiderar las palabras del Apóstol que le habíamos objetado, no quiso poner las que yo había dicho, sino otras en las que pudiera desahogarse en cierto modo la hinchazón humana. Dice: "¡Ea!, vamos a examinar de nuevo las palabras de este Apóstol que nos habías objetado; dijo: *¿Qué es Apolo? ¿Qué es Pablo? Ministros de aquel en quien habéis creído*⁹⁰. ¿Qué nos dice a todos nosotros, por ejemplo, sino: 'Qué es Donato de Cartago, qué es Januariano, qué es Petiliano, sino ministros de aquel en quien habéis creído'?"

Yo no aduje este testimonio del Apóstol, sino aquel que no quiso citar: *Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento*⁹¹. Él, en cambio, tuvo a bien introducir aquellas palabras del Apóstol en que pregunta qué es Pablo, y responde: *Ministros de aquel en quien habéis creído*. Esto, en cierto modo, pudo soportarlo la hinchazón de la cerviz herética; en cambio no pudo soportar aquello en que no preguntó ni respondió qué era, sino que dijo no era nada.

Pero quiero ya averiguar si el ministro de Cristo no es nada. ¿Quién podría decir esto? ¿Cómo es, pues, verdadero: *Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento*, sino porque para una cosa es algo y no lo es para otra? Es algo para administrar y dispensar la palabra y el sacramento, y no lo es para purificar y justificar, ya que esto no lo realiza en el interior del hombre, sino el que ha creado al hombre entero y

quien, permaneciendo Dios, se hizo hombre, es decir, aquel de quien se dijo: *Purificó sus corazones con la fe*⁹², y *cree en el que justifica al impío*⁹³. Testimonio este que a Petiliano le pareció bien poner en mis palabras, pero que ni trató ni citó en las suyas.

El caso de Judas

LV. 67. Por consiguiente, el ministro, esto es, el dispensador de la palabra y del sacramento evangélico, si es bueno, es aliado del Evangelio, pero si es malo, no deja por eso de ser dispensador del mismo. Si es bueno, lo hace de buena gana; pero si es malo, esto es, buscando sus intereses, no los de Cristo, lo hace a la fuerza con vista a los intereses que busca.

Atended, sin embargo, a lo que dijo el mismo Apóstol: *Si lo hiciera por propia iniciativa, ciertamente tendría derecho a una recompensa. Mas si lo hago forzado, es una misión que se me ha confiado*⁹⁴. Como si dijera: "Si anuncio el bien siendo bueno, también yo lo alcanzo; pero si lo hago siendo malo, anuncio el bien". ¿Dijo acaso: "Si lo hago de mala gana, no seré dispensador?" Lo anunció Pedro y los otros buenos; Judas lo anunció contra su voluntad; con todo, con ellos lo anunció. Aquéllos tienen su recompensa, a éste se le confió la dispensación.

Quienes al anuncio de todos ellos recibieron el Evangelio, pudieron ser limpios y purificados, no por el que plantaba o regaba, sino por el que da el crecimiento. No vamos a decir que Judas no bautizó, ya que estaba aún entre los discípulos cuando tenía lugar lo que está escrito: *No era él quien bautizaba, sino sus discípulos*⁹⁵. Así es que, como aún no había entregado a Cristo, Judas, que tenía la bolsa y se apropiaba de lo que en ella se echaba, y no pudo ser inocente guardián del dinero, fue, sin embargo, dispensador de la gracia sin perjuicio de los que la recibían; o si no bautizaba, habéis de confesar que ciertamente evangelizó. Y si tomáis esto como cosa sin importancia, pensad qué opináis del mismo apóstol Pablo, que dice: *No me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio*⁹⁶.

Además, da la impresión de que comienza a ser más importante Apolo, que regó con el bautismo, que Pablo, que plantó evangelizando, y, sin embargo, reivindica por esto para sí el oficio de padre respecto a los corintios y no les otorga ese nombre a los que llegaron a ellos después de él. Dice en efecto: *Aunque hayáis tenido diez mil pedagogos en Cristo, no habéis tenido muchos padres. He sido yo quien, por el Evangelio, os he engendrado en Cristo Jesús*⁹⁷. Les dice: *He sido yo quien os he engendrado*; y en otro lugar les dice: *Doy gracias a Dios por no haber bautizado a ninguno de vosotros fuera de Crispo y Gayo y la familia de Estéfana*⁹⁸. De suerte que los había engendrado no por sí, sino por el Evangelio. Aunque él buscara sus intereses y no los de Cristo e hiciera esto de mala gana sin recompensa personal, dispensaría, sin embargo, la hacienda del Señor, que aunque él fuese malo, no se les tornarí­a mala a los que la recibieran bien.

Un ministro malo, dispensador de un bautismo santo

LVI. 68. Si esto se dice rectamente del Evangelio, ¡con cuánto mayor motivo se ha de decir del bautismo, que tan íntimamente va unido al Evangelio, que sin él nadie llega en verdad al reino de los cielos; siempre, claro, que el sacramento vaya acompañado por la justicia! El que dijo: *El que no nazca de agua y de Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios*⁹⁹, dijo también: *Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos*¹⁰⁰.

La forma del sacramento se da por el bautismo, la de la justicia por el Evangelio: el uno sin el otro no lleva al reino de los cielos. Sin embargo, aun los menos doctos pueden bautizar perfectamente, pero evangelizar cabalmente es obra mucho más difícil y rara.

Por ello el Doctor de las Gentes, muchísimo más excelente que todos, fue enviado a evangelizar, no a bautizar, ya que esto pueden realizarlo muchos, y aquellos pocos, entre los cuales sobresalía él.

Y, sin embargo, leemos que él en algunos pasajes habló de *mi Evangelio* ¹⁰¹, pero jamás de "mi bautismo" ni tampoco del que cualquiera que lo administró. Sólo el bautismo que dio Juan se llamó bautismo de Juan; este varón recibió como privilegio principal de su dispensación que el sacramento precursor del lavado recibiera el nombre de quien lo dispensaba; en cambio, el bautismo que administraron los discípulos de Cristo no recibió el nombre de ninguno de ellos, a fin de que se entendiera ser de aquel de quien se dijo: *Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra* ¹⁰².

Por consiguiente, si el Evangelio, que de tal modo es de Cristo que puede llamarlo suyo el ministro por el privilegio de la dispensación, si ese Evangelio puede recibirlo el hombre sin peligro aun por un mal dispensador haciendo lo que dice, pero no haciendo lo que él hace, ¡con cuánta mayor razón puede, cualquiera que se acerca a Cristo con buena fe, recibir sin contagio del mal ministro el bautismo de Cristo, que ningún apóstol administró atreviéndose a llamarlo suyo!

Los auténticos *traditores*

LVII. 69. Por tanto, si Petiliano, como no dejé de demostrar que no iban contra nosotros los testimonios que citó de las Escrituras, en parte no rozó en absoluto los que yo puse, y en parte, en los que quiso comentar, no hizo otra cosa que demostrar que no encontraba salida, no es menester exhortaros o amonestaros a vosotros para que veáis lo que debéis mantener, lo que tenéis que rechazar.

Pero quizá en los testimonios de las santas Escrituras apareció él tan flojo y, en cambio, logró algo con los documentos que generaron los hombres sobre el mismo cisma. En verdad, aun con éstos, aunque sea superflua la búsqueda después de los testimonios divinos, ¿qué recordó o qué probó? Él, habiendo lanzado tan duras invectivas contra los *traditores* y proclamado también contra ellos testimonios de los santos Libros, nada, sin embargo, dijo que nos delatara como *traditores*.

Yo, en cambio, recordé que Silvano de Cirta, a quien después de algunos otros sucedió él, cuando aún era subdiácono, fue citado como *traditor* en las actas municipales. Contra esto no osó él musitar una palabra. Veis ciertamente qué relación íntima le obligaba a responder, para demostrar que su predecesor, y no sólo colega, sino aun, diría yo, compañero de cátedra, era inocente de la acusación de *traditor*, ya que sobre todo vosotros hacéis consistir toda vuestra causa en llamar *traditores* a los que simuláis o pensáis que por el camino de la comunión han seguido a los *traditores*.

Petiliano, pues, por el imperativo de vuestra causa, si yo dijera que había sido señalado como *traditor* en las actas municipales algún miembro de vuestro partido de Rusica o de Calama, o de cualquier otra ciudad, se vería obligado a defenderlo a toda costa, y, sin embargo, enmudeció sobre su predecesor. ¿Por qué, sino porque no encontró aquí niebla alguna que esparcir para así engañar al menos a los hombres de mente más torpe y perezosa? ¿Qué diría, sino que eran falsas las acusaciones sobre Silvano? Pero leemos las actas y decimos cuándo sucedió y cuándo le fue comunicado al consular Zenófilo. ¿Cómo resistiría él a estas actas, cercado por la causa tan noble de la Católica, siendo tan mala la vuestra? Por esto recuerdo estas palabras tomadas de aquella carta mía, a la cual parece quiso responder mediante ésta que ahora refuto, precisamente para que veáis con qué invencible vigor ha sido expuesta la causa contra la que él no pudo encontrar salida más segura que el silencio.

Otro silencio de Petiliano

LVIII. 70. Recordó como si fuera contra nosotros el texto del Señor, tomado del Evangelio, que dice: *Vienen a vosotros con disfraces de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis*¹⁰³. Yo le respondí: "Consideremos, pues, los frutos". Y a continuación añadí: "Reprocháis la entrega; esta misma os reprochamos nosotros a vosotros con mucha mayor probabilidad". Y para no divagar mucho, en la misma ciudad de Constantina vuestros antepasados ordenaron como obispo a Silvano en el mismo comienzo de su cisma. Siendo éste aún subdiácono, fue señalado abiertamente como *tráditore* según las actas municipales. Si vosotros presentáis algunos documentos contra nuestros antepasados, la equidad exige tenerlos a unos y otros por verdaderos o por falsos.

Si son verdaderos unos y otros, sois vosotros sin género de duda reos de cisma, vosotros que simulasteis evitar en la comunión del orbe entero las iniquidades que teníais en la parcela de vuestra división.

Si unos y otros son falsos, sois también vosotros reos del cisma al mancharos con el enorme crimen de la separación por causa de unos falsos delitos de los *tráditores*. Y si presentamos nosotros algunos datos verdaderos y vosotros ninguno, o presentamos datos verdaderos y vosotros falsos, no hay más que discutir sobre el candado que debéis poner a vuestra boca.

¿Qué sucedería si la santa y verdadera Iglesia de Cristo os dejara convictos y derrotados, aunque nosotros no tuviéramos ningún documento relativo a la entrega de los libros sagrados o los tuviéramos falsos y vosotros tuvierais algunos y verdaderos? ¿Qué os quedaría ya sino amar la paz, si lo tenéis a bien, y si no al menos imponeros silencio? En efecto, manifestarais lo que manifestarais ahora, os daría una respuesta bien sencilla y verdadera: vosotros debisteis demostrar eso entonces a la unidad de la Iglesia entera y católica esparcida y confirmada ya a través de tantos pueblos, de suerte que vosotros quedarais dentro y fueran arrojados aquellos a quienes dejarais convictos.

Si habéis intentado hacer esto, sin duda no pudisteis demostrarlo, y vosotros, vencidos o airados, con sacrilegio detestable os separasteis de inocentes que no podían condenar hechos inciertos. Y si no intentasteis hacer esto, molestos por un poco de cizaña en África, os separasteis, con ceguera tan execrable e impía, del trigo de Cristo que crece por todo el campo, esto es, por todo el mundo hasta el fin.

Nada en absoluto responde Petiliano a este pasaje que he recordado, tomado de mi carta. Y veis por cierto que estas pocas palabras encierran toda la cuestión debatida entre nosotros. Claro, ¿qué va a intentar decir, si quedaría vencido en cualquier cosa que eligiera?

71. Cuando presentamos documentos sobre los *tráditores*, nosotros contra los vuestros, vosotros contra los nuestros -suponiendo que vosotros presentéis algunos, cosa que hasta el presente ignoramos en absoluto, pues no pasaría sin insertarlos en su carta el mismo Petiliano, que con tanta diligencia procuró citar y consignar contra mí las partes de las actas que se refieren al asunto-, si, como decía, nosotros y vosotros presentamos tales documentos, con toda certeza o unos y otros son verdaderos, o unos y otros son falsos, o los nuestros verdaderos y los vuestros falsos, o falsos los nuestros y los vuestros verdaderos. No existen más alternativas.

Lo absurdo del cisma

LIX. 72. De todos modos, en cada una de las cuatro hipótesis la verdad está en favor de la comunión católica. En efecto, si unos y otros documentos son verdaderos, no debíais en modo alguno haber abandonado la comunión del mundo entero por personas iguales a

las que también vosotros teníais.

Si unos y otros son falsos, no teniendo valor esas acusaciones, había que evitar a toda costa el pecado de la división.

Si los nuestros son verdaderos y falsos los vuestros, tiempo ha que no tenéis nada que hacer.

Si son verdaderos los vuestros y los nuestros falsos, pudimos aquí equivocarnos con todo el orbe sobre la iniquidad de los hombres, no sobre la verdad de la fe. En efecto, la descendencia de Abrahán, extendida por todo el orbe, no debió prestar atención a lo que vosotros decíais que conocíais, sino a lo que probaseis ante los jueces. ¿Cómo sabemos qué hicieron los que fueron acusados por vuestros antepasados, aunque se les achacaran cosas verdaderas, para que los jueces o ciertamente la Iglesia, extendida por todas partes, que no debía prestar atención sino a las sentencias de esos jueces, no juzgaran las acusaciones como verdaderas, sino como falsas?

Dios no absuelve todos los crímenes de los hombres que, como hombres, no pueden conocer esos jueces; sin embargo, pienso que no se puede tener justamente como culpable a nadie que haya tenido por inocente a un hombre cuya culpabilidad no ha sido demostrada. ¿Cómo es, pues, culpable el orbe de la tierra si no pudo conocer el crimen, quizá verdadero incluso, de los africanos, y no pudo conocerlo o porque nadie lo delató ante él, o porque en la denuncia se dio más crédito a los jueces que llevaban la cuestión que a los vencidos murmuradores?

Se debe, pues, alabar a Petiliano por haber pasado en silencio este argumento al verlo totalmente insuperable; pero no se le puede alabar por haber intentado cubrir con nubes de palabras las cuestiones igualmente insuperables que pensó podían oscurecerse, y por haberme encausado a mí, cuando él había perdido su causa, sin decir tampoco nada de mí que no fuera totalmente falso, o en nada reprochable, o no relacionado conmigo.

Entre tanto, vosotros, a quienes invoqué como jueces entre él y yo, ¿sabéis distinguir entre lo verdadero y lo falso, entre lo hinchado y lo sólido, entre lo turbulento y lo sereno, entre las predicciones divinas y los juicios de los hombres, entre probar y acusar, entre los documentos y los inventos, entre la prosecución de una causa y la huida de la misma?

Si lo sabéis, muy bien; pero si no lo sabéis, no nos arrepentiremos de habernos preocupado de vosotros, ya que aunque vuestro corazón no se vuelve a la paz, nuestra paz sí se vuelve hacia vosotros.